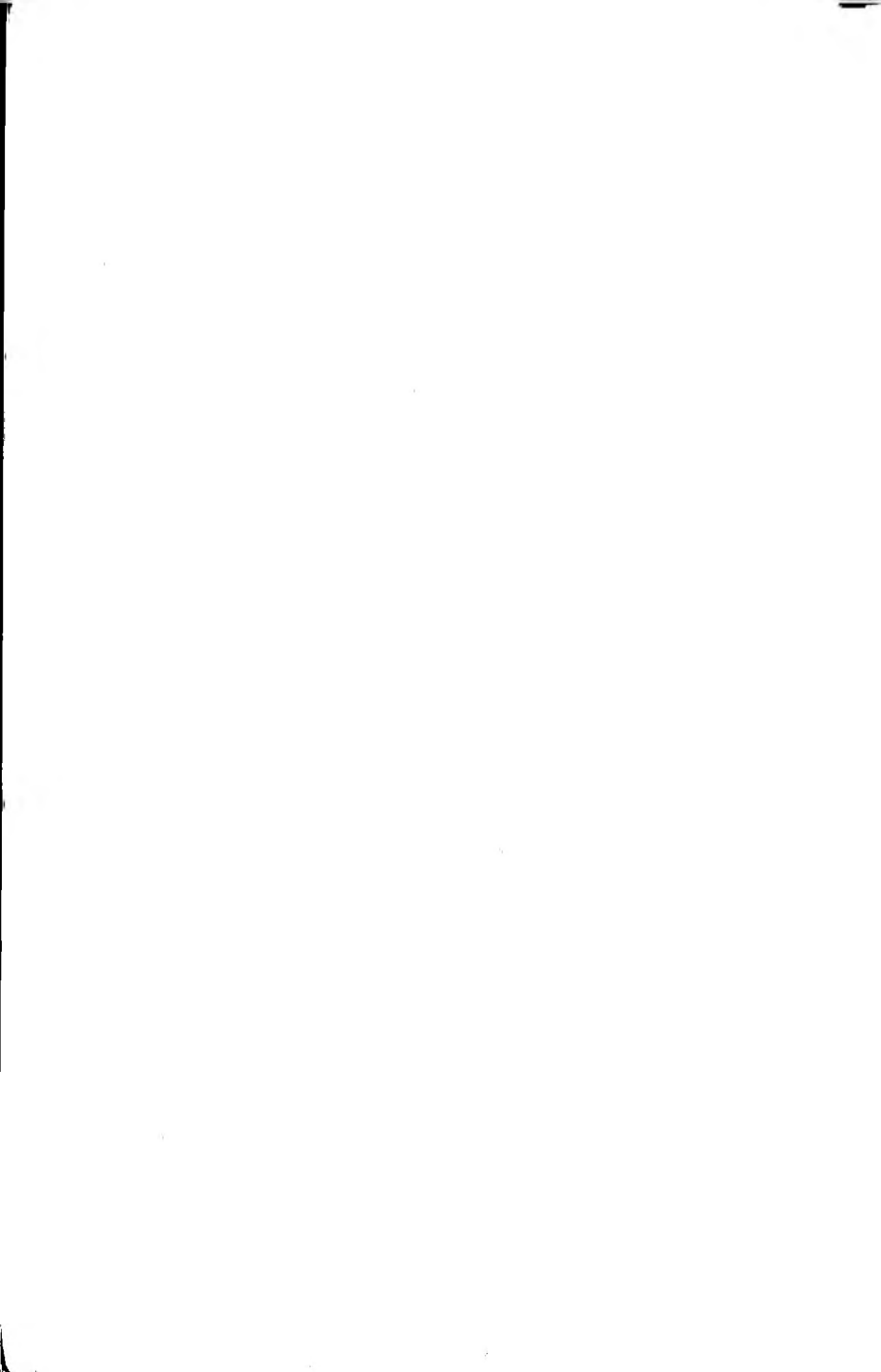


Biblioteca
SAMUEL BECKETT

RELATOS



F Á B U L A
TUSQUETS
EDITORES



SAMUEL BECKETT

Nació en Dublín en 1906. Tras cursar estudios en el Trinity College de su ciudad natal, fue nombrado profesor de la École Normale Supérieure de París. En esta ciudad conoció a James Joyce, de quien se convirtió muy pronto en amigo íntimo y confidente. Participó activamente en la Resistencia francesa durante la segunda guerra mundial, desdeñando su neutralidad de ciudadano irlandés, y, a partir de 1945, se instaló en Francia, donde escribió toda su obra, indistintamente en inglés o francés. En 1969 recibió el Premio Nobel de Literatura; eso no turbó la vida retirada que llevó hasta su muerte, acaecida en París en 1989. Tusquets Editores ha publicado de él *Esperando a Godot* (Fábula 26), *Film* (Fábula 166), *Detritus*, *Fin de partida*, *Pavesas*, *Manchas en el silencio* y *Eleutheria* (Marginales 60, 88, 97, 106 y 148), así como el volumen *Teatro reunido* (Marginales 237), que contiene *Eleutheria*, *Esperando a Godot*, *Fin de partida*, *Pavesas* y *Film*. También se han reunido en un solo volumen sus textos narrativos dispersos, *Relatos* (Marginales 159 y Fábula 216).

Biblioteca

Samuel Beckett
en Fábula

26. Esperando a Godot

166. Film

216. Relatos

249. Fin de partida

Biblioteca
Samuel Beckett

Relatos

Traducciones de Félix de Azúa,
Ana M.^a Moix y Jenaro Talens

Edición de Canoex Sanz

F Á B U L A
TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Premier amour, L'expulsé, Le calmant, La fin, Textes pour rien, From an Abandoned Work, L'image, All Strange Away, Imagination morte imagine, De positions, Au loin un oiseau, Se voir, Bing, Assez, Sans, Dans le cylindre, Le dépeupleur, Pour finir encore, Immobile, La falaise, Mal vu mal dit.*

1.ª edición en Marginales en Tusquets España: junio de 1997

1.ª edición en Fábula en Tusquets España: junio de 2003

1.ª edición en Fábula, Biblioteca de Autor, en Tusquets México: noviembre de 2009

© *From an Abandoned Work*: Samuel Beckett, 1957

© *All Strange Away*: John Calders, Ltd., 1997

© del resto de los relatos: Les Éditions de Minuit, 1997

Traducciones de Félix de Azúa (*Primer amor, De una obra abandonada, Imagination muerta imagina, Bing, Basta, Sin, El despoblador*), Caonex Sanz (*El expulsado, El calmante, El final, El acantilado*), Ana María Moix (*Textos para nada*), Jenaro Talens (*La imagen, De posiciones, A lo lejos un pájaro, Verse, En el cilindro, Para acabar aún, Inmóvil, Mal visto, mal dicho*) y Juan V. Martínez Lozano (*Fuera todo lo extraño*)

Diseño de la colección: adaptación de FERRATERCAMPINSMORALES de un diseño original de Pierluigi Cerri

Ilustración de la cubierta: © Le Fleur Studio / Illustration Stock 2003

Reservados todos los derechos de esta edición para

© Tusquets Editores México, S.A. de C.V.

Campeche 280 Int. 301 y 302 – 06100 México, D.F.

Tel. 5574-6379 Fax 5584-1335

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-607-421-113-9

Fotocomposición: Foina – Passatge Gaiolá, 13-15 – 08013 Barcelona

Impresión: Litográfica Ingramex, S.A. de C.V. – Centeno 162-1 – México, D.F.

Impreso en México

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Indice

P.	9	Primer amor
	31	El expulsado
	45	El calmante
	61	El final
	81	Textos para nada
	127	De una obra abandonada
	137	La imagen
	141	Fuera todo lo extraño
	155	Imaginación muerta imagina
	159	De posiciones
	169	A lo lejos un pájaro
	171	Verse
	173	Bing
	177	Basta
	183	Sin
	189	En el cilindro
	193	El despoblador
	215	Para acabar aún
	219	Inmóvil
	223	El acantilado
	225	Mal visto mal dicho



Primer amor

Asocio, para bien o para mal, mi matrimonio con la muerte de mi padre, en el tiempo. Que existan otras uniones, en otros aspectos, entre ambas cosas, es posible. Bastante difícil me resulta decir lo que creo saber.

Me acerqué, no hace mucho, a la tumba de mi padre, esto sí que lo sé, y me fijé en la fecha de su muerte, de su muerte tan sólo, porque la del nacimiento me era indiferente, aquel día. Salí por la mañana y regresé de noche, habiendo comido algo en el cementerio. Pero unos días más tarde, deseando saber a qué edad murió, tuve que volver a la tumba, para fijarme en la fecha de nacimiento. Estas dos fechas límite las tengo anotadas en un pedazo de papel, que conservo en mi poder. Y así es como estoy en condiciones de afirmar que debía de tener más o menos veinticinco años cuando me casé. Porque la fecha de mi nacimiento mío, eso he dicho, de mi nacimiento mío, no la he olvidado jamás, jamás me he visto obligado a apuntarla, ha quedado grabada en mi memoria, por lo menos la milésima, en cifras que la vida va a tener que sudar tinta para borrar. También el día, si hago un esfuerzo, lo encuentro, y lo celebro a menudo, a mi manera, no diré siempre que viene, no, porque viene demasiado a menudo, pero sí a menudo.

Personalmente no tengo nada contra los cementerios, me paseo por ellos muy a gusto, más a gusto que en otros sitios, creo, cuando me veo obligado a salir. El olor de los cadáveres, que percibo claramente bajo el de la hierba y el humus, no me desagrade. Quizá demasiado azucarado, muy pertinaz, pero cuán preferible al de los vivos, sobacos, pies, culos, prepucios sebosos y óvulos contrariados. Y cuando los restos de mi padre colaboran, tan modestamente como

pueden, falta muy poco para que me salten las lágrimas. Ya pueden lavarse, los vivos, ya pueden perfumarse, apestan. Sí, como sitio para pasear, cuando uno se ve obligado a salir, dadme los cementerios y ya podéis iros a pasear, vosotros, a los jardines públicos, o al campo. Mi bocadillo, mi plátano, los como con más apetito sentado sobre una tumba, y si me vienen ganas de mear, y me vienen con frecuencia, puedo escoger. O bien me pierdo, las manos a la espalda, entre las losas, las rectas, las planas, las inclinadas, y mariposeo entre las inscripciones. Nunca me han decepcionado, las inscripciones, siempre hay tres o cuatro tan divertidas que me tengo que agarrar a la cruz, o a la estela, o al ángel, para no caerme. La mía, la compuse hace ya tiempo y sigo estando satisfecho, bastante satisfecho. Mis otros escritos, todavía no se han secado y ya me asquean, pero mi epitafio me sigue gustando. Ilustra un tema gramatical. Pocas esperanzas hay desgraciadamente de que jamás se alce por encima del cráneo que lo concibió, a menos de que el Estado se encargue. Pero para poderme exhumar será preciso primero encontrarme, y temo mucho que al Estado le sea tan difícil encontrarme muerto como vivo. Por tal razón me apresuro a consignarlo en este lugar, antes de que sea demasiado tarde:

Yace aquí quien tanto huía
que también de ésta escaparía.

Hay una sílaba de más en el segundo y último verso, pero no tiene importancia, a mi modo de ver. Más que esto me perdonarán, cuando deje de existir. Luego con un poco de suerte se encuentra uno con un entierro de verdad, con vivos enlutados y a veces una viuda que quiere tirarse en la fosa, y casi siempre ese bonito cuento del polvo, aunque he podido comprobar que no hay nada menos polvoriento que esos agujeros, son por lo general de tierra muy especiosa, y el difunto tampoco tiene nada especialmente polvoriento, a menos de haber muerto carbonizado. Es bonita de todos modos, esa pequeña comedia con lo del polvo. Pero el cementerio de mi padre, no era mi favorito especialmente. Estaba demasiado lejos, en medio del campo, en el flanco

de una colina, y además era muy pequeño, excesivamente pequeño. Además estaba, por decirlo así, lleno, unas cuantas viudas más y estaría repleto. Prefería con mucho Ohlsdorf, sobre todo por la zona de Linne, en tierra prusiana, con sus cuatrocientas hectáreas de cadáveres bien amontonados, a pesar de que yo no conocía a ninguno de ellos, de no ser al domador Hagenbeck, por su fama. Hay un león grabado sobre su losa, creo. La muerte debía tener cara de león, para Hagenbeck. Los autocares van y vienen, repletos de viudos, de viudas y huérfanos. Bosquecillos, grutas, estanques con cisnes, suministran consuelo a los afligidos. Era en el mes de diciembre, nunca he tenido tanto frío, no podía tragar la sopa de anguila, temí morir, me detuve para vomitar, les envidiaba.

Pero, para pasar ahora a un asunto menos triste, tras la muerte de mi padre tuve que dejar la casa. El era quien me quería en casa. Un hombre extravagante. Un día dijo, Dejadlo, no molesta a nadie. No sabía que yo le escuchaba. Tal pensamiento debía de expresarlo frecuentemente, pero las otras veces yo no estaba escuchando. Nunca quisieron enseñarme su testamento, me dijeron tan sólo que me había dejado tal dinero. En aquel momento pensé, y todavía lo creo hoy día, que había pedido, en su testamento, que me dejaran la habitación que yo ocupaba cuando él vivía, y que me llevaran algo de comer, como antaño. Puede que incluso ésa fuera la condición de la que dependía todo lo demás. Porque debía gustarle sentir que yo estaba en casa, de otro modo no se habría opuesto a que me echaran a la calle. A lo mejor sólo le daba pena. Pero no lo creo. Habría tenido que dejarme toda la casa, de ese modo me hubiese quedado tranquilo, y también los demás por otra parte, ya que les habría dicho, ¡Pero quédense ustedes, están en su casa! Era un caserón enorme. Sí, bien que le jodieron, a mi pobre padre, si pretendía seguir protegiéndome más allá de la tumba. En cuanto al dinero, seamos justos, me lo dieron enseguida, a la mañana siguiente a la inhumación. Es posible que les fuera materialmente imposible hacer otra cosa. Les dije, Quedaos ese dinero y dejadme continuar viviendo aquí, en mi habitación, como cuando vivía papá. Y añadí, Que Dios guarde su alma, con la esperanza de agradecerles.

Pero no quisieron. Les propuse ponerme a su disposición, algunas horas diarias, para los pequeños trabajos de mantenimiento que tan necesarios son en cualquier casa, si se quiere evitar que caiga hecha polvo. Hacer chapuzas es algo que todavía es posible, no sé por qué. Les propuse especialmente ocuparme del invernadero. Allí me hubiese pasado muy a gusto tres o cuatro horas diarias, en medio de aquel calor, cuidando tomates, claveles, jacintos, los semilleros. En aquella casa, sólo mi padre y yo entendíamos de tomates. Pero no quisieron. Un día, al volver del W.C., me encontré la puerta de mi cuarto cerrada con llave y todos mis trastos amontonados delante de la puerta. Debiera decirles a ustedes la clase de estreñimiento que tenía por esa época. Era la ansiedad lo que me estreñía, creo. ¿Pero era yo realmente un estreñido? No lo creo. Calma, calma. Y sin embargo debía serlo, porque ¿cómo explicar si no esas largas, onir, atroces sesiones en los retretes, en el váter? No leía jamás, ni allí ni en otra parte, no soñaba ni reflexionaba, miraba vagamente un almanaque colgado de un clavo ante mis ojos, donde se veía la imagen en colores de un hombre joven y barbudo rodeado de corderos, debía tratarlo de Jesús, separaba mis nalgas con las manos y empujaba, ¡Uno! ¡Ah! ¡Dos! ¡Ah!, con espasmos de remero, y sólo me quedaba un deseo, volver a mi cuarto y estirarme. Era estreñimiento, ¿verdad? ¿O lo confundo con la diarrea? Todo se mezcla en mi cabeza, cementerios, bodas y los distintos tipos de mierda. Mis cosas eran poco numerosas, las habían amontonado en el suelo, contra la puerta, todavía recuerdo el montoncito que formaban, en la especie de cavidad oscura que separaba el pasillo de mi cuarto. Fue en ese pequeño espacio cerrado por tres costados donde me vi obligado a cambiarme, quiero decir a cambiar mi batín y mi camisón por la vestimenta de viaje, quiero decir calcetines, zapatos, pantalón, camisa, chaqueta, abrigo y sombrero, espero que no he olvidado nada. Probé otras puertas, girando el pomo y empujando, antes de salir de casa, pero ninguna cedió. Si hubiese encontrado una habitación abierta creo que me habría atrincherado dentro, sólo con gases me hubieran hecho salir. Notaba la casa llena de gente, como siempre, pero no veía a nadie. Me parece que todo el

mundo se había encerrado en su cubil, con la oreja presta. Y luego todos rápidamente a las ventanas, un tanto retirados, bien escondidos por los cortinajes, tras el ruido de la puerta de la calle al cerrarse a mi espalda, debiera haberla dejado abierta. Y ya las puertas se abren y sale todo el mundo, hombres, mujeres, niños, cada uno de su habitación, y las voces, los suspiros, las sonrisas, las manos, las llaves en las manos, un gran uf, y luego recordar las consignas, si esto entonces aquello, pero si aquello entonces esto, un auténtico ambiente de fiesta, todo el mundo ha entendido, a comer, a comer, la habitación puede esperar. Todo esto es pura imaginación, naturalmente, ya que yo no estaba allí. Las cosas sucedieron de modo muy distinto a lo mejor, pero ¿qué importa cómo sucedan las cosas, desde el momento en que suceden? ¡Y todos aquellos labios que me habían besado, aquellos corazones que me habían amado (se ama con el corazón, ¿no?, ¿o lo confundo con otra cosa?), aquellas manos que habían jugado con las mías y aquellos espíritus que por poco me poseen! La gente es verdaderamente extraña. Pobre papá, debía de sentirse bien jodido aquel día, si podía verme, vernos, jodido por mi causa quiero decir. A menos que, en su gran sabiduría de desencarnado, viera más lejos que su hijo, cuyo cadáver no estaba todavía completamente a punto.

Pero para pasar ahora a un asunto más alegre, el nombre de la mujer a la que me uní, al poco tiempo de lo de antes, el nombre de pila, era Lulu. Por lo menos así decía ella, y no veo qué interés podía tener en mentirme, sobre aquello. Evidentemente, nunca se sabe. Como no era francesa, decía Loulou. También yo, como no era francés, decía Loulou como ella. Ambos, decíamos Loulou. También me dijo su apellido, pero lo he olvidado. Debiera haberlo anotado, en un trozo de papel, no me gusta olvidar los nombres propios. La conocí en un banco, al borde del canal, de uno de los canales, porque nuestra ciudad tiene dos, aunque nunca aprendí a distinguirlos. Era un banco muy bien situado, adosado a un montón de tierra y detritus endurecidos, de manera que mi trasero estaba cubierto. También mis flancos, parcialmente, gracias a dos árboles venerables, e incluso muertos, que flanqueaban el banco de un lado y

otro. Fueron sin duda esos árboles los que habían sugerido, un día en que se mecían con todas sus hojas, la idea del banco, a alguien. Delante, a algunos metros, el canal fluía, si es que los canales fluyen, yo no lo sé, lo que contribuía a que por aquel lado tampoco corriera el riesgo de ser sorprendido. Y sin embargo ella me sorprendió. Me había tumbado, hacía buen tiempo, miraba a través de las ramas desnudas, cuyos dos árboles se sostenían por encima de mi cabeza, y a través de las nubes, que no eran continuas, ir y venir un rincón de cielo estrellado. Hágame sitio, dijo ella. Mi primer impulso fue de marcharme, pero mi fatiga, y el hecho de no saber adónde ir, me impidieron seguirlo. De manera que encogí un poco los pies bajo el culo y ella pudo sentarse. No pasó nada entre nosotros, aquella noche, y pronto se largó, sin haberme dirigido la palabra. Sólo cantó como para ella, y sin las palabras afortunadamente, algunas viejas canciones de la región, de un modo curiosamente fragmentario, saltando de una a otra, y volviendo a la que acababa de interrumpir antes de acabar la que la había desbancado. Tenía una voz desafinada pero agradable. Intuí un alma que se aburre pronto de todo y no acaba nunca nada, que es entre todas posiblemente la menos cabreante. Incluso del banco, pronto tuvo bastante, y en cuanto a mí, con un vistazo ya tuvo suficiente. Era realmente una mujer en extremo tenaz. Volvió al día siguiente y al otro y las cosas sucedieron más o menos del mismo modo. Quizás intercambiamos algunas palabras. Al siguiente día llovió y me creía a salvo, pero me equivocaba. Le pregunté si estaba entre sus proyectos el de venir a molestarme todas las noches. ¿Le molesto?, dijo. Me miraba sin duda. No debía ver gran cosa. Los dos párpados quizás, y un trozo de la nariz y de la frente, oscuramente, a causa de la oscuridad. Me parecía que estábamos a gusto, dijo. Usted me molesta, dije, no puedo estirarme cuando se sienta ahí. Hablaba desde el cuello de mi abrigo y sin embargo me oía. ¿Todo lo que quiere es estirarse?, dijo. Es una grave equivocación, dirigirla la palabra a la gente. Pues basta con que ponga sus pies sobre mis rodillas, dijo. No me lo hice repetir. Noté bajo mis pobres pantorrillas sus muslos rebosantes. Empezó a acariciarme los tobillos. ¿Y si le diera una patada en el

coño?, me dije. Le dices a alguien algo sobre estirarse y enseguida ven un cuerpo extendido. Pero lo que a mí me interesaba, rey sin súbditos, aquello de lo que la disposición de mi osamenta no era sino el más lejano y fútil reflejo, era la supinación cerebral, el adormecimiento de la idea de yo y de la idea de ese pequeño residuo de bagatelas venenosas a las que llaman no-yo, e incluso el mundo, por pereza. Pero a los veinticinco años se le empina todavía, al hombre moderno, también físicamente, de vez en cuando, es el patrimonio de todos, yo mismo no lo podía evitar, si es que a eso se le puede llamar empinarse. Ella lo notó como es natural, las mujeres huelen un falo al aire libre a más de diez kilómetros y se preguntan, ¿Cómo ha podido verme, éste? Ya no se es uno mismo, en tales condiciones, y es desgraciado no ser uno mismo, todavía más desgraciado que serlo, a pesar de lo que se dice. Porque mientras uno es se puede hacer algo, para serlo menos, pero cuando ya no se es se es cualquier cosa, y ya no hay modo de atenuarse. Eso que llaman el amor es el exilio, con una postal del país de vez en cuando, he aquí mis sentimientos de esta noche. Cuando ella terminó, y mi yo mío, domesticado, se fue reconstruyendo con la ayuda de una breve inconsciencia, me encontré solo. Me pregunto si todo esto no es más que una invención, y si en realidad las cosas no sucedieron de un modo totalmente distinto, según un esquema que he debido olvidar. Y sin embargo la imagen de ella ha quedado unida a la del banco, para mí, no la del banco nocturno, sino el de la tarde, de manera que hablar del banco, tal como se me presentaba por las tardes, es como hablar de ella, para mí. Esto no prueba nada, pero yo no quiero probar nada. En lo que respecta al banco diurno, no merece la pena hablar de ello, no estaba nunca, lo abandonaba muy temprano y no volvía hasta entrada la tarde. Sí, durante el día me dedicaba a buscar comida, y localizar asilos. Si me preguntan ustedes, y desde luego lo están deseando, qué había hecho del dinero que mi padre me había dejado, les diré que no había hecho nada, lo llevaba en el bolsillo. Porque sabía que no sería siempre joven, y que el verano no dura eternamente, ni incluso el otoño, mi alma burguesa me lo decía. Finalmente le dije que estaba harto. Me molestaba

enormemente, incluso ausente. Y todavía me molesta por otra parte, pero sólo del mismo modo que todo lo demás. Además ya no me importa, en la actualidad, ser molestado, o muy poco, qué quiere decir, ser molestado, incluso es necesario que lo sea, he cambiado de sistema, sigo la martin-gala, voy por la novena o por la décima, y luego todo termina rápidamente, las molestias, los arreglos, pronto no hablaremos más, ni de ella ni de los otros, ni de la mierda ni del cielo. ¿Entonces no quiere que vuelva?, dijo. Es increíble cómo la gente repite lo que uno acaba de decirles, como si temieran la hoguera si dan crédito a sus oídos. Le dije que viniese de vez en cuando. Conocía muy mal a las mujeres por aquel entonces. Sigo sin conocerlas por otra parte. Ni a los hombres. Ni a los animales. Lo que menos desconozco, son mis sufrimientos. Los pienso todos, cada día, se hace rápido, el pensamiento es tan rápido, pero no todos vienen del pensamiento. Sí, hay algunas horas, al principio de la tarde sobre todo, en que me siento sincretista, a la manera de Reinhold. Vaya equilibrio. Y encima también los conozco mal, mis sufrimientos. Eso debe de ser que no soy sólo sufrimiento. He aquí la astucia. Entonces me alejo, hasta el asombro, hasta la admiración de otro planeta. Raramente, pero con eso basta. Ninguna bobada, la vida. No ser más que puro sufrimiento, ¡cómo simplificaría las cosas! ¡Ser doliente puro! Pero eso sería competencia, y desleal. Ya se los contaré a ustedes de todos modos, un día, si me acuerdo, y puedo, mis raros sufrimientos, detalladamente, y distinguiéndolos con cuidado, para mayor claridad. Les contaré los del entendimiento, los del corazón o afectivos, los del alma (bellísimos, los del alma), y luego los del cuerpo, los internos u ocultos primero, luego los de la superficie, empezando por los cabellos y descendiendo metódicamente y sin apresurarme hasta los pies, centro de los callos, calambres, juanetes, uñeros, sabañones, hongos y otras extravagancias. Y a los que sean tan amables que me escuchen les diré al mismo tiempo, conforme a un sistema cuyo autor he olvidado, los instantes en que, sin estar drogado, ni borracho, ni en éxtasis, no se siente nada. Entonces naturalmente ella quería saber lo que yo entendía por de vez en cuando, vean a lo que uno se arriesga, abriendo

la boca. ¿Cada ocho días? ¿Cada diez días? ¿Cada quince días? Le dije que viniera menos veces, muchas menos veces, que no viniera en absoluto de ser posible, y que si eso no era posible que viniera las menos veces posibles. Por otra parte al día siguiente abandoné el banco, menos a causa de ella debo decirlo que a causa del banco, cuya situación ya no respondía a mis necesidades, tan modestas sin embargo, ya que los primeros fríos comenzaban a hacerse sentir, y por otras razones de las que sería ocioso hablar, a gilipollas como ustedes, y me refugié en un establo de vacas abandonado que había localizado en el curso de mis paseos. Estaba situado en el ángulo de un campo que mostraba en su superficie más ortigas que hierba y más barro que ortigas, pero cuyo subsuelo poseía posiblemente propiedades remarcables. Fue en ese establo, lleno de boñigas secas y huecas que se hundían con un suspiro cuando las tocaba con el dedo, donde por primera vez en mi vida, y diría gustosamente por última si tuviese bastante morfina al alcance de mi mano, tuve que defenderme contra un sentimiento que se atribuía poco a poco, en mi espíritu helado, el horroroso nombre de amor. Lo que hace encantador a nuestro país, aparte por supuesto del hecho de que esté medio despoblado, a pesar de la imposibilidad de procurarse el más mínimo preservativo, es que todo está abandonado menos las viejas deposiciones de la historia. Estas son recogidas encarnizadamente, son conservadas y paseadas en procesión. En cualquier lugar donde el tiempo haya producido una hermosa palomina repugnante ustedes encontrarán a nuestros patriotas, en cuclillas, resoplando, el rostro encendido. Es el paraíso de los desalojados. Esta es finalmente la explicación de mi felicidad. Todo invita a la prosternación. No veo relación alguna entre estas observaciones. Pero que hay una, e incluso varias, es algo que no puede dudarse, a mi entender. ¿Pero cuáles? Sí, la amaba, es el nombre que daba, que doy todavía por desgracia, a lo que hacía, en aquella época. No tenía ninguna preparación para ello, no habiendo amado nunca anteriormente, pero había oído hablar de la cosa, naturalmente, en casa, en la escuela, en el burdel, en la iglesia, y había leído novelas, en prosa y en verso, bajo la dirección de mi tutor, en inglés,

en francés, en italiano, en alemán, en las que se trataba ampliamente el tema. Por lo tanto estaba preparado por lo menos a darle un nombre a lo que hacía, cuando me veía a mí mismo repentinamente escribiendo el nombre de Lulu sobre una vieja boñiga de becerra, o cuando tumbado en el barro a la luz de la luna intentaba arrancar las ortigas sin romperles el tallo. Eran ortigas gigantes, algunas medían un metro de altura, las arrancaba, aquello me consolaba, y eso que no está en mi naturaleza arrancar las malas hierbas, al contrario, les echaría estiércol por toneladas si tuviera. Las flores, es otra cosa. El amor le vuelve a uno malo, es un hecho comprobado. ¿Pero de qué amor se trataba, exactamente? ¿De un amor pasional? No lo creo. Porque el amor pasional es el de los sátiros, ¿no? ¿O lo confundo con otra variedad? Hay tantas, ¿verdad? A cuál más bella, ¿verdad? El amor platónico, he aquí otro del que me acuerdo repentinamente. Es desinteresado. ¿Es posible que la amara platónicamente? Me cuesta creerlo. ¿Acaso habría trazado su nombre sobre viejas mierdas de vaca si la hubiese amado con un amor puro y desinteresado? ¿Y encima con el dedo, que luego me chupaba? Veamos, veamos. Pensaba en Lulu, y si con eso no está todo dicho ya he dicho bastante, a mi entender. Además ya estoy harto de este nombre Lulu y le voy a dar otro, esta vez de una sola sílaba, Anne, por ejemplo, no es de una sílaba pero me da igual. De manera que pensaba en Anne, yo que había aprendido a no pensar en nada, de no ser en mis sufrimientos, muy rápido, luego en las medidas a tomar para no morir de hambre, o de frío, o de vergüenza, pero jamás y con ningún pretexto en los seres vivos en cuanto tales (me pregunto qué querrá decir esto), a pesar de todo lo que pueda haber dicho, o que pueda llegar a decir, sobre este tema. Porque siempre he hablado, siempre hablaré de cosas que nunca han existido, o que han existido si ustedes lo prefieren, y que existirán siempre probablemente, pero sin la existencia que yo les concedo. Los quepis, por ejemplo, existen, y pocas esperanzas hay de que desaparezcan, pero yo nunca he llevado quepis. En algún sitio he escrito, Me dieron... un sombrero. Sin embargo jamás «me» dieron un sombrero, siempre he conservado el mío, el que mi padre me dio, y nunca tuve

otro sombrero más que éste. Me acompañó en la muerte, además. Entonces pensaba en Anne, mucho, mucho, veinte minutos, veinticinco minutos, y hasta media hora al día. Llego a estas cifras sumando otras cifras más pequeñas. Esa debía de ser mi manera de amar. ¿Debo concluir que la amaba con ese amor intelectual que ya me ha hecho decir tantas memeces, en otro lugar? No puedo creerlo. Ya que, de haberla amado de ese modo, ¿acaso me habría divertido trazar la palabra Anne sobre inmemoriales excrementos bovinos? ¿Arrancar ortigas a manos llenas? ¿Y habría sentido bajo mi cráneo palpar sus muslos, como dos travesaños posesos? Para terminar, para intentar terminar, con esta situación, fui una noche al lugar donde se encontraba el banco, a la hora en que en otras ocasiones ella había acudido a reunirse conmigo. No estaba y esperé en vano. Era el mes de diciembre ya, de no ser el de enero, y el frío estaba en su estación, es decir muy bien, muy justo, perfecto, como todo lo que se da en su estación. Pero de regreso al establo no tardé en concebir una argumentación que me aseguró una noche excelente y que se basaba en el hecho de que la hora oficial tiene tantos modos de inscribirse, en el aire y en el cielo, también en el corazón, como días tiene el año. Al día siguiente pues me dirigí al banco mucho antes, mucho más temprano, justo en el inicio de la noche propiamente dicha, pero de todos modos demasiado tarde, porque ella ya estaba allí, en el banco, bajo las ramas crujiendo de hielo, ante el agua glacial. Ya les dije que se trataba de una mujer excesivamente tenaz. El tumulto estaba blanco de escarcha. No sentí nada. ¿Qué interés podía inducir a perseguirme de aquel modo? Se lo pregunté, sin sentarme, yendo y viniendo y golpeando los pies. El frío había abollado el camino. Ella dijo que no lo sabía. ¿Qué podía ver en mí? Le pedí que me respondiera, si podía. Respondió que no podía. Parecía cálidamente abrigada. Tenía las manos metidas en un manguito. Recuerdo que a la vista del manguito me puse a llorar. Y sin embargo he olvidado el color. Aquello iba mal. Siempre he llorado fácilmente, sin conseguir jamás el menor beneficio, hasta hace muy poco. En la actualidad si me viera obligado a llorar ya podría joderme vivo que no conseguiría sacar ni una mise-

nable gota, lo creo de verdad. Sienta mal. Eran las cosas lo que me hacía llorar. Y eso que no tenía ninguna preocupación. Y cuando me sorprendía a mí mismo llorando sin causa aparente, era porque había visto algo, sin darme cuenta. De manera que me pregunto si era verdaderamente el manguito lo que me hacía llorar, aquella noche, o si no sería el sendero, cuya dureza y cuyas abolladuras me habrían recordado los pavimentos, o cualquier otra cosa, una cosa cualquiera que habría visto, sin darme cuenta. La veía por así decirlo por primera vez. Estaba completamente acurrucada y arropada, la cabeza inclinada, el manguito con las manos en el regazo, las piernas juntas la una contra la otra, los talones en el aire. Era informe, sin edad, casi sin vida, podía ser una anciana o una niña. Y ese modo de responder, No sé, No puedo. Sólo yo no sabía ni podía. ¿Es por mí por quien ha venido usted?, dije. Sí, dijo ella. Bueno, pues ya estoy aquí, dije. ¿Y yo, no era por ella por lo que había ido? Aquí estoy, aquí estoy, me dije. Me senté a su lado pero volví a levantarme inmediatamente, de un salto, como bajo el efecto de un hierro candente. Tenía ganas de irme, para saber si ya se había terminado aquello. Pero para mayor seguridad, antes de irme, le pedí que me cantara una canción. Al principio creí que ella rehusaría, quiero decir simplemente que no cantaría, pero no, tras un momento se puso a cantar, y cantó un buen rato, siempre la misma canción creo, sin cambiar de postura. Yo no conocía la canción, nunca la había oído y nunca más volvería a oírla. Sólo recuerdo que trataba de limoneros, o naranjos, no sé muy bien, y para mí ya es un éxito, haber retenido que trataba de limoneros, o naranjos, porque de otras canciones que he oído a lo largo de mi vida, y he oído montones, porque es materialmente imposible se diría hasta vivir, incluso tal y como yo vivía, sin oír cantar a menos de ser sordo, no he retenido nada, ni una palabra, ni una nota, o tan pocas palabras, tan pocas notas, que, que qué, que nada, esta frase ya ha durado bastante. Luego me fui y mientras me alejaba oí que cantaba otra canción, o quizá la continuación de la misma, con una voz débil y que se debilitaba cada vez más a medida que me alejaba, y que finalmente cesó, sea porque dejó de cantar, sea porque yo estaba demasiado lejos

como para oírla. No me gustaba quedar en esa incertidumbre, por aquella época, yo vivía en la incertidumbre naturalmente, de la incertidumbre, pero aquellas pequeñas incertidumbres, de orden físico como se dice, prefería sacármelas de encima inmediatamente, podían atormentarme como tábanos, durante semanas. De modo que di unos pasos atrás y me detuve. Al principio no oía nada, luego oí la voz, a duras penas, tan débil me llegaba. No la oía, y luego la oía, por lo tanto debí empezar a oírla en un momento determinado, y sin embargo no, no hubo comienzo, hasta tal punto había salido suavemente del silencio y hasta tal punto se le parecía. Cuando la voz calló por fin di algunos pasos hacia ella, para estar seguro de que había terminado y no simplemente bajado de tono. Luego desesperándome, diciéndome, Cómo saber, a menos de estar a su lado, inclinado sobre ella, di media vuelta y me fui, de veras, lleno de incertidumbre. Pero unas semanas más tarde, más muerto que vivo, todavía volví al banco, era la cuarta o la quinta vez desde que la había abandonado, a la misma hora más o menos, quiero decir más o menos bajo el mismo cielo, no, tampoco es eso, porque siempre es el mismo cielo y nunca es el mismo cielo, cómo explicar esto, no lo explicaré, se acabó. Ella no estaba. Pero de golpe allí estaba, no sé cómo, no la vi venir, ni la oí venir, y eso que estaba alerta. Digamos que llovía, eso nos cambiará, un poco. Se cobijaba bajo un paraguas, naturalmente, debía tener un vestuario fabuloso. Le pregunté si venía todas las tardes. No, dijo, sólo de vez en cuando. El banco estaba demasiado húmedo para osar sentarse. Caminábamos de arriba abajo, la tomé del brazo, por curiosidad, para ver si me daba gusto, pero no me daba ningún gusto, de manera que la dejé. ¿Y por qué estos detalles? Para retardar el desenlace. Veía un poco mejor su rostro. La encontré normal, su cara, una cara como hay millones. Bizqueaba, pero esto no lo supe hasta más tarde. No parecía ni joven ni vieja, su cara, estaba como suspendida entre la frescura y el marchitamiento. Yo soportaba mal, en esa época, este tipo de ambigüedad. En cuanto a saber si era bella, su cara, o si había sido bella, o si tenía probabilidades de volverse bella, confieso que me vi incapaz. He visto caras en algunas fotos que quizás hubiera po-

dido calificarlas de bellas, de haber tenido algunas nociones sobre la belleza. Y el rostro de mi padre, en el lecho de muerte, me había hecho entrever la posibilidad de una estética de lo humano. Pero los rostros de los vivos, siempre haciendo muecas, con la sangre a flor de piel, ¿podían considerarse objetos? Yo admiraba, a pesar de la oscuridad, a pesar de mi turbación, el modo que tiene el agua inmóvil, o que se desliza suavemente, de levantarse hacia la que cae, como sedienta. Me preguntó si quería que me cantara alguna cosa. Respondí que no, que prefería que me dijera alguna cosa. Creí que me diría que no tenía nada que decirme, eso hubiera concordado con su carácter. Por lo tanto me sorprendió agradablemente oírle decir que tenía un cuarto, me sorprendió muy agradablemente. Por otra parte ya me lo sospechaba. ¿Quién no tiene un cuarto? ¡Ah, oigo el clamor! Tengo dos habitaciones, dijo. ¿Cuántas habitaciones tiene, exactamente?, dije. Dijo que tenía dos habitaciones y una cocina. Aquello aumentaba cada vez. Acabaría por recordar un baño. ¿Son dos las habitaciones que ha mencionado?, dije. Sí, dijo. ¿Una al lado de la otra?, dije. Por fin un tema de conversación digno de tal nombre. La cocina está en medio, dijo. Le pregunté que por qué no me lo había dicho antes. Créanme que estaba fuera de mí, en esa época. No estaba a gusto a su lado, salvo que me sentía libre de pensar en cualquier otra cosa que no fuera ella, y eso ya era extraordinario, en las viejas cosas ya experimentadas, una tras otra, y así poco a poco en nada, como por escalones descendentes hacia un agua profunda. Y sabía que abandonándola perdería esta libertad.

Eran en efecto dos habitaciones, separadas por una cocina, no me había mentido. Dijo que yo debía haber ido a buscar mis cosas. Le expliqué que no tenía cosas. Estábamos en lo alto de una casa vieja y desde las ventanas se podía ver la montaña, los que quisieran. Encendió una lámpara de petróleo. ¿No tiene electricidad?, dije. No, dijo, pero tengo agua corriente y gas. Mira por dónde, dije, tiene usted gas. Empezó a desnudarse. Cuando no saben qué hacer, se desnudan, y sin duda es lo mejor que pueden hacer. Se lo quitó todo, con una lentitud capaz de impacientar a un elefante, excepto las medias, destinadas sin duda a llevar

hasta el máximo mi excitación. Entonces fue cuando me di cuenta de que bizqueaba. Afortunadamente no era la primera vez que veía una mujer desnuda, de modo que pude quedarme, sabía que ella no iba a explotar. Le dije que tenía ganas de ver la otra habitación, porque todavía no la había visto. De haberla visto le habría dicho que tenía ganas de volverla a ver. ¿No se desnuda?, dijo. Oh, sabe usted, dije, no suelo desnudarme con frecuencia. Era verdad, nunca he sido un hombre dispuesto a desnudarme a la menor ocasión. Solía quitarme los zapatos cuando me acostaba, quiero decir cuando me disponía (¡disponía!) a dormir, y luego la ropa exterior según la temperatura. Se vio por tanto obligada, bajo pena de mostrarse poco acogedora, a cubrirse con una bata y acompañarme, con la lámpara en la mano. Pasamos por la cocina. También habríamos podido pasar por el corredor, me di cuenta luego, pero pasamos por la cocina. No sé por qué. Quizá fuera el camino más rápido. Miré la habitación horrorizado. Una tal densidad de muebles sobrepasa cualquier imaginación. Y era que ya la había visto yo en alguna parte, aquella habitación. ¿Qué habitación es ésta?, Es el salón, dijo. El salón. Empecé a sacar muebles por la puerta que daba al corredor. Ella me miraba. Estaba triste, por lo menos así lo supongo, porque en el fondo no lo sé. Me preguntó qué hacía, pero sin esperar una respuesta creo. Los saqué uno tras otro, e incluso de dos en dos, y los amontoné en el pasillo, contra la pared del fondo. Había centenares, grandes y pequeños. Al final llegaban hasta la puerta, de manera que no se podía salir de la habitación, ni con mayor razón entrar en ella, por allí. Se podía abrir la puerta y volver a cerrarla, dado que se abría hacia el interior, pero se había vuelto infranqueable. Una hermosísima palabra, infranqueable. Quítese el sombrero por lo menos, dijo. Ya les hablaré de mi sombrero en otra ocasión quizá. Ya no quedaba en la habitación finalmente más que una especie de sofá y algunas estanterías clavadas en la pared. El sofá lo arrastré hasta el fondo de la pieza, cerca de la puerta, y las estanterías las arranqué al día siguiente y las puse fuera, en el pasillo, con el resto. Al arrancarlas, extraño recuerdo, oí la palabra fibroma o fibrona, no sé cuál, nunca lo he sabido, no sabía lo que quería decir y nunca

tuve la curiosidad de averiguarlo. ¡De lo que se acuerda uno! ¡Y lo que uno cuenta! Cuando todo estuvo en orden me dejé caer en el sofá. Ella no había levantado un dedo para ayudarme. Le traigo mantas y sábanas, dijo. Pero sábanas, no quise ni una. ¿Querrá usted cerrar las cortinas?, dije. La ventana estaba cubierta de escarcha. No es que diese mucha claridad, a causa de la noche, pero resultaba un poco luminoso de todos modos. Ya podía yo acostarme con los pies hacia la puerta, que aquello me molestaba, aquella débil y fría claridad. De pronto me levanté y cambié la disposición del sofá, es decir que el respaldo largo, que antes había puesto pegado a la pared, lo saqué hacia el exterior. Era el lado abierto, el embarcadero, lo que ahora daba a la pared. Luego salté en su interior, como un perro en su canasta. Le dejo la lámpara, dijo, pero le rogué que se la llevara. ¿Y si necesita algo por la noche?, dijo. Iba a empezar a discullear, me lo temía. ¿Sabe dónde está el retrete?, dijo. Tenía razón, no me había dado cuenta. Aliviarse en la cama, es una delicia en los primeros momentos, pero luego empiezan las incomodidades. Deme un orinal, dije. He amado mucho, bueno amado bastante, durante largo tiempo, la palabra orinal, me recordaba a Racine o a Baudelaire, ya no sé cuál de los dos, o a los dos quizá, sí, lo lamento, tenía mis lecturas, y por ellas llegaba donde el verbo toma asiento, esto parece Dante. Pero ella no tenía orinal. Tengo una especie de silla perforada, dijo. Yo imaginaba a la abuela sentada allí encima, rígida como una estaca y orgullosa, acababa de comprarla, perdón, de adquirirla, en una fiesta benéfica, en una tómbola quizás, era una pieza de época, la estrenaba, o más bien lo intentaba, casi hubiera deseado que la vieran. Retardemos, retardemos. Pues deme un simple recipiente, dije, no tengo disentería. Volvió con una especie de cacerola, no era una cacerola de verdad porque no tenía mango, era oval y tenía dos asas y una tapa. Es el puchero, dijo. No necesito la tapa, dije. ¿No necesita la tapa?, dijo. Si hubiera dicho que necesitaba la tapa ella hubiera dicho, ¿Necesita la tapa? Puse el utensilio bajo las mantas, me gusta tener algo a mano cuando duermo, así tengo menos miedo, mi sombrero todavía estaba empaado. Me volví hacia la pared. Tomó la lámpara de encima de la

chimenea donde la había dejado, precisemos, precisemos, por encima de mí gesticulaba su sombra, creí que iba a dejarme, pero no, vino a inclinarse sobre mí, por encima del respaldo. Todo esto son recuerdos de familia, dijo. En su lugar yo me habría ido de puntillas. Pero ella no se movió. Lo esencial es que ya empezaba a dejarla de amar. Sí, ya me sentía mejor, casi presto al ataque de los lentos descensos hacia las largas inmersiones de las que me había visto privado tanto tiempo, por su culpa. Y acababa de llegar. Pero antes que nada dormir. Intente ahora echarme a la calle, dije. Me pareció que el significado de estas palabras, e incluso el ruidito que hicieron, no se me hacía consciente hasta al cabo de algunos segundos después de pronunciarlos. Tenía tan poca costumbre de hablar que de vez en cuando ocurría que se me escapaban, por la boca, una serie de frases impecables desde el punto de vista gramatical pero enteramente desprovistas, no diré de significado, porque bien examinadas sí tenían alguno, y a veces varios, pero de fundamento. Pero el ruido, siempre lo oía, a medida que lo iba haciendo. Aquella vez era la primera en que mi voz me llegaba tan lentamente. Me volví de espaldas, para ver lo que pasaba. Ella sonreía. Al poco rato se fue, llevándose la lámpara. La oí atravesar la cocina y cerrar tras ella la puerta de su cuarto. Estaba solo al fin, en la oscuridad al fin. No diré nada más. Me creí dirigido hacia una noche maravillosa, a pesar de la extravagancia del lugar, pero no, mi noche fue extremadamente agitada. Me desperté por la mañana extenuado, mis ropas en desorden, las mantas también, y Anne a mi lado, desnuda naturalmente. ¡Lo que se habría esforzado! Yo seguía con el puchero en la mano. Miré en su interior. No lo había utilizado. Me miré el sexo. Ojalá hubiera podido hablar. No diré nada más. Fue mi noche de amor.

Poco a poco mi vida se organizó, en aquella casa. Me traía la comida a las horas que yo le había indicado, venía de vez en cuando a comprobar que estaba bien y que no necesitaba nada, vaciaba el puchero una vez al día y hacía la habitación una vez al mes. No siempre resistía la tentación de hablarme, pero de un modo general no tenía por qué quejarme de ella. La oía de vez en cuando cantar en su

cuarto, la canción atravesaba la puerta de su cuarto, luego la cocina, luego la puerta de mi cuarto y llegaba así hasta mí débil pero indiscutible. A menos de que pasara por el pasillo. No me molestaba demasiado, oír cantar de vez en cuando. Un día le pedí que me trajera un jacinto, vivo, en un tiesto. Me lo trajo y lo puso sobre la chimenea. Ya no había otro lugar, en mi habitación, más que la chimenea, para poner objetos, a menos de ponerlos en el suelo. Lo miraba todos los días, mi jacinto. Era rosado. Yo lo hubiera preferido azul. Al principio iba muy bien, incluso tuvo algunas flores, luego capituló, y pronto no fue más que un tallo flácido entre hojas llorosas. El bulbo, medio salido de la tierra, como para buscar oxígeno, olía mal. Anne quería arrancarlo, pero le dije que lo dejara. Quería comprarme otro pero le dije que no quería otro. Lo que más me molestaba, eran unos ruiditos, unas risitas y gemidos, que llenaban el piso sordamente a determinadas horas, tanto de día como de noche. Ya no pensaba en Anne, nada en absoluto, pero tenía de todos modos necesidad de silencio para poder vivir mi vida. Ya podía yo razonar, decirme que el aire está hecho para acarrear ruidos del mundo, y que las risas y los gemidos entraban forzosamente en ese traslado, no me calmaba lo más mínimo. No llegaba nunca a determinar si se trataba siempre del mismo tipo o si había varios. ¡Las risitas y gemidos se parecen tanto, entre sí! Tenía tal horror, en esta época, a esas perplejidades miserables que cada vez me engañaba, quiero decir que intentaba tener la conciencia tranquila. He tardado mucho tiempo, toda la vida por así decirlo, en comprender que el color de un ojo entrevisto, o la procedencia de un ruidito lejano, están más cerca de Giudecca, en el infierno de las ignorancias, que la existencia de Dios, o la génesis del protoplasma, o la existencia del ser, y exigen mucha más sabiduría de la que devuelven. Es un poco abusivo, toda una vida, para llegar a esta consoladora conclusión, no le queda a uno tiempo de aprovecharla. Estaba por lo tanto muy avanzado, tras interrogarla, cuando me dijo que se trataba de clientes que recibía por turno. Podría naturalmente haberme levantado e ir a mirar por la cerradura, suponiendo que no estuviese obturada, ¿pero qué puede verse, por esos agujeros? ¿En-

tonces, usted vive de la prostitución?, dije. Vivimos de la prostitución, respondió. ¿No podría pedirles que hicieran un poco menos de ruido?, dije, como si creyera lo que acababa de decirme. Añadí, ¿O bien otro tipo de ruido? Tienen que hacer, dijo. Me veré obligado a irme, dije. Buscó lienzos nuevos en la leonera familiar y los clavó delante de nuestras puertas, la mía y la suya. Le pregunté si no habría modo, de vez en cuando, de comer un boniato. ¡Un boniatito!, exclamó, como si hubiera expresado deseos de comer recién nacidos hebreos. Le dije que la estación de los boniatos estaba acabando y que si, de aquí a entonces, podía hacer que no comiese otra cosa que boniatos se lo agradecería de corazón. ¡Nada más que boniatos!, exclamó. Los boniatos tienen un gusto a violetas, para mí. Me gustan los boniatos porque tienen gusto de violetas y las violetas porque tienen el perfume de los boniatos. Si no hubiera boniatos sobre la tierra no me gustarían las violetas y si no existiesen violetas los boniatos me serían tan indiferentes como los nabos o los rábanos. E incluso dado el actual estado de la flora, quiero decir en este mundo en que boniatos y violetas encuentran el modo de coexistir, podría parecerme fácilmente, muy fácilmente, de unos y de otras. Un día tuvo los cojones de decirme que estaba encinta, y además de cuatro o cinco meses, por obra mía. Se puso de perfil y me invitó a mirar su vientre. Se desnudó incluso, sin duda para probarme que no escondía un cojín bajo la falda, y también evidentemente por el puro placer de desnudarse. Puede ser una simple hinchazón, dije, para reconfortarla. Me miraba con sus grandes ojos de los que olvido el color, con su gran ojo mejor dicho, porque el otro estaba dirigido aparentemente hacia los restos del jacinto. Cuanto más desnuda estaba, más estrábica era. Mire, dijo, curvándose sobre sus senos, laaréola ya se oscurece. Reuní mis últimas fuerzas y le dije, Aborto, aborto, de ese modo ya no se oscurecerá más. Había abierto las cortinas para no dejar que se perdiera nada de sus diversas redondeces. Vi la montaña, impenetrable, cavernosa, secreta, en la que de la mañana a la noche no oíría más que el viento, los chorritos y los lejanos golpecitos metálicos de los martillos de los talladores de granito. Saldría durante el día a la cálida maleza, a

la retama perfumada y salvaje, y por la noche vería las luces distantes de la ciudad, si quería, y las otras luces, las de los faros y los barcos piloto, que mi padre me había enseñado, cuando yo era pequeño, y cuyos nombres recobraría, en mi memoria, si quería, lo sabía. A partir de ese día las cosas andaron mal, en aquella casa, para mí, cada vez peor, no porque ella me descuidara, nunca hubiera podido descuidarme lo suficiente, sino en el sentido de que venía a asesinarme con *nuestro* niño, enseñándome su vientre y sus senos y diciéndome que iba a nacer de un momento a otro, que ya notaba las patadas. Si da patadas, dije, es que no es mío. No es que hubiese estado mal en aquella casa, eso es cierto, no era el ideal evidentemente, pero no subestimaba las ventajas. Dudaba si partir o no, las hojas empezaban a caer, tenía miedo del invierno. No hay que temer al invierno, también él tiene sus ventajas, su nieve mantiene cálido y ensordecido el tumulto, y sus días cárdenos acaban pronto. Pero yo no sabía todavía, en aquella época, hasta qué punto la tierra puede ser amable para los que no tienen otra cosa, y cuántas sepulturas pueden allí encontrarse, vivo. Lo que acabó conmigo, fue el nacimiento. Fui despertado. ¡Qué podía pasarle al niño! Creo que había otra mujer con ella, me parecía oír de vez en cuando unos pasos en la cocina. Me daba remordimientos, abandonar una casa sin que me expulsaran. Me encaramé por encima del respaldo del sofá, me puse la chaqueta, el abrigo y el sombrero, no olvidé nada, anudé mis cordones y abrí la puerta que daba al pasillo. Un montón de trastos me cerraba el camino, pero pasé de todos modos, escalando, rompiendo, con estruendo. Antes hablé de matrimonio, fue por lo menos una especie de unión. No tuve por qué preocuparme, los berridos desafiaban toda competencia. Debía ser su primer parto. Me persiguieron hasta la calle. Me detuve ante la puerta de la casa y presté oído. Seguía oyéndolos. Si no hubiese sabido que en la casa alguien chillaba quizá no los hubiese oído. Pero sabiéndolo los oía perfectamente. No sabía muy bien dónde estaba. Busqué, entre las estrellas y constelaciones, los carros, pero no los pude hallar. Y sin embargo por allí debían estar. Mi padre fue el primero en mostrármelos. También me enseñó otras, pero solo y sin él únicamente he

habido encontrar los carros. Me puse a jugar con los gritos un poco como había jugado con la canción, avanzando, deteniéndome, avanzando, deteniéndome, si es que a eso se le puede llamar juego. Mientras caminaba no los oía, gracias al ruido de mis pasos. Pero en cuanto me detenía los volvía a oír, cada vez más débiles ciertamente, ¿pero qué importa que un grito sea fuerte o flojo? Lo importante es que pare. Durante años creí que iban a parar. Ahora ya no lo creo. Me hubieran hecho falta otros amores, quizá. Pero el amor, como no se hace por encargo.

1945



El expulsado

No era alta la escalinata. Mil veces había contado los escalones, tanto subiendo como bajando, pero ya no tengo presente la cifra, en la memoria. Nunca supe si el uno había que marcarlo sobre la acera, el dos con el otro pie sobre el primer escalón, y así, o si la acera no debía contar. Al llegar al final de la escalera, tropezaba con el mismo dilema. En sentido inverso, quiero decir de arriba abajo, era lo mismo, la palabra no es demasiado fuerte. No sabía por dónde empezar ni por dónde acabar, digamos las cosas como son. Conseguía pues tres cifras perfectamente distintas, sin saber cuál era la correcta. Y cuando digo que ya no tengo presente la cifra, en la memoria, quiero decir que no tengo presente ninguna de las tres cifras, en la memoria. Lo cierto es que si encuentro, en mi memoria, donde seguro debe estar, una de esas cifras, sólo encontraré una, sin posibilidad de deducir, de ella, las otras dos. E incluso si recuperara dos, no por eso averiguaría la tercera. No, habría que encontrar las tres, en mi memoria, para poder conocerlas, todas, las tres. Agotadores, los recuerdos. Por eso no hay que pensar en ciertas cosas, cosas que te importan, o mejor sí, hay que pensar en ellas, porque si no pensamos en ellas corremos el riesgo de encontrarlas, en la memoria, poco a poco. Es decir, hay que pensar durante un rato, un buen rato, todos los días y varias veces al día, hasta que el fango las recubra, con una costra infranqueable. Es una orden.

Después de todo, lo de menos es el número de escalones. Lo que había que retener es el hecho de que la escalinata no era alta, y eso lo he retenido. Incluso para el niño no era alta, al lado de otras escalinatas que él conocía, a fuerza de verlas todos los días, de subirlas y bajarlas, y ju-

gar en los escalones, a las tabas y a otros juegos de los que olvidaría hasta el nombre. ¿Qué debía ser pues para el hombre, hecho y derecho?

La caída fue pues poco grave. Al caer oí un portazo, lo que me comunicó un cierto alivio, en lo peor de mi caída. Porque eso significaba que no se me perseguía hasta la calle, con un bastón, para atizarme bastonazos, ante la mirada de los transeúntes. Porque si hubiera sido ésta su intención no habrían cerrado la puerta, sino que la hubieran dejado abierta, para que las personas congregadas en el vestíbulo pudieran gozar del castigo, y sacar una lección. Se habían contentado, por esta vez, con echarme, sin más. Tuve tiempo, antes de estabilizarme en el bordillo, de sacar adelante este razonamiento.

En estas condiciones, nada me obligaba a levantarme enseguida. Instalé los codos, curioso recuerdo, en la acera, apoyé la oreja en el hueco de la mano y me puse a reflexionar sobre mi situación, a pesar de todo habitual. Pero el ruido, más débil, pero inequívoco, de la puerta que de nuevo se cerraba, me arrancó de mi distracción, en donde ya empezaba a organizarse un paisaje delicioso, a base de espinos y rosas salvajes, muy onírico, y me hizo levantar la cabeza, con las manos abiertas sobre la acera y las corvas tensas. Pero no era más que mi sombrero, planeando hacia mí, a través del aire, dando vueltas. Lo cogí y me lo puse. Muy correctos, ellos, según su Dios. Hubieran podido guardar el sombrero, pero no era suyo, sino mío, y me lo devolvían. Pero el encanto se había roto.

¿Cómo describir el sombrero? ¿Y para qué? Cuando mi cabeza alcanzó sus dimensiones, no diré que definitivas, pero sí máximas, mi padre me dijo, Ven, hijo mío, vamos a comprar tu sombrero, como si existiera desde el comienzo de los siglos, en un lugar preciso. Fue derecho al sombrero. Yo no tenía derecho a opinar, tampoco el sombrerero. Me he preguntado a menudo si mi padre no se proponía humillarme, si no tenía celos de mí, que era joven y guapo, en fin, rozagante, mientras que él ya estaba viejo y completamente hinchado y violáceo. No se me permitiría, a partir de ese día concreto, salir descubierto, con mi hermosa cabellera castaña al viento. A veces, en una calle apartada, me

lo quitaba y lo llevaba en la mano, pero temblando. Debía cepillarlo mañana y tarde. Los chicos de mi edad, con quienes a pesar de todo me veía obligado a congeniar de vez en cuando, se burlaban de mí. Pero yo me decía, El sombrero no tiene nada que ver, no hacen sino colgarle sus ocurrencias, como a la ridiculez más saliente, porque no son finos. Siempre me ha sorprendido la escasa finura de mis contemporáneos, a mí, cuya alma se retorció de la mañana a la noche tan sólo para buscarse. Pero quizá fuera una forma de amabilidad, como la de burlarse del jorobado porque tiene la nariz grande. Cuando murió mi padre hubiera podido liberarme del sombrero, nada me lo impedía, pero nada hice. Pero, ¿cómo describirlo? Otra vez, otra vez.

Me levanté y eché a andar. No sé qué edad podía tener entonces. Lo que acababa de suceder no tenía por qué grabarse en mi existencia. No fue ni la cuna ni la tumba de nada. Al contrario: se parecía a tantas otras cunas, a tantas otras tumbas, que me pierdo. Pero no creo exagerar diciendo que estaba en la flor de la edad, lo que se llama me parece la plena posesión de las propias facultades. Ah sí, por poseerlas, las poseía. Atravesé la calle y me volví hacia la casa que acababa de expulsarme, yo, que nunca me volvía, al marcharme. ¡Qué bonita era! Había geranios en las ventanas. Me he inclinado sobre los geranios, durante años. Los geranios, qué astutos, pero acabé haciéndoles lo que me apetecía. La puerta de esta casa, en lo alto de su pequeña escalinata, siempre la he admirado, profundamente. ¿Cómo describirla? Maciza, pintada de verde, y en verano se la cubría con una especie de funda a rayas verdes y blancas con un agujero por donde salía una potente aldaba de hierro forjado y una grieta que correspondía a la boca del buzón que una placa de cobre con muelle protegía del polvo, los insectos, los pájaros. Ya está. Flanqueada por dos pilastras del mismo color, en la de la derecha se incrustaba el timbre. Las cortinas reflejaban un gusto impecable. Incluso el humo que se elevaba de uno de los tubos de la chimenea, el de la cocina, parecía estirarse y disiparse en el aire con más melancolía que el de los vecinos, y más azul. Miré al tercero y último piso, mi ventana, impudicamente abierta. La limpieza a fondo estaba en su apogeo. En algunas horas

cerrarían la ventana, correrían las cortinas y procederían a una pulverización de formol. Los conocía. A gusto habría muerto en esta casa. Vi, en una especie de visión, abrirse la puerta y salir mis pies.

Miraba sin rabia, porque sabía que no me espiaban tras las cortinas, como hubieran podido hacer, de apetecerles. Pero los conocía. Todos habían vuelto a sus nichos y cada uno se aplicaba en su trabajo.

Sin embargo no les había hecho nada.

Conocía mal la ciudad, lugar de mi nacimiento y de mis primeros pasos, en la vida, y luego de todos los demás que tanto han confundido mi rastro. ¡Si apenas salía! De vez en cuando me acercaba a la ventana, apartaba las cortinas y miraba fuera. Pero enseguida volvía al fondo de la habitación, donde estaba la cama. Me sentía incómodo, al fondo de toda aquella atmósfera, y perdido en el umbral de perspectivas innombrables y confusas. Aún sabía actuar, en aquella época, cuando era absolutamente necesario. Pero primero levanté los ojos al cielo, de donde nos viene la célebre ayuda, donde los caminos no aparecen marcados, donde se vaga libremente, como en un desierto, donde nada detiene la vista, dondequiera que se mire, sino los límites de la vista. Por eso levanto los ojos, cuando todo va mal, es incluso monótono pero soy incapaz de evitarlo, a ese cielo que descansa, incluso nublado, incluso plomizo, incluso velado por la lluvia, de la confusión y la ceguera de la ciudad, del campo, de la tierra. De más joven pensaba que valdría la pena vivir en medio de la llanura, iba a la landa de Lüneburg. Con la llanura metida en la cabeza iba a la landa. Había otras landas más cercanas, pero una voz me decía, Es la landa de Lüneburg lo que usted necesita, no me he tutelado mucho. El elemento luna tenía algo que ver con todo eso. Pues bien, la landa de Lüneburg no me gustó nada, lo que se dice nada. Volví decepcionado, y al mismo tiempo aliviado. Sí, no sé por qué, no me he sentido nunca decepcionado, y lo he estado a menudo, en los primeros tiempos, sin a la vez, o en el instante siguiente, gozar de un alivio profundo.

Me puse en camino. Qué aspecto. Rigidez en los miembros inferiores, como si la naturaleza no me hubiera con-

cedido rodillas, desviación extraordinaria de los pies a uno y otro lado del eje de marcha. El tronco, sin embargo, por el efecto de un mecanismo compensatorio, tenía la ligereza de un saco descuidadamente relleno de trapos y se bamboleanaba sin control según los imprevisibles tirones de la pelvis. He intentado muchas veces corregir estos defectos, erigir el busto, flexionar la rodilla y colocar los pies unos delante de otros, porque tenía cinco o seis por lo menos, pero todo acababa siempre igual, me refiero a una pérdida de equilibrio, seguida de una caída. Hay que caminar sin pensar en lo que se está haciendo, igual que se suspira, y yo cuando caminaba sin pensar en lo que hacía caminaba como acabo de explicar, y cuando empezaba a vigilarme daba algunos pasos bastante logrados y después caía. Decidí abandonarme. Este porte se debe, en mi opinión, por lo menos en parte, a cierta inclinación especialmente exacerbada en mil años de formación, los que marcan la construcción del carácter, me refiero al periodo que se extiende, hasta el infinito, entre las primeras vacilaciones, tras una nalla, y la clase de tercero, término de mi vida escolar. Tenía pues la molesta costumbre, habiéndome meado en el calzoncillo, o cagado, lo que me sucedía bastante a menudo al empezar la mañana, hacia las diez diez y media, de empeñarme en continuar y acabar así mi jornada, como si no tuviera importancia. La sola idea de cambiarme, o de conllevarme a mamá que sin embargo sólo deseaba ayudarme, me resultaba intolerable, no sé por qué, y hasta la hora de acostarme me arrastraba con, entre mis menudos muslos, o pegado a las nalgas, ardiente, crujiente y apestoso, el resultado de mis excesos. De ahí esos movimientos cautos, rígidos y sumamente espatarrados, de las piernas, de ahí el balanceo desesperado del busto, destinado sin duda a dar el pego, a hacer creer que nada me molestaba, que me encontraba lleno de alegría y de energía, y a hacer verosímiles mis explicaciones a propósito de mi rigidez de base, que yo achacaba a un reumatismo hereditario. Mi ardor juvenil, en la medida en que yo disponía de tales impulsos, se agotó en estas manipulaciones, me volví agrio, desconfiado, un poco prematuramente, aficionado de los escondrijos y de la postura horizontal. Pobres soluciones de juventud, que nada

explican. No hay por qué molestarse. Raciocinemos sin miedo, la niebla permanecerá.

Hacía buen tiempo. Caminaba por la calle, manteniéndome lo más cerca posible de la acera. La acera más ancha nunca es lo bastante ancha para mí, cuando me pongo en movimiento, y me horroriza importunar a desconocidos. Un guardia me detuvo y dijo, La calzada para los vehículos, la acera para los peatones. Parecía una cita del antiguo testamento. Subí pues a la acera, casi excusándome, y allí me mantuve, en un traqueteo indescriptible, por lo menos durante veinte pasos, hasta el momento en que tuve que tirarme al suelo, para no aplastar a un niño. Llevaba unos pequeños arneses, me acuerdo, con campanillas, debía creerse un poney, o un percherón, por qué no. Le hubiera aplastado con gusto, aborrezco a los niños, además le hubiera hecho un favor, pero temía las represalias. Todos son parientes, y eso le impide a uno tener confianza. Se debería disponer, en las calles concurridas, de una serie de pistas reservadas a estos sucios pequeños seres, para sus cochecitos, aros, biberones, patines, patinetes, papás, mamás, tatas, globos, en fin toda su sucia pequeña felicidad. Caí pues y mi caída arrastró la de una señora anciana cubierta de lentejuelas y encajes y que debía pesar unos noventa kilos. Sus alaridos no tardaron en provocar un tumulto. Confiaba en que se había roto el fémur, las señoras viejas se rompen fácilmente el fémur, pero no lo bastante, no lo bastante. Aproveché la confusión para escabullirme, lanzando imprecaciones ininteligibles, como si fuera yo la víctima, y lo era, pero no hubiera podido probarlo. Nunca se lincha a los niños, a los bebés, hagan lo que hagan son inocentes a priori. Yo los lincharía a todos con suma delicia, no digo que me pondría manos a la obra, no, no soy violento, pero animaría a los demás y les pagaría una ronda cuando hubieran acabado. Pero apenas recuperé la zarabanda de mis coces y bandazos me detuvo un segundo guardia, parecidísimo al primero, hasta el punto de que me pregunté si no era el mismo. Me hizo notar que la acera era para todo el mundo, como si fuera evidente que a mí no se me podía incluir en tal categoría. ¿Desea usted, le dije, sin pensar un sólo instante en Heráclito, que descienda al arroyo? Descienda a donde quiera, dijo, pero no

ocupe todo el sitio. Apunté a su labio superior, que tenía por lo menos tres centímetros de alto, y soplé encima. Lo hice, creo, con bastante naturalidad, como el que, bajo la presión cruel de los acontecimientos, exhala un profundo suspiro. Pero no se inmutó. Debía estar acostumbrado a autopsias, o exhumaciones. Si es usted incapaz de circular como todo el mundo, dijo, debería quedarse en su casa. Lo mismo pensaba yo. Y que me atribuyera una casa, no tenía por qué molestarme. En ese momento acertó a pasar un cortejo fúnebre, como ocurre a veces. Se produjo un gran tráfago de sombreros al tiempo que un mariposear de miles y miles de dedos. Personalmente si no hubiese tenido más remedio que persignarme me habría empeñado en hacerlo como es debido, nacimiento de la nariz, ombligo, tetilla izquierda, tetilla derecha. Pero ellos, con sus roces precipitados e imprecisos, te hacen una especie de crucificado enfurecido, sin el menor decoro, las rodillas bajo el mentón y las manos de cualquier manera. Los más encarnizados se inmovilizaron y dejaron oír algún balbuceo. El guardia, por su parte, se cuadró, con los ojos cerrados, la mano en el quepís. En las berlinas del cortejo fúnebre entreveía gente departiendo animadamente, debían evocar escenas de la vida del difunto, o de la difunta. Me parece haber oído decir que los arreos del coche fúnebre no son los mismos en los dos casos, pero nunca he conseguido averiguar en qué consiste la diferencia. Los caballos pedorreaban y cagaban como si fueran a la feria. No vi a nadie de rodillas.

Pero entre nosotros pasa rápido, el último viaje, por más que apretemos el paso, el último coche nos deja, el del servicio, se acabó la tregua, las gentes reviven, ojo. De forma que me detuve por tercera vez, por decisión propia, y tomé un coche. Los que acababa de ver pasar, atestados de gente que departía animadamente, debieron impresionarme poderosamente. Se trata de una caja negra grande, se bambolea sobre sus resortes, las ventanas son pequeñas, se acurruca uno en un rincón, huele a cerrado. Noté que mi sombrero rozaba el techo. Un poco después me incliné hacia delante y cerré los cristales. Después recuperé mi sitio, de espaldas al sentido de la marcha. Iba a adormecerme cuando una voz me sobresaltó, la del cochero. Había abierto la portezuela,

renunciando sin duda a hacerse oír a través del cristal. Sólo veía sus bigotes. ¿Adónde?, dijo. Había bajado de su asiento exclusivamente para decirme esto. ¡Y yo que me creía ya lejos! Reflexioné, buscando en mi memoria el nombre de una calle, o de un monumento. ¿Tiene usted el coche en venta?, dije. Añadí, Sin el caballo. ¿Qué haría yo con un caballo? ¿Y qué haría yo con un coche? ¿Podría al menos tumbarme? ¿Quién me traería la comida? Al Zoo, dije. Es raro que no haya Zoo en una capital. Añadí, No vaya usted muy de prisa. Se rió. La sola idea de poder ir al Zoo demasiado aprisa parecía divertirle. A menos que no fuera la perspectiva de encontrarse sin coche. A menos que fuera simplemente yo, mi persona, cuya presencia en el coche debía metamorfosearlo, hasta el punto de que el cochero, al verme con la cabeza en las sombras del techo y las rodillas contra el cristal, había llegado quizás a preguntarse si aquél era realmente su coche, si era realmente un coche. Echa rápido una mirada al caballo, se tranquiliza. Pero ¿sabe uno mismo alguna vez por qué ríe? Su risa de todas formas fue breve, lo que parecía ponerme fuera de causa. Cerró de nuevo la portezuela y subió otra vez al pescante. Poco después el caballo arrancó.

Pues sí, tenía aún un poco de dinero en aquella época. La pequeña cantidad que me había dejado mi padre, como regalo, sin condiciones, a su muerte, aún me pregunto si no me la robaron. Muy pronto me quedé sin nada. Mi vida no por eso se detuvo, continuaba, e incluso tal y como yo la entendía, hasta cierto punto. El gran inconveniente de esta situación, que podría definirse como la imposibilidad absoluta de comprar, consiste en que le obliga a uno a cambiar de sitio. Es raro, por ejemplo, cuando realmente no hay dinero, conseguir que le traigan a uno algo de comer, de vez en cuando, al refugio. No hay más remedio entonces que salir y cambiar de sitio, por lo menos un día a la semana. No se tiene domicilio en esas condiciones, es inevitable. De ahí que me enterara con cierto retraso de que me estaban buscando, para un asunto que me concernía. Ya no me acuerdo por qué conducto. No leía los periódicos y tampoco tengo idea de haber hablado con alguien, durante estos años, salvo quizá tres o cuatro veces, por una cuestión

de comida. En fin algo debió llegarme, de un modo o de otro, si no no me hubiera presentado nunca al Comisario Nidder, hay nombres que no se olvidan, es curioso, y él no me hubiera recibido nunca. Comprobó mi identidad. Esto le llevó un buen rato. Le enseñé mis iniciales de metal en el interior del sombrero, no probaban nada, pero reforzaban las posibilidades. Firme, dijo. Jugaba con una regla cilíndrica, con la que se hubiera podido matar un buey. Cuente, dijo. Una mujer joven, quizás en venta, asistía a la conversación, en calidad de testigo sin duda. Me metí el fajo en el bolsillo. Se equivoca, dijo. Tenía que haberme pedido que los contara antes de firmar, pensé, hubiera sido más correcto. ¿Dónde le puedo encontrar, dijo, si llega el caso? Al pie de las escaleras pensé en alguna cosa. Poco después volvía a subir para preguntarle de dónde me venía ese dinero, añadiendo que tenía derecho a saberlo. Me dijo un nombre de mujer, que he olvidado. Quizá me había tenido sobre sus rodillas cuando yo estaba aún en pañales y le había hecho curantoñas. A veces basta con eso. Digo bien, en pañales, porque más tarde hubiera sido demasiado tarde, para las curantoñas. Gracias pues a este dinero tenía todavía un poco. Muy poco. Dividido por mi vida futura era como si no existiera, a menos que mis previsiones pecaran de pesimistas. Golpeé contra el tabique situado junto a mi sombrero, en la misma espalda del cochero si había calculado bien. Una nube de polvo se desprendió del acolchado. Cogí una piedra del bolsillo y golpeé con la piedra, hasta que el coche se detuvo. Noté que no se produjo aminoración de la marcha, como acusan la mayoría de los vehículos, antes de inmovilizarse. No, se paró en seco. Yo esperaba. El coche vibraba. El cochero, desde la altura del pescante, debía estar escuchando. Yo veía el caballo como si lo tuviera delante. No había tomado la actitud abatida de sus paradas breves, permanecía atento, las orejas erguidas. Miré por la ventana, estábamos de nuevo en movimiento. Golpeé de nuevo el tabique, hasta que el coche se detuvo de nuevo. El cochero bajó del pescante echando pestes. Bajé el cristal para que no se le ocurriera abrir la portezuela. Más de prisa, más de prisa. Estaba más rojo, violeta diría yo. La cólera, o el viento de la carrera. Le dije que lo alquilaba por toda la jor-

nada. Respondió que tenía un entierro a las tres. Ah los muertos. Le dije que ya no quería ir al Zoo. Ya no vamos al Zoo, dije. Respondió que no le importaba adónde fuéramos, a condición de que no fuera muy lejos, a causa de su animal. Y se nos habla de la especificidad del lenguaje de los primitivos. Le pregunté si conocía un restaurante. Añadí, Comerá usted conmigo. Prefiero estar con un parroquiano, en esos sitios. Había una larga mesa flanqueada por dos banquetas de la misma longitud exactamente. A través de la mesa me habló de su vida, de su mujer, de su animal, después otra vez de su vida, de la vida atroz que era la suya, a causa sobre todo de su carácter. Me preguntó si me daba cuenta de lo que eso significaba, estar siempre a la intemperie. Me enteré de que aún existían cocheros que pasaban la jornada bien calentitos en sus vehículos estacionados, esperando que el cliente viniera a despertarlos. Esto podía hacerse en otra época, pero hoy había que emplear otros métodos, si se pretendía aguantar hasta finalizar sus días. Le describí mi situación, lo que había perdido y lo que buscaba. Hicimos los dos lo que pudimos, para comprender, para explicar. El comprendía que yo había perdido mi habitación y que necesitaba otra, pero todo lo demás se le escapaba. Se le había metido en la cabeza, y no hubo modo de sacárselo, que yo andaba buscando una habitación amueblada. Sacó del bolsillo un periódico de la tarde de la víspera, o quizá de la antevíspera, y se impuso el deber de recorrer los anuncios por palabras, subrayando cinco o seis con un minúsculo lapicillo, el mismo que temblaba sobre los futuros ganadores. Subrayaba sin duda los que hubiera subrayado de encontrarse en mi lugar o quizá los que se remitían al mismo barrio, a causa de su animal. Sólo hubiera conseguido confundirle si le hubiese dicho que no admitía, en cuanto a muebles, en mi habitación, más que la cama, y que habría que quitar todos los demás, la mesilla de noche incluida, antes de que yo consintiera poner los pies en el cuarto. Hacia las tres despertamos al caballo y nos pusimos de nuevo en marcha. El cochero me propuso subir al pescante, a su lado, pero desde hacía un rato acariciaba la idea de instalarme en el interior del coche y volví a ocupar mi sitio. Visitamos, una tras otra, con método supongo, las di-

recciones que había subrayado. La corta jornada de invierno no precipitaba hacia el fin. Me parece a veces que son éstas las únicas jornadas que he conocido, y sobre todo este momento encantador entre todos, el que precede a la obliteración nocturna. Las direcciones que había subrayado, o más bien marcado con una cruz, como hace la gente del pueblo, las tachaba, con un trazo diagonal, a medida que se revelaban malas. Me enseñó el periódico más tarde, obligándome a guardarlo en mi poder, para estar seguro de no buscar otra vez donde ya había buscado en vano. A pesar de los cristales cerrados, los chirridos del coche y el ruido de la circulación, le oía cantar, completamente solo en lo alto de su alto pescante. Me había preferido a un entierro, era un hecho que perduraría eternamente. Cantaba. *Ella está lejos del país donde duerme su joven héroe*, son las únicas palabras que recuerdo. En cada parada bajaba de su asiento y me ayudaba a bajar del mío. Llamaba a la puerta que él me indicaba y a veces yo desaparecía en el interior de la casa. Me resultaba extraño, recuerdo, sentir de nuevo una casa a mi alrededor, después de tanto tiempo. Me esperaba en la acera y me ayudaba a subir de nuevo al coche. Empecé a hartarme del cochero. Trepaba al pescante y nos poníamos en marcha otra vez. De pronto se produjo lo siguiente. Se detuvo. Sacudí mi entumecimiento y me puse en posición para bajar. Pero no vino a abrir la portezuela y a ofrecirme el brazo, de modo que tuve que bajar solo. Encendía las linternas. Me gustan las lámparas de petróleo, a pesar de que son, con las velas, y si exceptuó los astros, las primeras luces que conocí. Le pregunté si me dejaba encender la segunda linterna, puesto que él había encendido ya la primera. Me dio su caja de cerillas, abrí el pequeño cristal abombado montado sobre bisagras, encendí y cerré enseguida, para que la mecha ardiera tranquila y clara, bien caliente en su casita, al abrigo del viento. Tuve esta alegría. No veíamos nada, a la luz de las linternas, apenas vagamente los volúmenes del caballo, pero los demás los veían de lejos, dos manchas amarillas bogando lentamente sin amarras. Cuando el tiro giraba se veía un ojo, rojo o verde según el caso, rombo abombado límpido y agudo como en una vidriera.

Cuando verificamos la última dirección el cochero me propuso presentarme en un hotel que conocía, en donde yo estaría bien. Es coherente, cochero, hotel, es verosímil. Recomendado por él no me faltaría nada. Todas las comodidades, dijo, guiñando un ojo. Sitúo esta conversación en la acera, ante la casa de la que yo acababa de salir. Recuerdo, bajo la linterna, el flanco hundido y blando del caballo y sobre la manija de la portezuela la mano del cochero, enguantada en lana. Mi cabeza sobrepasaba el techo del coche. Le propuse tomar una copa. El caballo no había bebido ni comido en todo el día. Se lo hice notar al cochero que me respondió que su caballo no se repondría hasta que volviera a la cuadra. Cualquier cosa que tomara, aunque sólo fuera una manzana o un terrón de azúcar, durante el trabajo, le produciría dolores de vientre y cólicos que le impedirían dar un paso y que incluso podrían matarlo. Por eso se veía obligado a atarle las quijadas con una correa, cada vez que por una razón o por otra debía dejarle solo, para que no sufriera las consecuencias del buen corazón de los transeúntes. Después de algunas copas el cochero me rogó que les hiciera el honor, a él y a su mujer, de pasar la noche en su casa. No estaba lejos. Pensando en ello, con el célebre beneficio de la perspectiva, creo que no había hecho, ese día, sino dar vueltas alrededor de su domicilio. Vivían encima de una cochera, al fondo de un patio. Muy buena situación, yo me habría contentado. Me presentó a su mujer, increíblemente culona, y nos dejó. Ella estaba incómoda, se veía, a solas conmigo. La comprendía, yo no me ando con chiquitas en estos casos. No había razones para que aquello acabara o continuara. Pues que acabara entonces. Dije que iba a bajar a la cochera a acostarme. El cochero protestó. Insistí. Atrajo la atención de su mujer sobre una pústula que tenía yo en la coronilla, me había quitado el sombrero, por educación. Hay que procurar quitar eso, dijo ella. El cochero nombró un médico a quien tenía en gran estima y que le había curado de una induración en el trasero. Si quiere acostarse en la cochera, dijo la mujer, que se acueste en la cochera. El cochero cogió la lámpara de encima de la mesa y me precedió en la escalera que bajaba a la cochera, era más bien una escalerilla, dejando a su mu-

jer en la oscuridad. Extendió en el suelo, en un rincón, sobre la paja, una manta de caballo, y me dejó una caja de cerillas, para el caso de que tuviera necesidad de ver claro durante la noche. No me acuerdo lo que hacía el caballo entretanto. Tumbado en la oscuridad oía el ruido que hacía al beber, es muy particular, el brusco corretear de las ratas y por encima de mí las voces mitigadas del cochero y su mujer criticándome. Tenía en la mano la caja de cerillas, una sueca tamaño grande. Me levanté en la noche y encendí una. Su breve llama me permitió descubrir el coche. Me dieron ganas, luego se me quitaron, de prender fuego a la cochera. Encontré el coche en la oscuridad, abrí la portezuela, salieron ratas, me metí dentro. Al instalarme noté enseguida que el coche no estaba derecho, era evidente, con los timones descansando en el suelo. Mejor así, esto me permitía tumbarme a gusto, con los pies más altos que la cabeza sobre la otra banqueta. Varias veces durante la noche sentí que el caballo me miraba por la ventanilla, y el aliento de sus ollares. Desengachado debía encontrar extraña mi presencia en el coche. Yo tenía frío, había olvidado coger la manta, pero no lo bastante como para levantarme a buscarla. Por la ventanilla del coche veía la de la cochera, cada vez mejor. Salí del coche. Había menos oscuridad en la cochera, entreveía el pesebre, el abrevadero, los arneses colgados, qué más, cubos y cepillos. Fui a la puerta pero no pude abrirla. El caballo me seguía con la mirada. ¿Así que los caballos no duermen nunca? Pensaba que el cochero tendría que haberle atado, delante del pesebre por ejemplo. Me vi, pues, obligado a salir por la ventana. No fue fácil. Pero ¿qué es fácil? Pasé primero la cabeza, tenía las palmas de las manos sobre el suelo del patio mientras las caderas seguían retorciéndose, atrapadas en el marco de la ventana. Me acuerdo del manojo de hierba del que tiré con las dos manos, para liberarme. Tendría que haberme quitado el abrigo y tirarlo por la ventana, pero no se puede estar en todo. En cuanto salí del patio pensé en alguna cosa. La fatiga. Deslicé un billete en la caja de cerillas, volví al patio y puse la caja en el reborde de la ventana por la que acababa de salir. El caballo estaba en la ventana. Pero después de dar unos pasos por la calle volví al patio y

recuperé mi billete. Dejé las cerillas, no eran mías. El caballo seguía en la ventana. Estaba hasta aquí del caballo. El alba asomaba débilmente. No sabía dónde estaba. Tomé la dirección de levante, supongo, para tener cuanto antes claridad. Hubiera querido un horizonte marino, o desértico. Cuando estoy fuera, por la mañana, voy al encuentro del sol, y por la noche, cuando estoy fuera, lo sigo, casi hasta la mansión de los muertos. No sé por qué he contado esta historia. Igual habría podido contar otra. Quizás alguna otra vez podré contar otra. Almas vivas, veréis cómo se parecen.

1945

El calmante

Yo ya no sé cuándo he muerto. Siempre me ha parecido haber muerto viejo, hacia los ochenta años, y qué años, y que mi cuerpo daba fe de ello, de la cabeza a los pies. Pero esta noche, solo en mi cama helada, siento que voy a ser más viejo que el día, la noche, en que el cielo con todas sus luces cayó sobre mí, el mismo cielo que tanto había mirado, desde que erraba sobre la tierra lejana. Porque tengo demasiado miedo esta noche para observar cómo me pudro, para esperar los grandes descensos rojos del corazón, las torsiones del intestino sin salida y para que se cumplan en mi cabeza los largos asesinatos, el asalto a pilares inquebrantables, el amor con los cadáveres. Voy, pues, a contarme una historia, voy, pues, a intentar contarme una vez más una historia, para intentar calmarme, y es ahí dentro donde siento que seré viejo, viejo, más viejo aún que el día en que me derrumbé, pidiendo socorro, y el socorro vino. O es posible que en esta historia haya vuelto sobre la tierra, después de mi muerte. No, no parece probable, volver a la tierra después de mi muerte.

¿Por qué haberme movido, estando en casa de nadie? ¿Me echaban fuera? No, no había nadie. Veo una especie de antro, con el suelo cubierto de latas de conservas. No es el campo sin embargo. Se trata quizá de unas simples ruinas, quizá las ruinas de una quinta, en las inmediaciones de la ciudad, en un campo, porque los campos llegaban hasta el pie de los muros, sus muros, y por la noche las vacas se acostaban al abrigo de las fortificaciones. He cambiado tanto de refugio, a lo largo de mi desconcierto, que me sorprende confundiendo antros y escombros. Pero fue siempre la misma ciudad. Es verdad que uno va muchas veces en un

sueño, el aire se ennegrece de casas y fábricas, se ven pasar tranvías y bajo los pies que moja la hierba aparecen de pronto adoquines. Yo no conozco más que la ciudad de la infancia, he debido ver la otra, pero sin lograr jamás creer en ella. Todo lo que digo se anula, nada habré dicho. ¿Tenía hambre al menos? ¿Me tentaba el tiempo? Estaba nublado y fresco, así lo prefiero, pero no hasta el punto de atraerme afuera. No pude levantarme a la primera tentativa, ni pongamos a la segunda, y una vez por fin de pie, y apoyado en la pared, me preguntaba si podría seguir, de pie me refiero, apoyado contra el muro. Salir y caminar, imposible. Hablo como si fuera ayer. Ayer, en efecto, está reciente, pero no lo bastante. Porque lo que cuento esta noche ocurre esta noche, a esta hora que se desvanece. Ya no estoy con esos asesinos, en aquel lecho de terror, sino en mi lejano refugio, las manos cruzadas, la cabeza inclinada, débil, jadeante, tranquilo, libre y más viejo de lo que nunca he sido, si mis cálculos son exactos. Conduciré sin embargo mi historia al pasado, como si se tratara de un mito o de una fábula antigua, porque necesito esta noche otra edad, que se convierta en otra edad aquélla en la que yo me convertí en lo que he sido. Oh, os voy a dar yo tiempos, cerdos de vuestro tiempo.

Pero poco a poco salí y me eché a andar, a pasitos, en medio de los árboles, vaya, árboles. Una vegetación enloquecida invadía los senderos de antaño. Me apoyaba en los troncos, para recobrar el aliento, o, agarrándome a una rama, me lanzaba hacia delante. De mi último recorrido ya no quedaba el menor rastro. Eran los perecederos robles de d'Aubigné. Apenas un bosquecillo. El lindero estaba cerca, una luz menos verde y como desastrada lo decía, calmosamente. Sí, donde uno estuviera, en ese pequeño bosque, aunque fuese en lo más profundo de sus pobres secretos, por todas partes veías resplandecer aquella luz más pálida, testimonio de no sé qué estúpida eternidad. Morir sin sufrir demasiado, un poco, eso sí que vale la pena, cerrar uno mismo ante el cielo ciego los ojos por socavar, después rápido convertirse en carroña, para que los cuervos no se confundan. Esa es la ventaja de morir ahogado, una de las ventajas, los cangrejos, ellos, no llegan nunca dema-

siado pronto. Todo esto es cuestión de organización. Pero cosa rara, salido por fin del bosque, habiendo cruzado distraídamente la zanja que lo ceñía, me puse a pensar en la crueldad, la risueña. Ante mí se extendía un herbaje espeso, tréboles, quizá, qué importa, chorreando del rocío nocturno o de la lluvia reciente. Más allá del prado, lo sabía, un camino, luego un campo, luego por último las murallas, cerrando la perspectiva. Las murallas, ciclópeas y dentadas, recorriéndose débilmente sobre un cielo apenas más claro, no ofrecían aspecto de ruinas, comparadas con las mías, pero lo eran, lo sabía. Esta era la escena que se abría ante mí, inútilmente, porque la conocía y me horrorizaba. Lo que yo veía era un hombre calvo trajeado de marrón, un charlatán. Contaba una historia divertida, a propósito de un fiasco. Yo no entendía nada. Pronunció la palabra caracol, babosa quizá, para la alegría general. Las mujeres parecían divertirse todavía más que sus acompañantes, si eso fuera posible. Sus risas agudas penetraban los aplausos y, calmados éstos, se desparramaban aún, aquí y allá, hasta turbar el exordio de la historia siguiente. Pensaban quizás en el pene titular, sentado quién sabe a su lado, y desde esta suave proximidad lanzaban sus gritos de alegría, hacia la tempestad cómica, qué talento. Pero soy yo esta noche a quien debe suceder algo, a mi cuerpo, como en los mitos y metamorfosis, a este viejo cuerpo al que nada nunca ha sucedido, o tan poco, que nada nunca ha encontrado, nada amado, nada querido, en su universo galvanizado, mal galvanizado, nada deseado sino que los espejos se derrumben, los planos, los curvos, los de aumento, los de disminución, y desaparecer, en el estruendo de sus imágenes. Sí, esta noche es necesario que suceda como en el cuento que mi padre me leía, noche tras noche, cuando yo era pequeño y él saludable, durante años me parece esta noche, y del que no he retenido gran cosa, salvo que se trataba de las aventuras de un tal Joe Breem, o Breen, hijo de un farero, mozo de quince años, fuerte y musculoso, ésa es la frase exacta, que nadó durante millas, de noche, con un cuchillo entre los dientes, persiguiendo a un tiburón, ya no sé por qué, por puro heroísmo. Este cuento, hubiera podido simplemente contármelo, se lo sabía de memoria, yo también,

pero así no me hubiera calmado, tenía que leérmelo, o simular leérmelo, noche tras noche, pasando las páginas y explicándome las imágenes, que ya eran yo, noche tras noche las mismas imágenes, hasta que me amodorraba sobre su hombro. Con una sola palabra de texto que se hubiese saltado, yo le habría golpeado, con mi puñito, en su gordo vientre que saltaba fuera del chaleco de punto y del pantalón desabrochado que le descansaban de su indumentaria de oficina. Me toca a mí ahora la marcha, la lucha y el regreso quizá, le toca a este viejo que soy yo esta noche, más viejo de lo que fuera nunca mi padre, más viejo de lo que yo jamás seré. Y aquí me tenéis abocado a los futuros. Atravesé el prado, a pasitos crispados y blandos a un tiempo, los únicos de que disponía. Ni el menor rastro de mi último recorrido, hacía mucho tiempo de mi último recorrido. Y los tallitos magullados crecen rápido de nuevo, en la necesidad de aire y luz, y los rotos son reemplazados rápidamente. Penetré en la ciudad por la puerta llamada de los Pastores, sin haber visto a nadie, tan sólo los primeros murciélagos que son como crucificados voladores, ni oído nada salvo mis pasos, mi corazón en el pecho y luego por último, cuando pasaba bajo la bóveda, el ulular de un búho, ese grito a la vez tan suave y tan feroz y que de noche, llamando, respondiendo, en mi bosquecillo y en los colindantes, llegaba a mi choza como un toque a rebato. La ciudad, a medida que me internaba en ella, me sorprendía por su aspecto desértico. Estaba iluminada como de costumbre, más que de costumbre, aunque las tiendas estuvieran cerradas. Pero sus escaparates permanecían iluminados, con la finalidad sin duda de atraer al cliente y obligarle a decir, Vaya, qué bonito es eso, y no es caro, volveré mañana, si vivo aún. Estuve a punto de decirme, Vaya, es domingo. Los tranvías circulaban, también los autobuses, pero poco numerosos, al relantí, vacíos, sin ruido y como bajo el agua. ¡No vi ni un caballo! Llevaba mi enorme abrigo verde con cuello de terciopelo, estilo abrigo de automovilista 1900, el de mi padre, pero no tenía ya mangas ese día, no era más que una amplia capa. Pero era siempre sobre mí el mismo enorme peso muerto, sin calor, y los faldones barrían el suelo, lo rastriaban más bien, tanto se habían deshilachado, tanto me ha-

bía empequeñecido. ¿Qué iba, qué podía sucederme en esta ciudad vacía? Pero yo sentía las casas abarrotadas de gente, ocultos tras las cortinas miraban la calle o, sentados al fondo de la habitación, la cabeza entre las manos, se abandonaban al ensueño. Allá arriba, en la cúspide, mi sombrero, siempre el mismo, yo no llegaba más lejos. Atravesé la ciudad de punta a punta y llegué ante el mar, habiendo seguido el río hasta su desembocadura. Decía, Voy a volver, sin creérmelo demasiado. Los barcos en el puerto, anclados, sujetos por cabos al malecón, no me parecían menos numerosos que en tiempo normal, como si yo supiera algo del tiempo normal. Pero los muelles estaban desiertos y nada anunciaba un movimiento de navíos próximo, ni una partida ni una llegada. Aunque todo podía cambiar de un instante a otro, transformarse bajo mis ojos en un santiamén. Y en esto consistiría el bullicio de la gente y de las cosas del mar, el imperceptible balanceo de la arboladura de los grandes navíos y el más danzante de los pequeños, me apetece, y oiría el terrible grito de las gaviotas y quizá también el de los marineros, ese grito como sin timbre y que no se sabe con exactitud si es triste o alegre y que contiene algo de espanto y de cólera, porque no sólo pertenecen al mar, los marineros, sino también a la tierra. Y yo podría quizá deslizarme a bordo de un carguero a punto de partir, furtivamente, y marcharme lejos, y pasar lejos unos cuantos meses, quizás incluso un año o dos, al sol, en paz, antes de morir. Y sin llegar hasta ahí me extrañaría mucho que, en esta muchedumbre hormigueante y desengañada, no consiguiera establecer un pequeño encuentro que me calmara un poco o cambiar algunas palabras con un navegante por ejemplo, palabras que me llevaría conmigo, a mi choza, para añadir las a mi colección. Esperaba, pues, sentado sobre una especie de cabrestante sin protector, diciéndome, Por lo menos esta noche los cabrestantes no se han retirado de la circulación. Y escrutaba hacia alta mar, más allá de los rompeolas sin descubrir embarcación alguna. Ya era de noche, o casi, veía luces, a ras del agua. Los bonitos fanales a la entrada del puerto, también los veía, y otros a lo lejos, parpadeando en la costa, las islas, los promontorios. Pero al comprobar que no se producía la menor animación, me dis-

puse a marcharme, a apartar la vista, tristemente, de esta enseñada muerta, porque hay escenas que abocan a extrañas despedidas. No tenía más que bajar la cabeza y mirar al suelo bajo mis pies, delante de mis pies, porque en esa posición siempre he sacado fuerzas para, cómo explicarlo, no lo sé, y ha sido de la tierra más que del cielo, sin embargo mejor cotizado, de donde me ha venido el socorro, en los momentos difíciles. Y allí, sobre la losa, a la que no miraba fijamente, porque para qué mirarla fijamente, vi a lo lejos la bahía, en lo más encrespado de esta negra marejada, y rodeándome por completo la tempestad y la perdición. Nunca volveré aquí, dije. Pero habiéndome levantado, buscando apoyo con las dos manos en el borde del cabrestante, me encontré ante un chico que sujetaba una cabra por un cuerno. Me volví a sentar. El no decía nada, mirándome sin temor aparentemente ni asco. Es cierto que estaba oscuro. Que no dijera nada me parecía natural, a mí el de más edad correspondía hablar el primero. Iba descalzo y harapiento. Habitual de aquellos parajes, se había apartado de su camino para ver qué era aquella masa sombría abandonada al borde de la dársena. Así razonaba yo. Muy cerca de mí ahora, y con su mirada de golfillo, era imposible que no hubiera comprendido. Sin embargo se quedaba. ¿Es realmente mía, esa bajeza? Emocionado, porque después de todo yo debía haber salido para eso, en cierto sentido, y aunque no esperaba sino un escaso provecho de lo que podía suceder, me decidí a dirigirle la palabra. Preparé así mi frase y abrí la boca, creyendo que iba a oírla, pero no oí más que una especie de estertor, ininteligible incluso para mí que conocía mis intenciones. Pero no era nada, nada sino la afonía debida al prolongado silencio, como en el bosquecillo donde se abren los infiernos, os acordáis, yo apenas. El, sin soltar la cabra, vino justo a mi lado y me ofreció un bombón, en un cucurucho de papel, de los que se encontraban por un penique. Hacía por lo menos ochenta años que nadie me había ofrecido un bombón, pero yo, lo cogí ávidamente y me lo metí en la boca, recuperé el viejo gesto, cada vez más emocionado, puesto que me apetecía. Los bombones se habían pegado y me costó trabajo, con mis manos temblorosas, separar de los demás el que apare-

eló primero, uno verde, pero él me ayudó y su mano rozó la mía. Gracias, dije. Y como unos instantes más tarde se alejaba, tirando de su cabra, le hice un gesto, con un gran movimiento de todo el cuerpo, para que se quedara, y dije, en un murmullo impetuoso, ¿Dónde vas tú así, hijo mío, con tu cabrita? Esta frase apenas pronunciada, de vergüenza me tapé la cara. Era sin embargo la misma que había querido decir hacía un momento. ¡Dónde vas, hijo mío, con tu cabrita! Si hubiera sabido sonrojarme lo hubiera hecho, pero mi sangre ya no llegaba a las extremidades. Si hubiera tenido un penique en el bolsillo se lo hubiera dado, pero no tenía un penique en el bolsillo, ni nada que se le pareciera, nada que pudiera gustar a un pequeño desgraciado, en el linde de la vida. Creo que ese día, que había salido por decirlo así sin premeditación, sólo llevaba conmigo mi piedra. De su personilla estaba escrito que yo no vería sino los cabellos rizados y negros y el hermoso perfil de las largas piernas desnudas, sucias y musculosas. La mano también, fresca y viva, no estaba dispuesto a olvidarla. Busqué otra frase para decirle. La encontré demasiado tarde, estaba ya lejos, oh lejos no, pero lejos. Fuera de mi vida también, tranquilamente se iba, ya nunca uno solo de sus pensamientos sería para mí, tan sólo quizá cuando fuera viejo y, hurgando en su primera juventud, encontrara esta alegre noche y sujetara aún la cabra por el cuerno y se detuviera aún un instante ante mí, con quién sabe esta vez un asomo de ternura, de celos incluso, pero no cuento con ello. Pobres bestias queridas, me habréis ayudado, ¿Qué hace tu papá, en la vida? Eso es lo que le hubiera dicho, de darme tiempo. Seguí con la mirada las patas traseras de la cabra, descarnadas, patizambas, espatarradas, sacudidas por bruscos temblores. Pronto no fueron sino una minúscula masa sin detalles y que de no saberlo hubiera podido tomar por un joven centauro. Iba a hacer cagar la cabra, después recoger un puñado de bolitas tan rápidamente frías y duras, olerlas e incluso probarlas, pero no, eso no me ayudaría esta noche. Digo esta noche, como si se tratara siempre de la misma noche, pero ¿hay dos noches? Me puse en camino, con la intención de regresar cuanto antes, porque no volvía del todo con las manos vacías, repitiendo, Jamás volveré

aquí. Las piernas me hacían daño, gustosamente cada paso hubiera sido el último. Pero las ojeadas rápidas y como solapadas que lanzaba hacia los escaparates me mostraban un enorme cilindro lanzado a toda marcha y que parecía deslizarse sobre el asfalto. Yo debía en efecto avanzar de prisa, porque alcancé a más de un peatón, he ahí los primeros hombres, sin forzarme, a mí a quien normalmente los parkinsonianos dejaban atrás, y entonces me parecía que tras de mí los pasos se detenían. Y sin embargo cada uno de mis pasitos hubiera sido gustosamente el último. Hasta tal punto que, desembocando en una plaza en la que no había reparado al venir, y al fondo de la cual se alzaba una catedral, decidí entrar, si estaba abierta, y esconderme allí, como en la Edad Media, durante un momento. Digo catedral, pero yo de eso no entiendo nada. Pero me dolería, en esta historia que se pretende la última, haber ido a refugiarme en una simple iglesia. Noté el Stützenwechsel de Sajonia, de un efecto encantador, pero que no me encantó. Iluminada con esplendor la nave parecía desierta. Di varias vueltas, sin ver alma viviente. Se escondían quizá bajo los sitiales del coro o dando vueltas alrededor de las columnas, como los pájaros carpinteros. De repente muy cerca de mí, y sin que yo hubiera oído los largos chirridos preliminares, el órgano se puso a mugir. Me levanté de un salto de la alfombra sobre la que me había tumbado, ante el altar, y corrí al otro extremo de la nave, como si quisiera salir, pero no era la nave, era un crucero, y la puerta que me engulló no era la buena. Porque en lugar de ser devuelto a la noche me encontré al pie de una escalera de caracol que me puse a subir a grandes zancadas, descuidando mi corazón, como el que persigue de cerca a un maníaco homicida. La escalera, débilmente iluminada, no sé con qué, con tragaluces quizá, la subí jadeando hasta la plataforma en saliente adonde moriría y que, flanqueada por el lado del vacío de un pretil cínico, corría alrededor de un muro liso y redondo coronado por una pequeña cúpula recubierta de plomo, o de cobre reverdecido, uf, con tal de que esté claro. Se debía venir aquí para gozar de la vista. Los que caen de esta altura mueren antes de llegar abajo, como es sabido. Pegándome al muro me dispuse a dar la vuelta completa, en el sentido

de las agujas del reloj. Pero apenas hube dado algunos pasos encontré a un hombre que daba la vuelta en sentido contrario, con extrema precaución. Cómo me gustaría precipitarlo, o que él me precipitara, abajo. Me miró fijamente un momento con ojos despavoridos y después, sin atreverse a pasar ante mí por el lado del parapeto y previendo con razón que yo no me apartaría amablemente del muro, me volvió bruscamente la espalda, la cabeza más bien, porque la espalda continuaba aglutinada contra el muro, y se puso de nuevo en marcha en dirección opuesta, lo que le redujo en poco tiempo a una mano izquierda. Esta dudó un momento, después desapareció, en un resbalón. Ya no me quedaba más que la imagen de dos ojos desorbitados y crispados, bajo una gorra a cuadros. ¿Qué es este horror objetal en el que me he metido? Mi sombrero voló, pero no fue lejos, gracias al cordón. Volví la cabeza del lado de la escalera y agucé la vista. Nada. Después apareció una niña, seguida de un hombre que la llevaba de la mano, los dos pegados al muro. La empujó hacia la escalera, y allí se precipitó él a su vez. Se volvió y levantó hacia mí una cara que me hizo retroceder. Sólo veía su cabeza, desnuda, por encima del último escalón. Más tarde, cuando se fueron, llamé. Di rápidamente la vuelta a la plataforma. Nadie. Vi en el horizonte, allí donde se unen al cielo montaña, mar y planicie, algunas estrellas bajas, no confundir con los fuegos que encienden los hombres, por la noche, o que se encienden solos. Basta. De nuevo en la calle busqué mi camino, en el cielo donde conocía bien los carros. Si hubiera visto a alguien le hubiera abordado, ni el más cruel semblante me hubiera detenido. Le hubiera dicho, llevándome la mano al sombrero, Perdón, señor, perdón, señor, la puerta de los Pastores, por piedad. Creía que no podía ya avanzar, pero apenas llegó el impulso a las piernas me precipité hacia delante, Dios mío con cierta rapidez. No volvía con las manos vacías, traía a casa la casi certeza de pertenecer todavía a este mundo, también a este mundo, en cierto sentido, pero lo pagaba caro. Hubiera sido preferible pasar la noche en la catedral, sobre la alfombra ante el altar, hubiera seguido mi camino al amanecer, o me hubieran encontrado tumbado, rígido, muerto, con la estricta muerte carnal, bajo los ojos

azules, pozos de tanta esperanza, y se hubiera hablado de mí en los periódicos de la tarde. Pero héme aquí descendiendo una larga travesía vagamente familiar, donde no era fácil sin embargo que hubiera puesto nunca los pies, vivo. Aunque percatándome pronto de la pendiente di media vuelta y continué en sentido opuesto, porque temía, al descender, regresar al mar, adonde había dicho que no regresaría más. Di media vuelta, pero en realidad fue una larga curva trazada sin pérdida de velocidad, porque temía al pararme no poder moverme de nuevo, sí, también temía esto. Y esta noche tampoco me atrevo ya a pararme. Cada vez me sorprendía más el contraste entre la iluminación de las calles y su aspecto desértico. Decir que aquello me angustiaba, no, pero lo digo de todas formas, con la esperanza de calmarme. Decir que no había nadie en la calle, no, no me atrevería a tanto, porque noté varias siluetas, tanto de mujer como de hombre, extrañas, pero no más que de costumbre. En cuanto a la hora que podía ser, no tenía la menor idea, salvo que debía ser una hora cualquiera de la noche. Pero podían ser las tres o las cuatro de la madrugada como podían ser las diez o las once de la noche, dependía probablemente de que uno se extrañara de la penuria de los transeúntes o del extraordinario resplendor que arrojaban los reverberos y luces de circulación. Porque de uno de estos dos fenómenos había que extrañarse, a no ser que se hubiera perdido la razón. Ni un solo coche particular, y muy de rato en rato un vehículo público, lenta tromba de luz silenciosa y vacía. Me avergonzaría insistir en estas antinomias, porque estamos, claro está, en una cabeza, pero me veo obligado a añadir las siguientes observaciones. Todos los mortales que veía estaban solos y como ahogados en sí mismos. Se debe ver eso todos los días, pero mezclado con otra cosa imaginó. La única pareja estaba formada por dos hombres luchando cuerpo a cuerpo las piernas enmarañadas. ¡Sólo vi a un ciclista! Iba en el mismo sentido que yo, todos iban en el mismo sentido que yo, los vehículos también, en este momento me doy cuenta de ello. Circulaba lentamente en medio de la calzada, leyendo un periódico que con las dos manos mantenía abierto ante los ojos. De vez en cuando tocaba el timbre, sin dejar su lectura. Le se-

guí con la vista hasta que no fue más que un punto en el horizonte. De pronto una mujer joven, de mala vida quizá, desgredada y con la ropa en desorden, cruzó la calzada de un lado a otro, como un conejo. Eso es todo lo que quería añadir. Pero cosa rara, una más, no me dolía nada, ni siquiera las piernas. La debilidad. Una buena noche de pesadilla y una lata de sardinas me devolverían la sensibilidad. Mi sombra, una de mis sombras se lanzaba ante mí, se encogía, se deslizaba bajo mis pies, me seguía, como hacen las sombras. Que yo fuera opaco hasta ese punto me parecía concluyente. Pero he ahí ante mí un hombre, en la misma acera y andando en el mismo sentido que yo, puesto que siempre hay que machacar lo mismo, únicamente para no olvidarlo. La distancia entre nosotros era grande, setenta pasos por lo menos, y temiendo que se me escapara apresuré el paso, lo que me hizo volar hacia delante, como sobre patines. No soy yo, dije, pero aprovechemos, aprovechemos. Al llegar en un abrir y cerrar de ojos a unos diez pasos de él aminoré la marcha, para no exacerbar, apareciendo con estrépito, la aversión que inspiraba mi persona, incluso en sus actitudes más borrosas y anodinas. Y poco después, Perdón, señor, dije, manteniéndome humildemente a su altura, la puerta de los Pastores por el amor de Dios. Visto de cerca me parecía más bien normal, bueno, salvo ese aspecto de retroceso hacia su centro que ya he señalado. Me adelanté un poco, algunos pasos, me volví, me incliné, me llevé la mano al sombrero y dije, ¡La hora exacta, por lo que más quiera! Como si no existiera. Pero ¿y el bombón? ¡Fuego!, grité. Dada mi necesidad de ayuda me pregunto por qué no le intercepté el camino. No hubiera podido, eso es, no hubiera podido tocarle. Viendo un banco al borde de la acera me senté y crucé las piernas, como Walther. Debí de adormecerme, porque de repente había un hombre sentado a mi lado. Mientras le examinaba con detalle abrió los ojos y los posó sobre mí, se hubiera dicho que por primera vez, porque retrocedió sin poder remediarlo. ¿De dónde sale usted?, dijo. Oírme dirigir de nuevo la palabra en tan poco tiempo me produjo un gran efecto. ¿Qué le pasa a usted?, dijo. Intenté adoptar la actitud del que no dispone más que de sus atributos estrictamente na-

turales. Perdón, señor, dije, levantando ligeramente el sombrero e incorporándome con un movimiento inmediatamente reprimido, la hora exacta, ¡por piedad! Me dijo una hora, ya no me acuerdo cuál, una hora que nada explicaba, eso es todo lo que sé, y que no me calmó. Pero qué hora lo hubiera conseguido. Ya sé, ya sé, vendrá una que lo hará ¿pero hasta entonces? ¿Decía usted?, dijo. Desgraciadamente yo no había dicho nada. Pero me desquité preguntándole si podría ayudarme a encontrar el camino que había perdido. No, dijo, no soy de aquí, y si estoy sentado en esta piedra es porque los hoteles están llenos o porque no han querido admitirme, no opino. Pero cuénteme usted su vida, después pensaremos lo que debe hacerse. ¡Mi vida!, exclamé. Claro, hombre, dijo, ya sabe, esa especie de —¿cómo diría yo? Reflexionó largamente, buscando sin duda aquello por lo que la vida podía ser una especie de. Por fin siguió, con voz irritada, Vamos a ver, todo el mundo lo sabe. Me empujó con el codo. Sin detalles, dijo, los hechos principales, los hechos principales. Pero como yo seguía callado dijo, Quiere usted que le cuente la mía, así entenderá. El relato que me ofreció fue breve y denso, hechos, sin explicación. Eso es lo que yo llamo una vida, dijo, ¿lo ve usted, ahora? No estaba mal, su historia, de hadas incluso, en algunas partes. Le toca a usted, dijo. Pero esa Paulina, dije, ¿sigue usted con ella? Sí, dijo, pero voy a abandonarla y liarme con otra, más joven y más gruesa. Viaja usted mucho, dije. Oh, muchísimo, muchísimo, dijo. Las palabras me llegaban poco a poco, y la manera de subrayarlas. Todo eso se acabó para usted, sin duda, dijo. ¿Piensa permanecer mucho entre nosotros?, dije. Esta frase me pareció especialmente bien construida. Sin indiscreción, dijo, ¿qué edad tiene usted? No lo sé, dije. ¡Que no lo sabe!, exclamó él. No exactamente, dije. ¿Piensa usted a menudo en muslos, dijo, culos, coños y alrededores? Yo no comprendía. A usted ya no se le empina, naturalmente, dijo. ¿Empinárseme?, dije. El nabo, dijo, ¿sabe usted lo que es, el nabo? No lo sabía. Aquí, dijo, entre las piernas. Ah, eso, dije. Se hincha, se alarga, se endurece y se levanta, dijo, ¿o no? No eran éstos los términos que yo hubiera empleado, sin embargo asentí. A eso le llamamos empinarsé, dijo. Se abstraigo un momento, luego exclamó, ¡Fe-

nomenal! ¿No le parece? Es curioso, dije, en efecto. Por otra parte todo está aquí, dijo. Pero ¿qué va a ser de ella? ¿Quién? dijo. Paulina, dije. Envejecerá, dijo, con tranquila seguridad, primero lentamente, luego cada vez más aprisa, en el dolor y el rencor, padeciendo. El rostro no era abundante, pero por más que lo mirara, permanecía revestido de sus carnes, en lugar de volverse de yeso y como trabajado con gubia. Incluso el vómer conservaba su abultamiento. Por otra parte las discusiones nunca me han servido para nada. Yo añoraba los tréboles, los hubiera hollado suavemente mis zapatos en la mano, y la sombra de mi bosque, lejos de esta luz terrible. ¿Qué son esas muecas? dijo. Mantenía sobre las rodillas un gran bolso negro, parecía un estuche de comadrón imagino. Lo abrió y me dijo que mirara. Estaba lleno de frasquitos. Brillaban. Le pregunté si eran todos parecidos. Oh, no, dijo, según. Cogió uno y me lo tendió. Un chelín, dijo, seis peniques. ¿Qué quería de mí? ¿Que lo comprara? Partiendo de esta hipótesis le dije que no tenía dinero. ¡No tiene dinero!, exclamó. Bruscamente su mano se abatió sobre mi nuca, sus dedos poderosos se cerraron y de una sacudida me obligó a precipitarme contra él. Pero en lugar de rematarme se puso a murmurar cosas tan dulces que yo me abandoné y mi cabeza rodó sobre su regazo. Entre la voz acariciadora y los dedos que me trabajaban el cuello el contraste era insólito. Pero poco a poco las dos cosas se fundieron, en una esperanza abrumadora, si me atrevo a decirlo, y me atrevo. Porque esta noche nada tengo que perder, que pueda diferenciar. Y si he llegado al punto en el que estoy (de mi historia) sin que haya cambiado nada, porque si hubiera cambiado algo creo que lo sabría, sin embargo he llegado hasta aquí, y ya es algo, y nada ha cambiado, siempre eso he ganado. No es una razón para forzar las cosas. No, hay que cesar suavemente, sin arrastrarse pero suavemente, como cesan en la escalera los pasos del amado que no ha podido amar y que no volverá nunca, y cuyos pasos lo dicen, que no ha podido amar y que no volverá nunca. Me rechazó de repente y me enseñó de nuevo el frasquito. Todo está aquí, dijo. No debía ser el mismo todo de hace un momento. ¿Lo quiere? dijo. No, pero dije sí, para no molestarle. Me propuso un cambio.

Déme su sombrero, dijo. Me negué. ¡Qué vehemencia! dijo. No tengo nada, dije. Busque en sus bolsillos, dijo. No tengo nada, dije, he salido sin nada. Déme un cordón, dijo. Me negué. Largo silencio. Y si usted me diera un beso, dijo por fin. Yo sabía que había besos en el aire. ¿Puede quitarse el sombrero?, dijo. Me lo quitó. Póngaselo, dijo, está mejor con el sombrero puesto. Reflexionó, era muy ponderado. Vamos, dijo, déme un beso y no hablemos más. ¿No temía ser rechazado? No, un beso no es un cordón, y él debió leer en mi rostro que me quedaba un fondo de temperamento. Venga, dijo. Me enjugué la boca, al fondo de los pelos, y la acerqué a la suya. Un momento, dijo. Suspendí mi vuelo. ¿Usted sabe qué es un beso? dijo. Sí, sí, dije. Sin indiscreción, dijo, cuándo ha sido el último beso que ha dado usted. Hace un momento, dije, pero aún sé darlos. Se quitó el sombrero, hongo, y se palmeó en mitad de la frente. Aquí, dijo, no en otro sitio. Tenía una bonita frente alta y blanca. Se inclinó, entornando los párpados. De prisa, dijo. Puse la boca en forma de culo de gallina, como mamá me había enseñado, y la coloqué en el sitio indicado. Basta, dijo. Levantó la mano hacia el sitio, pero este gesto, no lo terminó. Volvió a ponerse el sombrero. Me volví y miré la acera de enfrente. Fue entonces cuando me di cuenta de que estábamos sentados frente a una carnicería de caballo. Tenga, dijo, tome. Ya se me había olvidado. Se levantó. De pie era muy pequeño. Esto para ti esto para mí, dijo, con una sonrisa radiante. Sus dientes brillaban. Escuché cómo se alejaban sus pasos. Cuando levanté la cabeza ya no había nadie. ¿Cómo contar el resto? Pero es el final. ¿O lo he soñado, sueño? No, no, nada de eso, he ahí mi respuesta, porque el sueño no es nada, una broma boba. ¡Y a pesar de todo significativo! Dije, Quédate aquí, hasta que amanezca. Espera, durmiendo, que los faroles se apaguen y las calles se animen. Preguntarás tu camino, a un guardia municipal si es preciso, estará obligado a informarte, bajo pena de faltar a su juramento. Pero me levanté y me alejé. Habían vuelto mis dolores, pero con un no sé qué de inhabitual que me impedía hacerme un ovillo. Pero decía, Poco a poco vuelves a ti. Con sólo observar mi caminar, lento, tenso, y que a cada paso parecía resolver un problema estatodiná-

mico sin precedentes, me hubieran reconocido, si alguien me hubiera conocido. Crucé y me detuve ante la carnicería. Tras los cierres las cortinas estaban echadas, toscas cortinas de tela a rayas azules y blancas, colores de la Virgen, y manchadas con grandes manchas rosas. Pero se acoplaban mal en el centro y a través de la rendija pude distinguir los esqueletos tenebrosos de los caballos vaciados, suspendidos con garfios cabeza abajo. Me pegué a las paredes, hambriento de sombra. Pensar que en un momento todo será dicho, todo se dispondrá a comenzar de nuevo. Y los relojes públicos, ¿qué tenían en definitiva, los relojes públicos, cuyo sonido me asestaba, a través del aire, hasta en mi bosquecillo, grandes bofetadas frías? ¿Qué más? Ah sí, mi botín. Traté de pensar en Paulina, pero se me escapó, apenas iluminada el tiempo de un relámpago, como la joven de hace un momento. Sobre la cabra también mi pensamiento se deslizó desolado, incapaz de detenerse. Así iba en la claridad atroz, enfundado en mis viejas carnes, tenso hacia una vía de salida y pasándolas todas, a derecha y a izquierda, y el espíritu jadeante hacia esto y lo otro y siempre devuelto, allí donde nada había. Conseguí no obstante agarrarme brevemente a la niñita, el tiempo de distinguirla un poco mejor que hace un rato, de forma que llevaba una especie de cofia y apretaba en su mano libre un libro, de oraciones quizás, y tratar de hacerla sonreír, pero no sonrió, sino que desapareció engullida por la escalera, sin haberme enseñado su carita. Tuve que detenerme. Primero nada, después poco a poco, quiero decir creciendo desde el silencio y enseguida estabilizado, una especie de cuchicheo espeso, proveniente quizá de la casa que me sostenía. Eso me recordó que las casas estaban llenas de gente, de sitiados, no, no sé. Habiendo reculado para mirar por las ventanas pude darme cuenta, a pesar de los postigos, persianas y misterios, que muchas habitaciones estaban iluminadas. Era una luz tan débil, comparada con la que inundaba el bulevar, que a menos de estar advertido de lo contrario, o de sospecharlo, se hubiera podido suponer que todo el mundo dormía. El rumor no era continuo, sino entrecortado por silencios sin duda consternados. Me planteé llamar a la puerta y pedir asilo y protección hasta la mañana. Me puse de nuevo en

marcha. Pero poco a poco, con una caída a la vez brusca y suave, se hizo la oscuridad a mi alrededor. Vi apagarse, en una prodigiosa cascada de tonos lavados, una enorme masa de flores resplandecientes. Me sorprendí admirando, a lo largo de las fachadas, el lento esparcirse de cuadrados y rectángulos, rayados y unidos, amarillos, verdes, rosas, según las cortinas y los toldos, encontrándolo bonito. Después, por fin, antes de caer, primero de rodillas, a la manera de los bueyes, después cuan largo era, me encontré en medio de una muchedumbre. No perdí el conocimiento, cuando pierda yo el conocimiento será para no recuperarlo jamás. Nadie me hacía caso, aunque evitaban pisarme, consideración que debió impresionarme, yo había salido para eso. Me encontraba bien, penetrado de oscuridad y de calma, al pie de los mortales, al fondo del día profundo, si de día era. Pero la realidad, demasiado fatigado para encontrar la palabra exacta, no tardó en restablecerse, la muchedumbre se retiró, volvió la luz, y yo no tenía necesidad de levantar la cabeza del asfalto para saber que me encontraba en el mismo vacío cegador de hace un momento. Dije, Quédate aquí, tumbado sobre estas losas amigas o neutras al menos, no abras los ojos, espera que venga el samaritano, o que llegue el día y con él los guardias municipales o quién sabe un miembro del Ejército de Salvación. Pero héme aquí de nuevo en pie, recuperado por el camino que no era el mío, a lo largo del bulevar que continuaba subiendo. Menos mal que no me esperaba, el pobre padre Breem, o Breen. Dije, El mar está al este, hay que ir hacia el oeste, a la izquierda del norte. Pero en vano levanté sin esperanza los ojos al cielo, para buscar los carros. Porque la luz donde me maceraba cegaba las estrellas, suponiendo que estuvieran allí, de lo que dudaba, acordándome de las nubes.

1945

El final

Me vistieron y me dieron dinero. Yo sabía para qué iba a servir el dinero, iba a servir para hacerme arrancar. Cuando lo hubiera gastado debería procurarme más, si quería continuar. Lo mismo con los zapatos, cuando estuvieran usados debería ocuparme de que los arreglaran, o conseguirme otros, o continuar descalzo, si quería continuar. Lo mismo con la chaqueta y el pantalón, no necesitaban decirme, salvo que yo podría continuar en mangas de camisa, si quería. Las prendas —zapatos, calcetines, pantalón, camisa, chaqueta y sombrero— no eran nuevas, pero el muerto debía ser poco más o menos de mi talla. Es decir que él debió ser un poco menos alto que yo, un poco menos grueso, porque las prendas no me venían tan bien al principio como al final. Sobre todo la camisa, durante mucho tiempo no podía cerrarme el cuello, ni por consiguiente lucir el cuello postizo, ni recoger los faldones, con un imperdible, entre las piernas, como mi madre me había enseñado. Debió endomingarse para ir a la consulta, por primera vez quizá, no pudiendo más. Sea como fuere, el sombrero era hongo, en buen estado. Dije, Tengan su sombrero y devuélvanme el mío. Añadí, Devuélvanme mi abrigo. Respondieron que los habían quemado, con mis demás prendas. Comprendí entonces que esto acabaría pronto, bueno, bastante pronto. Intenté más tarde cambiar el sombrero por una gorra, o un fieltro que pudiera doblarse sobre la cara, pero sin mucho éxito. Pero no podía pasearme con la cabeza al aire, en vista del estado de mi cráneo. El sombrero era en principio demasiado pequeño, pero luego se acostumbró. Me dieron una corbata, después de largas discusiones. Me parecía bonita, pero no la quería. Cuando llegó por

fin, estaba demasiado fatigado para devolverla. Pero acabó por serme útil. Era azul, como con estrellas encima. Yo no me sentía bien, pero me dijeron que estaba bastante bien. No dijeron expresamente que nunca estaría mejor que ahora, pero se sobreentendía. Yacía inerte sobre la cama e hicieron falta tres mujeres para quitarme los pantalones. No parecían interesarse mucho por mis partes que a decir verdad nada tenían de particular. Tampoco yo me interesaba mucho. Pero hubieran podido decir cualquier cosita. Cuando acabaron me levanté y acabé de vestirme solo. Me dijeron que me sentara en la cama y esperara. Toda la ropa de cama había desaparecido. Me indignaba que no me hubieran permitido esperar en el lecho familiar, sino de pie, en el frío, en estas ropas que olían a azufre. Dije, Me podían haber dejado en mi cama hasta el último momento. Entraron hombres con batas, con mazos en la mano. Desmontaron la cama y se llevaron las piezas. Una de las mujeres les siguió y volvió con una silla que colocó ante mí. Había hecho bien en mostrarme indignado. Pero para demostrarles hasta qué punto estaba indignado por no haberme dejado en mi cama mandé la silla a hacer puñetas de una patada. Un hombre entró y me hizo una seña para que le siguiera. En el vestíbulo me dio un papel para firmar. ¿Qué es esto, dije, un salvoconducto? Es un recibo, dijo, por la ropa y el dinero que ha recibido usted. ¿Qué dinero? Dije. Fue entonces cuando recibí el dinero. Pensar que había estado a punto de marcharme sin un céntimo en el bolsillo. La cantidad no era grande, comparada con otras cantidades, pero a mí me parecía grande. Veía los objetos familiares, compañeros de tantas horas soportables. El taburete, por ejemplo, íntimo como el que más. Las largas tardes juntos, esperando la hora de irme a la cama. Por un momento sentí que me invadía su vida de madera hasta no ser yo mismo más que un viejo pedazo de madera. Había incluso un agujero para mi quiste. Después en el cristal el sitio en donde se había raspado el esmalte y por donde en las horas de congoja yo deslizaba la vista, y rara vez en vano. Se lo agradezco mucho, dije, ¿hay una ley que le impide echarme a la calle, desnudo y sin recursos? Eso nos perjudicaría, a la larga, respondió él. No hay medio de que me amparen todavía un

poco, dije, yo podría ser útil. Util, dijo, ¿de verdad estaría dispuesto a ser útil? Después de un momento continuó, Si le creyeran a usted realmente dispuesto a ser útil, le ampararían, estoy seguro. Cuántas veces había dicho que iba a ser útil, no iba a empezar otra vez. ¡Qué débil me sentía! Este dinero, dije, quizá quieran recuperarlo y ampararme todavía un poco. Somos una institución de caridad, dijo, y el dinero es una donación que le hacemos al marcharse. Cuando lo haya gastado tendrá que procurarse más, si quiere continuar. No vuelva nunca aquí pase lo que pase, porque ya no le admitiríamos. Nuestras sucursales le rechazarían igualmente. ¡Exelmans! exclamé. Vamos, vamos, dijo, además no se le entiende ni la décima parte de lo que dice. Soy tan viejo, dije. No tanto, dijo. ¿Me permite que me quede aquí un momentito, dije, hasta que cese la lluvia? Puede usted esperar en el claustro, dijo, la lluvia no cesará en todo el día. Puede usted esperar en el claustro hasta las seis, ya oír la campana. Si le preguntan no tiene más que decir que tiene usted permiso para guarecerse en el claustro. ¿Qué nombre debo decir?, dije. Weir, dijo.

No llevaba mucho tiempo en el claustro cuando la lluvia cesó y el sol apareció. Estaba bajo y deduje que serían cerca de las seis, teniendo en cuenta la época del año. Me quedé allí mirando bajo la bóveda el sol que se ponía tras el claustro. Apareció un hombre y me preguntó qué hacía. ¿Qué desea? eso dijo. Muy amable. Respondí que tenía permiso del señor Weir para quedarme en el claustro hasta las seis. Se fue, pero volvió enseguida. Debí hablar con el señor Weir en el intervalo, porque dijo, No debe usted quedarse en el claustro ahora que ya no llueve.

Ahora avanzaba a través del jardín. Había esa luz extraña que cierra una jornada de lluvia persistente, cuando el sol aparece y el cielo se ilumina demasiado tarde para que sirva ya para algo. La tierra hace un ruido como de suspiros y las últimas gotas caen del cielo vaciado y sin nubes. Un niño, tendiendo las manos y levantando la cabeza hacia el cielo azul, preguntó a su madre cómo era eso posible. Deja de joder, dijo ella. Me acordé de pronto que había olvidado pedir al señor Weir un pedazo de pan. Seguramente me lo hubiera dado. Lo pensé, durante nuestra conversación, en el

vestíbulo. Me decía, Acabemos primero lo que nos estamos diciendo, luego se lo preguntaré. Yo sabía perfectamente que no me readmitirían. A gusto hubiera desandado el camino, pero temía que uno de los guardianes me detuviera diciéndome que nunca volvería a ver al señor Weir. Eso hubiera aumentado mi pesar. Por otra parte no me volvía nunca en esos casos.

En la calle me encontraba perdido. Hacía mucho tiempo que no había puesto los pies en esta parte de la ciudad y la encontré muy cambiada. Edificios enteros habían desaparecido, las empalizadas habían cambiado de sitio y por todas partes veía en grandes letras nombres de comerciantes que no había visto en ninguna parte y que incluso me hubiera costado pronunciar. Había calles que no recordaba haber visto en su actual emplazamiento, entre las que recordaba varias habían desaparecido y por último otras habían cambiado completamente de nombre. La impresión general era la misma de antaño. Es verdad que conocía muy mal la ciudad. Era quizás una ciudad completamente distinta. No sabía adónde se suponía que debía ir. Tuve la enorme suerte, varias veces, de evitar que me aplastaran. Siempre causaba risa, esa risa sólida y sin malicia que tan buena es para la salud. A fuerza de conservar el lado rojo del cielo en lo posible a mi derecha llegué por fin al río. Allí todo parecía, a primera vista, más o menos tal y como lo había dejado. Pero mirando con más atención hubiera descubierto muchos cambios sin duda. Eso hice más tarde. Pero el aspecto general del río, fluyendo entre sus muelles y bajo sus puentes, no había cambiado. El río en particular me daba la impresión, como siempre, de correr en el mal sentido. Todo esto son mentiras, lo intuyo. Mi banco estaba aún en su sitio. Lo habían desgastado según las curvas del cuerpo sentado. Se encontraba junto a un abrevadero, donación de una tal señora Maxwell a los caballos de la ciudad, conforme la inscripción. Durante el tiempo que me quedé allí varios caballos sacaron provecho de la donación. Oía los hierros y el clic clac de los arneses. Después el silencio. Era el caballo que me miraba. Después el ruido de guijarros arrastrados en el barro que hacen los caballos al beber. Después otra vez el silencio. Era el caballo que me miraba

otra vez. Después otra vez los guijarros. Después otra vez el silencio. Hasta que el caballo había acabado de beber o el carretero consideraba que había bebido suficiente. Los caballos no estaban tranquilos. Una vez, cuando cesó el ruido, me volví y vi el caballo que me miraba. El carretero también me miraba. La señora Maxwell se hubiera puesto muy contenta si hubiera podido ver a su abrevadero prestar tales servicios a los caballos de la ciudad. Llegada la noche, después de un crepúsculo muy largo, me quité el sombrero que me hacía daño. Deseaba estar otra vez encerrado, en un lugar cerrado, vacío y caliente, con luz artificial, una lámpara de petróleo a ser posible, cubierta con una pantalla rosa preferentemente. Vendría alguien de vez en cuando a asegurarse de que me encontraba bien y no necesitaba nada. Hacía mucho tiempo que no había tenido verdaderas ganas de algo y el efecto sobre mí fue horrible.

En los días siguientes visité varias casas, sin mucho éxito. Normalmente me cerraban la puerta en las narices, incluso cuando enseñaba mi dinero, diciendo que pagaría una semana por adelantado, o incluso dos. Ya podía yo exhibir mis mejores maneras, sonreír y hablar con toda precisión, no había acabado aún con mis cumplidos cuando me cerraban la puerta en las narices. Perfeccioné en esta época una forma de descubrirme a la vez digna y cortés, sin bajeza ni insolencia. Hacía deslizar ágilmente mi sombrero hacia delante, lo mantenía un momento colocado de tal forma que no se podía ver mi cráneo, después con el mismo deslizamiento lo volvía a poner en su sitio. Hacer esto con naturalidad, sin provocar una impresión desagradable, no es fácil. Cuando consideraba que bastaría con tocarme el sombrero, naturalmente me limitaba a tocarme el sombrero. Pero tocarse el sombrero no es fácil tampoco. Más tarde resolví el problema, de capital importancia en las épocas difíciles, llevando un viejo quepis británico y saludando a lo militar, no, falso, en fin, no lo sé, conservaba mi sombrero después de todo. Jamás cometí la falta de llevar medallas. Ciertas mujeres tenían tanta necesidad de dinero que me dejaban pasar enseguida y me enseñaban la habitación. Pero no pude entenderme con ninguna. Finalmente conseguí alojarme en un sótano. Con aquélla me entendí rápidamente. Mis fantasías,

ese término empleó, no le daban miedo. Insistió sin embargo en hacer la cama y limpiar la habitación una vez por semana en lugar de una vez al mes, como yo le había pedido. Me dijo que durante la limpieza, que sería rápida, podría esperar en el patinillo de al lado. Añadió, con mucha comprensión, que nunca me echaría con mal tiempo. Aquella mujer era griega, creo, o turca. Nunca hablaba de sí misma. Yo tenía en la cabeza que era viuda o al menos abandonada. Tenía un acento extraño. Pero yo también, a fuerza de asimilar las vocales y suprimir las consonantes.

Ahora ya no sabía dónde estaba, tenía una vaga imagen, ni siquiera, no veía nada, de una enorme casa de cinco o seis pisos. Me parecía que formaba cuerpo con otras casas. Llegué al crepúsculo y no presté a los alrededores la atención que quizá les hubiera prestado de sospechar que iban a cerrarse sobre mí. No debía por decirlo así esperar nada. Es cierto que cuando salí de esta casa hacía un tiempo radiante, pero yo no miraba nunca hacia atrás al irme. Debí leerlo en alguna parte, cuando era pequeño y todavía leía, que valía más no volver la cabeza al marcharse. Y sin embargo me sorprendía haciéndolo. Pero incluso sin contar con esto me parece que debí ver algo al irme. ¿Pero el qué? Recuerdo solamente mis pies que salían de mi sombra uno tras otro. Los zapatos se habían curtido y el sol revelaba las resquebrajaduras del cuero.

Estaba bien en esta casa, debo decirlo. Aparte algunas ratas estaba solo en el sótano. La mujer cumplía nuestro acuerdo lo mejor posible. Traía hacia mediodía una bandeja llena de comida y se llevaba la de la víspera. Traía al mismo tiempo una palangana limpia. Tenía un asa enorme por donde metía el brazo, conservando así las dos manos libres para llevar la bandeja. Después ya no la veía sino por azar cuando asomaba la cabeza para asegurarse de que no me había ocurrido nada. No necesitaba afecto afortunadamente. Desde mi cama veía los pies que iban y venían por la acera. Ciertas tardes, cuando hacía buen tiempo y me sentía con ánimos, me iba con la silla al patinillo y miraba entre las faldas de las que pasaban. Más de una pierna se me hizo así familiar. Una vez mandé a buscar un bulbo de croco y lo planté en el patinillo sombrío, en un tiesto viejo. Debía ser

por primavera, no eran las condiciones óptimas probablemente. Dejé el tiesto fuera, atado a un cordel que pasaba por la ventana. Por la tarde, cuando hacía buen tiempo, un hilo de luz trepaba a lo largo del muro. Me instalaba entonces frente a la ventana y tiraba del cordel, para mantener el tiesto a la luz, y al calor. No debía ser muy cómodo, no acabo de entender cómo me las arreglaba. No eran las condiciones óptimas probablemente. Lo abonaba como podía y me meaba sobre él cuando el clima era seco. Quizá no eran las condiciones óptimas. Reverdeció, pero nunca tuvo flores, apenas un tallo flácido provisto de hojas cloróticas. Me hubiera alegrado tener un croco amarillo o un jacinto, pero no pudo ser. Ella quería llevárselo, pero yo le dije que lo dejara. Quería comprarme otro, pero le dije que no quería otro. Lo que más me crispaba eran los gritos de los vendedores de periódicos. Pasaban corriendo todos los días a las mismas horas, taconeando sobre la acera, gritando el nombre de los periódicos e incluso las noticias sensacionales. Los ruidos que venían de la casa me crispaban menos. Una niña, ¿o era un niño? cantaba todas las tardes a la misma hora en algún lugar encima de mí. Durante mucho tiempo no conseguí coger las palabras. Pero a fuerza de escucharlas casi todas las noches terminé por coger algunas. Extrañas palabras para una niña, o un niño. ¿Era una canción de mi espíritu, o venía sencillamente de fuera? Era una especie de nana, me parece. A mí me adormecía a menudo. Era a veces una niña la que venía. Tenía largos cabellos rojos que colgaban en dos trenzas. No sabía quién era. Correteaba un poco por la habitación, después se iba sin haberme dirigido la palabra. Un día recibí la visita de una agente de policía. Dijo que estaba bajo vigilancia, sin explicarme por qué. Equívoco, eso es, me dijo que yo era equívoco. Le dejé hablar. No se atrevía a detenerme. O quizá fuera buena persona. Un cura también, un día recibí la visita de un cura. Le informé que pertenecía a una rama de la iglesia reformada. Me preguntó qué clase de pastor me gustaría ver. Se pierde uno, en la iglesia reformada, es inevitable. Era quizá buena persona. Me dijo que le avisara si alguna vez necesitaba un servicio. ¡Un servicio! Se presentó y me explicó dónde podría encontrarle. Debería haberlo apuntado.

Un día la mujer me hizo una proposición. Dijo que tenía necesidad urgente de dinero en metálico y que si yo podía proporcionarle un adelanto de seis meses me reduciría el alquiler una cuarta parte durante este periodo. No creo que me equivoque mucho. Esto tenía la ventaja de hacerme ganar seis semanas (?) de estancia y el inconveniente de agotar casi todo mi pequeño capital. Pero ¿se podía llamar a esto un inconveniente? ¿No me iba a quedar de todas formas hasta la última moneda, y más allá aún, hasta que ella me echara? Le di el dinero y me hizo un recibo.

Una mañana, poco después de la transacción, me despertó un hombre que me sacudía por el hombro. No podían ser más de las once. Me rogó que me levantara y abandonara su casa inmediatamente. Era muy decente, debo decirlo. Me dijo que su extrañeza sólo podía compararse con la mía. Era su casa. Su patrimonio. La turca se había marchado la víspera. Pero si la he visto anoche, dije. Debe estar usted en un error, dijo, porque me llevó las llaves, a mi oficina, ayer por la mañana lo más tarde. Pero si acabo de entregarle un anticipo de seis meses de alquiler, dije. Que se lo devuelva, dijo. Pero si ignoro su nombre, dije, por no hablar de sus señas. ¿Ignora usted su nombre? dijo. Debí creer que mentía. Estoy enfermo, dije, no puedo marcharme así sin previo aviso. No está tan enfermo, dijo. Propuso ir a buscar un taxi, o una ambulancia, si prefería. Dijo que necesitaba la habitación, inmediatamente, para su cerdo, que estaba cogiendo frío en una carretilla, ante la puerta, y vigilado únicamente por un chaval que ni siquiera conocía y que estaría probablemente haciéndole maldades. Pregunté si no me podía ceder otro sitio, apenas un rincón donde poder tumbarme, el tiempo de sobreponerme y de tomar mis disposiciones. Dijo que no podía. No es que sea mala persona, añadió. Podría vivir aquí con el cerdo, dije, me ocuparía de él. ¡Largos meses de calma, deshechos en un instante! Calma, calma, dijo, no se abandone, valor, ale hop, de pie, basta. Después de todo aquello no le importaba. Había sido realmente paciente. Debí visitar el sótano mientras yo dormía.

Me sentía débil. Debía estarlo. La luz resplandeciente me aturdió. Un autobús me transportó, al campo. Me senté

en un prado, al sol. Pero me parece que esto era mucho más tarde. Dispuse hojas bajo mi sombrero, en círculo, para procurarme sombra. La noche fue fría. Caminé largamente por los prados. Acabé por encontrar un montón de estiércol. Al día siguiente reemprendí el camino de la ciudad. Me obligaron a bajarme de tres autobuses. Me senté al borde de la carretera, al sol, y me sequé la ropa. Me gustaba. Me decía, Nada, nada que hacer ahora hasta que esté seca. Cuando estuvo seca la cepillé con un cepillo, una especie de almohaza me parece, que encontré en un establo. Los establos me han socorrido siempre. Después me llegué hasta la casa en donde mendigué un vaso de leche y pan con mantequilla. ¿Puedo descansar en el establo? dije. No, dijeron. Yo apestaba aún, pero con una fetidez que me agradaba. La prefería con mucho a la mía, que se ocultaba ahora bajo la nueva hediondez, sintiéndola sólo a vaharadas. En los días siguientes traté de recuperar mi dinero. No sé exactamente cómo sucedió, si es que no pude encontrar la dirección, o si la dirección no existía, o si la griega ya no estaba allí. Busqué el recibo en mis bolsillos, para intentar descifrar el nombre. No estaba. Ella lo había recuperado quizá mientras yo dormía. No sé durante cuánto tiempo circulé así descansando unas veces en un sitio, otras en otro, en la ciudad y en el campo. La ciudad había sufrido cambios. El campo tampoco era ya como lo recordaba. El efecto general era el mismo. Un día vi a mi hijo. Con una cartera bajo el brazo apresuraba el paso. Se quitó el sombrero y se inclinó y vi que era calvo como un huevo. Estaba casi seguro de que era él. Me volví para seguirle con la mirada. Avanzaba a toda marcha, con sus andares de pato, ofreciendo a derecha y a izquierda saludos con el sombrero y otras muestras de servilismo. El insoportable hijo de puta.

Un día encontré a un hombre que me era conocido de una época anterior. Vivía en una caverna al borde del mar. Tenía un burro que pacía a lo largo de los acantilados, o en los minúsculos senderos encajonados que descienden hacia el mar. Cuando hacía muy mal tiempo el burro venía por iniciativa propia a la caverna y allí se resguardaba, mientras duraba la tempestad. Habían pasado muchas noches juntos, apretados el uno contra el otro, mientras el viento bramaba

y el mar azotaba la playa. Gracias al burro podía abastecer de arena, de algas y de conchas a los habitantes de la ciudad, para sus jardincillos. No podía transportar mucha cantidad de una vez, porque el burro era viejo, pequeño también, y la ciudad estaba lejos. Pero ganaba así un poco de dinero, lo suficiente para comprar tabaco y cerillas y de vez en cuando una libra de pan. Fue en una de sus salidas cuando me encontré, en los suburbios. Estaba encantado de volver a verme, el pobre. Me suplicó que le acompañara a su casa y pasara allí la noche. Quédese todo el tiempo que quiera, dijo. ¿Qué le pasa a su burro? dije. No le haga caso, dijo, es que no le conoce. Le recordé que no tenía costumbre de quedarme con nadie más de dos o tres minutos seguidos y que me horrorizaba el mar. Parecía abrumado. Entonces no viene, dijo. Pero ante mi propia extrañeza me monté en el burro y arre, a la sombra de los castaños que brotaban con furia de la acera. Me agarré a las vértebras del cuello, una mano delante de la otra. Los niños nos abucheaban y nos tiraban piedras, pero apuntaban mal porque sólo me alcanzaron una vez, en el sombrero. Un guardia nos detuvo, y nos acusó de turbar el orden público. Mi amigo le recordó que éramos tal y como la naturaleza había acabado por hacernos y que los niños estaban en el mismo caso. Era inevitable, en esas condiciones, que el orden público resultara turbado de vez en cuando. Déjenos continuar nuestro camino, dijo, y el orden se reestablecerá automáticamente, en su sector. Atajamos por los caminos apacibles de tierra adentro, blancos de polvo, con setos de espino y de fucsia y los linderos franjeados de hierba silvestre y de margaritas. Cayó la noche. El burro me llevó hasta la boca de la caverna, porque yo no hubiera podido seguir, en la oscuridad, el sendero que bajaba hacia el mar. Después volvió a subir a sus pastizales.

No sé cuánto tiempo me quedé allí. Se estaba bien en la caverna, debo decirlo. Me traté mis ladillas con agua de mar y algas, pero un buen número de larvas debieron sobrevivir. Me curé el cráneo con compresas de alga, lo que me hizo un bien enorme, pero pasajero. Permanecía recostado en la caverna y a veces miraba hacia el horizonte. Veía por encima una gran extensión palpitante, sin islas ni pro-

montorios. Por la noche una luz iluminaba la caverna, a intervalos regulares. Fue allí donde encontré mi frasquito, en el bolsillo. No se había roto, el cristal no era auténtico cristal. Creía que el señor Weir me lo había quitado todo. El otro estaba fuera la mayor parte del tiempo. Me daba pescado. Es fácil para un hombre, cuando lo es de verdad, vivir en una caverna, lejos de todos. Me invitó a quedarme todo el tiempo que me apeteciera. Si prefería estar solo me acondicionaría encantado otra caverna, un poco más lejos. Me traería comida todos los días y vendría de vez en cuando a asegurarse de que estaba bien y no necesitaba nada. Era buena persona. Yo no necesitaba bondad. ¿No conocerá por casualidad una caverna lacustre? dije. Soportaba mal el mar, sus chapoteos, temblores, mareas y convulsividad general. El viento al menos se calma a veces. Las manos y los pies me hormigueaban. El mar me impedía dormir, durante horas. Aquí pronto me voy a poner enfermo, dije, y ¿qué habré conseguido entonces? Se va a ahogar, dijo. Sí, dije, o me arrojaré al acantilado. Y yo que no podría vivir en otra parte, dijo, en mi cabaña de la montaña era muy desgraciado. ¿Su cabaña en la montaña? dije. Repitió la historia de su cabaña en la montaña, yo la había olvidado, era como si la oyera por primera vez. Le pregunté si la conservaba todavía. Respondió que no la había vuelto a ver desde el día en que salió huyendo, pero que la creía aún en el mismo sitio, un poco deteriorada sin duda. Pero cuando insistió para que cogiera la llave, me negué, diciéndole que tenía otros proyectos. Siempre me encontrará aquí, dijo, si alguna vez me necesita. Ah, la gente. Me dio su cuchillo.

Lo que él llamaba su cabaña era una especie de barraca de madera. Habían arrancado la puerta, para hacer fuego, o con cualquier otro fin. La ventana ya no tenía cristales. El techo se había hundido por varios sitios. El interior estaba dividido, por los restos de un tabique, en dos partes desiguales. Si había tenido muebles nada quedaba ya. Se habían entregado a los actos más viles, en el suelo y sobre las paredes. Los excrementos cubrían el suelo, de hombre, de vaca, de perro, así como preservativos y vomitonas. En una boñiga habían trazado un corazón, atravesado por una fle-

cha. No era a pesar de ello un paraje de interés artístico. Descubrí vestigios de ramos abandonados. Vorazmente arrancados, arrastrados durante largas horas, acabaron por tirarlos, pesados, o ya marchitos. Esta era la habitación de la que me habían ofrecido la llave.

En su conjunto la escena era la ya familiar de grandeza y desolación.

Era a pesar de todo una vivienda. Descansaba sobre un jergón de helechos que yo mismo recogí con mil trabajos. Un día no pude levantarme. La vaca me salvó. Aguijoneada por la niebla glacial venía a cobijarse. No era sin duda la primera vez. No debía verme. Traté de mamarla, sin mucho éxito. Sus tetas estaban cubiertas de excrementos. Me quité el sombrero y me puse a ordeñarla allí dentro, acudiendo a mis últimas fuerzas. La leche se derramaba por el suelo, pero me dije, No importa, es gratis. La vaca me arrastró por el suelo, deteniéndose tan sólo de vez en cuando para propinarme una coz. No sabía que también nuestras vacas podían ser malvadas. Debían haberla ordeñado recientemente. Agarrándome con una mano a la teta, con la otra mantenía el sombrero en su sitio. Pero acabó por hartarse. Porque me arrastró a través del umbral hasta los helechos gigantes y chorreantes, donde me vi obligado a soltar la presa.

Bebiendo la leche me reproché lo que acababa de hacer. Ya no podría contar con la vaca y ella pondría a las demás al corriente. Con más control sobre mí mismo hubiera podido hacerme amigo de ella. Hubiera venido todos los días seguida quizá de otras vacas. Yo habría aprendido a hacer mantequilla, queso. Pero me dije, No, todo se andará.

Una vez en la carretera no tenía más que seguir la pendiente. Carretas pronto, pero todas me rechazaron. Si hubiera tenido otras ropas, otra cara, se me hubiera admitido quizá. Debí cambiar desde mi expulsión del sótano. La cara en especial había debido alcanzar un aspecto decididamente climatérico. La sonrisa humilde e ingenua ya no me aparecía, ni la expresión de miseria cándida, penetrada de estrellas y cohetes. Las llamaba, pero ya no venían. Máscara de viejo cuero sucio y peludo, no quería ya decir por favor y gracias y perdón. Era una lástima. ¿Con qué iba yo a bandearme, en el futuro? Tumbado al borde de la carretera me

dedicaba a contorsionarme cada vez que oía venir una carreta. Era para que no imaginaran que dormía, o descansaba. Trataba de gemir, ¡Socorro! Pero el tono que me salía era el de la conversación corriente. Ya no podía gemir. Todavía no era el fin y ya no podía gemir. La última vez que había necesitado gemir lo había hecho, bien, como siempre, y eso en la ausencia de cualquier corazón susceptible de ser partido. ¿En qué iba a convertirme? Me dije. Volveré a aprender. Me tumbé a lo ancho del camino, en un sitio donde se estrechaba, de forma que las carretas no podían pasar sin pasarme por encima, con una rueda al menos, o con dos si tenía cuatro. Al urbanista de la barba roja, le habían quitado la vesícula biliar, una falta grave, y tres días después moría, en la flor de la edad. Pero llegó el día en que, mirando a mi alrededor, me encontré en los suburbios, y de aquí a las viejas huellas no había más que un paso, más allá de la estúpida esperanza de calma o de dolor más tenue.

Me tapé pues la parte baja de la cara con un trapo sucio y fui a pedir limosna en una esquina soleada. Porque me parecía que mis ojos no se habían apagado del todo, gracias quizás a las gafas negras que mi preceptor me diera. Me había dado la *Etica* de Geulincz. Eran gafas de hombre, yo era un niño. Le encontraron muerto, desplomado en el W. C., con las ropas en un desorden terrible, fulminado por un infarto. Ah, qué calma. La *Etica* llevaba su nombre (Ward) en primera página, las gafas le habían pertenecido. El puente, en la época a la que me refiero, era de hilo de latón, de la clase que se emplea para sujetar los cuadros y los grandes espejos, y dos largas cintas negras servían de patillas. Las enroscaba alrededor de las orejas y las abatía bajo la barbilla, donde las ataba. Los cristales habían sufrido, a fuerza de frotarse en el bolsillo uno contra otro y contra los demás objetos que allí se encontraran. Yo creía que el señor Weir me lo había cogido todo. Pero yo ya no necesitaba esas gafas y no me las ponía más que para suavizar el resplandor del sol. No debería haber hablado de ello. El trapo me tomó mucho trabajo. Acabé cortándolo del forro de mi abrigo, no, ya no tenía abrigo, de mi chaqueta entonces. Era un trapo más bien gris, o incluso escocés, pero me daba por

satisfecho. Hasta la tarde mantenía la cara levantada hacia el cielo del mediodía, después hacia el de poniente hasta la noche. La escudilla me tomó mucho trabajo. No podía utilizar el sombrero, por mi cráneo. En cuanto a tender la mano, ni pensarlo. Me procuré pues un recipiente de hojalata y lo sujeté a un botón de mi abrigo, pero qué me pasa, de mi chaqueta, al nivel del pubis. No se mantenía derecho, se inclinaba respetuosamente hacia el transeúnte, no había más que dejar caer la moneda. Pero esto le obligaba a aproximarse mucho a mí, se arriesgaba a rozarme. Acabé procurándome una lata más grande, una especie de gran lata, y la coloqué sobre la acera, a mis pies. Pero a la gente que da limosna no le agrada mucho tirarla, ese gesto tiene algo de desprecio que repugna a los sensibles. Sin contar con que deben apuntar. Quieren dar, pero no les gusta que la moneda se escape dando vueltas bajo los pies de los transeúntes, o bajo las ruedas de los vehículos, donde cualquiera puede cogerla. Entonces no dan. Los hay evidentemente que se agachan, pero en general a la gente que da limosna no le agrada que ello le obligue a agacharse. Lo que realmente prefieren es ver al mendigo de lejos, preparar el penique, soltarlo en plena marcha y oír el *Dios se lo pague* debilitado por el alejamiento. Yo no decía eso, yo no era muy creyente, ni nada que se le parezca, pero hacía de todos modos un ruido, con la boca. Acabé procurándome una especie de tablilla que me sujetaba con cordel al cuello y a la cintura. Sobresalía precisamente a la altura justa, la del bolsillo, y su borde estaba lo suficientemente apartado de mi persona para poder depositar el óbolo sin peligro. Podían verse a veces en ella flores, pétalos, espigas, y briznas de esa hierba que se aplica a las hemorroides, en fin lo que encontraba. No las buscaba, pero todas las cosas bonitas de este tipo que me caían a la mano, las guardaba para la tablilla. Se podía creer que yo amaba la naturaleza. Miraba al cielo, la mayor parte del tiempo, pero no fijamente. Era una mezcla, la mayoría de las veces, de blanco, azul y gris, y por la tarde venían a añadirse otros colores. Lo sentía pesando con suavidad sobre mi cara, frotaba la cara balanceándola de un lado a otro. Pero a menudo dejaba caer la cabeza sobre el pecho. Entonces entreveía la tablilla a lo lejos, borrosa y

abigarrada. Me apoyaba en la pared, pero sin indolencia, equilibraba mi peso de un pie al otro y me agarraba con las manos las solapas de la chaqueta. Mendigar con las manos en los bolsillos, da mal efecto, indispone a los trabajadores, sobre todo en invierno. No hay nunca tampoco que llevar guantes. Había chicos que, simulando darme una moneda, arramplaban con todo lo que había ganado. Para comprarse caramelos. Me desabrochaba, discretamente, para rascarme. Me rascaba de abajo arriba, con cuatro uñas: Me hurgaba en los pelos, para calmarme. Ayudaba a pasar el tiempo, el tiempo pasaba cuando me rascaba. El verdadero rascado es superior al meneo, en mi opinión. Uno puede menearse hasta los cincuenta, e incluso mucho después, pero acaba por convertirse en una simple costumbre. Para rascarme no tenía bastante con las dos manos. Tenía en todas partes, en mis partes, en los pelos hasta el ombligo, bajo los brazos, en el culo, placas de eczema y de psoriasis que podía poner al rojo con sólo pensar en ellas. Era en el culo donde más satisfacción obtenía. Introducía el índice, hasta el metacarpo. Si después tenía que cagar, me hacía un daño de perros. Pero apenas cagaba ya. De vez en cuando pasaba un avión, poco rápidamente me parecía. Me sucedía a menudo, al acabar la jornada, encontrar los bajos del pantalón mojados. Debían ser los perros. Yo ya apenas meaba. Si por azar me entraban ganas, las calmaba soltando un chorrito en la bragueta. Una vez en mi puesto, no lo abandonaba hasta la noche. Yo ya apenas comía, Dios cuidaba de mi sustento. Después del trabajo compraba una botella de leche que bebía por la noche en la cochera. En realidad le encargaba a un chico que la comprara, siempre el mismo, a mí no querían servirme, no sé por qué. Le daba un penique por el servicio. Un día asistí a una escena extraña. Normalmente no veía gran cosa. No oía gran cosa tampoco. No me fijaba. En el fondo no estaba allí. En el fondo creo que no he estado nunca en ninguna parte. Pero ese día debí volver. Desde hacía ya algún tiempo me incordiaaba un ruido. No buscaba la causa, porque me decía, Va a cesar. Pero como no cesaba no tuve más remedio que buscar la causa. Era un hombre subido al techo de un automóvil, arengando a los transeúntes. Al menos fue así como entendí la cosa.

Berreaba tan fuerte que retazos de su discurso llegaban hasta mí. Unión... hermanos... Marx... capital... bistec... amor. No entendía nada. El coche se había detenido junto a la acera, ante mí, yo veía al orador de espaldas. De repente se volvió y me cuestionó. Mirad ese pingajo, dijo, ese desecho. Si no se pone a cuatro patas es porque teme la perrera. Viejo, piojoso, podrido, al cubo de la basura. Y hay miles como él, peores que él, diez mil, veinte mil —Una voz, Treinta mil. El orador continuó, Todos los días pasan delante de vosotros y cuando habéis ganado a las carreras soltáis vuestro tributo. ¿Os dais cuenta? La voz, No. Claro que no, continuó el orador, eso forma parte del decorado. Un penique, dos peniques—. La voz, Tres peniques. No se os ocurre nunca pensar, continuó el orador, que tenéis enfrente la esclavitud, el embrutecimiento, el asesinato organizado, que consagráis con vuestros sobresueldos criminales. Mirad este torturado, este pellejo. Me diréis que es culpa suya. Preguntadle a ver si es culpa suya. La voz Pregúntaselo tú. Entonces se inclinó hacia mí y me apostrofó. Yo había perfeccionado mi tablilla. Consistía ahora en dos trozos unidos por bisagras, lo que me permitía, una vez acabado el trabajo, plegarla y llevarla bajo el brazo, me gustaba hacer chapucillas. Me quité el trapo, me metí en el bolsillo las escasas monedas que había ganado, desaté los cordones de mi tablilla la plegué y me la puse bajo el brazo. ¡Pero habla, pedazo de inmolado! vociferó el orador. Después me fui, aunque fuera aún de día. Pero en general la esquina era tranquila, animada sin ser bulliciosa, próspera y conveniente. Aquél debía ser un fanático religioso, no encontraba otra explicación. Se había quizás escapado de la jaula. Tenía una cara simpática, un poco coloradota.

No trabajaba todos los días. Apenas tenía gastos. Conseguía incluso ahorrar un poco, para los ultimísimos días. Los días en que no trabajaba me quedaba tumbado en la cochera. La cochera estaba al borde del río, en una propiedad particular, o que lo había sido. Esta propiedad, cuya entrada principal daba sobre una calle sombría, estrecha y silenciosa, estaba rodeada por un muro, menos naturalmente por el lado del río, que marcaba su límite septentrional, so-

bre una longitud de treinta pasos más o menos. Enfrente, sobre la otra orilla, se extendían aún los muelles, después un apelmazamiento de casas bajas, terrenos baldíos, empalizadas, chimeneas, agujas y torres. Se veía también una especie de campo de maniobras donde los soldados jugaban al fútbol, todo el año. Sólo las ventanas... no. La propiedad parecía abandonada. La verja estaba cerrada. La hierba invadía los senderos. Sólo las ventanas de la planta baja tenían postigos. Las demás se iluminaban a veces por la noche, débilmente, unas veces una, otras la otra, tenía esa impresión. Podía ser cualquier reflejo. El día en que adopté la cochera encontré un bote, la quilla al aire. Le di la vuelta, lo calcé con piedras y pedazos de madera, quité los bancos y lo convertí en mi lecho. Las ratas se las veían negras para llegar hasta mí, por la inclinación del casco. Muchas ganas tenían sin embargo. Imaginad, carne viviente, porque yo a pesar de todo todavía era carne viviente. Hacía demasiado tiempo que vivía entre las ratas, en mis alojamientos improvisados, para que tuviera por ellas la fobia del vulgo. Tenía incluso una especie de simpatía por ellas. Venían con tanta confianza hacia mí, se diría que sin la menor repugnancia. Se aseaban, con gestos de gato. Los sapos, sí, por la tarde, inmóviles durante horas, engullen moscas. Se colocan en sitios en donde lo cubierto pasa al descubierto, les gustan los umbrales. Pero se trataba de ratas de aguas, de una delgadez y de una ferocidad excepcionales. Construí pues, con tablas sueltas, una tapadera. Es formidable la de tablas que he podido encontrar en mi vida, cada vez que tenía necesidad de una tabla allí estaba, no había más que agacharse. Me gustaba hacer chapuzas, no, no mucho, así así. Recubría el bote completamente, hablo ahora otra vez de la tapadera. La empujaba un poco hacia atrás, entraba en el bote por delante, reptaba hasta la parte de atrás, levantaba los pies y empujaba la tapadera hacia delante hasta que me cubría del todo. El empuje se ejercía sobre un travesaño en saliente fijado con este fin en el dorso de la tapadera, me gustaban las chapucillas. Pero era preferible entrar en el bote por detrás, sacar la tapadera sirviéndome de las dos manos hasta que me cubriera del todo y empujarla del mismo modo cuando quería salir. Como apoyo para mis manos coloqué

dos grandes clavos, allí donde hacía falta. Estos pequeños trabajos de carpintería, si es posible llamarlos así, ejecutados con instrumentos y materiales improvisados, no me disgustaban. Sabía que acabaría pronto, y representaba la comedia, verdad, la de... cómo llamarla, no lo sé. Me encontraba bien en el bote, debo decirlo. Mi tapadera se ajustaba tan bien que tuve que hacerle un agujero. No hay que cerrar los ojos, hay que dejarlos abiertos en la oscuridad, esa es mi opinión. No hablo del sueño, hablo de lo que se llama me parece estado de vigilia. Por otra parte yo dormía muy poco en aquella época, no tenía ganas, o tenía muchísimas ganas, no lo sé, o tenía miedo, no lo sé. Tumbado de espaldas no veía nada, apenas vagamente, justo por encima de mi cabeza, a través de rendijas minúsculas, la claridad gris de la cochera. No ver nada en absoluto, no, es demasiado. Oía sordamente los gritos de las gaviotas que revoloteaban muy cerca alrededor de la boca de los sumideros. En un hervor amarillento, si tengo buena memoria, las inmundicias se vertían al río, los pájaros revoloteaban por encima, chillando de hambre y de cólera. Oía el chapoteo del agua contra el embarcadero, contra la orilla, y el otro ruido, tan diferente, de la ondulación libre, lo oía también. Yo, cuando me desplazaba, era menos barco que onda, por lo que me parecía, y mis parones eran los de los remolinos. Esto puede parecer imposible. La lluvia también, la oía a menudo, llovía frecuentemente. A veces una gota, atravesando el techo de la cochera, venía a explotar sobre mí. Todo resultaba más bien líquido. El viento añadía su voz, por supuesto, o quizá más bien las tan variadas de sus juguetes. ¿Pero qué es todo esto? Zumbidos, alaridos, gemidos y suspiros. Yo hubiera preferido otra cosa, martillazos, pan, pan, pan, asados en el desierto. Me tiraba pedos, es cosa sabida, pero sin rotundidad, salían con un ruido de bomba, se fundían en el gran jamás. No sé cuánto tiempo me quedé allí. Estaba bien en mi caja, debo decirlo. Me parecía haber adquirido independencia en los últimos años. Que nadie viniera ya, que nadie pudiera ya venir, a preguntarme si estaba bien y si no necesitaba nada, aquello ya apenas me dolía. Me encontraba bien, claro que sí, perfectamente, y el miedo de encontrarme peor se dejaba apenas sentir. En cuanto a mis necesidades,

se habían en alguna medida reducido a mis dimensiones y, bajo el punto de vista cualitativo, tan refinadas que toda ayuda resultaba excluida, desde ese ángulo. Saberme existir, por muy débil y falsamente que fuera, por fuera de mí, tenía en otra época la virtud de conmoverme. Se convierte uno en un salvaje, forzosamente. A veces se pregunta uno si estamos en el planeta correcto. Incluso las palabras te dejan, con eso está dicho todo. Es el momento quizás en que los vasos dejan de comunicar, ya sabes, los vasos. Se está aquí siempre entre los dos rumores, sin duda es siempre el mismo trozo, pero vaya nadie lo diría. Me ocurría a menudo querer correr la tapadera y salir del bote sin conseguirlo, tan perezoso y débil estaba, y en el fondo bien allí donde me encontraba. Lo sentía todo cerca, las calles glaciales y tumultuosas, las caras aterradoras, los ruidos que cortan, penetran, desgarran, contusionan. Esperaba entonces que las ganas de cagar, o de mear al menos, me dieran fuerzas. ¡No quería ensuciar mi nido! Lo que me sucedía sin embargo, e incluso cada vez más a menudo. Me bajaba los pantalones arqueándome, me volvía un poco de lado, lo justo para despejar el agujero. Labrarse un reino, en medio de la mierda universal, para después cagarse encima, era muy mío. Eran yo, mis inmundicias, es cosa sabida, pero aun así. Basta, basta, las imágenes, heme aquí viendo imágenes, yo que nunca las vi, salvo a veces cuando dormía. Creo que no las había visto nunca, hablando con propiedad. De pequeñín quizá. Mi mito lo quiere así. Sabía que eran imágenes, puesto que era de noche y estaba solo en mi bote. ¿Qué podía ser aquello si no? Estaba pues en mi bote y me deslizaba sobre las aguas. No tenía que remar, el reflujo me llevaba. Además no veía remos, habían debido llevárselos. Yo tenía una tabla, un trozo de banco quizá, que utilizaba cuando me acercaba demasiado a la orilla o cuando veía acercarse un montón de detritus o una chalupa. Había estrellas en el cielo, grato. No veía el tiempo que hacía, no tenía frío ni calor y todo parecía tranquilo. Las orillas se alejaban cada vez más, lógico, ya no las veía. Raras y débiles luces marcaban la distancia creciente. Los hombres dormían, los cuerpos recuperaban fuerzas para los trabajos y alegrías del día siguiente. El bote no se deslizaba ya, daba pequeños saltos, zarandeado por las oli-

tas del mar incipiente. Todo parecía tranquilo y sin embargo la espuma saltaba sobre la borda. El aire libre me rodeaba ahora por todas partes, no tenía más que el abrigo de la tierra, y poca cosa es, el abrigo de la tierra, en esas condiciones. Veía los faros, hasta un total de cuatro, de los cuales uno era un barco-faro. Los conocía bien, de pequeñín ya los conocía. Fue de noche, estaba con mi padre sobre un promontorio, me cogía de la mano. Hubiera deseado que me atrajese hacia sí, en un gesto de amor protector, pero él no prestaba atención a esas cosas. Me enseñaba igualmente los nombres de las montañas. Pero para acabar con las imágenes, veía también las luces de las boyas, parecían llenarlo todo, rojas y verdes, incluso ante mi extrañeza amarillas. Y en el flanco de la montaña, que ahora despejada se alzaba tras la ciudad, los incendios pasaban del oro al rojo, del rojo al oro. Yo sabía muy bien lo que era, era la retama que ardía. Yo mismo cuántas veces había encendido el fuego, con una cerilla, siendo pequeño. Y mucho más tarde, de vuelta a casa, antes de acostarme, miraba desde mi alta ventana el incendio que había prendido. En esta noche pues, plagada de débiles parpadeos, en el mar, en la tierra y en el cielo, bogaba a merced de la marea y las corrientes. Noté que mi sombrero estaba atado, por un cordoncillo sin duda, a mi ojal. Me levanté del banco, en la parte de atrás del bote, y un enérgico campanilleo se hizo oír. Era la cadena que, fijada a proa, acababa de enrollarse alrededor de mi cintura. Debí de antemano practicar un agujero en las tablas del fondo, porque heme aquí de rodillas intentando despejarlo, con la ayuda del cuchillo. El agujero era pequeño y el agua subiría lentamente. Requeriría una media hora, en total, salvo imprevistos. Sentado de nuevo en la popa, con las piernas estiradas y la espalda bien apoyada contra el saco relleno de hierba que me servía de cojín, me tragué el calmante. El mar, el cielo, la montaña, las islas, vinieron a aplastarme en un sístole inmenso, después se apartaron hasta los límites del espacio. Pensé débilmente y sin tristeza en el relato que había estado a punto de hacer, relato a imagen de mi vida, quiero decir sin el valor de acabar ni la fuerza para continuar.

1945

Textos para nada

I

Bruscamente, no, por fuerza, por fuerza, no pude más, no pude continuar. Alguien dijo, No puede permanecer ahí. No podía permanecer allí y no podía continuar. Describiré el lugar, carece de importancia. La cima, muy llana, de una montaña, no, de una colina, pero tan salvaje, tan salvaje, basta. Fango, brezo hasta las rodillas, imperceptibles senderos de ovejas, erosiones profundas. En el hueco de una de ellas yacía yo, al abrigo del viento. Hermoso panorama, sin la niebla que lo velaba todo, valles, lagos, planicie, mar. ¿Cómo continuar? No era necesario empezar, sí, era necesario. Alguien dijo, quizás el mismo, ¿Por qué ha venido? Hubiera podido quedarme en mi rincón, al calor, seco, a cubierto, no podía. Mi rincón, lo describiré, no, no puedo. Simplemente, nada puedo ya, como suele decirse. Digo al cuerpo, ¡Vamos, arriba!, y siento el esfuerzo que realiza, para obedecer, como un viejo penco caído en la calle, que ya no hace, que aún hace, antes de renunciar. Digo a la cabeza. Déjalo tranquilo, quédate tranquila, ella cesa de respirar, después jadea cada vez más. Me siento lejos de esas historias, no debería ocuparme de ellas, no necesito nada, ni ir más lejos, ni quedarme en donde estoy, todo me resulta verdaderamente indiferente. Debería apartarme, del cuerpo, de la cabeza, dejar que se arreglen, dejar que se acaben, no puedo, sería necesario que sea yo quien se acabe. Ah, sí, diríase que somos más de uno, sordos todos, ni siquiera, unidos de por vida. Otro dijo, o el mismo, o el primero, todos tienen la misma voz, todos los mismos pensamientos, Debiera haberse quedado en su casa. Mi casa. Querían que regresara a mi casa. Mi morada. Sin niebla, con buenos ojos, con un catalejo, la vería desde aquí. No se trata de

simple fatiga, no estoy simplemente fatigado, a pesar de la ascensión. Tampoco se trata de que quiera permanecer aquí. Había oído, debí haber oído hablar del panorama, el mar allá lejos, en el fondo, de plomo repujado, la planicie llamada de oro tan frecuentemente cantada, los repetidos valles, los lagos glaciares, los humos de la capital, no se hablaba de otra cosa. Por cierto, ¿quiénes son esa gente? ¿Me han seguido, precedió, acompañado? Estoy en la excavación que los siglos han cavado, siglos de mal tiempo, tendido cara al suelo negruzco donde se estanca, lentamente bebida, un agua azafranada. Están arriba, alrededor, como en el cementerio. No puedo levantar la vista hacia ellos, lástima. No veré sus rostros. Las piernas quizás, hundidas en el brezo. ¿Me ven ellos, qué pueden ver de mí? Quizá ya no haya nadie, quizá se hayan ido, asqueados. Escucho y son los mismos pensamientos lo que oigo, quiero decir los mismos de siempre, curioso. Decir que en el valle brilla el sol, en un cielo desmelenado. ¿Desde cuándo estoy aquí? Qué pregunta, me la he planteado con frecuencia. Y con frecuencia he sabido responder, Una hora, un mes, un año, cien años, según qué entendía por aquí, por mí, por estar, y en esto nunca he ido a buscar nada extraordinario, en esto nunca he cambiado gran cosa, sólo había el aquí que parecía cambiar. O decía, No debe hacer mucho tiempo, no lo habría soportado. Oigo los chorlitos, significa que cae la tarde, que cae la noche, pues los chorlitos son así, gritan al llegar la noche, tras permanecer mudos durante toda la tarde. Así, así es entre criaturas salvajes y de tan corta vida, en relación a la mía. Y esta otra pregunta, que me es también muy conocida, Por qué he venido, que no tiene respuesta, de modo que respondía, Para variar, o, No soy yo, o, Es el azar, o incluso, Para ver, o en fin, los años fogosos, Es el destino, siento que la pregunta llega, llega, no me hallará desprevenido. Todo es ruido, negra turba saturada que aún debe beber, marejada de helechos gigantes, brezo con remolinos de calma donde se ahoga el viento, mi vida y sus viejos estribillos, Para ver, para variar, no, está visto, todo visto, hasta llenarse los ojos de legañas, ni a la intemperie, el mal está hecho, el mal fue hecho, un día que salí, a remolque de mis pies hechos para ir, para dar pasos, que había dejado ir, que

me arrastraron hasta aquí, por eso vine. Y lo que hago, lo esencial, resoplo, diciéndome, con palabras como de humo, No puedo quedarme, no puedo irme, veamos qué ocurre. ¿Y como sensación? Dios mío, no puedo quejarme, es él, pero con sordina, como bajo la nieve, menos el calor, menos el sueño, las sigo bien, todas las voces, todas las partes, bastante bien, el frío me gana, también la humedad, en fin lo supongo, estoy lejos. Mis reumatismos, en todo caso, no pienso en ellos, no me hacen sufrir más que los de mi madre, cuando la hacían sufrir. Mirada paciente y fija, a flor de esta cabeza huraña de buitre, mirada fiel, es su hora, quizá sea su hora. Estoy arriba y estoy aquí, tal como me veo, tendido, los ojos cerrados, la oreja pegada formando ventosa contra la turba que chupa, estamos de acuerdo, todos de acuerdo, en el fondo, desde siempre, nos queremos, nos lamentamos, pero ay, nada podemos. Lo que es seguro es que dentro de una hora será demasiado tarde, dentro de media hora será de noche, y aun, no es seguro, entonces qué, qué es lo que no es seguro, absolutamente seguro, que la noche impide cuanto permite el día, a quienes saben apañárselas, a quienes quieren apañárselas, y pueden, aún pueden intentarlo. La niebla se disipará, lo sé, por mucho que uno esté desprevenido, el viento refrescará, al caer la noche, y el cielo nocturno cubrirá la montaña, con sus luminarias, entre ellas los carros, que me guiarán, una vez más, guiarán mis pasos, esperemos la noche. Todo se confunde, los tiempos se confunden, antes sólo había estado, ahora estoy siempre, dentro de unos instantes aún no estaré, pensando a media ladera, o entre los helechos que rodean el bosque, los alerces, no intento comprender, nunca más intentaré comprender, como suele decirse, de momento estoy aquí, desde siempre, para siempre, ya no temeré a las palabras importantes, no son importantes. No recuerdo haber venido, nunca podré irme, mi pequeño mundo, tengo los ojos cerrados y siento en la mejilla el humus áspero y húmedo, mi sombrero ha caído, no ha caído lejos o el viento se lo ha llevado lejos. Lo apreciaba mucho. Unas veces es el mar, otras la montaña, a menudo ha sido el bosque, la ciudad, también la planicie, también probé en la planicie, me he dejado por muerto en todos los rincones, de hambre, de vejez, aca-

bado, ahogado, y después sin razón, muchas veces sin razón, por hastío, eso reanima, un último suspiro, y entonces los aposentos, de mi hermosa muerte, en la cama, viniéndose abajo con mis penates, y siempre refunfuñando, las mismas frases, las mismas historias, las mismas preguntas y respuestas, ingenuo, basta, al límite de mi mundo de ignorantes, jamás una imprecación, no tan tonto, o quizá no recuerde. Sí, hasta el final, en voz baja, meciéndome, haciéndome compañía y siempre atento, atento a las viejas historias, como cuando mi padre, sentándome en sus rodillas, me leía la de Joe Breem, o Breen, hijo de un farero, noche tras noche, durante todo el invierno. Era un cuento, un cuento para niños, transcurría en un peñón, en medio de la tempestad, la madre había muerto y las gaviotas se amontonaban junto al faro, Joe se tiró al agua, es cuanto recuerdo, un cuchillo entre los dientes, hizo lo que tenía que hacer y regresó, es cuanto recuerdo esta noche, terminaba bien, empezaba mal y terminaba bien, todas las noches, una comedia, para niños. Sí, he sido mi padre y he sido mi hijo, me he planteado preguntas y las he contestado lo mejor que pude, me he hecho repetir, noche tras noche, la misma historia, que me sabía de memoria sin poder creerla, o caminábamos, cogidos de la mano, mudos, sumergidos en nuestros mundos, cada uno en sus mundos, con las manos olvidadas, una en la otra. Así he resistido, hasta el presente. Y aún esta noche parece que todo marcha bien, estoy en mis brazos, me tengo en mis brazos, sin mucha ternura, pero fielmente, fielmente. Durmamos, como bajo aquella lejana lámpara, confundidos, por haber hablado tanto, escuchado tanto, penado tanto, jugado tanto.

II

Allá arriba la luz, los elementos, una especie de luz, la suficiente para ver, los vivos se encaminan, sin demasiada dificultad, se evitan, se unen, evitan los obstáculos, sin demasiada dificultad, buscan con los ojos, cierran los ojos, detenidos, sin detenerse, entre los elementos, los vivos. A menos que eso haya cambiado, a menos que eso haya terminado. Las cosas también deben estar allí todavía, un poco más gastadas, un poco más menguadas, muchas en el mismo lugar que en tiempos de su indiferencia. Aquí es otro cantar, pronto también inhabitable, va a ser preciso dejarlo. Uno está allí, dondequiera que uno esté será inhabitable, eso es. Entonces marcharse, no, mejor permanecer. Porque, marcharse, ¿adónde, una vez se está establecido? ¿Volver allá arriba? ¿A pesar de todo? En esta especie de luz. Volver a ver los acantilados, estar aún entre el mar y los acantilados, lanzarse a derecha e izquierda, la cabeza hundida entre los hombros, las manos apretadas contra las orejas, rápido, inocente, equívoco, nocivo. Buscar, a la luz de la noche, excesiva, una necesidad a la altura del ofrecimiento, y esconderse, fracasado, al amanecer, con el nuevo día. Volver a ver a Madame Calvet, desnatando las basuras, antes de que pasen los basureros. Madame Calvet. Aún debe estar allí. Con su perro y su landó esquelético. Qué más soportable. Se hablaba en voz baja, murmuraba, Mi presidente, mi príncipe. Llevaba una especie de tridente. El perro se ponía a dos patas, se cogía al reborde del cubo de la basura, husmeaba en él al mismo tiempo que ella. La molestaba, ella lo dejaba hacer, diciendo, Sucio animal. Un buen recuerdo. Madame Calvet. Sabía lo que quería, quizás incluso lo que hubiera querido. Y la belleza, la fuerza, la

inteligencia, del día, cada día, la acción, la poesía, a elección, para todos. Si al menos hubiera modo de ignorarlo. Haber sufrido bajo esta miserable claridad, qué error. No mostraba nada, de terrible, nada se mostraba en ella, del verdadero asunto, se habría extinguido. Y ahora aquí, qué ahora aquí, un inmenso segundo, como en el paraíso, y el espíritu lento, lento, casi inmóvil. Sin embargo, cambia, algo cambia, debe ser en la cabeza, en la cabeza lentamente la muñeca que se arruga, las veces que uno estaría en una cabeza, está oscuro como en una cabeza, antes de que los gusanos se introduzcan en ella. Celda de marfil. Las palabras también, lentas, lentas, el sujeto muere antes de llegar al verbo, las palabras también se detienen. ¿Mejor así, pues, que en los tiempos de la locuacidad? Eso es, eso es, el lado bueno. Y la ausencia de los otros, ¿nada significa? Bah, los otros, los otros no existen, eso jamás ha molestado a nadie. Además, aquí deben de haber, otros otros, invisibles, mudos, no importa. Sin embargo, nos escondíamos de ellos, pasábamos rozando sus muros, es verdad, aquí falta esto, los derivativos faltan, aquí está lo malo, bah, eso se decía allá arriba, sinapismo viviente. Mientras las palabras salgan nada cambiará, ahí están las viejas palabras sueltas aún. Hablar, no hay más, hablar, vaciarse, aquí como siempre, no hay más. Pero las palabras se agotan, es verdad, esto cambia todo, salen mal, malo, malo. O es el temor de llegar a las últimas palabras, de saldar las cuentas, antes del fin, no, porque ése sería el fin, a fin de cuentas, no es seguro. Tener que gemir, sin poder hacerlo, ay, más vale reprimirse, acechar la buena agonía, es engañosa, creemos estar en ella, aullamos, resucitamos, aullidos benéficos, mejor callarse, es el único medio si se quiere reventar, no decir ni pío, reventar quebrándose de imprecaciones reprimidas, explotar mudo, todo es posible, la continuación. No es la muerte, no es la tumba, ni mucho menos, no puede ser la tumba, sería demasiado. Allá arriba quizá sea verano, quizá sea domingo, un domingo de verano. Monsieur Joly está en el campanario, ha dado cuerda al reloj, ahora hace sonar las campanas. Monsieur Joly. Sólo tenía una pierna y media. Domingo. No era necesario salir. Las carreteras estaban oscuras, las carreteras tantas veces amigas. Aquí, al menos, nada de todo

eso, ni hablar de creador, y en cuanto a la naturaleza, es vaga. Algo seco, es posible, o líquido, o barro, como antes de la vida. ¿Es aire, a veces casi audible, esto que todavía nos ahoga?, es posible, una especie de aire. Qué ha pasado exactamente, exactamente, ah vieja risa de xantina, lo que faltaba, no, buen viaje, nunca ha sido divertido. No, pero un último recuerdo, el último, puede ayudar, a fracasar otra vez. Piers, empujando sus bueyes por la planicie, no, pues al final del surco alzó los ojos, antes de dar media vuelta, al cielo y dijo, Se acabó el buen tiempo. Y efectivamente, ahí estaba, poco después, la nieve. Equivale a decir que la noche estaba oscura, por fin, había caído, pues no, a pesar del cielo cubierto. Era largo el camino que conducía al refugio, cruzando los campos, tortuoso, todavía debe estar allí. Llegado al borde del acantilado, se arroja, diríase que enloquecido, pero no, astutamente, como una cabra, formando bruscos recodos hacia la playa. Nunca el mar había tronado desde tan lejos, el mar bajo la nieve, aunque los superlativos ya no tengan mucho encanto. La jornada no había sido fructuosa, como era de esperar, dada la estación, la de los últimos puerros. Sin embargo era el retorno, poco importa cuál, el retorno, salvo, nunca se vuelve. ¿Lo que ha sucedido? ¿Un encuentro? ¿iPam!? No. Cerca de la granja de los hermanos Graves, corta parada frente a la ventana iluminada. Una luz, roja, a lo lejos, la noche, el invierno, merece la pena, tenía que merecer la pena. Ya está, hecho, esto termina aquí, yo termino aquí. Un recuerdo lejano, lejos de los últimos, es posible, todavía tenemos un aspecto bastante ágil. Lástima que haya muerto la esperanza. No. Cómo esperábamos allá arriba, por momentos. Con qué diversidad.

III

Deja, iba a decir deja todo esto. Qué importa quién hable, alguien ha dicho qué importa quién hable. Habrá una marcha, formaré parte de ella, no seré yo, yo estaré aquí, me diré lejos, no seré yo, no diré nada, habrá una historia; alguien intentará contar una historia. Sí, nada de mentís, todo es falso, no hay nadie, está claro, no hay nada, nada de frases, seamos burlados, burlados por los tiempos, por todos los tiempos, esperando que pase, que todo haya pasado, que las voces callen, no son más que voces, embustes. Aquí, marcharse de aquí e ir a otra parte, o permanecer aquí, pero yendo y viniendo. Muévete primero, es necesario un cuerpo, como antaño, no digo no, ya no diré no, me diré un cuerpo, un cuerpo que se mueve, hacia adelante, hacia atrás, y sube y baja, según las necesidades. Con un montón de miembros y de órganos, suficientes para vivir una vez más, para resistir, un momentito, a eso llamaré vivir, diré que soy yo, me pondré en pie, no pensaré más, estaré demasiado ocupado, en mantenerme de pie, en resistir de pie, en trasladarme de lugar, en aguantar, en llegar al día siguiente, a la semana siguiente, eso bastará, ocho días bastarán, ocho días en primavera, es estimulante. Basta desear, voy a desear, a desearme un cuerpo, a desearme una cabeza, un poco de fuerza, un poco de coraje, me voy a lanzar, ocho días pasan rápido, después el regreso, este lugar inextricable, lejos de los días, los días están lejos, no será fácil. Y por qué, después de todo, no no, deja, no empieces otra vez, no lo escuches todo, no lo digas todo, todo es viejo, todo es lo mismo, decidido. Hete aquí recuperado, soy yo quien lo digo, lo juro, mueve las manos, tócate el cráneo, el entendimiento está ahí, sin lo cual nones, a continuación la continuación, las partes bajas, son necesarias, y di

cómo eres, dilo a ojo, qué clase de hombre, es necesario un hombre, o una mujer, toca a ver entre las piernas, no hay necesidad de belleza, ni de vigor, ocho días pasan rápido, no te amarán, no temas. No, así no, demasiado rápido, me he dado miedo. Y después, para empezar, deja de jactarse, no van a matarte, ah no, no van a quererte y no van a matarte, puedes aparecer en la alta depresión de Gobi, te sentirás como en tu propia casa. Te esperaré aquí, muy tranquilo, tranquilo por ti, no, estoy solo, solo estoy, soy yo quien se va, esta vez seré yo. Sé cómo lo haré, seré un hombre, es necesario, una especie de hombre, de niño viejo, tendré un aya, me querrá, me dará la mano, para cruzar, me soltará en las plazas, me portaré bien, me pondré en un rincón y me peinaré la barba, la alisaré, para estar más guapo, un poco más guapo, si pudiera suceder así. Ella me dirá, Ven, Jesusito, es hora de regresar. No tendré responsabilidad, ella tendrá toda la responsabilidad, se llamará Nanny, la llamaré Nanny, si pudiera suceder así. Ven, mi vida, es la hora de la teta. Quién me ha enseñado todo cuanto sé, yo solo, cuando aún vagabundeaba, lo he deducido todo, de la naturaleza, con la ayuda de un todo-en-uno, bien sé que no, pero es demasiado tarde, demasiado tarde para negarlo, los conocimientos están ahí, brillan alternativamente, próximos y lejanos, guiñando sobre el abismo, cómplices. Deja, hay que irse, de todos modos hay que decirlo, es el momento, no se sabe por qué. Qué más da, que nos digamos aquí o en otra parte, fijo o amovible, sin forma u oblongo como los hombres, sin luz o en la del cielo, no sé, parece que cuenta, no será fácil. Si continuara allí donde todo se ha extinguido, no, nada saldrá de ahí, nunca ha salido nada, por eso se ha extinguido también la memoria, una gran llama y después la oscuridad, un gran espasmo y después ni peso ni espacio transitable, no sé. He intentado dejarme caer desde el acantilado, en la calle, en medio de los mortales, nada salió de ahí, he abandonado. Rehacer el camino que me trajo hasta aquí, antes de emprenderlo en sentido contrario, o de ir más lejos, sabio consejo. Eso es para que no me mueva nunca más, para que hable aquí hasta el fin de los tiempos, murmurando, cada diez siglos, No soy yo, no es cierto, no soy yo, estoy lejos. No no, hablaré del futuro, hablaré en futuro, como cuando me decía, por la noche, Mañana me pondré mi

corbata azul, con estrellas, y me la ponía, al acabar la noche. Rápido, rápido, antes de llorar. Tendré un amigo, de mi promoción, una patria, un viejo recluta, reviviremos nuestras campañas comparando nuestros rasguños. Rápido, rápido. Sirvió en la marina, quizá bajo Jellicoe, mientras que yo tiraba a cubierto contra el invasor desde detrás de un tonel de Guinness, con mi arcabuz. Ya no tenemos, eso es, en presente, para mucho tiempo, es nuestro último invierno, aleluya. Hay como para preguntarse qué acabará con nosotros. El pecho acabará con él, conmigo la próstata. Nos envidiamos, él me envidia, yo le envidio, por momentos. Me cateterizo yo mismo, con mano temblorosa, de pie en los urinarios, doblado en dos, al abrigo de mi capa, me toman por un viejo asqueroso. Mientras él me espera en un banco, sacudido por un acceso de tos, escupiendo en una tabaquera que apenas repleta vacía en la canal, por civismo. Nos hicimos dignos de la patria, acabará por hospitalizarnos. Pasamos nuestra vida, es nuestra, deseando que un rayo de sol y un banco gratuito quepan en el mismo instante, en un oasis de césped público, hemos empezado a amar la naturaleza, un poco tarde, nos pertenece a todos, según en qué lugares. Sofocándose, me lee en voz baja el periódico del día anterior, más le hubiera valido ser ciego. Las carreras de caballos nos apasionan, las de galgos también, no tenemos opinión política, aunque seamos ligeramente republicanos. Pero también nos interesamos por los Windsor, por los Hanovrienses, ya no sé, por los Hohenzollern quizá. Nada humano nos es ajeno, una vez digeridas las noticias hípicas y caninas. No, solo, solo estaré mejor, irá más rápido. Me daría de comer, conocía a un tocinero, me haría tragar el alma con mortadela. Impediría con sus consue-los, alusiones al cáncer, recuerdos de inmortales borracheras, el desánimo de levantar su piedra. Y yo, en lugar de estar por entero ocupado en mis horizontes, lo que quizá me hubiera permitido echarlos bajo un camión, me dejaría distraer por los suyos. Le diría, Va, hombre, deja todo eso, no lo pienses más, y sería yo quien no lo pensaría más, embrutecido de fraternidad. Y las obligaciones, pienso sobre todo en las citas a las diez de la mañana, hiciera el tiempo que hiciera, delante de Duggan, donde ya había mucha animación, los aficionados ya habían acudido para poner sus apuestas en lugar seguro, antes

de la apertura de los chiringuitos. Eramos, ahora se acabó, tanto mejor, tanto mejor, muy puntuales debo decirlo. Ver llegar los restos de Vincent bajo una lluvia violenta, con un balanceo involuntariamente alegre de viejo lobo de mar, la cabeza envuelta en un trapo ensangrentado, los ojos vivarachos, era, para quien tuviera vista, un ejemplo de lo que el hombre es capaz en su sed de placeres. Con una mano sostenía su esternón, con el dorso de la otra la columna vertebral, no, no son más que recuerdos, pretextos antidiluvianos. Ver lo que pasa aquí, donde no hay nadie, donde no pasa nada, hacer que algo pase, que haya alguien, ponerle fin, hacer el silencio, andar en el silencio, o en otro ruido, un ruido de voces distintas a las de la vida y la muerte, de vidas y muertes que no quieren ser las mías, andar en mi historia para poder salir de ella, no, pamplinas. Quizás al fin me crezca una cabeza toda mía, donde guisar venenos dignos de mí, y piernas para vagabundear, por fin estaría ahí, podría irme, es todo lo que pido, no, no puedo pedir nada. Sólo la cabeza y las dos piernas, o una sola, en medio, me iría dando saltitos. O sólo la cabeza, muy redonda, lisa, sin necesidad de lineamentos, rodaría, seguiría las pendientes, casi puro espíritu, no, no irá bien, desde aquí todo remonta, la pierna es necesaria, o el equivalente, algunas anillas quizá, contráctiles, con esto se va lejos. Partir de delante de Duggan, una mañana primaveral lluviosa y soleada, con la incertidumbre de poder llegar hasta la noche, ¿qué pasa aquí que no marcha? Sería tan fácil. Estar oculto dentro de aquella carne o dentro de otra, en este brazo que aprieta una mano amiga, y en esta mano, sin brazo, sin manos, y sin alma entre almas temblorosas, a través de la multitud, entre los aros, los globos, ¿qué pasa aquí que no marcha? No lo sé, estoy aquí, es todo lo que sé, y que aún no soy yo, con esto hay que arreglarse. No hay carne en ningún sitio, ni de qué morir. Deja todo eso, querer dejar todo eso, sin saber lo que eso quiere decir, todo eso, está dicho pronto, está pronto hecho, en vano, nada se ha movido, nadie ha hablado. Aquí, aquí no sucederá nada, aquí no habrá nadie en mucho tiempo. Las marchas, las historias, no son para mañana. Y las voces, vengan de donde vengan, están bien muertas.

IV

¿Adónde iría, si pudiera irme, qué sería, si pudiera ser, qué diría, si tuviera voz, quién habla así, diciéndose yo? Responded simplemente, que alguien responda simplemente. Es el mismo desconocido de siempre, el único por quien existo, en el hueco de mi existencia, de la suya, de la nuestra, he aquí una respuesta simple. No es pensando que me encontrará, pero qué puede hacer, vivo y perplejo, sí, vivo, diga lo que diga. Olvidarme, ignorarme, sí, sería lo más prudente, él lo sabe. Por qué esta súbita amabilidad después de tanto abandono, es fácil de entender, es lo que él se dice, pero no lo entiende. No estoy en su cabeza, en ninguna parte de su viejo cuerpo, y sin embargo estoy aquí, para él estoy aquí, con él, de ahí tanta confusión. Debería bastarle, haberme encontrado ausente, pero no, él me quiere allá, con una forma y un mundo, como él, a pesar de él, a mí que lo soy todo, como él que no es nada. Y cuando me nota sin existencia, me quiere privar de la suya, e inversamente, loco, loco, está loco. En realidad, me busca para matarme, para que esté muerto como él, muerto como los vivos. Todo esto lo sabe, pero de nada sirve, saberlo, yo no lo sé, no sé nada. Se guarda de razonar, pero no hace otra cosa que razonar, falso, como si sirviera de algo. Cree balbucir, balbuciendo cree atrapar mi silencio, callarse con mi silencio, desearía que fuera yo quien le hiciera balbucir, seguro que balbucea. Cuenta su historia cada cinco minutos, diciendo que no es la suya, reconoced que es astuto. Desearía que fuera yo quien le impidiera tener una historia, por supuesto que no tiene historia, ¿es razón suficiente para querer encajarme una? Así es como razona, al margen, de acuerdo, pero al margen de qué, eso es lo que hay que ver.

Me hace hablar diciendo que no soy yo, reconoced que es excesivo, me hace decir que no soy yo, yo que no digo nada. Todo esto resulta verdaderamente grosero. Si me concediera al menos la tercera persona, como a sus otras quimeras, todavía, pero no, quiere mi yo, para su yo. Cuando me tenía, cuando él era yo, se apresuró a abandonarme, yo no existía, no le gustaba, no era una vida, por supuesto que yo no existía, él tampoco, por supuesto que no era una vida, él tiene ahora su vida, que la pierda, si quiere paz, y aun. Su vida, hablemos de ella, eso no le gusta, ha comprendido, de modo que no es la suya, no es él, figuraos, hacerle eso a él, es bueno para Molloy, para Malone, esos son los mortales, los felices mortales, pero él, ni lo soñéis, pasar por eso, él que nunca se ha movido, él que soy yo, consideradas todas esas cosas, y qué cosas, y de qué modo consideradas, no tenía más que no haber ido allí. Es así como habla, esta noche, así me hace hablar, así como se habla a sí mismo, así como hablo, estoy solo, con mis quimeras, esta noche, aquí, sobre la tierra, y una voz que no hace ruido, porque no se dirige a nadie, y una cabeza llena de guerras cansadas y de muertos inmediatamente puestos en pie, y un cuerpo, iba a olvidarlo. Esta noche, digo esta noche, quizá sea la mañana. Y todas esas cosas, qué cosas, a mi alrededor, ya no quiero negarlas, ya no vale la pena. Si es la naturaleza, quizá sean árboles y pájaros, van juntos, el agua y el aire, para que todo pueda continuar, no necesito conocer los detalles. Quizás esté sentado bajo una palmera. O es una habitación, con muebles, todo lo necesario para que la vida resulte más cómoda, apenas iluminada, a causa del muro frente a la ventana. Lo que hago, hablo, hago hablar a mis quimeras, sólo puedo ser yo. Debo callarme también, y escuchar, y oír entonces los ruidos del lugar, los ruidos del mundo, ved que me esfuerzo, para ser razonable. Ahí está mi vida, por qué no, es una vida, si se quiere, si se empeña uno absolutamente, no digo no, esta noche. Es necesaria, parece, puesto que hay palabra, no hay necesidad de historia, una historia no es de rigor, sólo una vida, éste fue mi error, uno de mis errores, haberme exigido una historia, cuando sólo la vida bastaba. Progreso, ya era hora, acabaré por poder cerrar mi sucio morro, salvo previsto.

Pero el que va y viene, que se las arregla para trasladarse de lugar, solo, incluso si nada le sucede, evidentemente, aquél. Yo permanezco aquí, sentado, si estoy sentado, a menudo me siento sentado, a veces de pie, es lo uno o lo otro, o acostado, es otra posibilidad, a menudo me siento acostado, una de las tres cosas, o de rodillas. Lo que cuenta es estar en el mundo, poco importa la postura, puesto que se está en la tierra. Respirar, no se exige más, vagabundear no es una obligación, recibir tampoco, puede uno incluso creerse muerto a condición de hacerlo notar, ¿puede soñarse un régimen más tolerante?, no lo sé, no sueño. En tales condiciones, inútil decirme otra parte, otro, tal como tengo todo cuanto necesito a mano, para qué, no sé, lo que tengo que hacer, otra vez heme aquí por fin solo, debe ser un alivio. Sí, hay momentos como este momento, como esta noche, en que casi parezco restituido a lo factible. Después pasa, todo pasa, de nuevo estoy lejos, todavía tengo una lejana historia, me espero a lo lejos para que mi historia empiece, para que termine, y de nuevo esta voz no puede ser la mía. Es allí a donde iría, si pudiera ir, aquél el que sería, si pudiera ser.

V

Sostengo el estilete, sostengo la pluma, en las audiencias de no sé qué causa. Por qué desear que sea la mía, no me apetece. Vaya, esto vuelve a empezar, he aquí la primera cuestión de la noche. Ser juez y parte, testigo y defensor, y el que, atento, indiferente, sostiene el estilete. Es una imagen, en mi cabeza sin fuerza, donde todo duerme, todo está muerto, está por nacer, no lo sé, o ante mis ojos, ven la escena, por un instante, a través de los párpados, en un abrir y cerrar de ojos. Después se cierran, deprisa, para mirar el interior de la cabeza, para intentar ver en ella, para buscarme en ella, para buscar a alguien, en el silencio de una justicia muy distinta, en los tejidos de esta instancia oscura donde ser es ser culpable. Porque nada se manifiesta, todo calla, se tiene miedo de nacer, no, nos gustaría, para empezar a morir. Nosotros, es decir yo, no es lo mismo, aquí donde me agoto en querer ver no debe haber querer. Podría levantarme, dar una vuelta, me muero de ganas, pero no lo haré. Sé a dónde iría, iría al bosque, intentaría llegar hasta el bosque, a menos que no esté ya en él, no sé donde estoy. En todo caso me quedo. Sé de qué se trata, busco ser como el que yo busco, en mi cabeza, el que mi cabeza busca, el que impongo a mi cabeza que busque, sondeándose. No, no hagas como si buscaras, no hagas como si pensaras, permanece únicamente al acecho, los ojos desorbitados detrás de los párpados, el oído al acecho de una voz que no pertenezca a un tercero, aunque sólo por un instante, el tiempo de una nueva mentira. Oigo decir, debe ser de nuevo la voz de la razón, que la espera es vana, que mejor haría yendo a dar una vuelta, como se desplaza un soldado de plomo. Y sin duda es siempre ella la que res-

ponde que ya no puedo, yo que hasta hace un momento parecía poder, a menos que sea el sentimiento que dice su última palabra, es notoriamente mudable, embaucado. Pozzo, ¿por qué se marchó de su casa?, tenía un castillo y sirvientes. Insidiosa cuestión, para no olvidarme de que soy el acusado. A veces oigo cosas que por un instante me parecen justas, y por un instante lamento que no me pertenezcan. Después, qué alivio, qué alivio saberme mudo para siempre, si al menos no sufriera por ello. Y sordo, creo que sordo sufriría menos, por ser mudo, eso sí, qué alivio, no cargar con eso en la conciencia. Sí, he oído decir que tengo una especie de conciencia, y también una especie de sensibilidad, con tal de que el orador no olvide nada, y que al escuchar, al escribir, estoy afligido, estoy enterado, está anotado. Esta noche la sesión es tranquila, largos silencios en los que todos me observan, lo hacen para hacerme salir de mis casillas, siento crecer en mí gritos confusos, está anotado. Por el rabillo del ojo observo la mano que escribe, borrosa por... por lo contrario de la distancia. Quiénes son esas gentes, es la curia, según la imagen que presentan, pero sólo según la imagen, hay otras, habrá otras, otras imágenes, otras gentes. ¿No veré nunca más el cielo, no podré ya nunca más ir y venir, al sol, bajo la lluvia?, la respuesta es no, todos responden no. Afortunadamente, no he preguntado nada, he aquí la clase de enormidad que les envidio, el tiempo del eco. El cielo, he... el cielo y la tierra, he oído hablar mucho de ellos, esto sí es verdaderamente literal, no invento nada. He anotado, he debido de anotar muchas historias, tomándolas como adorno, crean ambiente. En el lugar destinado al héroe acusan una gran separación, mientras que a su alrededor van juntándose, de manera que él se encuentra como si dijéramos bajo una campana, pudiendo al mismo tiempo desplazarse al infinito en todos los sentidos, entienda quien pueda, esto no forma parte de mis funciones. El mar también, también estoy al tanto del mar, forma parte de la misma serie, incluso me ahogué en él en varias ocasiones, bajo diversas falsas apelaciones, déjame reír, si al menos pudiera reír, todo desaparecería, qué, quién sabe, todo, yo, embaucado. Sí, veo la escena, veo la mano, sale lentamente de la sombra, la de la cabeza, luego de un

salto regresa a la sombra, esto no me concierne. Como un animalito paticorto se adelanta un poco al descubierto, luego vuelve a meterse, lo que hay que oír, lo digo tal como lo oigo. Es la mano del escribiente, ¿tiene derecho a peluca?, no sé, antaño quizá. Lo que hago cuando el silencio se hace, recalcando un efecto oratorio, o efecto de la languidez, de la perplejidad, de la consternación, paso y repaso entre mis labios la falangita del índice, pero es la cabeza la que se mueve, la mano reposa, con detalles semejantes uno cree poder engañar al mundo. Esta noche es así, mañana será distinto, compareceré quizás ante el concilio, se hará la justicia del amor supremo, severa como debe ser, pero sujeta a extrañas indulgencias, se tratará de mi alma, esto está mejor, quizá pedirán piedad por mi alma, no hay que perderselo, no estaré allí, Dios tampoco, no importa, estaremos representados. Sí, seguramente sucederá pronto, hace ya una eternidad que no he sido condenado, sí, pero cada nuevo día trae una nueva pena, esta noche sostengo la pluma. Esta noche, siempre es de noche, siempre se habla de la noche, aunque sea por la mañana, es para hacerme creer que la noche llega, que trae el reposo. Primero sería necesario creerme que estoy aquí, después me tragaría todo lo demás, no habría nadie más crédulo que yo, si estuviera aquí. Pero estoy aquí, no es posible que sea de otro modo, precisamente, no es posible, no es necesario que sea posible. ¡Vaya negocio!, estar aquí si uno no se lo cree. Es cansado, ganar y perder de un solo golpe, con las emociones concomitantes, no somos de piedra, consignar el arresto, encasquetarse el birrete y desmayarse, a la larga es cansado, estoy cansado, estaría cansado, si estuviera en mi lugar. Es un juego, se convierte en un juego, voy a levantarme, voy a marcharme, si no soy yo será alguien, un fantasma, vivan los fantasmas, los de los muertos, los de los vivos y los de aquellos que no han nacido. Le seguiré, a través de mis ojos sellados, no necesita puertas, ni pensamiento, para salir de esta cabeza imaginaria, mezclarse con el aire, con la tierra, hacerse absorber, poco a poco, en el exilio. Aquí estoy, asediado, que se vayan, uno a uno, que los últimos me abandonen, dejándome vacío, vacío y silencioso. Son ellos quienes susurran mi nombre, quienes me hablan de mí,

quienes hablan de un yo, que se vayan a hablar de esto a otros, que no les creerán o que sí les creerán. Esas voces son tuyas, son como un ruido de cadenas en mi cabeza, me rechinan que tengo una cabeza. Esta noche la audiencia se celebra en el interior de esa cabeza, al fondo de esta noche abovedada, aquí sostengo el estilete, sin comprender lo que oigo, sin saber lo que escribo. Aquí se celebrará mañana el concilio, rezarán por mi alma, como por la de un muerto, como por la de un niño muerto, dentro de su madre muerta, para que no vaya al limbo, es bonita, la teología. Será otro anochecer, todo sucede al anochecer, pero la noche será la misma, también la noche tiene sus anocheceres, sus mañanas y sus anocheceres, he aquí una bonita perspectiva del espíritu, es para hacerme creer que el día llega, que disipa los fantasmas. Y ahora, aquí están los pájaros, los primeros pájaros, a qué viene ahora este cuento, no te olvides del punto de interrogación. Debe ser el final de la sesión, ha sido tranquila, en conjunto. Sí, esto sucede, de pronto hay pájaros y todo calla por un instante. Pero los fantasmas vuelven, aunque se vayan, se mezclan con los agonizantes, vuelven para deslizarse dentro del ataúd, pequeño como una caja de cerillas, es gracias a ellos que sé lo que sé sobre las cosas de allá arriba, y todo cuanto se supone que sé sobre mí mismo, quieren crearme, quieren hacerme, como la pájara al pajarito, con larvas que ella busca a lo lejos, con peligro de... iba a decir con peligro de su vida! Pero cada nuevo día trae una pena nueva, éstas son otras actas. Sí, empezamos a estar muy cansados, muy cansados de su pena, muy cansados de su pluma, la pluma cae, está anotado.

VI

¿Qué sucede entre esas apariciones? ¿Y si sucediera esto, que mis guardianes descansan y duermen, antes de emprenderla de nuevo conmigo, y si sucediera aquello? Sería normal, que se recuperaran. ¿Todos a la vez? ¿Juegan a las cartas, un poco, a la petanca, para descansar la cabeza, tienen derecho al recreo? Yo diría, si tuviera voz y voto, que no, nada de recreo, sólo un poco de descanso, un refrigerio, como máximo, en consideración a la salud. Les gusta este trabajo ilo noto! No, pero quiero decir en mí, no se trata de ellos. Mala acústica esta noche, sólo fragmentos de conversaciones, verdaderamente. Las noticias, ¿recuerdas las últimas noticias, las de la noche, a última hora, en lentas letras luminosas, por encima de Piccadilly Circus, en la niebla? Dónde estabas, en el umbral del pequeño estanco cerrado en la esquina de Glasshouse Street, no, no te acuerdas, y con razón. A veces es así, un poco, a veces el ojo que trabaja, y el silencio, los suspiros, como de una tristeza agotada de gritar, o vieja de repente, que se ve de repente vieja, y suspira sobre sí misma, sobre los hermosos días, los largos días en los que se proclamaba eterna, pero más bien es infrecuente. Mis guardianes, por qué guardianes, no pienso irme, ah, ya comprendo, para que me crea prisionero, tan henchido de presencia que podrían derrumbarse los muros, las murallas, las fronteras. Otras veces son enfermeros, blancos de pies a cabeza, incluso los zapatos son blancos, entonces es otro el lenguaje, pero se convierte en el mismo. Otras veces son especies de vampiras, blandas y desnudas como gusanos, se arrastran cloqueando alrededor del cadáver, pero muerto tengo tan poco éxito como moribundo. Otra veces son grandes racimos de huesos, bambo-

leantes, con ruido de castañuelas, resulta limpio, y alegre como negros. Iría con ellos, si pudiera ir enseguida, pero por qué será que nunca nada es nunca enseguida. He aquí algunos ejemplos. Variada, mi vida es variada, no llegaré a nada. Lo sé, aquí no hay nadie, ni yo ni nadie, pero no son cosas que deban decirse, así pues, no digo nada. En otra parte no digo que no, en otra parte, ¿puede existir otra parte en este aquí infinito? Lo sé, con un poco de cabeza me saldría de ésta, en mi cabeza, como tantas otras, y de peores que ésta, sería de nuevo el mundo, en mi cabeza, y yo en el fondo tal como en los primeros tiempos. Sabría que nada se ha movido, que basta quererlo para ir y venir bajo el cielo mudable, sobre la tierra movediza, como a lo largo de los largos días de verano demasiado cortos para todos los juegos, los llamábamos juegos, si tuviera un poco de cabeza. De nuevo, allí, el aire, el sol, las sombras del cielo resbalando sobre la tierra y esta hormiga, esta hormiga, afortunadamente ya no tengo cabeza. Deja, deja, nada lleva a ninguna parte, nada de todo esto, mi vida es variada, no se puede tener todo, no llegaré a nada, pero, ¿cuándo he llegado a algo? ¿Cuando trabajaba, todo el día, y parte de la noche, iba a olvidarlo, cuando creía que perseverando llegaría a encontrarme? Y bien, heme aquí, polvillo en un nidillo que un soplo levanta, que otro derriba, procedentes de un exterior perdido. Sí, estoy aquí para siempre, con las arañas y las moscas muertas, bailando al son del estremecimiento de sus alas enredadas, y estoy muy contento por ello, muy contento de que haya terminado, de afanarme con ellas, a través de su valle de lágrimas. A veces llega una mariposa, caliente por las flores, qué débil está, y pronto muerta, las alas en cruz, como si descansara, al sol, las escamas grises. Hay que suprimir, las palabras se dejan suprimir, y los locos pensamientos que inventan, la nostalgia del fango donde sopló el espíritu de lo Eterno y escribió su hijo, mucho más tarde, con la punta de su dedo de imbécil divino, a los pies de la adúltera, hay que barrer, basta con decir no haber dicho nada, es otra vez no decir nada. Pero, qué habrá sido de ellos, en tal caso, de los tejidas que yo era, ya no los veo, ya no los siento, flotando a mi alrededor, en mí, bah, todavía deben de arrastrarse en alguna

parte, haciéndose pasar por mí. ¿Me lo he creído alguna vez, me he creído alguna vez allá?, mejor busca por allá, quizás estés todavía allá, tontamente, sólo que seguro que no. Los ojos, sí, si estos recuerdos son míos, he debido creerlo, un momento, creer verme allá, oscuramente, al fondo de sus perspectivas. Me veo, con los de aquí, sellados desde hace mucho tiempo, escudriñar con los de entonces, debía tener doce años, a causa del espejo, redondo, un espejo para afeitarse, de dos caras, una de aumento, la otra normal, escudriñar uno sólo de los otros, de los verdaderos, de los verdaderos de entonces, y verme allá, imaginar verme allá, agazapado al fondo de las velas azuladas, que me miraba sin verme, a los doce años, a causa del espejo, giratorio, a causa de mi padre, si era mi padre, en el cuarto de aseo, desde donde se veía el mar, y los barcos-faro de noche, y el disco rojo del puerto, si estos recuerdos me observan, a los doce años, o a los cuarenta, pues el espejo permanece, mi padre partió, pero el espejo permanece, donde tanto había cambiado, mi madre se peinaba frente a él, con manos nerviosas, en otra casa, desde donde no se veía el mar, desde donde se veía la montaña, si es que era mi madre, qué buen soplo de vida en el mundo. Yo fui, yo fui, dicen los del Purgatorio, también los de los Infernos, admirable plural, maravillosa seguridad. Hundido en el espejo hasta las narices, los párpados pegados por lágrimas heladas, volver a vivir sus campañas, qué tranquilidad, y saberse al final de sus sorpresas, no, he debido de oír mal. ¿Cuántas horas todavía, antes del silencio siguiente, no son horas, no será el silencio, cuántas horas todavía, hasta el próximo silencio? Ah, estar informado, saber esta cosa sin fin, esta cosa, esta cosa, este barullo de silencio y palabras, de silencios que no lo son, de palabras que son murmullos. O saber que aún es la vida, una forma de vida, una forma de vida destinada a acabar, como otras han podido acabar, como otras podrán acabar, antes de que la vida acabe, bajo todas sus formas. Palabras, palabras, la mía nunca fue más que esto, confusamente una mezcla de silencios y palabras, mi vida, la mía, que yo declaro acabada, o por venir, o todavía en curso, según las palabras, según las horas, con tal que dure todavía de esta extraña manera. Apariciones, guardianes, qué niñe-

ría, y vampiras, decir que he dicho vampiras, ¿sé, al menos, qué quiere decir?, pero claro que no, y lo que sucede, entretanto, como si lo ignorase, como si hubiera dos cosas, otra cosa que esta cosa, ¿qué es esta cosa innombrable, que yo nombro, nombro, nombro, sin usarla, y llamo a esto palabras? Es que no he dado con las buenas, las que matan, de las acritudes de este infame pienso todavía no me han subido a la garganta, de este torrente de palabras, con qué palabras nombrarlas, mis palabras innombrables. Sin embargo, tengo esperanza, lo juro, de poder un día contar una historia, una más, con hombres, con especies de hombres, como en los tiempos en que no dudaba de nada, casi. Pero antes hay que cerrar la boca y seguir llorando, con los ojos muy abiertos, para que el precioso líquido se pierda libremente, sin quemar los párpados, o el cristalino, ya no sé, lo que quema. Vaya, ¿podría ser éste simplemente el tono, y el tenor, de los sollozos? Demasiada suerte. Además, ni una lágrima, ni una, más bien me reiría. Tampoco. Serio, estaré serio, ya no escucharé, cerraré la boca y estaré serio, es la hora, ha vuelto. Y abierta de nuevo será, quién sabe, para contar una historia, en el verdadero sentido de la palabra, de la palabra contar, de la palabra historia, tengo esperanzas, una historieta, a los seres vivientes yendo y viniendo sobre una tierra habitable atiborrada de muertos, una corta historia, bajo el vaivén del día y de la noche, si llegan hasta allá, las palabras que permanecen, tengo esperanzas, lo juro.

VII

¿Lo he intentado todo, he escudriñado bien en todas partes, escuchando con paciencia, sin hacer ruido? Hablo en serio, como a menudo, me gustaría saber si lo he hecho todo, antes de darme de baja, y abandonar. En todas partes, quiero decir en los lugares donde tenía probabilidades de estar, donde antes me encontraba, esperando la hora de deslizarme fuera, lugares conocidos, esto es lo que quería decir al decir en todas partes. Antes, quiero decir cuando aún me movía, cuando sentía que me movía, con pena, apenas, pero en conjunto cambiando indudablemente de lugar, los árboles lo decían, las arenas, el aire de las cimas, los adoquines de la ciudad. Este tono promete, se parece al de antaño, al de los días y las noches en que estaba tranquilo, a pesar de todo, cuando pasaba y volvía a pasar por el inútil camino, sabiéndolo corto, y suave, visto desde Sirius, de una calma de muerte, en el corazón de mis frene-sías. Mi pregunta, tenía una pregunta, ah, sí, si lo he intentado todo, aún la veo, pero pasa, más ligera que el aire, como una nube, una noche de luna, delante del tragaluz, delante de la luna, como la luna, delante del tragaluz. No, a su manera, la suya, la conozco bien, la de la sombra que se sigue de noche con los ojos, pensando en otra cosa, el espíritu en otra parte, sí, eso, el espíritu en otra parte, y los ojos también, a decir verdad los ojos en otra parte también. Ah, si hay que decir decirlo todo a medias, como en los salones, no, sólo tengo un deseo, si aún lo tengo. Pero otra cosa, antes de las serias, tengo el tiempo justo, si me doy prisa, el tiempo justo en el vacío de todo este tiempo. Otra cosa, a esto lo llamo otra cosa, esta vieja cosa, que me mato por callar, viendo escapar los instantes, con delicia, a esto

llamo delicia, hablo de delicias, en lugar de aprovechar la ocasión, que tardará en presentarse de nuevo, si la memoria no me engaña, pero se presentará, es mi consuelo, con su cabalgata de instantes. Por lo demás, no soy yo, no hablo de mí, lo he dicho cien mil veces, inútil confesarme confuso, confuso por hablar de mí, cuando existe X, paradigma del género humano, moviéndose a voluntad, con penas y alegrías, quizá mujer e hijos, ascendientes ciertamente, un caparazón a imagen y semejanza de Dios y una cabeza contemporánea, pero sobre todo dotado de movimiento, es esto sobre todo lo que llama la atención, su retrato es tan fácil y su alma tan instructiva, que realmente hablar de sí, cuando existe X, no, menos mal que no hablo de mí, basta, loro asqueroso, te mataré. ¿Y si durante todo este tiempo, desde hace todo este tiempo, hubiera permanecido en la sala de espera de tercera clase de la estación del Sud-Este?, no me atrevía nunca a cambiar de clase, esperando la salida, si esperaba la salida, hacia el Sud-Este, el sur más bien, al este estaba el mar, a lo largo de los raíles, preguntándome dónde, pero dónde, bajar, o bien el espíritu lejos, en otra parte. La última salida era a las veintitrés treinta, luego cerraban la estación, por la noche. Cuántos recuerdos, es para hacerme creer que estoy muerto, lo he dicho cien mil veces. Pero regresan los mismos, como radios de una rueda que rueda, siempre los mismos, y se parecen todos, como radios. Y sin embargo me pregunto, cada vez que la hora vuelve a donde tengo que preguntarme esto, si la rueda rueda en mi cabeza, me lo pregunto, hasta tal punto pienso con mi sangre, y si no hace más que ir y venir, como una péndola en su caja, y aún a penas, dada la inmensidad por contar y que a las cabezas sólo se les da cuerda una vez, hasta tal punto pienso con mi aliento. Pero, caramba, otra vez estoy lejos de la terminal, con su bonito peristilo neoclásico, y de este montón de carne, pellejo, huesos y cerdas que espera la salida, para no sabe dónde, sino que será hacia el sur, dormido quizá, billete en mano, para mantener la compostura, o caído a sus pies, relajado completamente por el sueño, soñándose quizás en el cielo, bajado al cielo, o más bien el alba, que espera más bien el alba, y la alegría de poder decirse, Tengo todo el día para equivocarme, para

recobrar-me, para tranquilizarme, para renunciar, no tengo nada que temer, mi billete es válido de por vida. ¿Es allí donde me he detenido, soy yo otra vez, sentado erguido y tieso en el borde de la banqueta, las manos en los muslos, conociendo los peligros del abandono, el billete entre el pulgar y el índice, en esta sala que sólo ilumina, con la oscura luz de los andenes, la puerta mezquinamente acristalada con botones y todo, encerrado con llave, en la oscuridad, es allí, soy yo? En este caso la noche es larga y singularmente silenciosa, para aquel que cree acordarse de los rumores de la ciudad, confusamente, ya no es más que un solo rumor, que el imposible recuerdo de un solo rumor confuso, que duraba toda la noche, hinchándose, muriéndose, pero nunca turbado un solo instante por un silencio comparable a este ensordecedor silencio. De donde debería deducirse, aunque no sea así, que la sala de espera de la estación del Sud-Este debe tacharse de la lista de los lugares a visitar, véase más arriba, siglos más arriba, que este mármol ya no soy yo y que hay que buscar otro sitio, o de lo contrario abandonar, y yo sería de esta opinión. Pero, des-pacio, todas las ciudades no son eternas, quizás esté muerta, la que nos incumbe, y la estación abandonada, donde espero, el busto muy erguido, muy tieso, las manos en los muslos, la esquina del billete entre el pulgar y el índice, un convoy que nunca llegará, que nunca partirá, hacia la naturaleza, o que llegue el día, tras la puerta cerrada, de cristal ennegrecido por un polvo de ruinas. Por eso no hay que darse prisa en concluir, el riesgo de error es demasiado grande. Y buscarme en otra parte, allá donde la vida persiste, y yo allá, de donde toda vida ha desaparecido, excepto la mía, si es que vivo, no, sería perder el tiempo. Y personalmente ya no tengo tiempo que perder, lo oigo decir, y que se acabó por esta tarde, que la noche llega y que ya es hora de ponerse manos a la obra.

VIII

Sólo las palabras rompen el silencio, el resto ha callado. Si me callase ya no oiría nada más. Pero si me callase los demás ruidos volverían a empezar, aquellos a los que las palabras me han vuelto sordo, o que realmente han cesado. Pero me callo, esto ocurre, no, nunca, ni un segundo. También lloro, sin cesar. Es un chorro ininterrumpido, de palabras y de lágrimas. Todo sin reflexión. Pero hablo más bajo, cada año un poco más bajo. Quizá. Más lentamente también, cada año un poco más lentamente. Quizá. No me doy cuenta. Las pausas serán pues más largas, entre las palabras, las frases, las sílabas, las lágrimas, las confundo, palabras y lágrimas, mis palabras son mis lágrimas, mis ojos mi boca. Y debería oír, a cada pequeña pausa, si el silencio es tal como lo digo, al decir que sólo las palabras lo rompen. Pues no, es siempre el mismo murmullo, chorreante, sin hiato, como una única palabra sin fin y por consiguiente sin significado, pues es el fin quien lo da, significado a las palabras. Entonces qué derecho, no, esta vez me veo venir, y me detengo, diciendo, Ninguno, ninguno. Pero persiguiéndolo, el viejo treno estúpido, me pregunto, y hasta el final, una nueva pregunta, la más antigua, la de saber si siempre ha sido así. Y bien, voy a decirme una cosa (si puedo), cargada espero de promesas para el porvenir, a saber que empiezo ya a no saber en absoluto cómo pasaba antaño (he podido), y por antaño entiendo otro lugar, el tiempo se ha hecho espacio y ya no habrá más, mientras no esté fuera de aquí. Sí, mi pasado me ha echado fuera, sus rejas se han abierto, o soy yo quien me he evadido, quizás excavando. Para arrastrarme un instante libre en un sueño de días y de noches, soñándome yendo, estación tras esta-

ción, hacia una última, como un vivo, antes de estar, de pronto, aquí, sin memoria. Desde entonces sólo imaginaciones y esperanzas de verme una historia, de haber venido de alguna parte y de poder regresar, o continuar, un día, o sin esperanza. Sin qué esperanza, acabo de decirlo, la de verme vivo, y no solamente dentro de una cabeza imaginaria, un guijarro prometido a la arena, bajo un cielo variable, y variando un poco de lugar, cada día, cada noche, como si sirviera de ayuda, menguar, menguar siempre más, sin nunca desaparecer. No verdaderamente, cualquier cosa, digo cualquier cosa, con la esperanza de gastar una voz, de gastar una cabeza, o sin esperanza, sin razón, cualquier cosa, sin razón. Pero esto terminará, llegará una desinencia, o faltará el aliento, todavía mejor, será el silencio, sabré si hay un silencio, no, nunca sabré nada. Pero salir de aquí, eso al menos. No sé. Y que el tiempo vuelva a empezar, el cielo, los pasos en la tierra, la noche a la que tontamente llamamos la mañana y el alba a la que de noche se suplica que no despunte de nuevo. No sé, no sé qué significa, el día y la noche, la tierra y el cielo, las llamadas y las súplicas. ¿Puedo desearlos? Pero, quién dice que los deseo, la voz lo dice, y que es imposible que yo desee algo, esto parece contradecirse, yo no tengo opinión. Yo, aquí, si pudieran abrirse, estas pequeñas palabras, tragarme, y volverse a cerrar, quizá sea lo que ha sucedido. Que se abran pues de nuevo y me dejen salir, al tumulto de luz que me ha sellado los ojos, y de hombres, para que intente unirme de nuevo a ellos. O que me perdonen, si soy culpable, y me dejen expiar, en el tiempo, yendo y viniendo, cada día un poco más puro, un poco más muerto. Mi error es querer pensar, uno de mis errores, incluso de este modo, tal como soy no debería poder, incluso de este modo. Pero a quién he podido ofender tan gravemente, para que me castiguen de modo tan incomprendible, todo es incomprendible, espacio y conciencia, falso e incomprendible, sufrimiento y llantos, hasta el viejo grito paroxismal. No soy yo, no puede ser yo. Pero, ¿acaso sufro, sea yo o no, francamente, acaso hay sufrimiento? Pero aquí no existe la franqueza, diga lo que diga será falsa, y además no será mío, aquí no soy más que un muñeco de ventrilocuo, no siento nada, no digo nada, me tiene entre sus bra-

zos y mueve mis labios con un cordel, con un anzuelo, no, los labios son innecesarios, está todo oscuro, no hay nadie, dónde tengo la cabeza, he debido de dejarla en Irlanda, en una taberna, aún debe de estar allí, la frente apoyada en la barra, es cuanto merecía. Pero el otro que es yo, ciego, sordo y mudo, charla de que estoy aquí, charla de este negro silencio, charla de que ya no puedo moverme ni creer que esta voz sea la mía. De él debo disfrazarme hasta mi muerte, por él, hasta entonces, intentar no vivir, en esta simili-sepultura que se supone la suya. Mientras me sé tirándome pedos de mortalidad allá arriba en alguna parte de Europa probablemente, bajo el cielo aspirando y exhalando cada día un poco más mustio como ayer en la bomba de la matriz. No, haberlo dicho me convence de lo contrario, nunca he visto el día, ni él tampoco, he aquí la belleza por completo negativa de la palabra, cuyas negaciones desgraciadamente sufren la misma suerte, de ahí su fealdad. Escoger bien su momento y callarse, ¿sería el único medio de tener ser y hábitat? Pero estoy aquí, esto al menos es cierto, por mucho que lo diga y vuelva a decirlo, sigue siendo verdad. No me doy cuenta. Menos verdad, menos cierto que cuando me digo que estoy en la tierra, que he llegado al mundo, seguro de abandonarlo, por eso lo digo, pacientemente, variando, intentando variar, nunca se sabe, quizá se trate únicamente de dar con el buen agregado. Para ya no estar aquí por fin, no haber estado nunca aquí, pero desde todo ese tiempo allá arriba, con un nombre como un perro para que puedan llamarme y signos distintivos para que puedan localizarme, el pecho hinchándose y vaciándose por sí solo jadeando hacia la gran apnea. El buen agregado, pero hay cuatro millones posibles, incluso probables, según Aristóteles, que todo lo sabía. Pero, qué veo, y con qué, un bastón blanco y una trompetilla, dónde, Plaza de la República, a la hora del aperitivo, un momento, veamos eso, quizás esté allí por fin. La trompetilla, bogando a la altura del oído, de pronto se parece a una sirena de vapor, de esas que permiten a mis steamers adentrarse en la niebla, lentamente, esto debería servir para fijar la época, con un margen de algunos medios siglos de error. El bastón avanza golpeando con su punta de hierro el noble basamento de Magasins Réunis, sin

duda es invierno, en fin, no verano. Entreveo también, esforzándome un poco, un bombín que, ay, se diría la ridícula síntesis de todos los que nunca me han ido y, al otro extremo, igualmente sospechosos, unos botines amarillos, lacerados y con las suelas despegadas. Estos distintivos, si me atrevo a decirlo, avanzan juntos, como unidos por el tradicional excipiente humano, se inmovilizan, vuelven a avanzar, confirmados por los amplios escaparates. El nivel del sombrero, y por consiguiente el de la trompetilla, me asegura un pequeño porvenir de enano o por lo menos de jorobado. Todo esto es libre, todo esto es tentador. ¿Voy a entrar en el juego, intentar que se aprovechen una vez más, mis achaques de sueño, para que se vuelvan carne y giren, agravándose, alrededor de esta plaza grandiosa que confundo quizá con la de la Bastille, hasta ser juzgados dignos del adyacente Père Lachaise o, todavía mejor, prematuramente aliviados al querer cruzar, al anochecer? No, la respuesta es no, pues al girar, e incluso en el momento, patético entre todos, de tender la mano, o el sombrero, sin canto previo, sin más concesión al amor propio, en la terraza de un café, o en una boca de metro, sabría que no soy yo, me sabría aquí, mendigando en otro silencio, en otra oscuridad, otra limosna, la de ser o la de cesar, todavía mejor, sin haber sido. Y la mano vanamente vieja soltaría el óbolo, y los viejos pies reemprenderían la marcha, hacia una muerte todavía más vana que la de cualquiera.

IX

Si dijera, allí hay una salida, en alguna parte hay una salida, lo demás llegaría. ¿Qué espero, pues, para decirlo, creerlo? ¿Y qué significa, lo demás? ¿Voy a contestar, intentar contestar, o bien seguir, como si no hubiera preguntado nada? No sé, no puedo saber nada por anticipado, ni después, ni durante, el futuro dirá, un instante próximo, o lejano, no oiré, no comprenderé, hasta tal punto todo muere, apenas nacido. Y los síes y los noes nada significan, en esta boca, son como suspiros puntuando una pena, o son respuestas, a una pregunta incomprensible, a una pregunta muda, en los ojos de un mudo, de un retrasado, que no entiende, que nada ha entendido, que se mira en un espejo, que mira hacia delante, en el desierto, los ojos desmesuradamente abiertos, suspirando sí, suspirando no, de vez en cuando. Sin embargo, se razona, suele suceder, es decir, vuelven las cosas de siempre, conducidas, rechazadas, las unas por las otras, inútil saber cuáles. Es mecánico, como los grandes fríos, los grandes calores, los largos días, las largas noches, de luna, tengo esta convicción, pues tengo convicciones, cuando toca, después de dejarlas, así es, hay que creerlo, es decir, hay que decirlo, puesto que acabo de decirlo. La salida, esta noche le toca a la salida, diríase un dúo, ¿no?, o un trío, sí, a veces lo parece, luego pasa y no lo parece, nunca lo ha parecido, no parece nada, no se parece a nada, la pregunta que pregunta qué es no se plantea. Qué variedad y qué monotonía al mismo tiempo, cuánta variedad y al mismo tiempo cuánta, cómo decirlo, cuánta monotonía. Qué movido y al mismo tiempo qué tranquilo, cuántas vicisitudes en medio de tanta inmutabilidad. Instantes de duda, más escasos que frecuentes, si tuviera que es-

coger, y pronto superados, en provecho del verdadero propósito, del cual todo depende en primer lugar, después mucho, después poco, después nada. Esto es, fárrago, ponte a mi alrededor, avalancha, que ya no se hable de nadie, ni de un mundo por abandonar, ni de un mundo por alcanzar, para terminar de una vez, con los mundos, con las personas, con las palabras, con la miseria, con la miseria. Y en cuanto está dicho, Ah, me digo, era de esperar, si por lo menos pudiera decir, allí hay una salida, estaría dicho todo, sería el primer paso, del largo viaje factible, con destino a la tumba, para hacer en silencio, pasito irrevocable tras pasito, por los largos corredores primero, al mortal aire libre después, a través de días y noches, cada vez más de prisa, no, cada vez más despacio, por razones fáciles de entender, y así siempre más aprisa, por otras razones fáciles de entender, o por las mismas, entendidas de otra manera, o de la misma, pero en otro momento, un momento antes, un momento después, o en el mismo momento, no existe, no existiría, resumo, imposible. ¿Sabría de dónde había venido?, no, tendría una madre, habría tenido una madre, ¿y sabría de dónde había salido, y con qué pena?, no, habría olvidado, olvidado todo, ¿qué me hace decir aquello?, lo que me hace decir esto, lo que me hace decir todo, y no es seguro, seguro como sería segura la madre, como sería segura la tumba, si existiera una salida, si dijera que hay una salida, hacédmelo decir, demonios, no, no pediré nada. Sí, tendría una madre, tendría una tumba, no habría salido de aquí, de aquí no se sale, aquí está mi tumba, aquí mi madre, esta noche es aquí, estoy muerto y voy naciendo, sin haber terminado, sin poder empezar, es mi vida. Es razonable y de qué me quejo pues, de no pasearme ya de arriba abajo, delante del cementerio, diciéndome, ojalá esta comedia dure, el tiempo de poder terminar, ¿sería un reproche?, es posible. Tenía razón, de estar preocupado, al tiempo que me preguntaba por qué, y yo buscaba, yendo y viniendo, lo que podía ser, y lo encontraba, diciéndome, No soy yo, aún no he empezado, aún no me han visto, y diciéndome, Sí, sí, soy yo, a punto ya de no ser, y es más, acelerando el paso, para llegar antes del asalto siguiente, como si avanzara sobre el tiempo, y diciéndome, y así sin interrupción. No

podía pasar inadvertido, desde entonces, y sin embargo no se hubiera dicho, que no pasaba inadvertido. Yo no hablo de los buenos días, hubiera sido el primero en sentirme turbado, casi tanto como por un gesto de cabeza, o de mano. Pero los otros gestos, irreprimibles, sobresaltos y muecas, por los cuales a pesar suyo la gente nos acusa, tampoco, me parece, sino quizá por parte de los caballos, sin embargo bien adiestrados, y provistos de anteojeras, que tiran de coches mortuorios, y quizá ni eso, me hacía sin duda demasiado honor. Realmente no vuelvo a encontrar ni un solo rostro, es la prueba de que no estaba allí, no, no prueba nada. Pero el hecho de no haber sido molestado, ¿es posible que haya permanecido insensible? Vaya, creo que hubieran podido entregarse conmigo a las más halagüeñas violencias, no diría que sin haberme dado cuenta, pero diría sin que esto me haya ayudado a sentirme allí, más que en otra parte. Y quizás haya pasado la mitad de mi vida en las cárceles de su Estado, para purgar los delitos de la otra mitad, sin que mi problemática facción, durante la libertad, delante de las puertas del cementerio, me haya parecido suavizarse con un solo instante de descanso. Y si, cansados de verme rehabilitarme, de verme volver, después de cada vacación forzada, delante de las puertas del cementerio, se hubieran permitido cargar un poco sus golpes, justo lo bastante como para conferir la muerte, sin encarnizarse en absoluto con el cadáver, allí, en las puertas del cementerio, donde había aparecido, la misma mañana, apenas liberado, mi deuda pagada, con la sociedad, y vuelto a cargar con mi vieja falta, a lo largo y a lo ancho, con paso a veces lento, a veces precipitado, como el del conspirador Catalina tramando la ruina de la patria, diciéndome, No soy yo, sí, soy yo, y diciéndome, Allí hay una salida, no, no, confundo, debo confundir aquí y allí, ahora y entonces, tal como los confundía entonces, el aquí de entonces, el entonces de allí, con otro espacio, otro tiempo, mal distinguidos, pero no peor que ahora, ahora que estoy aquí, si es que estoy aquí, y ya no allí, yendo y viniendo, delante del cementerio, en la perplejidad. O simplemente me he sentado, por fin, y apoyado en el muro, con la larga noche ante mí, donde los muertos esperan, en su lecho de muerte, amortajados, boca

arriba, o en el ataúd, que el sol se levante. Pero, qué hago, intento situarme, para poder, llegado el caso, ir a otra parte, o decirme, Sólo hay que esperar, que vengan a cogerme, es mi impresión, por el momento. Luego pasa, y veo que no, no es eso, es otra cosa, difícil de captar, y que no capto, o que capto, depende, vuelve a ser lo mismo, pues tampoco es esto, pero aún otra cosa, o la primera que vuelve, o es siempre la misma, la misma cosa que se ofrece, a mi perplejidad, y desaparece, antes de ofrecerse de nuevo, a mi perplejidad aún hambrienta, o momentáneamente muerta de hambre. El cementerio, sí, allí es donde volvería, esta noche es allí, llevado por mis palabras, si pudiera salir de aquí, es decir si pudiera decir, Allí hay una salida, saber dónde exactamente sería simple cuestión de tiempo, y de paciencia, y de continuidad en las ideas, y de acierto en la expresión. Pero, y el cuerpo para ir allí, ¿dónde está el cuerpo?, es secundario, es secundario. Y estoy tranquilo, iría, allá, a la salida, tarde o temprano, si la dijera allí, en alguna parte, las otras palabras me llegarían, tarde o temprano, y lo necesario para poder ir allí, e ir allí, y atravesar, y ver las cosas hermosas que posee el cielo, y volver a ver las estrellas.

X

Abandonar, pero si todo está abandonado, no es reciente, yo no soy reciente. Hubo pues algo una vez. Hay que creer que sí, pero saber que no, nunca nada, sólo el abandono. Por haber dicho abandonar decimos abandono, sin pensarlo. Pero pongamos que no, es decir pongamos que sí, que hubo algo una vez, en una cabeza, en un corazón, entre unas manos, antes que todo se haya abierto, vaciado, cerrado, fijado. Hemos aquí tranquilos, habiendo tenido calor y en situación de continuar, una vez más. Pero no es el silencio. No, esto habla, en alguna parte se habla. Para no decir nada, de acuerdo, pero ¿es suficiente, para que signifique algo? Ya veo, la cabeza está retrasada, con relación al resto, y su ano es la boca, o bien sigue sola, sola sus antiguos vagabundeos, cagando su vieja mierda, y volviendo a tragársela, cogiéndola con los labios, como en los tiempos en que se creía una belleza. Sólo que el corazón ya no participa, ni el apetito. Y ya está, ya está, sin superchería, en mi haber este viejo pasado, nunca igual, pero acabado para siempre, acabando para siempre, y todo lo que implica, de promesas para mañana, y de consuelo para lo inmediato. Y de nuevo estoy en buenas manos, me cogen la cabeza, por detrás, curioso detalle, como en la peluquería, y con el índice me cierran los ojos, y con el dedo corazón las narices, y con los pulgares los oídos, pero mal, para que oiga, pero mal, y con los cuatro dedos restantes maniobran mandíbulas y lengua, para que me ahogue, pero mal, y diga, para mi bien, lo que debo decir, para mi bien futuro, ya me lo sé, y especialmente en este momento que no es más que un mal momento por pasar, un momento de descanso, que sin ellas hubiera podido serme fatal, y que un día sabré de

nuevo haber sido, y más o menos quién, y cómo seguir, y hablar solo, amablemente, de mi menda, y sus pálidos semejantes. Y quizá, pues aún no debo ser demasiado afirmativo, no iría a favor mío, otros dedos, quizás otros dedos aún, otros tentáculos, ya está, otras buenas ventosas, pero no nos interrumpamos por tan poco, consignent mis declaraciones, para que al término del interminable delirio, si alguna vez vuelve a empezar, no me exponga al reproche de haber conocido un desfallecimiento. Esto no marcha, no marcha, pero marcha, algo es algo. Y al lado, quizás al lado y alrededor se frotan otras almas, caídas en síncope, almas enfermas, de haber servido demasiado, o de no haber podido servir, pero aptas todavía al servicio, o decididamente para tirar, pálidos reflejos de la mía. O bien por fin es el lugar y la hora de nuestra puesta en cuerpo, como se ponen los cuerpos en tierra, a la hora de su muerte, por fin, y allí mismo donde mueren, para no añadir gastos, o de un nuevo destino, de almas de niños muertos, o muertas antes que el cuerpo, o de almas siempre jóvenes, en medio de los escombros, o no habiendo vivido, no habiendo sabido vivir, por una razón o por otra, o de almas inmortales, también deben encontrarse, habiéndose equivocado siempre de cuerpo, pero que el auténtico espera, en medio de las nubes por nacer, al auténtico cuerpo sepulcral, pues los vivos ya están servidos. No, nada de almas, nada de cuerpos, ni de nacimiento, ni de vida, ni de muerte, hay que continuar sin nada de todo eso, todo eso está muerto por las palabras, todo es demasiadas palabras, no saben decir otra cosa, dicen que no hay otra cosa, que aquí no es otra cosa, pero ya no lo dirán, no lo dirán siempre, encontrarán otra cosa, no importa qué, y podré continuar, no podré pararme, o podré empezar, una falsedad calentita, que me servirá un tiempo, que me servirá de un tiempo, que me servirá de un lugar, y de una voz, y de un silencio, de una voz de silencio, la voz de mi silencio. Es con tales perspectivas que quieren hacernos esperar con paciencia, cuando estamos pacientes, y tranquilos, en alguna parte estamos tranquilos, qué tranquilidad hay aquí, vaya, voy a decirlo, la tranquilidad de aquí, y qué bien estoy, qué silencioso, voy a empezar, la tranquilidad y el silencio, nunca rotos por nada, que nunca nada

romperá, que al decir no romperé, o al decir tener que decir, diré todo esto mañana por la noche, sí, mañana por la noche, en fin, otra noche, no esta noche, esta noche es demasiado tarde, para hacer algo bueno, voy a dormir, para poder decirme, oírme decir, un poco más tarde, He dormido, ha dormido, pero no habrá dormido, o entonces es que duermo, no habrá hecho nada, sólo continuar, haciendo el qué, haciendo lo que hace, sin parar, es decir, no sé, abandonando, habré continuado, abandonando, sin haber tenido nada, sin haber estado.

XI

Cuando pienso, no, no va bien, cuando vienen los que me han conocido, incluso los que me conocen aún, de vista por supuesto, o de olfato, cuando lo pienso es como, como si, qué, ya no sé, ya no sé más, no tenía que haber empezado. Si volviera a empezar, teniendo cuidado, a veces da buenos resultados, hay que intentarlo, lo intentaré, cualquiera de estos días, cualquiera de estas noches, o esta noche, antes de desaparecer, de allá arriba, de aquí abajo, barrido por las palabras de siempre. Ah, pero no, precisamente no, ya no pensaba en ello, ya no estaba en ello, precisamente no. Y todavía estoy en camino, por un sí y por un no, hacia un todavía por nombrar, para que me deje en paz, para que tenga paz, para que ya no sea, para que jamás haya sido. Nombrar, no, nada es nombrable, decir, no, nada es decible, entonces qué, no sé, no tenía que haber empezado. Añadirlo al repertorio, eso es, y ejecutarlo, como yo me ejecuto, trozo a trozo muerto, atardecer tras atardecer, noche tras noche, y a lo largo de los días, pero esto permanece de noche, cómo es posible que siempre sea de noche, voy a decirlo, para haberlo dicho, para tenerlo detrás de mí, un momento. Es el tiempo que no puede más a la hora de la serenata, a menos que sea la aurora, no, no estoy fuera, estoy bajo tierra, o en mi cuerpo en alguna parte, o en otro cuerpo, y el tiempo siempre devora, pero no a mí, eso es, por eso permanece la noche, para que lo mejor esté ante mí, la larga negra noche donde dormir, eso es, he contestado, he contestado a algo. O es en la cabeza, como un minuterero, un segundero, o como un trozo de mar, bajo el faro que pasa, de mar que pasa, bajo el faro que pasa. Quería de palabras para hacerme creer que estoy allí, y que

tengo una cabeza, y una voz, una cabeza que cree esto, que cree aquello, que ya no cree, ni en ella misma ni en otra cosa, pero una cabeza, y una voz que le pertenece, o a otras, a otras cabezas, como si hubiera dos cabezas, como si hubiera una cabeza, o inane, una voz inane, pero una voz. Pero no me engaño, en este momento no estoy allí, y es más, no estoy en otra parte, ni como cabeza, ni como voz, ni como testículo, lástima, lástima que no esté en ninguna parte como testículo, o como coño, por allí en todo caso, un pelo de pubis, las ve de todos los colores, y desde arriba, en fin, así es. Y las dejo decir, mis palabras, que no son mías, yo esta palabra, esta palabra que dicen, pero dicen en vano. Progresa, progresa, y cuando vienen los que me han conocido, aprisa, aprisa, eso como si, no, prematuro. Pero ya llego, cucu heme aquí de nuevo, por necesidades de la causa, como la raíz cuadrada de menos uno, habiendo hecho mis estudios, veamos esto, esta cabeza lívida, embadurnada de tinta y confitura, caput mortuum de una juventud estudiosa, orejas despegadas, ojos trastornados, cabellos escasos, boca espumosa, y masticando, ¿qué mastica?, un gargajo, una oración, una lección, un poco de cada, una oración aprendida por si acaso, antes del fin del alma, y que aflora, de torcidas, en la vieja boca, que ya no tiene palabras, en la vieja cabeza que ya no escucha, me he hecho viejo, sobreviene, un viejo mocososo, que ha hecho sus estudios, en el urinario de dos plazas de la Rue Guynemer, donde el agua se escapa con el mismo ruido de hace sesenta años, mi preferido, a causa de la llamada, me parece oír a mamá silbar, la frente contra el tabique, en medio de las inscripciones, estimulando la próstata, gargajeando avermarías, abrochado de la bragueta, no invento nada, por distracción, o demasiado exhausto, o indiferente, o adrede, para mejor mojar, ya me entiendo, o manco, aún mejor, sin manos, sin brazos, es preferible, viejo como el mundo, jodido como el mundo, amputado de todo, en pie sobre mis fieles muñones, reventado de vieja orina, de viejas oraciones, de viejas lecciones, codo a codo carcasa, alma y cráneo, sin hablar de los gargajos, no hablemos de ellos, de los sollozos hechos mucosidad, procedentes del corazón, esto por el corazón, soy un corazón, estoy completo, excepto algunas

extremidades, hechos sus estudios, su carrera, y a pesar de todo sin orgullo, sin reivindicar, sacudido por eyaculaciones, Jesús, Jesús. Noches, noches, qué noches, hechas de qué, y cuándo, no lo sé, de sombra amiga, de cielos amigos, de un tiempo saciado, de un tiempo de tregua, antes de la medianoche, no lo sé, no más que entonces, que cuando me decía, desde dentro, o desde fuera, desde la noche que llegaba o desde bajo tierra, desde lejos en todo caso, Dónde estoy, para no hablar más que del lugar, y hecho cómo, y desde cuándo, esto por el tiempo, y hasta cuándo, y quién es este imbécil que no, sabe adónde ir, que no puede detenerse, que se tomaba por mí y por quien yo me tomaba, cualquier cosa, la vieja antifona. Noches de entonces, pero de qué está hecha esta noche, que no acaba, en la que estoy solo, es aquí donde estoy, donde estaba entonces, donde siempre he estado, desde donde me hablaba, desde donde yo le hablaba, ¿qué ha sido de él?, él, a quien yo veía, siempre en la calle, probablemente, es posible, no sabía adónde ir, sin poder detenerse, sin voz que le hable, yo ya no le hablo, ya no me hablo, no tengo a nadie a quien hablar, y hablo, habla una voz que sólo puede ser la mía, puesto que no hay nadie más que yo. Sí, lo he perdido y él me ha perdido, perdido de vista, perdido de oídas, es lo que quería, ¿es posible, que haya querido aquello, que haya querido esto?, y él, ¿qué quería él?, él quería detenerse, quizá se haya detenido, yo me he detenido, pero yo no me he movido nunca, quizás él haya muerto, yo he muerto, pero yo nunca he vivido. Pero él, él iba y venía, prueba de animación, por los atardeceres de entonces, que también se movían, atardeceres con fin, atardeceres con noches, sin decir una palabra, sin poder decir una palabra, sin saber adónde ir, sin poder detenerse, escuchando mis gritos, escuchando gritar que esto no era vida, como si lo ignorase, como si se tratara de la suya, que sí lo era, ahí está la diferencia, eran los buenos tiempos, ya no sabía dónde estaba, ni cómo estaba hecho, ni desde cuándo, ni hasta cuándo, mientras que ahora, ahí está la diferencia, ahora lo sé, no es cierto, pero lo digo, ahí está la diferencia, lo estoy diciendo, voy a decirlo, acabaré por decirlo, y luego terminar, podré terminar, ya no existirá, ya no valdrá la pena, no será necesario, no será posible,

pero no vale la pena, no es necesario, no es posible, es así como eso se razona. No, hay que encontrar otra cosa, una razón mejor, para que esto se detenga, otra palabra, una idea mejor, para ponerla en negativo, un nuevo no, que anule todos los otros, todos los viejos noes que me han hundido aquí, al fondo de este lugar que no lo es, que no es más que un tiempo para la hora eterna, que se llama aquí, y de este ser que se llama yo y no lo es, y de esta voz imposible, todos los viejos noes que cuelgan en la oscuridad y se balancean como una columna de humo, sí, un nuevo no, que sólo se deje pronunciar una vez, que abra su trampa y me trague, sombra y cháchara, en una ausencia menos vana que la de la existencia, Ah, sé que no sucederá así, que nada sucederá, que nada ha sucedido y que aún estoy, y sobre todo desde que ya no puedo creerlo, lo que se llama en carne viva en alguna parte allá arriba en su hemorragia de luz, insultándome. Y por eso, cuando llega la hora de los que me han conocido, esta vez irá bien, cuando es la hora de los que me conocen, es como si estuviera entre ellos, esto es lo que tenía que decir, entre ellos para verme llegar, para seguirme luego con la mirada, moviendo la cabeza y diciendo, ¿Es él?, ¿es posible?, antes de reemprender con ellos un camino que no es el mío y que me aleja a cada paso de este otro que tampoco puede serlo, o de quedarme solo en donde me encuentro, entre dos sueños que van apartándose, sin conocer a nadie, sin ser conocido por nadie, esto es en realidad lo que quería decir, todo cuanto tenía por decir, esta noche.

XII

Es una noche de invierno, allá donde fui, seré, rememorado, imaginado, qué más da, creyendo en mí, creyendo que soy yo, no, no vale la pena, desde el momento en que hay otros, dónde, en el mundo de los otros, de los largos trayectos mortales, bajo el cielo, con una voz, no, no vale la pena, y algo por qué moverse, de vez en cuando, ya no, desde el momento en que los otros pasan, los verdaderos, pero sobre la tierra, seguramente sobre la tierra, el tiempo de una nueva muerte, de un nuevo despertar, esperando que aquí cambie, que algo cambie, que haga nacer más profundamente, morir más profundamente, o resucitar, al fondo de afuera de ese murmullo de memoria y sueño. Una noche de invierno, sin luna ni estrellas, pero clara, ve su cuerpo, el frente, una parte del frente, ¿qué ilumina, esta imposible noche, este imposible cuerpo?, en él está mi recuerdo, de la verdadera noche, es mi sueño, de la noche sin mañana, y mañana, ¿cómo se las arreglará mañana, para soportar mañana, el alba, el día?, se las arreglará como ayer, como se las arregló ayer, para soportar ayer. Es cierto, no soy yo, aún no, ya no, es un veterano, de los días y las noches, pero él olvida, piensa en mí, demasiado en mí, y el alba está todavía lejos, quizá tenga tiempo de no despuntar. Es lo que dice, con su voz que lo abandona, quizás esta noche, y dice, Qué claridad, ¿cómo me las arreglaré mañana, cómo me las arreglé ayer?, bah, es el fin, mañana está lejos, quién me habla así, y quién me niega así, como si le hubiera quitado el sitio, como si hubiera usurpado su vida, vieja vergüenza que me ha impedido vivir, haberme al vivir impedido vivir, y así siempre, refunfuñando, los viejos despropósitos, el mentón sobre el pecho, los brazos bambo-

leantes, las piernas sin fuerza, en la noche. ¿Me deslizarán en él, memoria y sueño de mí, en él todavía vivo?, ¿acaso no estoy ya en él, desde siempre, esparcido como un remordimiento?, ¿estaría, mi noche y mi contumacia, en el secreto de este moribundo, y sería su muerte mi última demora, por haber vivido?, y, quién divaga así, bah, hay voces por todas partes, orejas por todas partes, uno que habla diciendo, mientras habla, Quién habla, y de qué, y uno que escucha, mudo, sin comprender, lejos de todos, y cuerpos en todas partes, doblados, detenidos, donde debo tener tantas oportunidades, tan pocas, como en este cualquiera. Y nadie esperará, ni él ni los demás, nadie ha esperado nunca, para morir, que yo viva en él, para poder morir con él, pero aprisa aprisa todos mueren, diciéndose, Muramos aprisa, sin él, como en la vida, ahora que estamos a tiempo, antes de no haber vivido. Y este otro, naturalmente, qué decir de este otro, que divaga así, a fuerza de que yo provea y de él desprovisto, este otro sin nombre ni persona cuyo ser abandonado frecuentamos, nada. He aquí un bonito trío, y decir que todos sólo hacen uno, y que este uno sólo hace nada, y qué nada, no vale nada. Entonces, ¿estoy obligado a decir, es el momento, esto es la tierra, estas obras apenas vivas que me estaban destinadas y que recuperadas lo estarían a otro, gracias, y a reír, con esa larga risa muda de inexistente avisado, de escuchar atribuirme palabras tan gruesas?, qué sentido del humor, confiesa que ya no estás a la altura, que acabarás por montar en bicicleta. Ese es el coro de contables, opinan, como un solo hombre, otro más, y no es todo, todos los pueblos no bastarían, al término de billones se necesitaría un dios, de los testigos testigo sin testigo, suerte que ha fracasado, que nada ha empezado, nunca hubo nada más que nunca y nada, es una verdadera suerte, nada nunca, más que palabras muertas.

XIII

Todavía se debilita aún más, la vieja débil voz, que no ha sabido hacerme, se vuelve lejana, para decir que se va, probar otros lugares, o baja, cómo saberlo, para decir que va a terminar, no probar más. Sólo ella ha existido, dice, como voz en mi vida, si al hablar de mí puede hablarse de vida, y puede, ella puede todavía, si no de vida, allí muere, si solamente esto, si solamente aquello, allí muere, si al hablar de mí, allí muere, pero quien puede el más puede el menos, de qué no puede hablar quien puede hablar de mí, hasta cierto punto, hasta el momento en que, muere, ya no puede más, hablar de mí, aquí, en otra parte, dice ella, murmura. Quien, no es una persona, no hay nadie, hay una voz sin boca, y un oído en alguna parte, algo que debe oír, y una mano en alguna parte, ella llama a eso una mano, ella quiere hacer una mano, en fin, algo, en alguna parte, que deje huellas, de lo que ocurre, de lo que se dice, realmente es lo mínimo, no, es novela, siempre novela, sólo la voz es, resonando y dejando huellas. Huellas, ella quiere dejar huellas, sí, como las deja el aire entre las hojas, en la hierba, en la arena, con eso quiere hacer una vida, pero pronto se acaba, no habrá vida, no habrá habido vida, habrá silencio, el aire que tiembla aún un instante antes de inmovilizarse para siempre, una mota de polvo que cae en un momento. Aire, polvo, aquí no hay aire, ni nada que se convierta en polvo, y hablar de instantes, de breves instantes, es para no decir nada, ahora bien, son las palabras que ella emplea, que ha hablado siempre, que siempre hablará, de cosas que no existen, o que existen en otra parte, si se quiere, si esto es existir, ahora bien, no se trata de otra parte, se trata de aquí, ah, aquí está por fin, aquí está todavía, era necesario

salir de aquí, ir a otra parte, allí donde el tiempo pasa y los átomos se reúnen, un breve instante, allí de donde quizás ella venga, de donde ella dice a veces haber tenido que venir, para poder hablar de tantas quimeras. Sí, salir de aquí, ahora bien, está vacío, ni polvo, ni soplo, sólo el suyo, por mucho que se mueva nada se produce. Si estuviera allí, si ella hubiera sabido hacerme, cómo la compadecería, por haber hablado tan en vano, no, no es esto, ella no habría hablado en vano, si yo estuviera allí, y yo no la compadecería. si ella me hubiera hecho, la maldeciría, o la bendeciría, ella estaría en mi boca, maldiciendo, bendiciendo, quién, qué, no sabría decirlo, no sabría decir gran cosa, en mi boca, ella que ha sabido decir tantas cosas, en vano. Palabras vanas, que se escapen, son las últimas. Pero esta piedad, esta piedad que pese a todo está en el aire, aunque no haya aire aquí, que pueda traer piedad, pero es una expresión, ¿es necesario detenerse en ella, preguntarse de dónde sale?, ella se lo pregunta, y si no es una breve esperanza que se enciende, malvadamente, entre las traidoras cenizas, otra expresión, breve esperanza de un pequeño ser después de todo, de tipo humano, lágrima en el ojo antes de haber visto nada, no, no se debe, no más que en el resto, no hay que detenerse en nada, nada debe detenerla ya, en su caída, o en su ascensión, quizás ella termine en un agudo, en un alarido. En verdad muchas veces no ha sido asunto del corazón, ni en sentido propio, ni figurado, pero no es una razón para esperar, qué, que nunca jamás habrá uno, para enviarlo a reventar allá arriba, entre las sombras chinescas, lástima, lástima. Pero, qué espera al fin, puesto que está decidido, puesto que es obligado, para cerrar su gran morro muerto, todavía una locución, quizás haber reunido todas sus estupideces, en una cadencia digna del resto. Últimas preguntas de siempre, poses de niña en las sábanas del fin, últimas imágenes, fin de las quimeras, del ser que llega, del ser que pasa, del ser que fue, fin de las mentiras. ¿Es posible, es esto en fin posible, que se extinga esa nada negra de sombras imposibles, al fin eso es factible, que lo infactible termine y se calle el silencio?, ella se lo pregunta, esta voz que es silencio, o yo, cómo saberlo, acerca de mi yo de dos letras, éstas son quimeras, silencios que se corresponden,

ella y yo, ella y él, yo y él, y los nuestros, y los suyos, pero de quién, quimeras de quién, silencios de quién, viejas preguntas, últimas preguntas, acerca de nosotros que somos quimera y silencio, pero ha terminado, nosotros hemos terminado, nosotros que nunca fuimos, nada habrá allí donde nunca hubo nada, últimas imágenes. Y quién se avergüenza, a cada muda millonésima de sílaba, e inextinguible infinito de remordimientos socavándose, mordisco a mordisco, de haber de oír, de haber de decir, más allá del más débil murmullo, tantas mentiras, tantas veces la misma mentira y mentirosamente desmentida, cuyo silencio aullante es llaga de síes y cuchillo de noes, ella se lo pregunta. Pero el deseo de saber, ¿qué se ha hecho del deseo de saber?, ella se lo pregunta, no está, el corazón no está, la cabeza no está, nadie siente nada, nada pregunta, nada busca, nada dice, nada oye, es el silencio. No es cierto, sí, es cierto, es cierto y no es cierto, es el silencio y no es el silencio, nadie hay y alguien hay, nada niega nada. Y la voz, la vieja voz desfalleciente, se callará por fin que no será cierto, como no es cierto que hable, no puede hablar, no puede callar. Y habrá un día aquí, donde no hay días, aquí que no es un lugar, originado por la imposible voz el infacible ser, y un comienzo de día, en que todo será silencioso y vacío y oscuridad, como ahora, como pronto cuando todo haya acabado, cuando todo esté dicho, dice ella, murmura.

1950

De una obra abandonada

En pie al amanecer aquel día, yo era joven entonces, con qué ánimo, y fuera, mi madre pegada a la ventana en camisión llorando y gesticulando. Mañana hermosa y fresca, demasiado pronto clareada como tantas veces, pero entonces, con qué ánimo, muy violento. Pronto el cielo iba a oscurecerse y la lluvia a caer y continuar cayendo, todo el día, hasta la noche. Luego nuevamente azul, sol, un segundo, luego noche. Sintiendo todo eso, cuán violento y la clase de día que iba a ser, me detuve y di media vuelta. Así de regreso, cabizbajo al acecho de un caracol, babosa o gusano. También mucho amor en el corazón por todo lo fijo y enraizado, piedras, arbustos y similares, muy numerosos para nombrarlos (incluso las flores del campo, por nada del mundo estando en mis cabales hubiera tocado una, para arrancarla).¹

En cambio un pájaro sabe usted, o una mariposa, revoloteándome alrededor a través de mi camino, todo lo que se mueve, a través de mi camino, una babosa, vaya, metiéndose bajo mis pies, no, no hay tregua. Decir que me salía del camino para atraparlos, tanto no, parecían fijos en la distancia, luego, un instante después se me echaban encima. He visto pájaros con mi aguda vista volar tan alto, tan lejos, que parecían quietos, luego, un instante después se me echaban encima por todas partes, los cuervos me han hecho eso. Los patos puede que sean lo peor, verse de pronto pataleando y tropezando en medio de los patos, o de las gallinas, cualquier ave de corral, hay pocas cosas peores. Incluso si estas cosas fueran evitables no voy a salirme de

1. Todo el paréntesis está eliminado en la versión francesa. (*N. del T.*)

mi camino para evitarlas, simplemente no voy a salirme de mi camino, puesto que nunca en mi vida he estado en camino hacia ningún sitio, sino simplemente en camino. De este modo mi camino me ha llevado a ensangrentarme a través de espesos bosquecillos, me ha hundido en las marismas, en el agua también e incluso en el mar cuando le daba la gana, hasta tal punto que o perdía mi camino o tenía que echar marcha atrás so pena de ahogarme. Y así es quizá como moriré por fin si no me agarran antes, ahogado quiero decir, o en llamas, sí, puede que eso sea lo que consiga por fin, arrojándome furiosamente en las llamas con la cabeza baja y muriendo como una antorcha humana. Luego levanté la mirada y vi a mi madre gesticulando todavía desde la ventana para que volviera o me fuera, no lo sé, o sin motivo, sin otro motivo que su pobre amor impotente, y oí débilmente sus gritos. El marco de la ventana era verde pálido, el muro de la casa gris y mi madre blanca y tan delgada que dejaba pasar mi mirada (aguda vista tenía yo entonces) hasta el fondo sombrío del cuarto, y de lleno sobre todo aquello el sol todavía bajo por oriente, y todo pequeño a causa de la distancia, muy bonito todo aquello realmente, lo recuerdo, el gris viejo y luego el delgado marco verde alrededor y el blanco delgado sobre el fondo sombrío, ojalá ella hubiera podido estarse quieta y dejarme contemplar. Pero no, por una vez que yo quería pararme en un sitio y mirar alguna cosa no podía hacerlo a causa del tumulto al que ella daba rienda suelta en la ventana, con sus ademanes y aspavientos y zarandeos como si hiciera ejercicios y puede que en efecto los hiciera, no veo inconveniente, sin preocuparse de mí nada en absoluto. Ninguna continuidad en las ideas, ésta era otra de las cosas que me disgustaban de ella. Había la semana de los ejercicios, luego la de las oraciones con lectura de la Biblia, luego la de la jardinería, luego la de canto y piano, ésta era espantosa, luego una semana sin hacer otra cosa que vagar y holgazanear, ninguna tenacidad. Ah, no era a mí a quien molestaba todo eso, yo siempre estaba fuera. Pero rápidamente la continuación de aquel día que me ha venido al empezar, cualquier otro hubiera servido igual, sí, la continuación y acabarlo y al siguiente, basta ya de mi madre por ahora. Pues bien, al prin-

cipio no hay problemas, todo va bien, no hay pájaros persiguiéndome, nada a través de mi camino salvo en la lejanía un caballo blanco seguido de un chico, o también podía ser un hombre o una mujer de poca talla. Ese es el único caballo completamente blanco que yo recuerdo, lo que los alemanes llaman un Schimmel si la memoria no me falla mal, ah, de joven qué viveza, qué hambre de conocimientos, Schimmel, bonita palabra, para un oído inglés. El sol le daba de lleno, como poco antes a mi madre, y me pareció ver que le cruzaba el flanco una especie de banda o cincha roja, una barriguera quizás, o quizás es que iban a algún sitio para engancharlo a una calesa o algo parecido. Cruzó mi camino en la lejanía, luego desapareció, entre las altas hierbas sin duda, no vi más que la repentina aparición del caballo, luego su desaparición. Brillaba al sol con un blanco intenso, nunca había visto un caballo igual, desde que oí hablar de ellos, y nunca vi otro. El blanco, debo decir que el blanco siempre me ha causado una fuerte impresión, todo lo que es blanco, sábanas, muros, etcétera, hasta las flores, y luego el blanco a secas, la idea del blanco, sin más. Pero rápidamente la continuación de aquel día y acabarlo. Pues bien, al principio todo va bien, no hay problemas, sólo la violencia y luego ese caballo blanco, cuando de repente me vino un cabreo salvaje, realmente cegador. Pero por qué ese cabreo repentino, no tengo ni idea, estos cabreos repentinos hacían de mi vida un infierno. Muchas otras cosas también, mi angina por ejemplo, nunca he sabido lo que es vivir sin angina, pero lo peor eran los cabreos como un viento fuerte levantándose de repente en mi interior, no, no encuentro las palabras. En todo caso no era la violencia agravándose, no tiene nada que ver, algunos días podía sentirme violento de la mañana a la noche y ni rastro de cabreo, otros relativamente tranquilo como un cordero y venirme cuatro o cinco. No, sobrepasa el entendimiento, todo sobrepasa el entendimiento, para un espíritu como el que yo he tenido toda la vida, siempre al acecho de sí mismo, posiblemente vuelva al tema cuando me sienta menos débil. Hubo un tiempo en el que intenté socorrerme dándome con la cabeza contra cualquier cosa, pero he renunciado. Lo mejor mirándolo bien era largarme pitando.

Quizá deba decir aquí que solía andar muy despacio. No haraganeaba, ni mataba el tiempo, no tiene nada que ver, andaba despacio, eso es todo, pequeños pasos cortos y el pie una vez en el aire bajaba muy despacio hacia el suelo. Para compensar he debido ser con mucho uno de los corredores más rápidos que ha habido nunca en la tierra, en una distancia corta, cinco o diez metros, un segundo y ya había llegado. Pero no podía mantener ese paso, no por falta de aliento, era mental, todo es mental, quimeras. Por otro lado era tan inútil para el trote como un miriápodo. No, conmigo todo era lento, luego, de pronto zas, el relámpago, el arrebato, prisa al preso,² ésta es una de las cosas que solía decir, una y otra vez, mientras hacía mi camino, prisa al preso, prisa al preso. Por suerte mi padre murió cuando yo era todavía joven, si no a lo mejor acabo de profesor, era su ilusión. Muy honesto discípulo fui, nada de inteligencia, pero una memoria de elefante. Un día le expliqué la cosmología de Milton, estábamos allá arriba en la montaña, apoyados en una roca enorme cara al mar, aquello le causó una fuerte impresión. En el amor también, de joven, a veces pensaba, pero no demasiado si se compara con los otros chicos, me impedía dormir a la larga. Nunca he amado a nadie creo, lo recordaría. Excepto en sueños, y entonces eran animales, animales de sueño, sin ninguna relación con los que pueden verse por el campo, no encuentro las palabras, criaturas deliciosas, blancas la mayoría. En cierto sentido quizá sea una lástima, una buena esposa que me ayudara y a estas horas quizás hubiera llegado a ser alguien, estaría quizá tendido al sol chupando mi pipa, palmoteando las nalgas de las terceras o cuartas generaciones, considerado y respetado por todos, cavilando lo que habría para cenar en lugar de arrastrar los zapatos sobre los mismos viejos caminos haga el tiempo que haga, nunca me ha gustado la exploración. No, no me arrepiento de nada, lo único que lamento es haber nacido, es tan largo, morir, siempre lo he dicho, tan cansado a la larga. Pero rápidamente la continuación, después del caballo blanco, luego el cabreo, ninguna

2. Juego de palabras: *vent the pent y hors le for*, edic. ing. y franc. respectivamente. (N. del T.)

relación supongo. Pero para qué continuar esta historia, no sé, un día tengo que terminarla, por qué no ahora. Pero esto son pensamientos, no los míos, no es razón, vergüenza sobre mí. Es que ahora soy viejo y débil, es por el sufrimiento y la debilidad que murmuro por qué y me callo, y los viejos pensamientos montan en mí como una onda y hasta en mi voz, los viejos pensamientos nacidos conmigo y crecidos conmigo y echados a los abismos, éste es otro. No, recobremos aquel día lejano, cualquier día lejano, y los ojos que suben de la tierra oscura entregada a las cosas que contiene y de allí al cielo, luego bajan, suben y bajan, y los pies que no van a ningún sitio, que tan sólo vuelven a casa como pueden, que por la mañana se alejan de la casa y por la noche vuelven, y el sonido de mi voz de la mañana a la noche mascullando sin que yo escuche las viejas cosas de siempre, mi voz ni mía ni voz venida la noche, como un tití con la cola peluda sentado en mi hombro, haciéndome compañía. Todo este parloteo bajo y ronco, nada sorprendente mi angina. Quizá deba señalar aquí que no hablaba nunca con nadie, mi padre debió ser la última persona con quien lo hice. Mi madre era igual, no hablaba, no respondía (más que a sí misma),³ desde la muerte de mi padre. Le pedí dinero, no puedo ocultarlo, debieron ser mis últimas palabras hacia ella. A veces me gritaba, o me imploraba, pero no duraba mucho, sólo algunos gritos, luego los viejos labios cerrados fuertemente si yo levantaba la mirada, y el cuerpo de costado y nada más que el rabillo del ojo hacía mí, pero era raro. A veces por la noche la oía hablando sola, vamos supongo, o rezando en voz alta, o leyendo en voz alta, o repasando sus himnos, pobre mujer. Pues bien, después del caballo y del cabreo ya no sé, seguí adelante, tan sencillo como eso, luego sin duda el lento cambio de opinión, torciendo poco a poco a derecha o a izquierda, hasta la media vuelta, luego el regreso. Ah, papá y mamá, pensar que deben estar en el paraíso, tan buenos eran. Ir al infierno, es todo lo que pido, y allí continuar maldiciéndolos, y ellos que me vean y me oigan desde arriba, eso a lo mejor les joroba su felicidad. Sí, yo creo en todas sus me-

3. Añadido en la versión francesa. (*N. del T.*)

meces sobre la vida futura, eso me fortifica, y ante un infortunio como el mío no hay ninguna nada que se resista. Yo estaba loco por supuesto y todavía lo estoy, pero inofensivo, pasaba por inofensivo, ésta sí que es buena. No es que estuviera realmente loco, sólo era raro, un poco raro, y un poco más de año en año, no debe haber mucha gente al aire libre más rara que yo en el día de hoy. ¿A mi padre lo maté también como maté a mi madre?, quizá sí en cierto sentido, pero ya no se trata de romperme la cabeza por eso, demasiado viejo y débil. Las preguntas aparecen según hago mi camino y me embrollan las ideas, es la desbandada. De pronto ahí están, no, suben desde el fondo de un viejo abismo y flotan y se deslizan antes de desvanecerse, preguntas que cuando yo tenía mi cabeza en buen estado hubieran reventado en el mismo instante pulverizadas antes de poder formularse incluso, pulverizadas. Por parejas venían a veces, paf una sobre otra, ejemplo ¿Cómo voy a aguantar un día más? y luego ¿Cómo he aguantado otro día más? o bien ¿He matado a mi padre? y luego ¿He matado alguna vez a alguien? Así, de lo general a lo particular como quien dice, pregunta y respuesta también en cierto sentido, para vol verme memo. Las combato a mi manera, apretando el paso cuando me asaltan, sacudiendo y meneando la cabeza furiosamente, fulminando las cosas con ojos extraviados, elevando mi susurro a un grito, éstos son los auxilios. Pero no tendrían que ser necesarios, hay un error en algún sitio, si fuera el fin no me importaría, pero cuántas veces he dicho, ante una nueva atrocidad, Es el fin, y luego no era el fin, y sin embargo el fin ya no puede estar muy lejos, voy a caer mientras hago mi camino para no levantarme nunca más o enroscarme para pasar la noche como siempre entre las rocas y antes del alba desaparecer. Oh, ya sé que yo también acabaré y volveré a ser como antes de ser, excepto lo de que me quiten lo bailado, eso es lo que me alegra, y a veces mi susurro se debilita y muere y lloro de alegría mientras hago mi camino y por amor a esta vieja tierra que me soporta desde hace tanto tiempo sin quejarse jamás como yo dentro de poco dejaré de quejarme. Empezaré a flor de tierra, luego me descompondré y partiré a la deriva a través de toda la tierra y al final puede que desde un acantilado hasta

el mar, un resto de mí. Una tonelada de gusanos por hectárea, ésta sí que es una maravillosa idea, una tonelada de gusanos, lo creo. De dónde me habrá venido, de un sueño, o de un libro de juventud leído en un rincón, o de una palabra captada mientras hacía mi camino, o estaba en mí desde siempre escondida esperando el momento de darme gusto, éste es el tipo de malos pensamientos que debo combatir como dije antes. Pero ¿no hay nada que añadir a aquel día con el caballo blanco y la madre blanca en la ventana?, por favor vuelvan a leer mis descripciones anteriores, antes de pasar a otro más lejano, nada que añadir antes de avanzar en el tiempo saltando cientos o sea miles de días como no había manera en aquella época en que tenía que sacarlos como fuera uno tras otro antes de llegar a éste al que ahora estoy llegando, no, nada, todo desaparecido menos mi madre en la ventana, el caballo, la violencia, el cabreo, la lluvia. Rápidamente pues este segundo día y acabarlo y librarme y al siguiente. Pues bien, entonces lo que me pasó fue que empecé siendo asaltado y perseguido por una familia o tribu, no sé, de armiños, esto sí que es increíble, me parecieron armiños. Incluso tuve suerte, si se me permite decirlo, de salir con vida, extraña expresión, debe haber un error en algún sitio. Cualquier otro se hubiera hecho morder y desangrar hasta morir, puede que incluso se hubiera hecho chupar hasta quedar blanco como un conejo, ya está la palabra blanco aquí otra vez. Nunca he sabido pensar, ya lo sé, pero si hubiera sabido, y hecho entonces, me habría tumbado y dejado vaciar tranquilamente, a imagen y semejanza del conejo. Pero empecemos como siempre por el principio con la mañana y la partida. Cuando un día regresa, por una razón u otra, su mañana y su tarde vuelven también, por poco dignas de mención que hayan sido, la partida y el regreso, esto sí que me parece digno de mención. En pie por lo tanto al alba gris, débil y temblequeante como no se debe, habiendo pasado una noche atroz, lejos de imaginar lo que me esperaba, fuera y en marcha. En qué momento del año, no tengo ni idea, qué importa. No una auténtica lluvia, sino gotas, gotas por todas partes, un tiempo que debiera escampar, pero no, gotas, gotas de la mañana a la noche, sin sol, la misma luz gris, un

silencio de muerte, nada se movía, ni un soplo, hasta la noche, luego la oscuridad, y un poco de viento, vi algunas estrellas al acercarme a casa. Mi bastón desde luego, providencialmente, no lo volveré a decir, si no se avisa lo contrario el bastón está en mi mano, mientras hago mi camino. Pero no mi capa, nada más que la chaqueta, nunca he soportado la capa, flotando y ondeando en torno a mis piernas, o mejor un día de repente me puse a odiarla, con un odio repentino y violento. Muy a menudo me sucedía, listo ya para salir, ir a sacarla e incluso ponérmela, después de lo cual me quedaba ahí plantado en medio de la habitación privado de movimiento y esperando poder quitármela para volver a meterla en el armario, sobre su percha. Pero apenas al pie de la escalera y salido al aire libre he aquí que el bastón cae de mis manos y yo me desplomo de rodillas en el suelo y por el impulso sobre la barriga, esto sí que es increíble, y luego al cabo de un rato me doy la vuelta sobre la espalda, nunca he podido estar mucho tiempo de cara a la tierra, por mucho que me gustara, me daban ganas de vomitar, y me quedo allí tendido posiblemente media hora, los brazos a lo largo del cuerpo y las palmas sobre la grava y los ojos desmesuradamente abiertos errando por el cielo. Ahora bien, ¿era aquélla mi primera experiencia de ese tipo?, ésta es la pregunta que te viene de golpe. La caída clásica me era familiar, después de la cual salvo si algo se rompe se pone uno en pie y acto seguido retoma su camino, maldiciendo a Dios y a los hombres, nada que ver con esta caída. Ido de la cabeza casi todo lo que fue cómo sobreponerse al único tema veneno de las variantes infinitas que una tras otra durante toda la vida te van dando lo que mereces en dosis decrecientes hasta que de todas formas viene la muerte. De tal modo que en cierto sentido a cada ataque asunto antiguo es asunto nuevo, no hay dos suspiros iguales, nada que no sea reiteración sin fin y nada que vuelva por segunda vez. Pero ahora en pie y rápidamente la continuación de aquel día funesto y acabarlo y al siguiente. Pero para qué sirve continuar esta historia, para nada. Días fuera de la memoria uno tras otro hasta la muerte de mi madre, luego en un nuevo lugar pronto viejo hasta la mía. Y llegado por fin a esta noche entre las rocas

con mis dos libros y la gran claridad de las estrellas ella se habrá apartado de mí, igual que ayer, mis dos libros, el grande y el pequeño, todo esto desaparecido en la lejanía, excepto quizás, algunos momentos dispersos, este ruidito quizá, que no comprendo, de manera que recojo mis cosas y vuelvo a mi agujero, momentos tan pasados que pueden contarse. Pasado, pasado, hay un lugar en mi corazón para todo lo que es pasado, no, para el ser pasado, estoy enamorado de la palabra, las palabras han sido mis únicos amores, algunas. Frecuentemente lo decía de la mañana a la noche, mientras hacía mi camino, y a veces oía, dopasa, dopasa.⁴ Ah, si no fuera por esta horrible manía de trasladarme que siempre he tenido hubiera pasado mi vida encerrado en una gran habitación vacía llena de ecos, con un gran reloj de péndulo de los antiguos, sin nada más que hacer que escuchar y adormecerme, la caja abierta para ver el péndulo, siguiendo con los ojos el vaivén, y los pesos de plomo colgando cada vez más bajos hasta que me levanto de mi poltrona y los subo, una vez a la semana. El tercer día fue la mirada que me echó el peón caminero, esto lo recuerdo al instante, la vieja bruta en harapos doblada por la cintura en la zanja, apoyada en su laya si es que lo era y mirándome de costado bajo el borde de su viejo sombrero de fieltro, la boca roja, incluso sorprendente que la haya visto, ya está, aquí estoy, el día en que vi la mirada que me echaba Balfe, de niño la temía como al mal de ojo. Ahora está muerto y me parezco a él. Pero rápidamente la continuación y acabar con aquellas viejas escenas y llegar a éstas y a mi recompensa. Entonces ya no será como ahora, salir, ir, girar, volver, días uno a uno para pasar como páginas o para tirar arrugados a lo lejos, sino un largo hoy sin antes ni después, ni luz ni sombra, ni desde ni hasta, la vieja semiinconsciencia de dónde y cuándo y qué borrada, pero de este tipo de cosas todavía, confundiéndose en una sola, y borrándose, hasta la nada, no hubo nunca nada, nunca puede haber nada, vida y muerte nada de nada, este tipo de cosa, sólo una voz soñando y mascullando alrededor, esto es

4. Juego de palabras: *vero oh vero* y *Epasse épasse*, vers. ing. y franc. respectivamente. (N. del T.)

algo, la voz antaño en tu boca. Pues bien, una vez pasada la verja y en camino qué pasa, no tengo la menor idea, cuando me encuentro ya estoy allá arriba entre los helechos, azotando a derecha e izquierda con mi bastón y haciendo saltar las gotas y blasfemando, porquerías, las mismas obscenidades sin parar, espero que nadie me oyera. La garganta en llamas, tragar un suplicio, y encima una oreja que empezaba a estropearse, ya podía hurgármela, no servía de nada, cera vieja sin duda presionando en el viejo tímpano. Calma extraordinaria en toda la naturaleza y en mí también todo perfectamente calmado, una coincidencia, por qué aquel torrente de blasfemias no tengo ni idea, no, no digas tonterías, y azotar con el bastón como lo estuve haciendo, qué locura me poseía, yo tan dulce y débil que ya no podía seguir haciendo mi camino. Son los armiños ahora, no, primero me hundo de nuevo, así, y desaparezco entre los helechos, me llegaban a la cintura mientras hacía mi camino. Qué asperos aquellos helechos, como almidonados, casi de madera, tallos terribles, te desgarran la piel de las piernas a través del pantalón, y luego los abismos que esconden, te rompes la pierna al menor paso en falso, qué lenguaje, espero que nadie lo lea, caer ni visto ni oído, pudrirse allí durante semanas y que nadie te oiga, he pensado muchas veces en esto allá arriba en la montaña, no, no digas tonterías, simplemente iba haciendo mi camino siempre, mi cuerpo haciendo lo mejor posible sin mí.

1957

La imagen*

La lengua se carga de lodo un único remedio entrarla de nuevo entonces y girarla en la boca el lodo tragárselo o escupirlo cuestión de saber si es nutritivo y perspectivas sin estar obligado a ello por el hecho de beber a menudo tomo un sorbo es uno de mis recursos lo mantengo durante un momento cuestión de saber si tragado me alimentaría y perspectivas que se abren no son malos momentos desgastarme todo está ahí la lengua vuelve a salir rosa en medio del lodo qué hacen las manos durante ese tiempo hay que ver siempre lo que hacen las manos y bien la izquierda lo hemos visto siempre sostiene el saco y la derecha y bien la derecha al cabo de un momento la veo allá en el extremo de su brazo extendido al máximo en el eje de la clavícula si puede decirse así o mejor hacerse que se abre y vuelve a cerrarse en el lodo se abre y vuelve a cerrarse es otro de mis recursos este pequeño gesto me ayuda no sé por qué tengo así pequeños trucos que son un buen auxilio incluso rozando los muros bajo el cielo cambiante yo debía de ser ya astuto ella no debe de estar muy lejos un metro apenas pero la siento lejos un día se irá sola sobre sus cuatro dedos contando el pulgar pues falta uno no el pulgar y me dejará la veo que lanza hacia delante sus cuatro dedos como garfios las puntas se hunden estiran y así se aleja mediante pequeños restablecimientos horizontales eso es lo que me gusta irme así a trocitos y las piernas qué hacen las piernas oh las piernas y los ojos qué hacen los ojos cerrados seguramente y bien no ya que de repente allí bajo el lodo me

* Escrito a finales de los años cincuenta. Primera edición en *plaque*, Les Editions de Minuit, París, 1988. (N. del T.)

veo digo me como digo yo como diría él porque eso me divierte me echo unos dieciséis años y para colmo de felicidad hace un tiempo delicioso cielo azul de huevo y cabalgada de nubecillas me vuelvo de espaldas y también la muchacha que llevo de la mano del culo que tengo a juzgar por las flores que esmaltan la hierba esmeralda estamos en el mes de abril o mayo ignoro y con qué gozo de dónde saco yo estas historias de flores y estaciones las saco y ya está a juzgar por ciertos accesorios entre los cuales una barrera blanca y una tribuna de un rojo exquisito estamos sobre un campo de carreras la cabeza hacia atrás miramos imagino justo hacia delante de nosotros inmovilidad de estatua aparte los brazos las manos entrelazadas que se balancean en mi mano libre o izquierda un objeto indefinible y en consecuencia en la derecha de ella el extremo de una cuerda corta que conduce a un perro terrier color ceniza de buena talla sentado de través cabeza baja inmovilidad de estas manos y los brazos correspondientes cuestión de saber por qué una cuerda en esta inmensidad de verdor y nacimiento poco a poco de manchas grises y blancas a las que no tardo en dar el nombre de corderos en medio de sus madres ignoro de dónde saco estas historias de animales las saco y ya está en un día bueno sé nombrar cuatro o cinco perros de raza totalmente diferente los veo no intentemos comprender sobre todo al fondo del paisaje a una distancia de cuatro o cinco millas a ojo de buen cubero la masa azulada de una larga montaña de elevación débil nuestras cabezas sobrepasan su cumbre como movidos por un mismo y único resorte o si se quiere por dos sincronizados nos soltamos la mano y damos media vuelta yo dextrorsum ella senestro ella transfiere la cuerda a su mano izquierda y yo en el mismo instante a mi derecha el objeto ahora un pequeño paquete blancuzco en forma de ladrillo unos sándwiches tal vez bien cuestión sin duda de poder mezclar nuestras manos de nuevo lo que hacemos nuestros brazos se balancean el perro no se ha movido tengo la absurda impresión de que me nos miramos meto la lengua cierro la boca y sonrío vista de cara la muchacha es menos desfavorecida no es ella la que me interesa yo cabellos pálidos a cepillo rostro grueso rojo con granos vientre desbordante

bragueta abierta piernas zambas en canilla separadas lo más por la base doblándose en las rodillas pies abiertos ciento treinta y cinco grados mínimo media sonrisa beata al horizonte posterior figura de la vida que se alza tweed verde botines amarillos narciso o similar en el ojal nueva media vuelta hacia el interior sea de naturaleza para conducirnos fugitivamente no nalgas sino cara a cara al extremo de noventa grados transferidos religación de manos balanceos de brazos inmovilidad del perro este glúteo que tengo tres dos uno izquierdo derecho henos ahí partidos nariz al viento brazos balanceándose el perro sigue cabeza baja cola sobre los huevos nada que ver con nosotros tuvo la misma idea en el mismo instante Malebranche en menos rosa la cultura que tenía yo entonces si él mea lo hará sin detenerse tengo ganas de gritar déjala ahí y corre a abrirte las venas tres horas de andar cadencioso y henos aquí en la cima el perro se sienta de través en el brezo baja el hocico sobre su bitón negro y rosa sin la fuerza de lamerlo nosotros al contrario media vuelta al interior transferidos religación de manos balanceo de brazos degustación en silencio del mar y de las islas cabezas que pivotan como una sola hacia las humaredas de la ciudad localización en silencio de los monumentos cabezas que retornan se diría unidas por un eje breve niebla y he aquí de nuevo que comemos los sándwiches a bocados alternos cada uno el suyo intercambiando palabras dulce cariño mío yo muerdo ella traga cariño mío ella muerde yo trago no arrullamos aún la boca llena amor mío yo muerdo ella traga tesoro mío ella muerde yo trago breve niebla y he aquí de nuevo que nos alejamos otra vez a través de los campos con las manos cogidas los brazos balanceándose la cabeza alta hacia las cimas cada vez más pequeños yo ya no veo al perro ya no nos veo la escena está desocupada algunas bestias los carneros que se dirían de granito que aflora un caballo que no había visto de pie inmóvil espinazo curvado cabeza baja las bestias saben azul y blanco del cielo mañana de abril bajo el lodo se acabó ya está hecho esto se apaga la escena se queda vacía algunas bestias luego se apaga no más azul yo me quedo allá abajo a la derecha en el lodo la mano se abre y se vuelve a cerrar eso ayuda que se vaya me doy cuenta de que sonrío

aún ya no vale la pena desde hace tiempo ya no vale la pena la lengua vuelve a salir va al lodo me quedo así ya no sed la lengua vuelve a entrar la boca se cierra de nuevo debe hacer una línea recta ahora ya está hice la imagen.

Años cincuenta

Fuera todo lo extraño*

Imaginación muerta imagina. Un lugar, de nuevo eso. Jamás otra pregunta. Un lugar, después alguien en él, de nuevo eso. Deslizarse fuera del lecho de muerte maloliente y arrastrarlo hasta un lugar para morir. Salir por la puerta y calle abajo con el sombrero viejo y la chaqueta como después de la guerra, no, de nuevo eso no. Cinco pies cuadrados, seis de altura, sin entrada, sin salida, buscarle allí. Banqueta, paredes desnudas cuando se enciende la luz, rostros de mujeres en las paredes cuando se enciende la luz. En un rincón cuando se enciende la luz sintaxis harapientas de Jolly y de Draeger Praeger Draeger, de acuerdo. Se apaga la luz y él queda, en la banqueta, hablando consigo mismo en última persona, murmurando, sin sonido. Ahora dónde está él, no, Ahora está aquí. Sentado, de pie, caminando, de rodillas, deslizándose, yaciendo, gateando, en la oscuridad y en la luz, intentarlo todo. Imaginar la luz. Imaginar la luz. Sin fuente visible, total resplandor, se extiende sobre todo, sin sombra, los seis planos todos brillando por igual, lentamente, diez segundos sobre la tierra hasta la plenitud, lo mismo al apagar, intentar eso. Si quieto su coronilla toca el techo, moviéndose no, digamos toda una vida de caminar encorvado y plena altura cuando se endereza. Se sale, no importa, comienza de nuevo, otro lugar, alguien dentro, sigue resplandeciendo, nunca ve, nunca encuentra, no hay fin, no importa. El dice, sin sonido, Cuanto más vive y por tanto cuanto más lejos va más pequeños crecen ellos, siendo

* Escrita en inglés en 1963. Primera edición (en tirada limitada) con ilustraciones de Edward Gosey en 1976 por Gotham Book Mart. Más tarde, en *Journal of Beckett Studies*, verano, n.º 3 (1978). Primera edición inglesa en forma de libro, John Calder Ltd., Londres, 1979. (N. del T.)

la razón lo mucho que él llena el espacio y etcétera, y cuanto más vacío, el mismo razonamiento. Infierno esta luz de la nada no hay razón ningún momento, se quita la chaqueta, no, desnudo, de acuerdo, dejarlo por ahora. Hojas de papel negro, pegarlas a la pared con telaraña y saliva, no sirve, brillan como el resto. Imaginar lo que se necesita, nada más, un momento dado ya no se necesita, pasado, nunca fue. La luz fluye, los ojos se cierran, permanecen cerrados hasta que mengua, no, no pueden hacer eso, los ojos permanecen abiertos, de acuerdo, volveremos a ello más tarde. Bolsa negra sobre su cabeza, no sirve, el resto aún iluminado, al frente, a los lados, detrás, entre las piernas. Mortaja negra, empieza búsqueda de alfiler. Se enciende la luz, se arrodilla, avista alfiler, intenta cogerlo, se apaga la luz, coge el alfiler en la oscuridad, se enciende la luz, avista otro, se apaga la luz, etcétera, años de tiempo en la tierra. Vuelve a la banqueta con la mortaja diciendo, Eso está mejor, ahora él está mejor, y así se sienta y nunca se mueve, apretándola contra él por donde se abre hasta que se deteriora y se pudre y cuelga de él en jirones negros. Se apaga la luz, oscuridad prolongada, vela y cerillas, imaginarlas, frota una para encenderla, se enciende la luz, sopla, se apaga la luz, frota otra, se enciende la luz, etcétera. Se apaga la luz, frota una para encenderla, se enciende la luz, luz de cualquier modo, luz de una vela en la luz, sopla, se apaga la luz, etcétera. No hay vela, no hay cerillas, no hay necesidad, nunca las hubo. Tal y como estaba, en la oscuridad durante el tiempo que sea, después la luz desde que fluye hasta que mengua durante el tiempo que sea, luego otra vez, etcétera, sentado, de pie, caminando, de rodillas, deslizándose, yaciendo, gateando, todo durante el tiempo que sea, no hay papel, no hay alfileres, no hay vela, no hay cerillas, nunca los hubo, hablando consigo mismo sin sonido en última persona durante el tiempo que sea, cinco pies cuadrados, seis de altura, todo blanco cuando la luz es plena, sin entrada, sin salida. Cayendo sobre sus rodillas en la oscuridad para murmurar, sin sonido, Fantasía es su única esperanza. Sorprendido por la luz en esta postura, esperanza y fantasía en sus labios, gateando hábito de toda una vida hasta un rincón sin sombras aquí y de la misma forma hun-

diendo la cabeza en el suelo aquí brillando en sus ojos. Imaginar ojos quemados azul pálido y sin pestañas, toda una vida de resplandor falto de visión, abertura interferida, un relampagueante pestañeo por minuto en la tierra, intentar eso. Hacerle decir, sin sonido, No hay entrada, ni salida, él no está aquí. Apretarlo a su alrededor, tres pies cuadrados, cinco de altura, no hay banqueta no sentarse, no arrodillarse, no yacer espacio sólo para permanecer de pie y girar, luz como antes, caras como antes, sintaxis invertida en rincones opuestos. La parte trasera de su cabeza toca el techo, digamos toda una vida de estar encorvado. Llamar a los ángulos de derecha a izquierda *a, b, c, d* y en el techo del mismo modo *e, f, g, y h*, digamos que Jolly está en *b* y Draeger en *d*, inclinarle para descansar con los pies en *a* y la cabeza en *g*, en la oscuridad y en la luz, los ojos resplandeciendo, murmurando, El no está aquí, sin sonido, Fantasía es su única esperanza. Compleción, carne y hueso, clavarlo a eso mientras permanece tierno, nada claro, lugar de nuevo. La luz como antes, todo blanco fijo cuando es plena, copos de yeso o algo parecido, el suelo como polvo blanqueado, ajá. Las caras ahora cuerpos desnudos, a nivel de los ojos, dos por pared, ocho en total, de acuerdo, los detalles después. Todos los seis planos calientes cuando brillan, ajá. Tan oscuro y frío durante el tiempo que sea, temblando más o menos, débiles palmadas carecen de espacio en toda la carne al alcance, ligero pataleo de pies trabados, etcétera. El mismo sistema de luz y calor con sudor más o menos, alejándose temeroso de las paredes, suelas que queman, ahora una, ahora la otra. Murmullo sin afectación, El no está aquí, sin sonido, Fantasía muerta, ojos embobados sin afectación. Ver cómo la luz se para en cinco tierna y suave para cuerpos, ocho no más, uno por pared, cuatro en total, digamos todos de Emma. Primero la cara sola, encantadora más allá de las palabras, dejarlo así, después de derecha a izquierda senos solos, después muslos y coño solos, después culo y ano solos, todos encantadores más allá de las palabras. Ver cómo él se agacha hacia atrás para ver, parte trasera de la cabeza contra cara cuando ojos en coño, contra senos cuando en ano, y viceversa, todo lo más claro posible. Así en esta tierna y suave, agachado hacia atrás con

manos en las rodillas para sostenerse, digamos de derecha a izquierda primero desde cara hasta ano luego de vuelta hasta cara, murmurando, imaginarlo besando, acariciando, lamiendo, chupando, jodiendo y dándole por culo a todo este material, sin sonido. Después detenerse y de pie a la posición de descanso, parte trasera de la cabeza tocando el techo, mirando fijamente el suelo, toda una vida de incurvado encorvado resplandor falto de visión. Imaginar toda una vida, gemas, tardes con Emma y las huidas nocturnas, no, de nuevo eso no. Complexión, demasiado pronto, quizá nunca, indefinido encorvado cuerpo blanco óseo cuando la luz es total, nada claro sino resplandor pálido como se imaginaba, no, actitudes también con juego de articulaciones muy claro más variado ahora. Para nueve y nueve dieciocho es decir cuatro pies y más de ancho en los que arrodillarse, culo en talones, manos en muslos, tronco mejor inclinado y coronilla en el suelo. E incluso sentarse, rodillas levantadas, tronco mejor inclinado, cabeza entre las rodillas, brazos alrededor de rodillas para sujetarlo todo. E incluso yacer, culo a rodillas en diagonal *ac*, pies digamos en *d*, cabeza sobre mejilla izquierda en *b*. Precio a pagar y yacer más carne tocando el suelo candente. Pero digamos que no tan candente como para quemar y dándose la vuelta, ver cómo funciona. Culo a rodillas, digamos *bd*, pies digamos en *c*, cabeza sobre mejilla derecha en *a*. Después culo a rodillas digamos que de nuevo en *ac*, pero pies en *b* y cabeza sobre mejilla izquierda en *d*. Después culo a rodillas digamos que de nuevo en *bd* pero pies en *a* y cabeza sobre mejilla derecha en *c*. Así en las otras cuatro posibilidades cuando comienza de nuevo. Todo ello lo más claro posible. Imaginable también tendido sobre la espalda, las rodillas levantadas, las manos sujetando las espinillas para sujetarlo todo, mirada en el techo, mientras que tendido sobre la cara no se imagina. Colocar entonces muy claramente tan lejos de él nada y quizá nunca excepto segmentos articulados diversamente dispuestos blancos cuando la luz es plena. Y siempre allí entre ellos en alguna parte los ojos resplandecientes ahora todavía más claros en los que destellos de visión escasos y lejanos ahora rasgan su falta de visión. Así por ejemplo la casualidad puede poner en el techo una cagada de mosca o

el mismo insecto o una hebra del montículo de Emma. Después perdido y todo el campo remanente durante horas de tiempo en la tierra. Imaginación muerta imagina alojar un segundo en ese resplandor una agonizante casa pública o una agonizante mosca de ventana, después caer los cinco pies hasta el polvo y morir o morir y caer. No, no hay imagen, no hay mosca aquí, no hay vida o muerte aquí sino la de él, una mancha de polvo. O la de ella ya que el sexo tanto tiempo olvidado, digamos Emma poniéndose de pie, girando, sentándose, arrodillándose, yaciendo, en la oscuridad y en la luz, diciéndose a sí misma, Ella no está aquí, sin sonido, Fantasía es su única esperanza, y Emma en las paredes, primero la cara, hermosa más allá de las palabras, después de derecha a izquierda los detalles más tarde. Y como agachándose hacia atrás se gira murmurando, Imaginarla siendo totalmente besada, lamida, chupada, jodida y etcétera por todo eso, sin sonido, las manos en las rodillas para sujetarlo todo. Hasta detenerse y arriba, no, no hay imagen, abajo, pues ella abajo para sentarse y arrodillarse, arrodillarse, culo en talones, manos en muslos, tronco encorvado, senos colgando, coronilla en el suelo, ojos resplandeciendo, no, no hay imagen, ojos cerrados, largas pestañas negras cuando hay luz, no más resplandor, nunca lo hubo, largo pelo negro esparcido cuando hay luz, murmurando, sin sonido, Fantasía muerta. Durante el tiempo que sea, en la oscuridad y en la luz, después volcarse hacia la izquierda, culo a rodillas digamos *db*, pies digamos en *c*, cabeza sobre mejilla izquierda en *a*, seno izquierdo arrugado en el polvo, manos, imaginar manos. Imaginar manos. Dejarla yacer así de ahora en adelante, siempre ha yacido así, cabeza sobre mejilla izquierda con pelo negro en *a* y el resto del único modo posible, jamás se sentó, jamás se arrodilló, jamás se puso de pie, no hay Emma, no hay necesidad, jamás la hubo. Imaginar manos. La izquierda sobre globo del hombro derecho sujetando lo suficiente para que no resbale, la derecha ligeramente apretada sobre el suelo, algo en esta mano, imaginar después, algo blando, apretar fuertemente, después soltar y mantenerlo durante el tiempo que sea, después apretar de nuevo, etcétera, imaginar más tarde. El punto más alto desde el suelo hasta la parte superior de la

hinchazón del anca, digamos veinte pulgadas, mujer delgada. Techo incorrecto ahora, dos pies abajo, ahora cubo perfecto, tres pies cada lado, siempre lo fue, luz como antes, todo blanco óseo cuando la luz es plena, suelo como polvo blanqueado, algo ahí, dejarlo por el momento. Pérdida de altura, dieciséis pulgadas, extraño, digamos alguna razón inimaginable ahora, imaginar más tarde, imaginación muerta imagina fuera todo lo extraño. Jolly y Draeger se han ido, nunca estuvieron. Hasta ahora entonces cubo hueco tres pies por cada parte, sin entrada aún imaginada, ni salida. Negro frío durante el tiempo que sea, después la luz aumenta lentamente hasta resplandor total digamos diez segundos mantenida y resplandor caliente durante el tiempo que sea todo blanco marfil todos los seis planos no hay sombra, después disminuye con grises que profundizan y se van, etcétera. Paredes y techo copos de yeso o algo parecido, suelo como polvo blanqueado, ajá, algo ahí, dejarlo por el momento. Llama a los ángulos del suelo de derecha a izquierda *a*, *b*, *c*, y *d* y aquí Emma yaciendo sobre su lado izquierdo, culo a rodillas a lo largo de la diagonal *db* con culo hacia *d* y rodillas hacia *b* aunque ninguno en ninguno porque demasiado corto y se pierde espacio aquí también alguna razón por ser todavía imaginada. En el lado izquierdo entonces culo a rodillas *db* y consecuentemente culo hacia coronilla a lo largo de la pared *da* aunque no nivelados porque culo fuera con cabeza sobre mejilla izquierda en *a* y los segmentos remanentes rodillas hacia pies a lo largo de *bc* no nivelados porque rodillas fuera con pies en *c*. En la oscuridad y en la luz. Lento desvanecimiento de carne marfil cuando mengua diez segundos y se va. Largo pelo negro con luz esparcida sobre la cara y el suelo adyacente. Descubrir ojo derecho y pómulo blanco vívido para largas pestañas negras cuando hay luz. Digamos de nuevo aunque no hay imagen real pezón arrugado de seno izquierdo, dejemos el derecho un mero nombre. Mano izquierda agarrándose al globo del hombro derecho, la derecha más débil puño suelto sobre el suelo hasta que los dedos se aprietan como para oprimir, imaginar más tarde, después sueltos de nuevo y quietos durante el tiempo que sea, etcétera. Murmurando, sin sonido, aunque digamos

que los labios se mueven con ligero movimiento de pelo, si bien nada se emite o aire demasiado raro, Fantasía es su única esperanza, o, Ella no está aquí, o, Fantasía muerta, sugiriendo momentos de desaliento, imaginar otros murmullos. En la oscuridad y en la luz, no, sólo oscuridad, digamos murmullos sólo en la oscuridad como si con luz todo orejas todos los seis planos todo orejas cuando brillan mientras en la oscuridad inaudible, esto es algo bien sabido. Y aun así sin sonido, bueno digamos un sonido demasiado débil para un oído mortal. Imaginar otros murmullos. Así gran necesidad de palabras que no se atreven hasta que al fin lento reflujo diez segundos, demasiado rápido, treinta ahora gran necesidad que no se atreve hasta que al fin lento reflujo treinta segundos sobre la tierra a través de mil grises que se oscurecen hasta apagarse e incontinente, Fantasía muerta, por ejemplo si hay abatimiento, sin sonido. Pero veamos cómo la luz va muriendo y desde la mitad hacia abajo o más lento de nuevo hacia arriba hasta la totalidad y las palabras que hacia arriba temblaban de nuevo bajan, de acuerdo, digamos mero retraso, la oscuridad debe ser al final, digamos que oscuridad y luz aquí igual al final es decir cuando todo hecho con muerta imaginación y medidas tomadas oscuridad y luz vistas igual al final. Y por supuesto como permanencia de flujo o reflujo en cualquier gris durante el tiempo que sea e incluso en el mismo umbral del negro durante el tiempo que sea hasta que al fin dentro y negro y mucho más tarde el murmullo demasiado leve para el oído mortal. Mas los murmullos en la larga oscuridad tanto tiempo que anhelando no sino necesidad de luz como en luz prolongada para oscuros murmullos algunas veces un espacio aparte tan grande como de la tierra en invierno a un día de verano y viniendo de ese gran silencio, Ella no está aquí, por ejemplo si de mejor ánimo o, Fantasía es su única esperanza, demasiado leve para el oído mortal. Y otras veces imaginar otro extremo tan difícil en cada uno cualquier orden y a veces cuando todo se ha gastado si no saciado una segunda vez de modo bastante diferente así correr juntos que un mero torrente de esperanza y desesperanza mezcladas y sumisión que no conduce a nada, todo esto más claro más tarde. Imaginar otros murmullos, Madre

madre, Madre en los cielos, Madre de Dios, Dios en los cielos, combinaciones con Cristo y con Jesús, otros nombres propios en gran número digamos de seres queridos en su mayoría y lugares amados, imaginar como interjecciones sin fundamento, necesitadas, antiguos filósofos griegos exclamados con lugar de origen cuando sea posible sugiriendo búsqueda de conocimiento en algún periodo, proposiciones enteras tales como, Ella no está aquí, la excepción, imaginar otras, Esto no es posible, hay uno, y otro aquí de longitud excepcional, En una hamaca al sol aquí el nombre de algún lugar embrujado ella yace dormida. Pero súbito destello que palabras cualesquiera dadas para dejar caer sin sonido en la oscuridad que si no hay sonido mejor ninguno, de acuerdo, intentar sonido y si no mejor decir bastante mudo, imaginar sonido y no hasta entonces todo ese pelo negro echar hacia atrás hacia la esquina cara descubierta como casi para cuando esto ocurrió. Bastante audible entonces ahora para ella y si hay otros oídos ahí con ella en la oscuridad para ellos y si los oídos descienden en la pared en *a* para ellos una voz sin significado, escuchar eso. Entonces aún más bastante inexpresivos, ohs y ahs copulan fríos y no más sentimiento aparentemente en hamaca que en Jesucristo Todopoderoso. Y finalmente por el momento y después esa cara la disminución tan común en hablantes desentrenados que dejan a veces en alguna duda cosas tales como qué Diógenes y lo que sólo a ella interesa. Tal entonces aproximadamente el sonido y si no más claro así entonces toda la tormenta no hablada y el silencio no roto a menos que sonido de luz y oscuridad o en los momentos de cambio un sonido de flujo treinta segundos hasta plenitud, después silencio durante el tiempo que sea hasta sonido de reflujo treinta segundos hasta negro después silencio el tiempo que sea, que podría devolver la escucha y ella oyendo abrir entonces sus ojos a grises que iluminan u oscurecen y no cerrarlos entonces para mantenerlos cerrados hasta el siguiente sonido de cambio hasta luz u oscuridad total, que podría bien ser imaginada. Pero al mismo tiempo digamos aquí todo sonido muy dudoso aunque todavía demasiado pronto para negar y que al final eso es cuando todo alejado de la mente y toda mente alejada que entonces nada ha sido nunca sino sólo

carne silenciosa excepto con la débil ascensión y caída de seno el aliento avivar hasta un jadeo si demasiado débil solo y todos los otros negados pero aún demasiado pronto. Cubo vacío entonces tres pies por cada parte, resplandor total, cabeza sobre mejilla izquierda en el ángulo *a* y el resto del único modo posible y digamos aunque no hay imagen clara ahora largo pelo negro ahora derramado apartado de cara sobre el suelo tan claro cuando esparcido sobre cara ahora alejado alguna razón, volver a eso más tarde, y en cara ahora desnuda todo el resplandor por el momento. Desaparecidas las recordadas largas pestañas negras blanco vívido tan claro antes a través del hueco en cabello antes echado hacia atrás y perdida alguna razón y cara bastante desnuda sugiriendo quizá confusión entonces con errantes hebras de cabello en sí confundido entonces con largas pestañas y así alejadas con cabello o alguna otra razón ahora bastante alejada. Cesar aquí desde cara un espacio para percatarse de cómo el lugar ya no es cubo sino rotonda tres pies de diámetro dieciocho pulgadas de altura soportando una cúpula de sección semicircular como el Panteón en Roma o ciertas tumbas de colmena y consecuentemente tres pies desde el suelo al vértice es decir en su punto más alto no más bajo que antes con pérdida de espacio en el suelo en la cercanía de dos pies cuadrados o seis pulgadas cuadradas por ángulo perdido y consecuencias para el recostado fácilmente imaginables y de cúbica e incluso más alta figura, de acuerdo, reasumir cara. Pero *a*, *b*, *c* y *d* ahora donde cualquier par de diámetros de ángulo recto encuentran la circunferencia significando ajuste más ceñido para Emma con pérdida si doblada como antes de casi un pie desde coronilla a culo y de más de uno desde culo a rodillas y de casi uno de rodillas a pies aunque ella podría aún tener matemáticamente hablando más de siete pies de altura y meramente una cuestión de redoblarse de tal modo que si cabeza sobre mejilla izquierda en nuevo *a* y pies en nuevo *c* entonces culo ya no en nuevo *d* sino en alguna parte entre ella y nuevo *c* y rodillas ya no en nueva *b* sino en alguna parte entre ella y nuevo *a* con segmentos angulados más agudamente es decir cabeza casi tocando rodillas y pies casi tocando culo, todo ello muy claro. Rotonda entonces tres pies de diámetro y

tres desde suelo a vértice, total resplandor, cabeza sobre mejilla izquierda en a ya no nueva, cuando repentinamente claro estas dimensiones erróneas y pequeña mujer apenas cinco pies totalmente extendida haciendo rotonda de dos pies de diámetro y dos desde suelo a vértice, total resplandor, cara sobre mejilla izquierda en a y largo segmento que va desde coronilla a culo ahora necesariamente a lo largo de diagonal apresuradamente asignada al medio con el resultado de cara sobre mejilla izquierda con coronilla contra pared en a y ya no pies sino culo contra pared en c no habiendo alternativa y rodillas contra pared en ab a unas pocas pulgadas de cara y pies contra pared bc a unas pocas pulgadas de culo no habiendo alternativas y de este modo el cuerpo triplicado o triplicándose y encajado del único modo posible en una mitad del espacio disponible dejando la otra vacía, ajá.

Diagrama

Brazos y manos como antes por el momento. Rotonda entonces dos pies de ancho y en su punto más alto dos pies de altura, total resplandor, cara sobre mejilla izquierda en a , largo cabello negro desaparecido, largas pestañas negras en blanco pómulo desaparecidas, resplandor desde arriba para rasgos de esta cara indudable de blanco óseo perfil derecho todavía hambrienta de pestañas perdidas ardiendo por comisura de párpados al menos cuando como digámoslo sin dudar infierno se abren separándose y el ojo negro aparece, dejar ahora esta cara por el momento. Resplandor ahora en manos muy claramente femeninas y femenina especialmente la derecha todavía ligeramente apretada como antes pero ya no sobre el suelo puesto que postura corregida sino que ahora en el exterior de rodilla derecha justo donde se hincha hasta muslo mientras la izquierda aún ligeramente agarrada al globo del hombro derecho como antes. Todo ello muy claro. Ese ojo negro aún bostezando antes de bajar a la anterior para ver lo de toda esta opresión observar cómo la otra resbala un poco hacia abajo por la pendiente de la parte su-

perior del brazo después vuelta hacia el globo, imaginar opresión de nuevo. Opresión leve durante el tiempo que sea después aplastar muy femeninamente tensando los nudillos cinco segundos después relajar durante el tiempo que sea, de acuerdo, ahora abajo mientras dedos sueltos y dentro entre yemas y palma esa diminuta grieta, resplandor total durante todo este tiempo. Ninguna imagen real pero digamos como rojo no gris digamos como algo gris y cuando de nuevo oprime firmemente cinco segundos digamos ligero silbido después silencio después levemente dos segundos y digamos ligera detonación y así llegar aunque no hay verdadera imagen a pequeña pelota de goma gris pinchada o pequeño bulbo gris de goma ordinaria como el que en la tierra se conecta a una botella de perfume o algo similar que cuando se oprime un chorro de perfume pero aquí solo. Así poco a poco fuera todo lo extraño. Avalancha barro de lava blanca hervir párpado sobre ojo permitiendo vuelta a cara de la cual finalmente sólo que no podría ser nada más, de acuerdo. Por lo tanto seguir hacia el cuello en salud por naturaleza pedazo vacío más cercano a cuello natural saludable con incluso indicio de yugular y cuerdas sugiriendo quizá pasó lo mejor de ella y por lo tanto abajo hacia otra carne cuando de repente cuando menos esperado todo este fisgoneo sin sentido y suficiente por el momento y quizá para siempre este lugar tan claro ahora cuando la luz es plena y este cuerpo girado y retorcido como sólo el hombre o mujer humanos vivos o no cuando la luz es plena sin todo este hurgar y fisgar en hendiduras y apéndices. Rotonda entonces como antes sin cambio por el momento en la oscuridad o con luz sin fuente visible extendiéndose constante sin sombra lentamente en treinta segundos hasta la totalidad lo mismo apagada hasta negro dos pies de altura en lo más alto seis y medio circunferencia buena medida, pared copos de yeso o algo similar soportando cúpula semicircular en sección la misma superficie, suelo polvo blanqueado o similar, cabeza encajada contra pared en *a* con cara inexpresiva sobre mejilla izquierda y el resto del único modo posible es decir culo encajado contra pared en *c* y rodillas encajadas contra pared *ab* a unas pocas pulgadas de cara y pies encajados contra pared *bc* a unas pocas pulgadas de culo, pezón arru-

gado de seno izquierdo no hay imagen real pero mantener por el momento, mano izquierda muy clara y femeninamente agarrando ligeramente globo del hombro derecho tan ligeramente que resbala de vez en cuando por la parte de la pendiente de la parte superior del brazo derecho después de nuevo hacia arriba para agarrarse, la derecha no menos en la parte superior del extremo de rodilla derecha agarrando ligeramente durante el tiempo que sea pequeño atomizador gris de goma o pelota de goma gris pinchada entonces apretar cinco segundos sobre la tierra ligero silbido relajar dos segundos y detonación o no, negro ojo derecho como mantener infierno abriéndose durante el tiempo que sea después hervor de párpado para cubrir imaginar frecuencia más tarde y motivo, izquierdo también al mismo tiempo o no o nunca imaginar más tarde, todo contenido en un hemicíclo dejando el otro vacío, ajá. Y todo ello si aún no bastante completo bastante claro y poco cambio probable a no ser quizá para completar a no ser quizá de algún modo luz repentino destello quizá mejor fijado y todo esto fluyendo y refluyendo hasta totalidad y vacío más daño que beneficio y suave blanco invariable pero dejarlo por el momento como visto desde el principio y nunca dudado lento encendido y apagado treinta segundos hasta resplandor y negro durante el tiempo que sea a través de lento relampagueo y grises oscurecedores desde nada por ninguna razón aún imaginada. Sueño agitado ahora un rato añadir ahora con pesadillas inimaginables haciendo el despertar dulce y yaciendo despierto hasta anhelar soñar de nuevo con temor de demonios, quizás algún vislumbre de demonios más tarde. Temor entonces en rotonda ahora con anhelo y dulce reposo pero tan suave y débil no más que débiles temblores de una hoja de invernadero. Memorias de felicidad pasada no excepto una leve con leve agitación de tristeza de un yacer juntos, veremos esto más a fondo más tarde. Imaginar volverse con ayuda de giro de cuello para inclinar cabeza hacia seno y así temporalmente acortar segmento desencajando coronilla y culo con juego suficiente para retorcerse hasta que finalmente cabeza encajada contra pared en *a* como antes pero sobre mejilla derecha y culo contra pared en *c* como antes pero sobre mejilla derecha y rodillas contra pared a pocas

pulgadas de cara como antes pero pared *ad* y pies contra pared a pocas pulgadas de culo como antes pero pared *cd* y así todo triplicado y encajado como antes pero sobre la otra parte para descansar la otra y dentro del otro hemicyclo dejando el otro vacante, ajá, todo eso muy claro. Aún más claro que en alguna etapa anterior más inexperta este retorcimiento de nuevo y de nuevo en vano a través de debilidad o natural extrañeza o falta de flexibilidad o falta de resolución y como a mitad de camino en espalda con piernas justamente claro como después de algún tiempo en equilibrio así la caída hacia atrás hasta donde ella yace cabeza encajada contra pared en *a* con cara inexpresiva sobre mejilla izquierda y culo contra pared en *c* y rodillas contra pared *ab* y pies contra pared *bc* con mano izquierda agarrando ligeramente globo del hombro derecho y derecha sobre parte superior externa de rodilla pequeño bulbo atomizador o pelota de goma gris pinchada con decepción naturalmente matizada quizá con alivio y esto una y otra vez hasta la renuncia final con leve alivio dulce, leve decepción habrá estado aquí también. Sueño si mantenido con cacodemonios haciendo despertar en luz y oscuridad si esto se mantiene leve alivio dulce y el anhelo por ello de nuevo y alejarse de nuevo una locura para ser resistida de nuevo en vano. Ninguna memoria de felicidad excepto con leve agitación de tristeza de un yacer juntos y de infortunio nada, veremos mejor más tarde. Así en rotonda hasta ahora con decepción y alivio con temor y tristeza anhelante todo tan débil y leve nada más que leves temblores de una hoja puertas adentro en la tierra en invierno para sobrevivir hasta primavera. Resplandor vuelve ahora donde todo sin luz desorden inconmensurable sin sonido negra tormenta sin sonido de la cual sobre la tierra estando todo bien digamos calmada una millonésima para significar y de eso tanto de nuevo por los más afortunados estando todos bien desahogados como sólo los humanos pueden. Todo alejado ahora y nunca estado nunca calmado nunca expresado todo al revés de donde nunca partido inquietante desorden sin sonido, Ella no está aquí, Fantasía es solamente aquí, Madre madre, Madre en el cielo y de Dios, Dios en el cielo, Cristo y Jesús todas las combinaciones, amados y lugares, filósofos y todo meros gritos, En una ha-

maca, etc. y todo así, dejado sólo por el momento, Fantasía muerta, intentarlo de nuevo con fricativa labios apenas separados en murmullo y leve movimiento de polvo blanco o no en luz y oscuridad si esto mantenido u oscuridad sola como si oídos cuando brilla y muerta incierta en moribunda caída de soliloquio de aficionado cuando no conocido por cierto. Ultima mirada oh no adiós sino última por ahora sobre el lado izquierdo triplicado y encajado en la mitad de espacio cabeza contra pared en *a* y culo contra pared en *c* y rodillas contra pared *ab* a una pulgada o así de cabeza y pies contra pared *bc* a una pulgada o así de culo. Después mirar a lo lejos después volver a mano izquierda agarrando ligeramente globo del hombro derecho durante el tiempo que sea hasta resbalar y volver a agarrar y derecha sobre parte superior de la parte externa de la rodilla durante el tiempo que sea bulbo gris atomizador o pequeña pelota de goma gris pinchada hasta oprimir con silbido y soltar de nuevo con detonación o no. Largo pelo negro y pestañas desaparecidas y seno arrugado sin detalles que añadir a estos por el momento excepto cuello normal con indicio de cuerdas y yugular y ojo negro sin fondo. Dentro además de fantasía muerta y con leve tristeza leve recuerdo de un yacer juntos y en sueño demonios aún no imaginados todo oscuro implacable desorden sin sonido y así exhalado sólo por el momento con leve sonido, Fantasía muerta, a la cual añadir para recordar la vieja mente tristeza desahogada en simple suspiro sonido negra vocal «a» y aún más de forma que de ahora en adelante aquí ningún otro sonido que estos digamos desaparecido ahora y nunca hubo bulbo atomizador o pelota de goma pinchada y nada nunca en esa mano ligeramente cerrada sobre nada durante el tiempo que sea hasta que por ninguna razón aún imaginada dedos aprietan luego relajan sin sonido y hasta el mismo fin resbalar de mano izquierda por pendiente de parte superior del brazo derecho sin sonido y mismo propósito ninguno de aliento hasta el fin que aquí de ahora en adelante ningún otro sonido que estos y nunca hubo esto es que absorber hasta mente leve sonido de suspiro para temblor de tristeza en leve recuerdo de un yacer juntos y fantasía murmurada muerta.

1963

Imaginación muerta imagina

Ni rastro de vida, te dices, bah, bonito asunto, imaginación no muerta, sí, bueno, imaginación muerta imagina. Islas, aguas, azur, verdor, fija, pff, abracadabra, una eternidad, calla. Hasta toda blanca en la blancura la rotonda. Sin entrada, entra, mide. Diámetro ochenta centímetros, misma distancia del suelo a la cima de la bóveda. Dos diámetros en ángulo recto AB CD dividen en semicírculos ACB BDA el suelo blanco. Dos cuerpos blancos tendidos en el suelo, cada uno en su semicírculo. Blancos también la bóveda y el muro curvado altura cuarenta centímetros sobre el cual se apoya. Sal, una rotonda sin ornamento, toda blanca en la blancura, entra, golpea, macizo por todas partes, suena como en la imaginación suena el hueso. La luz que lo hace todo tan blanco sin fuente aparente, todo brilla con un mismo brillo blanco, suelo, pared, bóveda, cuerpos, no hay sombra. Intenso calor, superficies calientes al tacto, sin ser ardientes, cuerpos sudando. Sal de nuevo, retrocede, la rotonda desaparece, elévate, la rotonda desaparece, toda blanca en la blancura, desciende, entra. Vacío, silencio, calor, blancura, espera, la luz se debilita, todo se oscurece a un tiempo, suelo, muro, bóveda, cuerpos, veinte segundos más o menos, todos los grises, la luz se apaga, todo desaparece. Baja al mismo tiempo la temperatura, para alcanzar su mínimo, alrededor de cero, en el instante en que aparece el negro, lo cual puede parecer extraño. Espera, más o menos rato, luz y calor vuelven, suelo, muro, bóveda y cuerpos se blanquean y calientan a un tiempo, veinte segundos más o menos, todos los grises, llegan al mismo nivel del principio, donde la caída comenzó. Más o menos rato, pues pueden intervenir, la experiencia lo demuestra, entre el fin de la

caída y el principio del ascenso duraciones diversas, que van desde una fracción de segundo hasta lo que hubiera podido, en otro tiempo y lugar, parecer una eternidad. Igual observación para la otra pausa, entre el fin del ascenso y el principio de la caída. Los extremos, mientras persisten, perfectamente estables, lo que en el caso del calor puede parecer extraño, al principio. También puede suceder, la experiencia lo demuestra, que caída y ascenso se interrumpan y esto en cualquier nivel, y marquen un tiempo más o menos largo de parada, antes de reemprender, o de convertirse, aquélla en ascenso, éste en caída, pudiendo a su vez sea llegar a buen término, sea interrumpirse antes, para luego reemprenderse, o de nuevo revolverse, al cabo de un tiempo más o menos largo, y así todo el rato, antes de llegar a uno u otro extremo. Por estos altos y bajos, nuevos ascensos y recaídas, sucediéndose en ritmos innumerables, no es raro que el paso se haga del blanco al negro y del calor al frío, y a la inversa. Unicamente los extremos son estables, como lo señala la pulsación que se manifiesta cuando hay una pausa en los niveles intermedios, cualquiera que sea la duración y la altura. Vibran entonces suelo, muro, bóveda y cuerpos, gris blanco o ahumado o entre los dos según. Pero es bastante raro, la experiencia lo demuestra, que el paso se haga así. Y la mayoría de las veces, cuando la luz empieza a debilitarse, y con ella el calor, el movimiento prosigue sin interrupción hasta el negro total y el grado cero más o menos, alcanzados simultáneamente uno y otro al cabo de unos veinte segundos. Igual para el movimiento contrario, hacia el calor y la blancura. Sigue en orden de frecuencia la caída o ascenso con tiempos de parada más o menos largos en los grises febriles, sin que en ningún momento el movimiento se reinvierta. (Aun así, una vez se ha roto el equilibrio, tanto el de arriba como el de abajo, el paso al siguiente varía al infinito.)¹ Pero sea cual fuere la incertidumbre, la vuelta tarde o temprano a la calma temporal parece asegurada, de momento, en el negro o la gran blancura, con su temperatura correspondiente, mundo todavía a prueba de la convulsión sin tregua. Reencontrada milagrosamente des-

1. Eliminado en la versión inglesa. (*N. del T.*)

pués de qué ausencia en perfectos desiertos no es ya exactamente la misma, desde este punto de vista, pero no es otra. Exteriormente todo permanece inalterado y el pequeño edificio de localización siempre tan aleatoria, su blancura fundiéndose en la circundante. Pero entra y es la calma más breve y nunca dos veces el mismo tumulto. Luz y calor siguen unidos como producidos por una sola e idéntica fuente de la que se sigue sin tener rastro. Siempre en el suelo, plegado en tres. la cabeza contra el muro B, el culo contra el muro A, las rodillas contra el muro entre B y C, los pies contra el muro entre C y A. es decir inscrito en el semicírculo ACB, confundiéndose con el suelo si no fuera por la larga cabellera de una blancura incierta, un cuerpo blanco finalmente de mujer. Similarmente contenido en el otro semicírculo, contra el muro la cabeza en A, el culo en B, las rodillas entre A y D, los pies entre D y B (blanco también al igual que el suelo),² el acompañante. Sobre el flanco derecho pues los dos y pies contra cabeza, espalda con espalda. Pon un espejo en sus labios, se empaña. Con la mano izquierda cada uno sostiene su pierna izquierda un poco por debajo de la rodilla, con la derecha el brazo izquierdo un poco por encima del codo. En esta luz agitada, con la gran calma blanca haciéndose cada vez más rara y breve, la inspección es difícil. A pesar del espejo podrían parecer inanimados sin los ojos izquierdos que a intervalos incalculables bruscamente se abren enormes y se exponen desorbitados más allá de las posibilidades humanas. Azul pálido agudo el efecto es fascinante, al principio. Nunca las dos miradas juntas salvo una sola vez una decena de segundos, el principio de una apoyándose en el final de la otra. Ni gordos ni delgados, ni grandes ni pequeños, los cuerpos parecen enteros y en bastante buen estado, juzgando por las partes que se ofrecen a la vista. En los rostros tampoco, con tal que los dos lados se complementen, parece faltar nada esencial. Entre su inmovilismo absoluto y la luz desencadenada el contraste es chocante, al principio, para el que recuerda todavía haber sido sensible a lo contrario. Es sin embargo seguro, por mil pequeños detalles de-

2. Eliminado en la versión inglesa. (*N. del T.*)

masiado largos de imaginar, que no están durmiendo. Di tan sólo ah apenas, en este silencio, y en ese mismo instante para el ojo de presa el ínfimo sobresalto instantáneamente reprimido. Déjalos aquí, sudados y helados, es mejor cualquier otro sitio. Pero no, la vida se acaba y no, no hay nada en cualquier otro sitio, y ya ni soñar con volver a encontrar ese punto blanco perdido en la blancura, ver si permanecieron tranquilos en medio de esta tormenta, o de otra tormenta peor, o realmente en el negro total, o en la gran blancura inmutable, y si no esto que hacen.

1965

De posiciones

1

Está cabeza descubierta, pies descalzos, y vestido con un jersey y un pantalón ceñido demasiado corto, sus manos se lo han dicho, y redicho, y sus pies, tocándose uno a otro y frotándose contra las piernas, a lo largo de la pantorrilla y de la tibia. Con este aspecto vagamente penitenciario ninguno de sus recuerdos responde aún, pero todos poseen pesadez, en este terreno, amplitud y espesor. La gran cabeza donde sufre no es más que una risa, se va, volverá. Un día se verá, toda la parte delantera, del pecho a los pies, y los brazos, y finalmente las manos, detenidamente, revés y palma, primero rígidas al extremo del brazo, luego completamente cerca, temblorosas, bajo los ojos. Se detiene, por vez primera desde que se sabe en marcha, un pie delante del otro, el más alto todo a lo largo, el más bajo sobre la punta, y espera que eso se decida. Luego reanuda la marcha. No va a tientas, a pesar de la oscuridad, no extiende los brazos, no abre desmesuradamente las manos, no retiene los pies antes de posarlos. Así que se estrella a menudo, es decir, en cada curva, contra las paredes que circundan el camino, contra la de la derecha cuando gira a la izquierda, contra la de la izquierda cuando gira a la derecha, ora con el pie, ora con la parte de arriba de la cabeza, pues se mantiene inclinado, a causa de la rampa, y además porque siempre se mantiene inclinado, con la espalda encorvada, la cabeza hacia delante y los ojos bajados. Pierde sangre, pero en pequeña cantidad, las pequeñas llagas tienen tiempo de cerrarse, antes de que vuelvan a abrirse, camina tan despacio. En lugares las paredes se tocan casi, son entonces los hombres los que se dan. Pero en vez de detenerse e incluso de dar media vuelta, diciéndose, Aquí se

acaba el paseo, ahora hay que llegar al otro extremo y volver a empezar, en vez de eso hace entrar en acción su flanco en el estrechamiento y así poco a poco llega a franquearlo, con gran daño en pecho y espalda. Sus ojos, a fuerza de ofrecerse a la oscuridad, ¿comienzan a penetrarla? No, y ésa es una de las razones por las que los cierra cada vez más, cada vez más a menudo, cada vez durante más tiempo. Es que va creciendo en él el deseo de ahorrarse toda fatiga inútil, como por ejemplo la de mirar ante sí, e incluso a su alrededor, hora tras hora, día tras día, sin nunca ver nada. No es momento para hablar de sus errores, pero quizá se equivocó al no persistir, en sus esfuerzos para penetrar la oscuridad. Pues habría terminado por conseguirlo, en cierta medida, y todo habría sido más alegre, un rayo de luz, eso pone enseguida más alegre. Y todo podrá iluminarse de un momento a otro, primero insensiblemente y luego, cómo decirlo, luego cada vez más, hasta que todo esté inundado de claridad, el camino, el suelo, las paredes, la bóveda, él mismo, todo eso inundado de luz sin que él lo sepa. La luna podrá encuadrarse al fondo de la perspectiva, un palmo de cielo estrellado o soleado más o menos, sin que él pueda gozarse con ello y apresurar el paso, o al contrario dar media vuelta, mientras aún hay tiempo, y desandar camino. En fin que por el momento todo marcha, y eso es lo esencial. Las piernas sobre todo, parece tenerlas en buen estado, eso es importante, Murphy tenía excelentes piernas. La cabeza está aún un poco débil, tarda en recuperarse, esa parte. Débil, puede seguir así, puede incluso debilitarse más sin que eso tenga mayores consecuencias. Ni rastro de locura en todo caso, por el momento, eso es importante. Bagaje reducido, pero bien equilibrado. ¿El corazón? Bien. Se pone en marcha de nuevo. ¿El resto? Bien. Ya ajustará cuentas. Pero he ahí que habiendo girado a la derecha, por ejemplo, en vez de girar a la izquierda un poco más lejos, gira de nuevo a la derecha. Y he ahí todavía que un poco más lejos, en vez de girar finalmente a la izquierda, gira una vez más a la derecha. Y así sucesivamente hasta el momento en que, en vez de girar una vez más a la derecha como sería de esperar, gira a la izquierda. Y durante algún tiempo sus zigzags recobran su curso normal,

desviándole alternativamente a derecha y a izquierda, es decir, llevándole recto hacia delante, o poco falta, pero según un eje que ya no es el de partida, el del momento más bien en que tuvo de pronto conciencia de haber partido, y que quizá lo sigue siendo después de todo. Pues si hay largos periodos en que la derecha prevalece sobre la izquierda, hay otros en los que la izquierda prevalece sobre la derecha. Poco importa en todo caso, desde el momento en que sube siempre. Pero he ahí que un poco más lejos se pone a bajar una pendiente tan abrupta que tiene que echarse hacia atrás para no caer. ¿Dónde pues le espera ella, la vida, con relación a su punto de partida, al punto más bien en que tuvo de pronto conciencia de haber partido, arriba o abajo? ¿O acabarán por anularse, las largas subidas suaves y los breves descensos en picado? Poco importa en todo caso, desde el momento en que está en el buen camino, y lo está, pues no hay otros, a menos que los haya sobrepasado, uno tras otro, sin darse cuenta. Paredes y suelo, si no de piedra, tienen su dureza, al tacto, y son húmedas. Aquéllas, algunos días, se detiene para lamerlas. La fauna, si la hay, es silenciosa. Los únicos ruidos, aparte los del cuerpo que avanza, son de caída. Es una gran gota que cae finalmente de muy alto y se estrella, una masa dura que de repente abandona su lugar y se precipita hacia abajo, materias más ligeras que lentamente se derrumban. El eco entonces se hace oír, tan fuerte al principio como el ruido que lo despierta y repitiéndose a veces hasta veinte veces, cada vez un poco más débil, no, algunas veces más fuerte que el anterior, antes de calmarse. Luego hay silencio de nuevo, roto solamente por el ruido, débil y complejo, del cuerpo que avanza. Pero esos ruidos de caída son poco frecuentes, más a menudo es el silencio el que reina, roto solamente por los ruidos del cuerpo que avanza, el de los pies desnudos sobre el suelo húmedo, el del aliento un poco ahogado, el de los choques contra las paredes, el del tránsito por los estrechamientos, el de la ropa, el del jersey y el pantalón, prestándose a los movimientos del cuerpo y oponiéndose a ellos, despegándose de la piel sudorosa antes de volverse a pegar, desgarrándose y agitados en los lugares hechos ya jirones por bruscos alborotos pronto calmados, y finalmente el de las

manos que por momentos pasan y vuelven a pasar por todas las partes del cuerpo que pueden alcanzar sin fatiga. El no ha caído aún. El aire es muy malo. A veces se detiene y se apoya contra una pared, con los pies acomodados contra la otra. Tiene ya un cierto número de recuerdos, desde el del día en que tuvo de pronto conciencia de estar allí, en ese mismo camino que le arrastra todavía, hasta el último de todos, el de haberse detenido para apoyarse contra la pared, tiene ya su pequeño pasado, casi unas costumbres. Pero todo eso es aún precario. Y a menudo se sorprende, en marcha y cuando descansa, pero sobre todo en marcha, pues descansa poco, tan desprovisto de historia como el primer día, en ese mismo camino, que es su comienzo, los días de gran memoria. Pero ahora más a menudo, pasada la primera sorpresa, le vuelve la memoria, y le conduce, si él quiere, lejos hacia atrás hasta aquel instante más allá del cual nada, y en el que ya era viejo, es decir cerca de la muerte, y sabía, sin poder recordar haber vivido, lo que son la vejez y la muerte, entre otras cosas capitales. Pero todo eso es aún precario y a menudo debuta, viejo, en sus negros meandros, y da sus primeros pasos, antes de saberlos solamente los últimos, o más recientes. El aire es tan malo que sólo puede sobrevivir en él quien no haya nunca respirado el verdadero, el libre, o no lo haya respirado desde hace mucho. Y ese aire libre, si tuviera que suceder bruscamente al de este lugar, le sería sin duda fatal, al cabo de algunas bocanadas. Pero el paso de uno a otro se hará sin duda suavemente, en el momento deseado, y poco a poco, a medida que el hombre se acerque a la salida. Y ya tal vez el aire es menos malo que en el momento de la partida, que en el momento o sea en que tuvo de pronto conciencia de haber partido. Poco a poco en todo caso su historia se constituye, jalonada si no de días buenos y malos, sí al menos de ciertas señales establecidas, con razón o sin ella, en el dominio del acontecimiento, por ejemplo el estrechamiento más pequeño, la caída más resonante, el derrumbamiento más largo, el eco más largo, el choque más fuerte, el descenso más abrupto, el mayor número de curvas sucesivas en el mismo sentido, la fatiga mayor, el más largo descanso, la amnesia más larga y el silencio, abstracción hecha del ruido

que hace al avanzar, más largo. Ah, sí, y el tránsito más fecundo de todos por todas las partes del cuerpo a su alcance por una parte de las manos, por otra de los pies, fríos y húmedos. Y la mejor lamida de pared. Resumiendo todas las cimas. Y luego otras cimas, apenas menos elevadas, como un choque tan fuerte que le había faltado poco para ser el más fuerte de todos. Y luego todavía otras cimas, apenas más bajas, una lamida de pared tan buena que valía tanto como la que estuvo a punto de ser la mejor. Después poco, o nada, hasta los mínimos, también ellos inolvidables, los días de gran memoria, un ruido de caída tan debilitado, por el alejamiento, o por el poco peso, o por la poca distancia recorrida, entre la salida y la llegada, que él tal vez había imaginado, o aún, otro ejemplo, dos curvas solamente sucediéndose, sea a la izquierda, sea a la derecha, pero ése es un mal ejemplo. Y otras señales le eran proporcionadas aún por las primeras veces, e incluso por las segundas. El primer estrechamiento, por ejemplo, sin duda porque no lo esperaba, no le había impresionado menos fuertemente que el estrechamiento más pequeño, lo mismo que el segundo derrumbamiento, sin duda porque se lo esperaba, le había dejado un recuerdo tan tenaz como el que había durado menos. Sea cual sea su historia va constituyéndose así, e incluso modificándose, en la medida en que nuevos altos y nuevos bajos vienen a empujar hacia la sombra y el olvido a los temporalmente en puestos de honor y en que otros elementos y motivos, como estos huesos de los que pronto se tratará, y a fondo, por la importancia que tienen, vienen a enriquecerlo.

2

Renuncié antes de nacer, no es posible de otro modo, era preciso sin embargo, que eso naciese, fue él, yo estaba dentro, así es cómo yo lo veo, él fue quien gritó, él fue quien salió a la luz, yo no grité, yo no salí a la luz, es imposible que yo tenga voz, es imposible que yo tenga pensamientos, y yo hablo y pienso, hago lo imposible, no es po-

sible de otro modo, es él quien ha vivido, yo no he vivido, ha malvivido, por culpa mía, va a matarse, por culpa mía, voy a contarle, voy a contar su muerte, el final de su vida y su muerte, poco a poco, en presente, su sola muerte no sería bastante, no me bastaría, si tiene estertores, es él quien tendrá estertores, yo no tendré estertores, es él quien morirá, yo no moriré, tal vez le entierren, si le encuentran, yo estaré dentro, se pudrirá, yo no me pudriré, no quedarán de él más que los huesos, yo estaré dentro, no será más que polvo, yo estaré dentro, no es posible de otro modo, así es cómo yo lo veo, el final de su vida y su muerte, cómo va a arreglárselas para terminar, es imposible que yo lo sepa, lo sabré, poco a poco, es imposible que yo lo diga, lo diré, en presente, ya no se tratará de mí, solamente de él, del final de su vida y de su muerte, del entierro si le encuentran, la cosa terminará ahí, no voy a hablar de gusanos, de huesos y de polvo, eso no le interesa a nadie, a menos que me aburra en su polvo, eso me extrañaría, tanto como en su piel, aquí un silencio prolongado, se ahogará quizá, quería ahogarse, no quería que le encontraran, ya no puede querer nada, pero antaño quería ahogarse, no quería que le encontraran, un agua profunda y una piedra al cuello, impulso apagado como los demás, pero por qué un día a izquierda, por qué, antes que en otra dirección, aquí un silencio prolongado, ya no habrá yo, él no dirá nunca más yo, no dirá nunca nada, no le hablará a nadie, nadie le hablará, no hablará solo, no pensará, irá, yo estaré dentro, se dejará caer para dormir, no en cualquier sitio, dormirá mal, por culpa mía, se levantará para ir más lejos, irá mal, por culpa mía, no podrá quedarse quieto, por culpa mía, ya no hay nada en su cabeza, pondré en ella lo necesario.

3

Horn venía por la noche. Yo lo recibía en la oscuridad. Había aprendido a soportarlo todo salvo ser visto. Le despedía, en los primeros tiempos, al cabo de cinco o seis minutos. Más tarde era él mismo quien se iba, pasado ese

plazo. Consultaba sus notas a la luz de una tea eléctrica. Luego apagaba y hablaba en la oscuridad. Luz silencio, oscuridad habla. Hacía cinco o seis años que nadie me había visto, yo el primero. Hablo del rostro, que tanto he palpado, antaño y no hace mucho. Trato ahora de reanudar esta inspección, para que me sirva de lección. Vuelvo a sacar mis cristales y espejos. Terminaré por dejarme ver. Gritaré, si llaman, ¡Adelante! Pero hablo de hace cinco o seis años. Estas indicaciones de duración, y las que han de venir, para que nos sintamos dentro del tiempo. El cuerpo me daba más problemas. Yo me lo ocultaba a mí mismo lo mejor que podía, pero cuando me levantaba forzosamente se hacía ver. Pues empezaba a levantarme. Luego se perjudica uno. Era en todo caso menos grave. Pero el rostro, nada que hacer. Horn pues por la noche. Cuando olvidaba su tea utilizaba cerillas. Le dije, por ejemplo, ¿Y su ropa aquel día?, él encendía, hojeaba, encontraba la información, apagaba y respondía, por ejemplo, La amarilla. No le gustaba que le interrumpiesen y debo decir que raramente tenía yo ocasión de hacerlo. Una noche al interrumpirle le rogué que se iluminara el rostro. Lo hizo, rápidamente, apagó y prosiguió. Al interrumpirle de nuevo le rogué que se callara un instante. La cosa no fue a más. Pero al día siguiente, o quizá solamente dos días después, le rogué de entrada que se iluminara el rostro y que lo mantuviese iluminado hasta nueva orden. Bastante vida en un principio, la luz fue debilitándose hasta no ser más que un resplandor amarillo. Este, para sorpresa mía, persistió durante un momento prolongado. Luego bruscamente se hizo la oscuridad. Horn se fue, transcurridos ya sin duda los cinco o seis minutos. Pero en este punto una de las dos cosas, o bien la extinción había coincidido realmente, por un curioso efecto del azar, con el término de la sesión, o bien fue Horn, sabiendo que era hora de marcharse, quien había cortado los últimos restos de corriente. Me ocurre aún que vuelvo a ver el rostro palideciendo donde me aparecía cada vez más claramente, a medida que la sombra le alcanzaba, aquél cuyo recuerdo yo había conservado. Al final, mientras que inexplicablemente tardaba en disiparse por completo, me había dicho a mí mismo, Sin duda alguna, es él. Es en el espacio

exterior, que no hay que confundir con el otro, donde estas imágenes se organizan. Me bastó interponer mi mano, o cerrar los ojos, para no verlas más, o más aún, quitarme las gafas, para que se enturbiasen. Es una ventaja. Pero no es una verdadera protección, como vamos a ver. Por eso es por lo que me mantengo preferentemente, cuando me levanto, delante de una superficie unida, parecida a la que domino desde mi cama, hablo del techo. Pues empiezo a levantarme otra vez. Creía haber hecho mi último viaje, aquél en el que aún debo intentar una vez más ver claro, para que me sirva de lección, y al que habría hecho mejor no regresando. Pero tengo cada vez más la impresión de que voy a verme obligado a emprender otro. Empiezo pues a levantarme otra vez y a dar algunos pasos en mi habitación, sosteniéndome en los barrotes de la cama. En el fondo es el atletismo lo que me perdió. De tanto haber saltado y corrido, boxeado y luchado, en mi juventud, y hasta más tarde por lo que atañe a otras especialidades, he gastado la máquina antes de tiempo. Había sobrepasado los cuarenta y todavía saltaba con pértiga.

4

Vieja tierra, ya está bien de mentir, la he visto, era yo, con mis ojos altivos de algún otro, es demasiado tarde. Va a estar sobre mí, será yo, será ella, será nosotros, nunca ha sido nosotros. Quizá no sea para mañana, pero demasiado tarde. Es para pronto, como la miro, y qué rechazo, como ella me rechaza a mí, la tan rechazada. Es un año de abejorros, el año que viene no habrá, ni el año siguiente, míralos bien. Regreso de noche, ellos se echan a volar, sueltan mi pequeña encina y se van, atiborrados, a las sombras. Tristi fummo ne l'aere dolce. Regreso, levanto los brazos, agarro la rama, me pongo de pie y entro en casa. Tres años en la tierra, los que escapan de los topos, además devorar, devorar, durante diez días, quince días, y cada noche el vuelo. Hasta el río, quizá, parten hacia el río. Enciendo, apago, avergonzado, permanezco de pie ante la ventana, voy

de una ventana a otra, apoyándome en los muebles. Un instante veo el cielo, los diferentes cielos, luego se hacen rostros, agonías, los diferentes amores, felicidades también, también las ha habido, desgraciadamente. Momentos de una vida, de la mía, entre otras, claro que sí, al fin. Felicidades, qué felicidades, pero qué muertes, qué amores, al momento lo supe, era demasiado tarde. Ah, amar, muriendo, y ver morir, los seres rápidamente queridos, y ser felices, por qué, ah, no vale la pena. No pero ahora, sólo permanecer ahí, de pie ante la ventana, con una mano sobre la pared, la otra cogida a la camisa, y ver el cielo, un poco detenidamente, pero no, hipos y espasmos, mar de una infancia, de otros cielos, otro cuerpo.

Años sesenta

A lo lejos un pájaro

Tierra cubierta de ruinas, ha caminado toda la noche, yo renuncié, rozando los setos, entre calzada y cuneta, sobre la hierba seca, pasitos lentos, toda la noche sin ruido, deteniéndose a menudo, más o menos cada diez pasos, pasitos desconfiados, volviendo a tomar aliento, escuchando luego, tierra cubierta de ruinas, yo renuncié antes de nacer, no es posible de otro modo, pero era preciso que eso naciese, fue él, yo estaba dentro, se ha detenido, es la centésima vez esta noche, más o menos, eso indica el espacio recorrido, es la última, se ha encorvado sobre su bastón, yo estoy dentro, es él quien ha gritado, él quien ha salido a la luz, yo no he gritado, yo no he salido a la luz, las dos manos, una sobre otra, descargan su peso en el bastón, la frente en las manos, ha vuelto a tomar aliento, puede escuchar, tronco horizontal, piernas separadas, dobladas las rodillas, mismo abrigo viejo, los faldones envarados se levantan por atrás, despunta el día, no tendría más que levantar los ojos, que abrirlos, que levantarlos, se confunde con el seto, a lo lejos un pájaro, lo justo para sorprender y se larga, es él quien ha vivido, yo no he vivido, malvivido, por mi culpa, es imposible que yo posea una conciencia y tengo una, otro me comprende, nos comprende, está ahí, ha terminado por llegar hasta ahí, le imagino, ahí comprendiéndonos, las dos manos y la cabeza hacen un montoncito, las horas pasan, él no se mueve, me busca una voz, es imposible que yo tenga voz y no la tengo, va a encontrarme una, me irá mal, ella arreglará las cuentas, sus cuentas, pero nada más sobre él, esta imagen, el montoncito de las manos con la cabeza, el tronco horizontal, los codos por ambas partes, los ojos cerrados y el rostro paralizado a la escucha, los ojos que no

se ven y todo el rostro que no se ve, el tiempo no cambia nada, esta imagen y nada más, tierra cubierta de ruinas, la noche se retira, se ha largado, yo estoy dentro, va a matarse, por mi culpa, voy a vivir eso, voy a vivir su muerte, el final de su vida y después su muerte, poco a poco, en presente, cómo va a arreglárselas, es imposible que yo lo sepa, lo sabré, poco a poco, él es quien morirá, yo no moriré, no quedará de él más que los huesos, yo estaré dentro, no quedará de él más que arena, yo estaré dentro, no es posible de otro modo, tierra cubierta de ruinas, ha atravesado el seto, ya no se detiene, nunca dirá yo, por mi culpa, no hablará con nadie, nadie le hablará, no hablará solo, no queda nada en su cabeza, yo pondré en ella lo que se necesita, para acabar, para no decir más yo, para no abrir ya la boca, confundidos recuerdos y pesares, confusión de seres queridos y juventud imposible, inclinado hacia delante y sosteniendo el bastón por el medio avanza tropezando a campo traviesa, una vida mía, lo intenté, ha sido un fracaso, nunca más que suya, mala, por mi culpa, él decía que no había sólo una, pero sí, sólo hay una todavía, la misma, pondré rostros en su cabeza, nombres, lugares, lo tramaré todo, con qué terminar, sombras para huir, últimas sombras, para huir y para perseguir, confundirá a su madre con unas grullas, a su padre con un peón caminero llamado Balfe, le pegaré un viejo chucho enfermo para que ame todavía, se pierda todavía, tierra cubierta de ruinas, pequeños pasos enloquecidos.

Años sesenta

Lugar cerrado. Todo lo que hay que saber para decir sabido. No hay más que lo dicho. Aparte de lo dicho no hay nada. Lo que ocurre en la arena no está dicho. Si fuese preciso saberlo se sabría. No interesa. No imaginarlo. Tiempo valiéndose de la tierra obrar a disgusto. Lugar hecho de una arena y un foso. Entre los dos costearlo éste una pista. Lugar cerrado. Más allá del foso no hay nada. Se sabe porque hay que decirlo. Arena negra extendida. Allí pueden haber millones. Errantes e inmóviles. Sin verse ni oírse jamás. Sin tocarse jamás. Es todo lo que se sabe. Profundidad del foso. Ver desde el borde todos los cuerpos colocados al fondo. Los millones que aún permanecen allí. Parecen seis veces más pequeños de lo normal. Fondo dividido en zonas. Zonas negras y zonas claras. Ocupan toda su anchura. Las zonas que permanecen claras son cuadradas. Un cuerpo mediano apenas cabe allí. Extendido en diagonal. Más grande tiene que acurrucarse. Se sabe así la anchura del foso. Se sabría sin eso. Hacer la suma de las zonas negras. De las zonas claras. Las primeras ganan con mucho. El lugar ya es viejo. El foso es viejo. Al principio no había más que claridad. Más que zonas claras. Tocándose casi. Ribeteadas de sombra apenas. El foso parece en línea recta. Luego reaparece un cuerpo ya visto. Se trata pues de una curva cerrada. Claridad muy brillante de las zonas claras. No penetra en las negras. Estas son de un negro no reducible. Tan denso en los bordes como en el centro. En compensación esta claridad sube todo seguido. A una altura por encima del nivel de la arena. Tan alta por arriba como es profundo el foso. Se levantan en el aire oscuro torres de pálida luz. Tantas zonas claras como torres.

Como cuerpos visibles en el fondo. La pista sigue al foso en toda su longitud. En todo su contorno. Está sobrealzada con relación a la arena. Lo equivalente a un peldaño. Está hecha de hojas muertas. Evocación de la hermosa naturaleza. Están secas. El aire seco y el calor. Muertas pero no podridas. Darían más bien en polvo. Pista justo bastante ancha para un solo cuerpo. Nunca dos se cruzan en ella.

Años sesenta

Todo sabido todo blanco cuerpo desnudo blanco un metro piernas juntas como cosidas. Luz calor suelo blanco un metro cuadrado jamás visto. Muros blancos un metro por dos techo blanco un metro cuadrado jamás visto. Cuerpo desnudo blanco fijo sólo los ojos apenas. Rastros confusión gris claro casi blanco en blanco. Manos laxas abiertas palmas faz pies blancos talones juntos ángulo recto. Luz calor caras blancas luminosas. Cuerpo desnudo blanco fijo hop fijo fuera. Rastros confusión signos sin sentido gris claro apenas blanco. Cuerpo desnudo blanco fijo invisible blanco en blanco. Sólo los ojos casi azul claro apenas blanco. Frente altiva ojos azul claro casi blanco fija faz silencio adentro. Breves susurros apenas casi jamás todos sabidos. Rastros confusión signos sin sentido gris claro casi blanco en blanco. Piernas juntas como cosidas talones juntos ángulo recto. Rastros sólo inacabados dados negros gris claro casi blanco en blanco. Luz calor muros blancos luminosos un metro por dos. Cuerpo desnudo blanco fijo un metro hop fijo fuera. Rastros confusión signos sin sentido gris claro casi blanco. Pies blancos invisibles talones juntos ángulo recto. Ojos solos inacabados dados azules azul claro casi blanco. Susurro apenas casi jamás un segundo quizá no solo. Dado rosa apenas cuerpo desnudo blanco fijo un metro blanco en blanco invisible. Luz calor susurros apenas casi jamás siempre los mismos todos sabidos. Manos blancas invisibles laxas abiertas palmas faz. Cuerpo desnudo blanco fijo un metro hop fijo fuera. Sólo los ojos apenas azul claro casi blanco fija faz. Susurro apenas casi jamás un segundo quizás una salida. Frente altiva ojos azul claro casi blanco bing susurro bing silencio. Boca como cosida hilo

blanco invisible. Bing quizás una naturaleza un segundo casi jamás esto de memoria casi jamás. Muros blancos cada uno su rastro confusión signos sin sentido gris claro casi blanco. Luz calor todo sabido todo blanco invisibles encuentros de caras. Bing susurro apenas casi jamás un segundo quizás un sentido esto de memoria casi jamás. Pies blancos invisibles talones juntos ángulo recto hop fuera sin son. Manos laxas abiertas palmas faz piernas juntas como cosidas. Frente altiva ojos azul claro casi blanco fija faz silencio adentro. Hop fuera donde siempre sino sabido que no. Sólo los ojos solos inacabados dados azules hoyos azul claro casi blanco sólo color fija faz. Todo sabido todo blanco caras blancas luminosas bing susurro apenas casi jamás un segundo tiempo sideral esto de memoria casi jamás. Cuerpo desnudo blanco fijo un metro hop fijo fuera blanco en blanco invisible corazón aliento sin son. Sólo los ojos dados azules azul claro casi blanco fija faz sólo color solos inacabados. Invisibles encuentros de caras sólo una luminosa blanca infinita sino sabido que no. Nariz orejas hoyos blancos boca hilo blanco como cosida invisible. Bing susurros apenas casi jamás un segundo siempre los mismos todos sabidos. Dado rosa apenas cuerpo desnudo blanco fijo invisible todo sabido afuera adentro. Bing quizás una naturaleza un segundo con imagen igual tiempo un poco menos azul y blanco al viento. Techo blanco luminoso un metro cuadrado jamás visto bing quizá por ahí una salida un segundo bing silencio. Rastros sólo inacabados dados negros confusión gris signos sin sentido gris claro casi blanco siempre los mismos. Bing quizá no sólo un segundo con imagen siempre la misma igual tiempo un poco menos esto de memoria casi jamás bing silencio. Caídas rosas apenas uñas blancas acabadas. Largos cabellos caídos blancos invisibles acabados. Invisibles cicatrices mismo blanco que la carne herida rosa apenas antaño. Bing imagen apenas casi jamás un segundo tiempo sideral azul y blanco al viento. Frente altiva nariz orejas hoyos blancos boca hilo blanco como cosida invisible acabada. Sólo los ojos dados azules fija faz azul claro casi blanco sólo color solos inacabados. Luz calor caras blancas luminosas sólo una luminosa blanca infinita sino sabido que no. Bing una naturaleza apenas casi jamás un segundo con imagen igual tiempo un poco

menos siempre la misma azul y blanco al viento. Rastros confusión gris claro ojos hoyos azul claro casi blanco fija faz bing quizás un sentido apenas casi jamás bing silencio. Blanco desnudo un metro fijo hop fijo fuera sin son piernas juntas como cosidas talones juntos ángulo recto manos laxas abiertas palmas faz. Frente altiva ojos hoyos azul claro casi blanco fija faz silencio adentro hop fuera donde siempre sino sabido que no. Bing quizá no sólo un segundo con imagen igual tiempo un poco menos ojo negro y blanco semicerrado largas pestañas suplicando esto de memoria casi jamás. A lo lejos tiempo relámpago todo blanco acabado todo antaño hop relámpago muros blancos luminosos sin rastros ojos color último hop blancos acabados. Hop fijo último fuera piernas juntas como cosidas talones juntos ángulo recto manos laxas abiertas palmas faz frente altiva ojos blancos invisibles fija faz acabados. Dado rosa apenas un metro invisible desnudo blanco todo sabido afuera adentro acabado. Techo blanco jamás visto bing antaño apenas casi jamás un segundo suelo blanco jamás visto quizá por ahí. Bing antaño apenas quizás un sentido una naturaleza un segundo casi jamás azul y blanco al viento esto de memoria nunca más. Caras blancas sin rastros sólo una luminosa blanca infinita sino sabido que no. Luz calor todo sabido todo blanco corazón soplo sin son. Frente altiva ojos blancos fija faz viejo bing susurro último quizá no sólo un segundo ojo deslucido negro y blanco semicerrado largas pestañas suplicando bing silencio hop acabado.

1965

Basta

Todo lo que antecede a olvidar. No puedo mucho a la vez. Esto da tiempo de anotar a la pluma. No la veo pero la oigo allá detrás de mí. Es decir el silencio. Cuando la pluma para yo sigo. A veces rehúsa. Cuando rehúsa yo sigo. Demasiado silencio no puedo. O es mi voz muy débil a veces. La que surge de mí. Eso en cuanto al arte y el estilo.

Hacía todo lo que él deseaba. Yo también lo deseaba. Por él. Siempre que deseaba algo yo también. (Por él.)¹ No tenía más que decir qué cosa. Cuando él no deseaba nada yo tampoco. Tanto es así que sin deseos no vivía. Si él hubiera deseado algo para mí yo lo habría deseado también. La felicidad por ejemplo. O la gloria. Yo no tenía más deseos que los que él manifestaba. Pero él debía manifestarlos todos. Todos sus deseos y necesidades. Cuando se callaba debía ser como yo. Cuando me decía que le chupara el pene me lanzaba encima. Me daba satisfacción. Debíamos tener las mismas satisfacciones. Las mismas necesidades y las mismas satisfacciones.

Un día me dijo que le dejara. Es el verbo que empleó. No debía quedarle mucho tiempo de vida. No sé si al decir eso se refería a abandonarle o a separarme de su lado un instante. No me hice la pregunta. Nunca me hice otras preguntas que las suyas. Fuera lo que fuera me largué sin volver la cabeza. Alejada del alcance de su voz estaba fuera de su vida. A lo mejor era eso lo que quería. Hay cosas que se ven sin preguntarlas. No debía quedarle mucho tiempo de vida. Yo en cambio tenía todavía para rato. Yo era de una generación completamente distinta. No duró mucho.

1. Eliminado en la versión inglesa. (*N. del T.*)

Ahora que penetro en la noche tengo como fulgores en el cráneo. Tierra ingrata pero no del todo. Dadas tres o cuatro vidas yo hubiera podido llegar a algo.

Debía yo tener unos seis años cuando me cogió de la mano. Apenas salía de la infancia. Pero no tardé mucho en salir del todo. Era la mano izquierda. Estar a la derecha era algo que él no podía aguantar. Avanzábamos juntos las manos enlazadas. Un par de guantes nos bastaban. Las manos libres o exteriores colgaban desnudas. No le gustaba sentir una piel extraña junto a su piel. Las mucosas es distinto. Aun así a veces se quitaba el guante. Entonces yo tenía que quitarme el mío. Así andábamos unos cien metros las extremidades desnudas en contacto. Pocas veces más. Aquello le bastaba. Si se me hiciera la pregunta contestaría que las manos desaparejadas no están formadas para la intimidad. La mía nunca encontró su sitio en la suya. A veces se soltaban. El apretón cedía y caían cada una por su lado. Largos minutos generalmente antes de que volvieran a cogerse. Antes de que la suya cogiera la mía de nuevo.

Eran guantes de hilo bastante ajustados. En lugar de desvanecer las formas las ensalzaban simplificándolas. Naturalmente el mío estuvo demasiado flojo durante años. Pero no tardé en llenarlo. Decía que mis manos eran de Acuario. Es una casa del cielo.

Todo lo que conozco me viene de él. Esto no lo voy a repetir cada vez que salga a relucir alguno de mis conocimientos. El arte de combinar o combinatorio no es culpa mía. Es un castigo del cielo. Por lo demás diré que no es culpable.

Nuestro encuentro. A pesar de estar ya muy encorvado a mí me parecía un gigante. Al final su torso era paralelo a la tierra. Para contrarrestar esta anomalía separaba las piernas y doblaba sus rodillas. Sus pies cada vez más planos se volvían hacia fuera. Su horizonte se limitaba al mismo suelo que pisaba. Minúsculo tapiz móvil de césped y flores aplastadas. Me daba la mano como un enorme mono cansado levantando el codo lo más posible. Yo no tenía más que incorporarme para sobrepasarle por tres cabezas y media. Un día se detuvo y me explicó buscando las palabras que la anatomía es un todo.

Al principio siempre hablaba caminando. Me parece. Luego lo hizo unas veces caminando y otras parado. Al fi-

nal sólo parado. Y con una voz cada vez más baja. Para evitarle tener que decir la misma cosa dos veces debía inclinarme profundamente. Se paraba y esperaba a que yo adoptara la postura. En cuanto veía por el rabillo del ojo que mi cabeza estaba al lado de la suya empezaba sus murmullos. Nueve de cada diez veces no me concernían. Pero él quería que se lo oyera todo incluso las jaculatorias y trozos de padrenuestros que lanzaba sobre el suelo florido.

O sea que se paró y esperó que mi cabeza llegara antes de decirme que lo dejara. Desenlacé prontamente mi mano y me largué sin mirar atrás. Dos pasos y ya él me había perdido para siempre. Nos habíamos escindido si eso era lo que quería.

Rara vez hablaba de geodesia. Pero debemos haber recorrido varias veces el equivalente del ecuador terrestre. A razón de cinco kilómetros más o menos por día y noche de media. Nos refugiábamos en la aritmética. ¡Cuántos cálculos mentales efectuados de común acuerdo doblados por la cintura! Elevábamos a la tercera potencia números ternarios completos a veces bajo una lluvia torrencial. Bien o mal grabándose progresivamente en su memoria los cubos se acumulaban. En vistas a la operación inversa en un estadio ulterior. Cuando el tiempo habría hecho su obra.

Si se me hiciera la pregunta en los términos adecuados diría que sí en efecto el fin de este largo paseo fue mi vida. Digamos que los once mil kilómetros más o menos. Contando desde el día en que por primera vez me soltó una palabra sobre su enfermedad diciendo que a él le parecía que ya había alcanzado su punto crítico. El futuro le dio la razón. Por lo menos aquel del que íbamos a hacer pasado común.

Veo las flores a mis pies y son las otras las que veo. Aquéllas que hollábamos al paso. Son por otra parte las mismas.

Contrariamente a lo que durante mucho tiempo me divirtió pensar él no era ciego. Sólo perezoso. Un día se detuvo y buscando las palabras describió su visión. Concluyó diciendo que le daba la impresión de que ya no empeoraría. No sé hasta qué punto se hacía ilusiones. No me hice la pregunta. Cuando me incliné para recibir la comunicación entreví bizqueando en mi dirección un ojo azul y rosado aparentemente impresionado.

A veces se detenía sin decir nada. No sé si porque finalmente no tenía nada que decir o porque aun teniendo algo que decir finalmente renunciaba. Como siempre yo me inclinaba para que él no tuviera que repetir y así nos quedábamos. Dobladlos por la cintura las cabezas pegadas, mudos, las manos enlazadas. Mientras que a nuestro alrededor los minutos se sumaban a los minutos. Tarde o temprano su pie se separaba de las flores y nos poníamos en marcha. Quizá tan sólo para pararnos de nuevo al cabo de algunos pasos. Para que dijera por fin lo que tenía en su corazón o renunciara nuevamente.

Otros ejemplos importantes se manifiestan en el espíritu. Comunicación continua inmediata con salida inmediata. Lo mismo con salida retardada. Comunicación continua retardada con salida inmediata. Lo mismo con salida retardada. Comunicación discontinua inmediata con salida inmediata. Lo mismo con salida retardada. Comunicación discontinua retardada con salida inmediata. Lo mismo con salida retardada.

O sea que es entonces cuando he vivido o nunca. Diez años como poco. Desde el día en que habiendo paseado largamente sobre sus ruinas sagradas el dorso de la mano izquierda lanzó su pronóstico. Hasta el día de mi supuesta desgracia. Sigo viendo el lugar a un paso de la cima. Dos pasos adelante y ya estaba bajando por la otra vertiente. Volviéndome no lo hubiera visto.

A él le gustaba trepar y por tanto a mí también. Exigía las pendientes más inclinadas. Su cuerpo humano se descomponía en dos segmentos iguales. Eso gracias a la flexión de las rodillas que disminuía el inferior. En una cuesta del cincuenta por ciento su cabeza rozaba el suelo. No sé por qué le gustaba. Por amor a la tierra y a los mil perfumes y matices de las flores. O más vulgarmente por imperativos de orden anatómico. Nunca planteó la cuestión. Alcanzada la cima ya había que descender.

Para poder gozar del cielo de vez en cuando se ayudaba de un espejito redondo. Después de velarlo con su aliento y frotarlo contra el muslo buscaba las constelaciones. ¡Ya la tengo! gritaba refiriéndose a la Lira o al Cisne. Y muy a menudo añadía que el cielo estaba como siempre.

No estábamos en la montaña de todos modos. A veces

yo intuía en el horizonte un mar cuyo nivel me parecía superior al nuestro. ¿Sería el fondo de algún enorme lago evaporado o desaguado por la base? No me hice la pregunta.

(Todos estos conceptos son suyos. Yo no hago más que combinarlos a mi modo. Dadas cuatro o cinco vidas como ésta yo hubiera podido dejar un rastro.)²

El hecho es que aparecían con bastante frecuencia esa especie de panes de azúcar que tenían un centenar de metros de altura. Levantaba contrariadamente mis ojos y veía el próximo a veces en el horizonte. O en lugar de alejarnos del que acabábamos de descender lo escalábamos de nuevo.

Hablo de nuestro último decenio comprendido entre los dos acontecimientos que ya he dicho. Oculta los anteriores que han debido parecerse como hermanos. Es a aquellos años engullidos a los que razonablemente hay que culpar de mi educación. Porque no recuerdo haber aprendido nada en éstos que recuerdo. Es con este razonamiento con el que me calmo cuando me paraliza mi sabiduría.

He situado mi desgracia muy cerca de una cima. Sin embargo fue en la planicie y en una gran calma. Si me hubiera vuelto le hubiera visto en el mismo lugar donde lo dejé. Una nadería me habría hecho comprender mi error si es que había habido error. En los años que siguieron no excluí la posibilidad de volver a encontrarlo. En el mismo lugar donde lo dejé o en otro. O de oír que me llamaba. Al mismo tiempo me decía a mí misma que ya no le quedaba mucho tiempo de vida. Pero no contaba demasiado con ello. Porque yo apenas levantaba los ojos de las flores. Y él ya no tenía voz. Y como si esto no fuera suficiente yo seguía repitiéndome que ya no le quedaba mucho tiempo de vida. De modo que no tardé mucho en no contar con ello para nada.

Ya no sé el clima que hace. Pero durante mi vida era de una dulzura eterna. Como si la tierra se hubiera dormido en primavera. Estoy hablando de mi hemisferio. Lluvias pesadas perpendiculares y breves nos caían de improviso. Sin sensible oscurecimiento del cielo. Yo no hubiese notado la falta de viento si él no hubiera hablado de ello. Del viento que ya no había. De las tormentas que había capeado. En honor

2. Eliminado en la versión inglesa. (*N. del T.*)

a la verdad hay que decir que poco hubieran podido arrastrar. Las mismas flores estaban sin tallo y pegadas al suelo a modo de nenúfares. Ni soñar con que brillaran en el ojal.

No contábamos los días. Si llego a diez años es gracias a nuestro podómetro. Recorrido final dividido por recorrido medio diario. Tantos días. Dividir. Tal cifra la víspera del día del sacrum. Tal otra la víspera de mi desgracia. Media diaria siempre al día. Restar. Dividir.

La noche. Larga como el día en este equinoccio sin fin. Cae y continuamos. Antes del alba ya nos hemos ido.

Postura de descanso. Plegados en tres encajados uno en otro. Segundo ángulo recto en las rodillas. Yo en el interior. Cuando mostraba deseo cambiábamos de flanco como un solo hombre. Lo noto de noche contra mí con toda su retorcida largura. Más que de dormir se trataba de tumbarse. Porque caminábamos en una semisomnolencia. Me sostenía con la mano superior y tocaba donde quería. Hasta cierto punto. La otra estaba enredada en mis cabellos. Hablaba en voz baja de cosas que para él ya no eran y para mí no habían podido ser. El viento en los tallos aéreos. La sombra y el abrigo de los bosques.

No era hablador. Una media de cien palabras por día y noche. Escalonadas. No más de un millón en total. Muchas repetidas. Eyaculaciones. Para rozar apenas la materia. ¿Qué sé yo del destino de los hombres? (No me hice la pregunta.)³ Sé más acerca de los rábanos. Esos sí que le gustaban. Si viera uno lo nombraría sin ninguna duda.

Vivíamos de flores. Eso en cuanto al sustento. Se paraba y sin necesidad de inclinarse cogía un puñado de corolas. Luego volvía a ponerse en marcha masticando. En general ejercían una acción calmante. Estábamos totalmente calmados en general. Cada vez más. Todo lo estaba. Este concepto de calma me viene de él. Sin él yo no lo tendría. Voy ahora a borrarlo todo menos las flores. No más lluvias. No más pezones. Nada sino nosotros dos arrastrándonos por las flores. Bastante mis viejos senos sienten su vieja mano.

1966

3. Eliminado en la versión inglesa. (N. del T.)

Ruinas refugio cierto por fin hacia el cual de tan lejos tras tanta falsedad. Lejanos sin fin tierra cielo confundidos ni un ruido nada móvil. Rostro gris dos azul claro cuerpo pequeño corazón palpitante solo en pie. Apagado abierto cuatro lados derribados refugio cierto sin salida.

Ruinas esparcidas confundidas a la arena gris ceniza refugio cierto. Cubo todo luz blancura rasa rostros sin rastro ningún recuerdo. Jamás fue sino aire gris sin tiempo quimera luz que pasa. Gris ceniza cielo reflejo de la tierra reflejo del cielo. Jamás fue sino este sueño inmutable la hora que pasa.

Maldecirá de Dios como en tiempo bendito cara al cielo abierto el chubasco pasajero. Cuerpo pequeño rostro gris rasgos grieta y pequeños huecos dos azul claro. Rostros sin rastro blancura rasa mirada serena por fin ningún recuerdo.

Quimera luz jamás fue sino aire gris sin tiempo ni un ruido. Rostros sin rastro casi tocando blancura rasa ningún recuerdo. Cuerpo pequeño apiñado gris ceniza corazón palpitante frente a la lejanía. Lloverá sobre él como en tiempo bendito azul la nube pasajera. Cubo refugio cierto por fin cuatro lados sin ruido derribados.

Cielo gris sin nube ni un ruido nada móvil tierra arena gris ceniza. Cuerpo pequeño mismo gris que la tierra el cielo las ruinas solo en pie. Gris ceniza alrededor tierra cielo confundidos lejanía sin fin.

Se moverá en la arena se moverá en el cielo en el aire la arena. Jamás sino en sueño el sueño hermoso no tener más de un tiempo que hacer. Cuerpo pequeño bloque pequeño corazón palpitante gris ceniza solo en pie. Tierra cielo confundidos infinito sin relieve cuerpo pequeño solo

en pie. En la arena sin apoyo otro paso hacia la lejanía él dará. Silencio ni un soplo mismo gris en todo tierra cielo cuerpo ruinas.

Negro lento con ruina refugio cierto cuatro lados sin ruido derribados. Piernas un solo bloque brazos junto a los flancos pequeño cuerpo frente a la lejanía. Jamás sino en sueño desvanecido pasó la hora larga breve. Solo en pie pequeño cuerpo gris liso nada que rebase algunos huecos. Un paso en las ruinas la arena sobre el dorso hacia la lejanía él dará. Jamás sino sueño días y noches hechos de sueños de otras noches días mejores. Revivirá el tiempo de un paso rehará día y noche sobre él la lejanía.

En cuatro derribados refugio cierto sin salida ruinas esparcidas. Cuerpo pequeño bloque pequeño partes invadidas culo un solo bloque raya gris invadida. Refugio cierto por fin sin salida esparcido cuatro lados sin ruido derribados. Lejanía sin fin tierra cielo confundidos nada móvil ni un soplo. Rostros blancos rastro mirada serena cabeza su razón ningún recuerdo. Ruinas esparcidas gris ceniza alrededor refugio cierto por fin sin salida.

Gris ceniza cuerpo pequeño solo en pie corazón palpitante frente a la lejanía. Muy bello muy nuevo como en tiempo bendito reinará la desgracia. Tierra arena mismo gris que el aire el cielo el cuerpo las ruinas arena fina gris ceniza. Luz refugio blancura rasa rostros sin rastro ningún recuerdo. Infinito sin relieve cuerpo pequeño solo en pie mismo gris en todo tierra cielo cuerpo ruinas. Frente al blanco sereno casi tocando mirada serena por fin ningún recuerdo. Otro paso uno sólo solo del todo en la arena sin apoyo él dará.

Apagado abierto refugio cierto sin salida hacia el cual de tan lejos tras tanta falsedad. Jamás sino silencio como en la imaginación estas risas de loca estos gritos. Cabeza por la mirada serena toda blancura serena luz ningún recuerdo. Quimera la aurora que disipa las quimeras y el otro llamado anochecer.

Sobre el dorso él irá cara al cielo renacido sobre él las ruinas la arena la lejanía. Aire gris sin tiempo tierra cielo confundidos mismo gris que las ruinas lejanía sin fin. Rehará día y noche sobre él la lejanía el aire corazón relatará.

Refugio cierto por fin ruinas esparcidas mismo gris que la arena.

Frente a la mirada serena casi tocando serena toda blancura ningún recuerdo. Jamás sino imaginado el azul llamado en poesía celeste sino en imaginación loca. Pequeño vacío gran luz cubo todo blancura rostros sin rastro ningún recuerdo. Jamás fue sino aire gris sin tiempo nada móvil ni un soplo. Corazón palpitante solo en pie cuerpo pequeño rostro gris rasgos invadidos dos azul claro. Luz blancura casi tocando cabeza por la mirada serena toda su razón ningún recuerdo.

Cuerpo pequeño mismo gris que la tierra el cielo las ruinas solo en pie. Silencio ni un soplo mismo gris en todo tierra cielo cuerpos ruinas. Apagado abierto cuatro lados derribados refugio cierto sin salida.

Gris ceniza cielo reflejo de la tierra reflejo del cielo. Aire gris sin tiempo tierra cielo confundidos mismo gris que las ruinas lejanía sin fin. En la arena sin apoyo otro paso hacia la lejanía él dará. Rehará día y noche sobre él la lejanía el aire corazón relatará.

Quimera luz jamás fue sino aire gris sin tiempo ni un ruido. Lejanía sin fin tierra cielo confundidos nada móvil ni un soplo. Lloverá sobre él como en tiempo bendito azul la nube pasajera. Cielo gris sin nubes ni un ruido nada móvil tierra arena gris ceniza.

Pequeño vacío gran luz cubo todo blancura rostros sin rastro ningún recuerdo. Infinito sin relieve cuerpo pequeño solo en pie mismo gris en todo tierra cielo cuerpo ruinas. Ruinas esparcidas confundidas con la arena gris ceniza refugio cierto. Cubo refugio cierto por fin cuatro lados sin ruido derribados. Jamás fue sino este sueño inmutable la hora que pasa. Jamás fue sino aire gris sin tiempo quimera luz que pasa.

En cuatro derribados refugio cierto sin salida ruinas esparcidas. Revivirá el tiempo de un paso rehará día y noche sobre él la lejanía. Frente al blanco sereno casi tocando mirada serena por fin ningún recuerdo. Rostro gris dos azul claro cuerpo pequeño corazón palpitante solo en pie. Sobre el dorso él irá cara al cielo renacido sobre él las ruinas la arena la lejanía. Tierra arena mismo gris que el aire el cielo

el cuerpo las ruinas arena fina gris ceniza. Rostros sin rastro casi tocando blancura rasa ningún recuerdo.

Corazón palpitante solo en pie cuerpo pequeño rostro gris rasgos invadidos dos azul claro. Solo en pie cuerpo pequeño gris liso nada que rebase algunos huecos. Jamás sino sueño días y noches hechos de sueños de otras noches días mejores. Se moverá en la arena se moverá en el cielo en el aire la arena. Un paso en las ruinas la arena sobre el dorso hacia la lejanía él dará. Jamás sino silencio como en la imaginación estas risas de loca estos gritos.

Refugio cierto por fin ruinas esparcidas mismo gris que la arena. Jamás fue sino aire gris sin tiempo nada móvil ni un soplo. Rostros blancos sin rastro mirada serena cabeza su razón ningún recuerdo. Jamás sino en sueño desvanecido pasó la hora larga breve. Cubo todo luz blancura rasa rostros sin rastro ningún recuerdo.

Apagado abierto refugio cierto sin salida hacia el cual de tan lejos tras tanta falsedad. Cabeza por la mirada serena toda blancura serena luz ningún recuerdo. Muy bello muy nuevo como en tiempo bendito reinará la desgracia. Gris ceniza alrededor tierra cielo confundidos lejanía sin fin. Ruinas esparcidas gris ceniza alrededor refugio cierto por fin sin salida. Jamás sino en sueño el sueño hermoso no tener más de un tiempo que hacer. Cuerpo pequeño rostro gris rasgos grieta y pequeños huecos dos azul claro.

Ruinas refugio cierto por fin hacia el cual de tan lejos tras tanta falsedad. Jamás sino imaginado el azul llamado en poesía celeste sino en imaginación loca. Luz blancura casi tocando cabeza por la mirada serena toda su razón ningún recuerdo.

Negro lento con ruina refugio cierto cuatro lados sin ruido derribados. Tierra cielo confundidos infinito sin relieve cuerpo pequeño solo en pie. Otro paso uno sólo solo del todo en la arena sin apoyo él dará. Gris ceniza cuerpo pequeño solo en pie corazón palpitante frente a la lejanía. Luz refugio blancura rasa rostros sin rastro ningún recuerdo. Lejanía sin fin tierra cielo confundidos ni un ruido nada móvil.

Piernas un solo bloque brazos junto a los flancos cuerpo pequeño frente a la lejanía. Refugio cierto por fin sin salida

esparcido cuatro lados sin ruido derribados. Rostros sin rastro blancura rasa mirada serena por fin ningún recuerdo. Maldecirá de Dios como en tiempo bendito cara al cielo abierto el chubasco pasajero. Frente a la mirada serena casi tocando serena toda blancura ningún recuerdo.

Cuerpo pequeño bloque pequeño corazón palpitante gris ceniza solo en pie. Cuerpo pequeño apiñado gris ceniza corazón palpitante frente a la lejanía. Cuerpo pequeño bloque pequeño partes invadidas culo un solo bloque raya gris invadida. Quimera la aurora que disipa las quimeras y el otro llamado anochecer.

1969

En el cilindro*

Visto desde el suelo en todo su contorno y toda su altura presenta una superficie ininterrumpida. Y sin embargo su mitad superior está acribillada de nichos. Esta paradoja se explica por la naturaleza de la iluminación cuya omnipresencia escamotea los huecos. Sin hablar de su debilidad. Buscar un nicho desde abajo con los ojos nunca se ha visto. Es raro que los ojos se eleven. Cuando lo hacen es hacia el techo. Suelo y muro están vírgenes de toda señal que pudiera servir de punto de referencia. Escalas levantadas siempre en los mismos lugares los pies no dejan huellas. Las cabezadas y los puñetazos contra el muro tampoco. Habría huellas que la iluminación impediría ver. El escalador que lleva su escala para levantarla en otro sitio lo hace a ojo de buen cubero. Es raro que se equivoque más de unos centímetros. Contando con la disposición de los nichos el error máximo es de un metro aproximadamente. Bajo el efecto de la pasión su agilidad es tal que incluso la desviación no le impide alcanzar un nicho cualquiera sino el previamente elegido ni a partir de él aunque con más dificultad recuperar la escala de un vencido o de una vencida o mejor aún de la vencida. Está sentada contra el muro con las piernas levantadas. Tiene la cabeza entre las rodillas y los brazos alrededor de las piernas. La mano izquierda sobre la tibia derecha y la derecha sobre el antebrazo izquierdo. Los cabellos rojizos empañados por la iluminación llegan hasta el suelo. Le ocultan el rostro y toda la parte delantera del cuerpo hasta la entrepierna. El pie izquierdo está cruzado

* Texto de 1967, incorporado luego, con variantes, a «El despoblador». Véanse págs. 193-213 de este volumen. (N. del E.)

sobre el derecho. Ella es el norte. Más ella que los demás vencidos por su mayor firmeza. A quien excepcionalmente quiere tomar la estrella ella puede servirle. Tal nicho para el escalador poco inclinado a las acrobacias evitables puede encontrarse a tantos pasos o metros al este o al oeste de la vencida sin que naturalmente él la llame así o de otro modo incluso mentalmente. Ni que decir tiene que únicamente los vencidos ocultan su rostro. No todos lo hacen. De pie o sentados con la cabeza alta algunos se contentan con no abrir los ojos. Evidentemente está prohibido rehusar el rostro o cualquier otra parte del cuerpo al buscador que lo solicite y que puede sin temor a resistencias separar las manos de las carnes que ocultan y levantar los párpados para examinar el ojo. Hay buscadores que se dirigen a los escaladores sin intención de escalar y con el único objetivo de inspeccionar de cerca a tal o tal otro vencido o sedentario. Así es cómo los cabellos de la vencida han sido muchas veces levantados y separados y la cabeza levantada y el rostro puesto al desnudo y toda la parte delantera del cuerpo hasta la entrepierna. Una vez terminada la inspección es costumbre volver a dejar cuidadosamente todo como estaba tanto como sea posible. Una cierta moral compromete a no hacer a otro lo que viniendo de él os entristecería. Este precepto se sigue bastante en el cilindro en la medida en que la búsqueda no sufre por ello. Esta no sería más que una burla sin la posibilidad en caso de duda de controlar ciertos detalles. La intervención directa para ponerlos en evidencia no se hace apenas más que sobre las personas de los vencidos y sedentarios. Cara o espalda a la pared éstos en efecto no presentan normalmente más que un solo aspecto y en consecuencia se exponen a ser girados. Pero allí donde hay movimiento como en la arena y la posibilidad de ladear el objeto casi no son necesarias esas manipulaciones. Ocurre claro está que un cuerpo se vea obligado a inmovilizar a otro y colocarlo de una cierta manera para examinar de cerca una región particular o para buscar una cicatriz por ejemplo o una peca. A destacar finalmente la inmunidad bajo este aspecto de los que hacen cola para la escala. Obligados por la penuria de espacio a pegarse unos contra otros durante largos periodos no ofrecen a la mirada sino parcelas

de carne confundidas. Mal haya el temerario llevado de su pasión que ose levantar la mano al menor de ellos. Como un solo cuerpo la cola se lanza sobre él. Esta escena sobrepasa en violencia todo lo que en ese género puede ofrecer el cilindro.

1967

El despoblador

Estancia donde los cuerpos van buscando cada cual su despoblador. Bastante amplia para permitir buscar en vano. Bastante limitada para que toda escapatoria sea vana. Es el interior de un cilindro rebajado cuyas medidas son cincuenta metros de circunferencia y dieciséis de altura por armonía. Luz. Su debilidad. Su amarillo. Su omnipresencia como si los casi doce millones de centímetros cuadrados de superficie total emitieran cada uno su luz. El jadeo que lo agita. Se para de cuando en cuando como un suspiro en su fin. Todos se paralizan entonces. Su estancia va a terminar quizá. Al cabo de unos segundos todo prosigue. Consecuencias de esta luz para el ojo que busca. Consecuencias para el ojo que no buscando más mira fijamente el suelo o se eleva hacia el lejano techo donde nadie puede haber. Temperatura. Una respiración más lenta la hace oscilar entre calor y frío. Pasa de un extremo al otro en unos cuatro segundos. Tiene momentos de calma más o menos fríos o calientes. Coinciden con aquéllos en que la luz se calma. Todos se paralizan entonces. Todo va a acabar quizá. Al cabo de unos segundos todo prosigue. Consecuencias para la piel de este clima. Se apergamina. Los cuerpos se rozan con un ruido de hojas secas. Las mismísimas mucosas se resienten. Un beso produce un ruido indescriptible. Los que se afanan aún por copular no lo consiguen. Pero no quieren admitirlo. Suelo y muro son de caucho duro o similar. Golpeados con violencia con el pie o con el puño o la cabeza apenas suenan. Qué decir del silencio de los pasos. Los únicos ruidos dignos de tal nombre provienen del manejo de las escalas y del choque de cuerpos entre sí o de uno consigo mismo como cuando de pronto y con todas sus fuerzas

se golpea el pecho. Así subsisten carne y huesos. Escalas. Son los únicos objetos. Muy variadas en cuanto al tamaño son simples sin excepción. Las más pequeñas no tienen menos de seis metros. Algunas son corredizas. Se apoyan en el muro de modo poco armonioso. De pie sobre la cima de la más alta los más grandes pueden tocar el techo con la punta de los dedos. Su composición es por tanto conocida al igual que la de suelo y muro. Golpeado con violencia con un escalón apenas suena. Estas escalas son muy codiciadas. Al pie de cada una pequeñas colas de espera siempre o casi. Se necesita sin embargo valor para usarlas. Porque a todas les falta la mitad de los escalones y esto de modo poco armónico. Si no faltara más que uno de cada dos el mal no sería grave. Pero la falta de tres sucesivos obliga a hacer acrobacias. Aun así estas escalas son muy codiciadas y no corren el riesgo de ser reducidas a simples montantes unidos tan sólo en la cima y la base. Pues la necesidad de subir está muy extendida. No sentirla es una rara liberación. Los escalones que faltan están en las manos de un pequeño grupo de privilegiados. Se sirven de ellos esencialmente para la agresión y la defensa. Las tentativas solitarias para romperse el cráneo no llevan más que a breves pérdidas de conocimiento. El fin de las escalas es llevar a los buscadores a los nichos. Los que ya no van las utilizan simplemente para abandonar el suelo. Es usual no subir por parejas. El fugitivo bastante afortunado como para encontrar una libre puede refugiarse en ella esperando que la cólera se apacigüe. Nichos o alveolos. Son cavidades horadadas en el mismo muro a partir de un cinturón imaginario que corre a media altura. No atañen por tanto más que a la mitad superior. Una embocadura más o menos amplia da rápido acceso a un cofre de amplitud variable pero siempre suficiente para que por el juego normal de las articulaciones el cuerpo pueda penetrar e incluso mal que bien extenderse. Están dispuestos al tresbolillo irregular sabiamente desaxial con siete metros de lado de promedio. Armonía que sólo puede gustar el que tras larga frecuentación conoce a fondo el conjunto de nichos hasta el punto de poseer una imagen mental perfecta. Pero es dudoso que alguien así exista. Porque cada trepador tiene sus nichos predilectos y evita en lo

posible subir a los otros. Algunos están unidos entre sí por túneles practicados en el espesor del muro y que pueden alcanzar hasta cincuenta metros. Pero la mayor parte no tiene más salida que la entrada. Es como si en un momento dado el desánimo se hubiera hecho sentir. Señalar en apoyo de esta visión del espíritu la existencia de un largo túnel abandonado sin salida. Desgraciado el cuerpo que se aventura allí a la ligera y debe tras un largo esfuerzo dar marcha atrás como puede arrastrándose y reculando. Este drama a decir verdad no es privativo del túnel inacabado. Basta considerar lo que fatalmente se produce cuando en un túnel normal por extremos opuestos dos cuerpos se introducen al tiempo. Nichos y túneles están sometidos a la misma iluminación y al mismo clima que el conjunto de la estancia. Hasta aquí un primer vistazo de la estancia.

Un cuerpo por metro cuadrado es decir un total de doscientos cuerpos en cifras redondas. Parientes próximos y lejanos o amigos más o menos muchos en principio se conocen. La identificación se vuelve difícil por el gentío y por la oscuridad. Vistos desde un cierto ángulo estos cuerpos son de cuatro tipos. Primero los que circulan sin parar. Segundo los que se paran alguna vez. Tercero aquellos que a menos de ser expulsados jamás abandonan el lugar que conquistaron y expulsados se arrojan sobre el primer lugar libre para inmovilizarse de nuevo. Esto no es del todo exacto. Ya que si en estos últimos o sedentarios el deseo de trepar ha muerto no por eso deja de estar sujeto a extrañas resurrecciones. El tipo abandona en tal caso su sitio y parte en busca de una escala libre o se añade a la cola de espera menos larga o más próxima. A decir verdad es difícil para el buscador renunciar a la escala. Paradójicamente son estos sedentarios los que más perturban con su violencia la calma del cilindro. Cuarto aquellos que no buscan o no-buscadorees sentados en su mayor parte contra el muro en la actitud que arrancó a Dante una de sus raras pálidas sonrisas. Por no-buscadorees y a pesar del abismo donde esto nos conduce es finalmente imposible entender otra cosa que ex buscadores. Para hacer perder a esta noción una parte de su virulencia basta suponer la necesidad de buscar no menos resucitable que la de la escala y a los ojos según todas las

apariencias bajos para siempre o cerrados el extraño poder de enardecerse de pronto nuevamente entre los rostros y los cuerpos. Pero siempre quedarán suficientes para abolir en este pequeño pueblo a más largo o más corto plazo hasta el último vestigio de sus energías. Languidez por fortuna insensible a causa de su lentitud y de los bruscos despertares que la compensan en parte y de la desatención de los interesados aturridos sea por la pasión que los habita todavía sea por el estado de languidez al que han llegado insensiblemente. Y lejos de poder imaginar su último estado en el que cada cuerpo estará quieto y cada ojo vacío llegarán a él sin darse cuenta y serán tales sin saberlo. Entonces ya no será más la misma luz ni el mismo clima pero no es posible prever lo que será. Pero se puede imaginar a la una extinta falta de razón de ser y al otro fijo en las vecindades del cero. En el frío negro de la carne inmóvil. Hasta aquí a gruesos trazos lo que respecta a estos cuerpos vistos bajo un primer ángulo y a esta noción y sus consecuencias si es que se mantiene.

Interior de un cilindro de cincuenta metros de circunferencia y dieciséis de altura por armonía o sea más o menos mil doscientos metros cuadrados de superficie total de los que ochocientos de muro. Sin contar los nichos y túneles. Omnipresencia de una débil claridad amarilla que enloquece un vaivén vertiginoso entre dos extremos tocándose. Temperatura agitada por un temblor análogo pero treinta o cuarenta veces más lento que la hace descender rápidamente de un máximo del orden de veinticinco grados a un mínimo del orden de cinco de donde una variación regular de cinco grados por segundo. Esto no es del todo exacto. Ya que es evidente que en los extremos del vaivén la separación puede descender hasta un grado tan sólo. Pero esta remisión no dura nunca más que un segundo. De cuando en cuando paro de ambas vibraciones tributarias sin duda del mismo motor y puesta en marcha simultánea tras una calma de duración variable que puede llegar a la decena de segundos. Suspensión correspondiente de todo movimiento en los cuerpos en movimiento y rigidez acrecentada de los inmóviles. Unicos objetos una quincena de escalas simples entre las cuales varias corredizas levantadas contra el muro a in-

tervalos irregulares. En la mitad superior del muro en toda su circunferencia dispuestos al tresbolillo por armonía una veintena de nichos de los que hay varios unidos entre sí por túneles.

Desde siempre corre el rumor o mejor dicho la idea de que existe una salida. Los que ya no creen no por eso están protegidos de volver a creer en conformidad con la noción que quiere mientras dura que aquí todo muere pero de una muerte tan gradual y para decirlo todo tan fluctuante que escaparía incluso a un visitante. Sobre la naturaleza de la salida y sobre su emplazamiento dos opiniones principales dividen sin oponerlos a todos los que siguen fieles a esa vieja creencia. Para unos sólo puede tratarse de un pasadizo oculto que nace en uno de los túneles y lleva como dice el poeta a la morada de la naturaleza. Los otros sueñan con una trampilla disimulada en el centro del techo que da acceso a una chimenea en cuyo extremo brillarían todavía el sol y demás estrellas. Los cambios bruscos son frecuentes en ambas direcciones hasta tal punto que uno que hasta el momento sólo juraba por el túnel puede muy bien en el momento siguiente no jurar sino por la trampa y un momento más tarde contradecirse nuevamente. Dicho esto no es menos cierto que de los dos partidos el primero pierde terreno en provecho del segundo. Pero de un modo tan lento y tan poco continuo y por supuesto con tan pocas repercusiones en el comportamiento de unos y otros que para percibirlo hay que estar en el secreto de los dioses. Este fluir está en la lógica de las cosas. Ya que aquellos que creen en una salida accesible como lo sería a partir de un túnel e incluso sin soñar con utilizarla pueden estar tentados a descubrirla. Mientras que los partidarios de la trampa se ahorran ese demonio por el hecho de que el centro del techo está fuera de todo alcance. Por eso insensiblemente la salida se desplaza del túnel al techo antes de haber existido nunca. Hasta aquí un primer vistazo de esta creencia en sí misma tan extraña y por la fidelidad que inspira a tantos corazones posesos. Su lucecita inútil será lo último en abandonarles si es cierto que les espera la oscuridad.

De pie sobre la cima de la gran escala desplegada al máximo y levantada contra el muro los más altos pueden tocar

con la punta de los dedos el borde del techo. A los mismos cuerpos la misma escala levantada verticalmente en el centro del suelo al hacerles ganar medio metro les permitiría explorar a su gusto la zona fabulosa llamada inaccesible y que como se ve en principio no lo es en absoluto. Pues tal uso de la escala se concibe. Bastaría con una veintena de decididos voluntarios conjugando sus esfuerzos para mantenerla en equilibrio ayudándose si es necesario de otras escalas empleadas como contrafuertes. Un momento de fraternidad. Pero ésta excepto en las llamaradas de violencia les es tan extraña como a las mariposas. No tanto por falta de corazón o inteligencia como a causa del ideal del que cada uno es presa. Hasta aquí lo que respecta a este cenit inviolable donde se esconde a los ojos de los amantes del mito una salida hacia tierra y cielo.

El empleo de las escalas está regido por convenciones de origen oscuro que por su precisión y la sumisión que exigen de los trepadores parecen leyes. Hay infracciones que desencadenan contra el transgresor un furor colectivo sorprendente en seres tan apacibles en conjunto y tan poco atentos los unos de los otros aparte del gran asunto. Otras por el contrario apenas perturban la indiferencia general. Esto es muy curioso a primera vista. Todo descansa sobre la prohibición de subir en grupo por la misma escala. Mientras aquel que la esté utilizando no haya vuelto al suelo está prohibida para el siguiente. Inútil intentar imaginarse la confusión que reinaría de faltar esta regla o de su no observancia. Pero hecha para comodidad de todos no hay que pensar que actúe sin restricción ni que permita al trepador indelicado inmovilizar su escala más allá de lo razonable. Ya que a falta de otro freno cualquiera aquel que tuviera la fantasía de instalarse para siempre en un nicho o en un túnel dejaría tras de sí una escala inutilizable para siempre. Y si otros siguieran su ejemplo como fatalmente harían se llegaría al espectáculo de ciento ochenta y cinco cuerpos trepadores menos los vencidos destinados al suelo para siempre. Aparte de lo intolerable que sería la presencia de accesorios sin utilidad alguna. Está pues convenido que al cabo de un cierto lapso difícil de cifrar pero que cada cual sabe medir más o menos al segundo la escala quede nue-

vamente libre es decir a disposición en las mismas condiciones de aquel cuyo turno de subir es fácilmente reconocible por su posición en cabeza de la cola y mala suerte para el abusador. La situación de este último habiendo perdido su escala es en efecto delicada y parece excluido a priori que pueda jamás volver al suelo. Afortunadamente llega a ello tarde o temprano gracias a otra disposición según la cual en toda circunstancia el descenso tiene prioridad sobre el ascenso. No tiene más que acechar en la embocadura de su nicho hasta que se presente una escala para utilizarla tranquilamente y con la seguridad de que el de abajo a punto de subir o incluso subiendo le cederá el paso. El mayor riesgo es que su espera sea larga a causa de la circulación de escalas. Es en efecto raro que aquel cuyo turno toca quiera subir al mismo nicho que su predecesor y esto por razones evidentes que aparecerán a su debido tiempo. Se va entonces con su escala seguido de su cola y la levanta ante cualquiera de los cinco nichos que se le ofrecen dada la diferencia entre el número de éstos y el número de escalas. Volviendo al desgraciado que haya sobrepasado el lapso es evidente que sus posibilidades de descender rápidamente serán aumentadas aunque lejos de ser dobladas si aprovechando un túnel dispone de dos nichos donde acechar. Aunque incluso en ese caso escoja muy a menudo y siempre si el túnel es largo apostarse en uno solo de los dos nichos por miedo de que una escala se presente durante la travesía de uno a otro. Pero las escalas no sólo sirven para llegar a los nichos y túneles y los que ya no tienen interés en eso aun cuando sea temporalmente las usan simplemente para abandonar el suelo. Suben y se detienen a la altura escogida para instalarse generalmente de pie cara al muro. A esta familia de trepadores también les sucede que sobrepasen el lapso prescrito. Está previsto en estos casos que aquel a quien toca la escala suba hasta el transgresor y de un golpe o de varios en la espalda lo devuelva a la realidad. Con eso basta para que éste se apresure a descender precedido de su sucesor que ya puede a continuación tomar posesión de la escala en las condiciones habituales. Esta docilidad del abusador demuestra bastante bien que la infracción no es voluntaria sino debida a un desarreglo temporal

de su reloj de arena interno fácil de comprender y por tanto de perdonar. Esta es la razón por la que esta falta por otra parte poco frecuente ya sea de los que suben a los nichos y túneles o de los que se paran en la escala nunca da lugar a las cóleras reservadas a los desgraciados que se apresuran a subir a su vez antes de la expiración del lapso y cuya no obstante precipitación parecería deber ser explicada y perdonada del mismo modo que el exceso contrario. Esto es en efecto curioso. Pero se trata del principio fundamental que prohíbe subir en grupo y cuya violación repetida transformaría rápidamente el cilindro en un pandemónium. Mientras que la vuelta al suelo retardada no perjudica finalmente más que al retardatario. Hasta aquí un primer vistazo del código de los trepadores.

Tampoco el transporte se hace de cualquier manera sino siempre a lo largo del muro en el sentido de un remolino. Es ésta una regla tan severa como la prohibición de subir en grupo y no es recomendable infringirla. Nada más natural. Pues si estuviera permitido en vistas al camino más corto llevar la escala a través de la horda o siguiendo el muro en cualquiera de las dos direcciones la vida del cilindro pronto se volvería imposible. Por tanto se reserva a los portadores a lo largo del muro una pista de un metro de ancho más o menos. También se acantonan allí aquellos que esperan su turno para subir y que deben evitar invadir la arena propiamente dicha apretando sus filas de espaldas al muro y aplastándose todo lo posible.

Es curioso notar la presencia en la pista de un cierto número de sedentarios sentados o de pie contra el muro. Prácticamente muertos para las escalas y fuente de molestias tanto para el transporte como para la espera son sin embargo tolerados. El hecho es que esta especie de semi-sabios entre los que por otra parte hay representación de todas las edades inspiran a los que todavía se agitan si no un culto cuando menos una cierta deferencia. Ellos lo consideran como un homenaje que se les debe y son enfermizamente sensibles a la menor falta de atención. Un buscador sedentario al que pisaran en lugar de saltarlo puede desenfrenarse hasta el punto de conmocionar a todo el cilindro. Pegados al muro igualmente los cuatro quintos de

los vencidos tanto sentados como de pie. Se les puede pisar sin que reaccionen.

Señalar finalmente el cuidado que ponen los buscadores de la arena de no desbordarse sobre el espacio de los trepadores. Si hartos de buscar vanamente en la horda se vuelven hacia la pista es para seguir lentamente el borde imaginario mientras devoran con los ojos a todos los que allí se hallan. Su ronda lenta a contracorriente de los portadores crea una segunda pista más estrecha todavía y respetada a su vez por el grueso de los buscadores. Lo que convenientemente iluminado y visto desde lo alto daría en algunos momentos la impresión de dos delgados anillos desplazándose en sentido contrario en torno a la pululación central.

Un cuerpo por metro cuadrado de superficie útil o sea doscientos cuerpos en cifras redondas. Cuerpos de ambos sexos y de todas las edades desde la vejez hasta la tierna infancia. Nenes de teta que ya no tienen dónde mamar y buscan con los ojos desde el regazo o en cuclillas por el suelo en posturas precoces. Otros algo más avanzados circulan a cuatro patas y buscan entre las piernas. Detalle pintoresco una mujer de cabellos blancos joven todavía a juzgar por los muslos apoyada contra el muro los ojos cerrados de abandono abrazando maquinalmente contra su seno un niño que se retuerce para volver la cabeza y ver detrás de él. Pero de esos tan pequeños sólo hay un reducido número. Nadie busca en sí donde no puede haber nadie. Ojos bajos o cerrados significan abandono y sólo pertenecen a los vencidos. Muy exactamente contables con los dedos de una mano no están forzosamente inmóviles. Pueden errar entre la muchedumbre y no ver nada. A simple vista nada los distingue de los cuerpos que todavía se encarnizan. Estos los reconocen y los dejan pasar. Pueden esperar al pie de las escalas y cuando llega su turno subir a los nichos o simplemente abandonar el suelo. Pueden arrastrarse a tientas por los túneles en busca de nada. Pero normalmente el abandono los paraliza tanto en el espacio como en la actitud. Es ésta muy a menudo profundamente encorvada tanto si están en pie como sentados lo que permite distinguirlos de los buscadores sedentarios que devoran con los ojos cada cuerpo que pasa sin que por ello se mueva la cabeza. De

pie o sentados están pegados al muro menos uno que poseído en plena arena allí ha quedado de pie entre los agitados. Estos le reconocen y evitan molestarle. Están siempre expuestos a bruscos retornos de fiebre ocular como aquellos que habiendo renunciado a la escala súbitamente recomienzan. Tan verdad es que en el cilindro lo poco posible allí donde no es posible no es siquiera ya y como mínimo nada en absoluto si esta noción se mantiene. Y los ojos de pronto recomienzan a buscar tan hambrientos como en el impensable primer día hasta que sin razón aparente bruscamente vuelven a cerrarse o cae la cabeza. Es como si a un gran montón de arena resguardado del viento se le quitaran tres granos un año de cada dos y al otro se añadieran dos si esta noción se mantiene. Si los vencidos tienen todavía camino por hacer qué decir de los otros y qué nombre darles de no ser el hermoso nombre de buscadores. Unos con mucho los más numerosos no paran nunca salvo para esperar una escala o cuando acechan desde un nicho. Otros se inmovilizan brevemente de vez en cuando sin dejar de buscar con los ojos. En cuanto a los buscadores sedentarios si ya no circulan es porque han hecho el cálculo y estiman tener más oportunidades quietos en el lugar que ya han conquistado y si no suben casi nunca a los nichos y túneles es por haber subido demasiadas veces en vano o por haber tenido muy malos encuentros. Una inteligencia estaría tentada de ver en estos últimos a los próximos vencidos y continuando su impulso exigir de aquellos que circulan sin tregua que todos tarde o temprano unos tras otros acaben como los que se paran de vez en cuando e igualmente de éstos que acaben sedentarios y de los sedentarios que acaban vencidos y de los doscientos vencidos así obtenidos que todos tarde o temprano cada uno a su vez acaben por ser verdaderos vencidos paralizados de verdad cada uno en su lugar y en su actitud. Pero si se dan números de orden a estas familias la experiencia muestra que es posible pasar de la primera a la tercera saltando la segunda y de la primera a la cuarta saltando la segunda o la tercera o ambas y de la segunda a la cuarta saltando la tercera. En el otro sentido los mal vencidos a largos intervalos y cada vez más brevemente recaen en el estado de los sedentarios entre quienes

a su vez los menos sólidos siempre los mismos pueden volver a dejarse tentar por la escala aun siguiendo muertos en la arena. Pero nunca más circularán sin pausa aquellos que se paran de cuando en cuando sin dejar por eso de buscar con los ojos. A la hora pues del comienzo impensable como el fin todos erraban sin reposo ni tregua incluidos los niños de pecho en la medida en que se hacían llevar salvo naturalmente aquellos que ya esperaban al pie de las escalas o acechaban agazapados en los nichos o se paralizaban en los túneles para escuchar mejor y erraban así un tiempo muy largo imposible de calcular antes de que el primero se inmovilizara seguido del segundo y así el resto. Pero en lo que respecta a la hora actual la única que será calculada del número de los que siguen fieles e incansablemente van y vienen sin concederse nunca el menor reposo y de los que se paran de cuando en cuando y de los sedentarios y de los digamos vencidos baste con afirmar que a la hora actual cuerpo más cuerpo menos a pesar del gentío y la oscuridad los primeros son dos veces más numerosos que los segundos que son tres veces más numerosos que los terceros que son cuatro veces más numerosos que los cuartos o sea cinco vencidos en total. Parientes y amigos están representados sin hablar de simples conocidos. El gentío y la oscuridad hacen difícil la identificación. A dos pasos de distancia marido y mujer se ignoran por no citar más que la unión más íntima de todas. Que se aproximen todavía un poco hasta poder tocarse y cambien sin detenerse una mirada. Si reinciden no lo parece. Busquen lo que busquen no se trata de eso.

Lo que llama la atención al principio en esta penumbra es la sensación de amarillo que da por no decir de azufre a causa de las asociaciones. Luego el hecho de que vibre de un modo regular y continuo a una velocidad que siendo elevada nunca sobrepasa aquella que haría imperceptible la pulsación. Y finalmente mucho más tarde que de cuando en cuando y por muy poco tiempo ésta se calma. Estos raros y breves descansos producen un efecto dramático indescriptible para decirlo en pocas palabras. Los agitados se quedan clavados in situ en posturas a veces extravagantes y la inmovilidad decuplicada de los vencidos y sedentarios hace parecer insignificante la que ostentan habitualmente. Los

puños a punto de golpear bajo el efecto de la cólera o de la desesperación se congelan en un punto cualquiera del arco para no acabar el puñetazo o la serie de puñetazos más que una vez pasada la alarma. Similarmente los sorprendidos a punto de trepar o de llevar la escala o de hacer el infactible amor o agazapados en los nichos o a rastras por los túneles cada uno a su modo sin que sea útil entrar en detalles. Pero al cabo de una decena de segundos el estremecimiento prosigue y en el mismo instante todo vuelve al orden. Los que vagaban recomienzan a vagar y los inmóviles se distienden. Los acoplados prosiguen su tarea y los puños reemprenden la marcha. El rumor que había cesado como cortado con conmutador llena nuevamente el cilindro. De entre todos los componentes de que está hecho la oreja acaba por distinguir un débil zumbido de insecto que es el de la misma luz y el único que no varía. Entre los extremos que contienen la vibración la apertura no es ni siquiera de dos o tres bujías. Lo que hace que a la sensación de amarillo se añada la más débil de rojo. Resumiendo una iluminación que no sólo oscurece sino que para colmo trastorna. Nada impide afirmar que el ojo acaba por habituarse a estas condiciones y por adaptarse si no fuera porque es más bien lo contrario lo que sucede bajo la forma de una lenta degradación de la vista arruinada a la larga por este enrojecimiento fuliginoso y vacilante y por el esfuerzo incesante siempre frustrado sin hablar de la miseria moral repercutiendo en el órgano. Y si fuera posible seguir de cerca durante suficiente tiempo dos ojos dados preferentemente azules por más perecederos se les vería abrirse cada vez más e inyectarse de sangre más y más y las pupilas dilatarse progresivamente hasta comer la córnea por completo. Todo esto evidentemente en un movimiento tan lento y tan poco sensible que los mismos interesados no lo perciben si esta noción se mantiene. Y para el ser pensante que llega y se asoma fríamente sobre todos estos datos y evidencias sería verdaderamente difícil al cabo de su análisis no estimar equivocadamente que en lugar de emplear el término de vencidos que tiene en efecto un aspecto un tanto patético y desagradable mejor sería hablar de ciegos a secas. Pasadas las primeras sorpresas finalmente esta iluminación tiene además esto de inhabitual que lejos

de acusar una o varias fuentes visibles u ocultas parece emanar de todas partes y estar en todo a la vez como si todo el lugar fuera luminoso incluso las partículas del aire que circula. Hasta el punto de que también las escalas parecen más bien despedir luz que recibirla salvo que la palabra luz es impropia. Unicas sombras por consiguiente las que crean los cuerpos oscuros al apretarse los unos contra los otros expresamente o por necesidad como cuando sobre un seno por ejemplo para que no siga iluminando o sobre un sexo cualquiera viene a pegarse la mano opaca cuya palma de golpe desaparece también. Mientras que del trepador sólo en su escala o llegado a lo profundo de un túnel toda la piel sin excepción vibra amarilla-roja pareja e incluso ciertos repliegues y rincones en la medida en que el aire penetra. En cuanto a la temperatura es entre extremos mucho menos próximos y a una velocidad muy inferior que oscila puesto que también ella no invierte menos de cuatro segundos en pasar de su mínimo que es de cinco grados a su máximo de veinticinco o sea una media de cinco grados solamente por segundo. ¿Quiere esto decir que a cada segundo que pasa hay un ascenso o descenso de cinco grados ni más ni menos? No exactamente. Ya que es evidente que en dos momentos precisos en lo alto y bajo de la gama a saber a partir de veintiún grados en sentido ascendente y de cuatro en el otro esta diferencia no será alcanzada. No hay por tanto más que siete segundos apenas de los ocho que dura el ir y venir durante los cuales los cuerpos están sometidos al régimen de máxima calefacción y refrigeración lo que da de todos modos mediando una adición o mejor dicho una división un total de entre doce y trece años de tregua parcial por siglo en este aspecto. Hay en principio algo turbador en la lentitud relativa de este vaivén comparado con aquel que hace vibrar la luz. Pero es una turbación que el análisis hace desaparecer rápidamente. Porque tras reflexionar profundamente la diferencia no se da entre las velocidades sino entre los espacios recorridos. Y si aquel que se le pide a la temperatura fuera trasladado al valor de algunas bujías no habría modo de elegir mutatis mutandis entre los dos efectos. Pero éste no es asunto del cilindro. Todo casa de maravilla. Tanto más cuanto que las dos tormentas tie-

nen en común el que cortada una como por magia la otra también tan en seco como si estuvieran unidas en algún sitio a un mismo y único conmutador. Pues sólo el cilindro ofrece certezas y en el exterior no hay sino misterio. Los cuerpos conocen así de cuando en cuando hasta diez segundos de calor continuo o de frescor o de ambos sin que sea posible considerarlo una tregua hasta tal punto la tensión es grande de todos modos.

El fondo del cilindro consta de tres zonas distintas con precisas fronteras mentales o imaginarias ya que invisibles a simple vista. Primero un cinturón exterior más o menos ancho de un metro reservado a los trepadores y donde curiosamente están también la mayor parte de los sedentarios y vencidos. Luego un cinturón interior ligeramente más estrecho donde lentamente desfilan a lo indio aquellos que hartos de buscar en el centro se vuelven hacia la periferia. Finalmente la arena propiamente dicha que supone una superficie de ciento cincuenta metros cuadrados en cifras redondas y coto de elección del mayor número. Si a estas zonas se les asigna un número de orden resulta claramente que de la tercera a la segunda e inversamente el buscador pasa a voluntad mientras que para acceder a la primera como por otra parte para salir está obligado a cierta disciplina. Ejemplo entre mil de la armonía que reina en el cilindro entre orden y descuido. El acceso por lo tanto al espacio de los trepadores no está autorizado más que cuando uno de estos últimos lo abandona para unirse a los buscadores de la arena o excepcionalmente a los de la zona intermedia. Si bien es raro ver transgresiones de esta regla sucede sin embargo que un buscador particularmente nervioso no resista más la llamada de los nichos y túneles e intente colarse entre los trepadores sin que un abandono se lo autorice. Es entonces irreparablemente rechazado por la cola más próxima a la infracción y las cosas no pasan de ahí. Obligación pues para el buscador de la arena que desee ponerse entre los trepadores de acechar la ocasión entre los intermedios o buscadores-acechantes o acechantes a secas. Hasta aquí sobre el acceso a las escalas. En la otra dirección el paso tampoco es libre y una vez entre los trepadores el acechante puede estar un momento es decir como mí-

nimo el tiempo muy variable que necesita cada cual para pasar de la cola a la cabeza de su fila de espera. Ya que cada cuerpo es libre de trepar o no trepar tanto como es estricta la obligación de hacer hasta el final la cola libremente elegida. Toda tentativa de abandonarla prematuramente es vivamente reprimida por aquellos que la componen y el culpable devuelto a su lugar en la fila. Pero en cuanto llegue al pie mismo de la escala y no tenga que esperar para tomarla más que un solo descenso al suelo el interesado puede unirse a los buscadores de la arena o excepcionalmente a los acechantes de la segunda zona sin encontrar oposición. Es por consiguiente a los primeros de la fila en tanto que los más susceptibles de crear el vacío tan ardientemente deseado a quienes acechan los de la segunda zona obsesionados por el deseo de pasar a la primera. Los objetos de esta vigilancia no cesan de serlo más que en el momento en que ejercen su derecho a la escala tomándola a su cargo. Porque el trepador puede llegar a la cabeza de la fila con la firme voluntad de subir y ver cómo ésta se deshace poco a poco y en su lugar se instala el deseo de irse sin poder decidirse a ello hasta el más último momento cuando su predecesor desciende ya y la escala es virtualmente suya por fin. Digna de mención también la posibilidad para el trepador de abandonar la cola tan pronto llega a la punta sin forzosamente abandonar la zona. Para ello no tiene más que juntarse a otra cola cualquiera de entre las catorce a su disposición o incluso volver a ponerse en el último lugar de la suya. Pero es raro primero que un cuerpo abandone su cola y luego que habiéndola abandonado no abandone la zona. Obligación pues una vez entre los trepadores de quedarse por lo menos el tiempo de avanzar del último al primer lugar de la cola escogida. Tiempo variable según la importancia de ésta y la ocupación más o menos larga de la escala. Ciertos usuarios la retienen hasta la expiración del lapso máximo permitido. A otros la mitad o cualquier otra fracción de ese tiempo satisface. La cola corta no es pues forzosamente la más rápida y tal salido el décimo puede encontrarse primero antes que tal otro salido quinto suponiendo naturalmente que salgan juntos. Nada sorprendente en tales condiciones que la elección de la

cola venga determinada por consideraciones teniendo nada o qué poco que ver con su longitud. No que todos escojan ni incluso el mayor número. Habría tendencia más bien a unirse de entrada a la cola más próxima del punto de penetración a condición siempre de que esto no cause un desplazamiento en sentido prohibido. Para aquel que aborda esta zona de cara la cola más próxima se encuentra a su derecha y si no la encuentra a su gusto y desea otra es a la derecha adonde debe ir a buscarla. Algunos en tales condiciones recorrerían millares de grados antes de inmovilizarse en la espera si no fuera por la prohibición que pesa de sobrepasar el giro de la pista. Toda tentativa de transgresión es reprimida por la cola más próxima al punto de cierre y el culpable obligado a unirse ya que del mismo modo tampoco le asiste el derecho de volver para atrás. Que un giro de pista completo esté autorizado ya dice suficiente sobre el espíritu de tolerancia que en el cilindro tempera la disciplina. Pero cola escogida o impuesta siempre hay la misma obligación de hacerla hasta el final antes de poder salir de entre los trepadores. O sea primer abandono posible siempre entre la llegada a la cabeza de la cola y el regreso al suelo del predecesor. Queda por precisar en este orden de ideas la situación del cuerpo que habiendo hecho su cola y dejado pasar la primera posibilidad de abandono y ejercido su derecho a la escala regresa al suelo. En tal momento es nuevamente libre de partir sin otro tipo de requisito aunque nada le obligue y basta para seguir entre los trepadores que rehaga en las mismas condiciones la cola que acaba de hacer con responsabilidad de irse en cuanto llegue al primer lugar. Y si por una razón u otra juzga preferible cambiar de cola y escala le asiste el derecho de fijar su elección a un circuito completo al mismo título que al recién llegado y en las mismas condiciones salvo que habiendo ya hecho una cola hasta el fin es libre en todo momento de esta nueva revolución para abandonar la zona. Y así siempre hasta el infinito. De donde en teoría la posibilidad para los que ya están entre los trepadores de quedarse para siempre y la de no acceder jamás para los que todavía no están. Que no exista reglamento alguno con vistas a prevenir tamaña injusticia muestra a las claras que no hay riesgo de que se per-

petúe. En efecto. Pues la pasión de buscar es tal que obliga a buscar en todas partes. Lo que no impide que al acechante al oteo de un abandono la espera pueda parecerle interminable. A veces no soportando más y fortificado por la larga ausencia renuncia a la escala y regresa a buscar en la arena. Hasta aquí en gruesos trazos las grandes divisiones del suelo y los derechos y deberes de los cuerpos en su paso de una a otra. No ha sido dicho todo y nunca lo será. Los acechantes siempre numerosos en querer aprovechar el primer abandono entre los trepadores y cuya orden de llegada a pie de obra no puede establecerse ni por la cola inexistente entre ellos ni de otro modo ¿a qué principio de prioridad obedecen? Una saturación de la zona intermedia ¿acaso no es de temer y cuáles serían las consecuencias para el conjunto de los cuerpos y especialmente para los de la arena cortados de ese modo de las escalas? ¿No está el cilindro condenado a más largo o más corto plazo al desorden bajo la única ley de la rabia y la violencia? Para todas estas preguntas y para otro buen número de ellas las respuestas son claras y fáciles de dar pero hay que osar hacerlo. Ya que sólo la tentación de la escala puede romper la fijeza de los sedentarios su caso no tiene nada de especial. Los vencidos evidentemente no entran en este orden de cosas.

El efecto de este clima en el alma no es para subestimarlo. Pero sufre ciertamente menos que la piel cuyos sistemas de defensa desde el sudor hasta la carne de gallina se encuentran a cada momento contrariados. Continúa a pesar de todo defendiéndose cierto que mal pero honrosamente con respecto al ojo al cual con la mejor voluntad del mundo es difícil no condenar al término de su esfuerzo a la ceguera efectiva. Ya que él mismo piel a su manera dejando aparte sus líquidos y párpados no tiene sólo un adversario. Esta desecación de la envoltura quita a la desnudez gran parte de su encanto volviéndola gris y transforma en un magullamiento de ortigas la succulencia natural de carne contra carne. Las mucosas mismas se ven afectadas lo que no sería grave si no fuera por la molestia que se deriva para el amor. Pero incluso desde ese punto de vista el mal no es muy grande hasta tal punto en el cilindro la erección es rara. Lo que no impide que se produzca seguida de pene-

tración más o menos feliz en el tubo más próximo. Acontece incluso a algunos esposos en virtud de la ley de probabilidades que se reúnan de ese modo sin darse cuenta. Es curioso el espectáculo entonces de los retozos que se prolongan dolorosos y sin esperanza mucho más allá de lo que pueden en una habitación los más hábiles amantes. Y es que hay una aguda conciencia en cada uno y cada una de cuán rara es la ocasión y poco probable su repetición. Pero incluso en esto hay suspensión e inmovilidad de muerte en actitudes que rozan a veces lo obsceno cuando las vibraciones se detienen y tanto tiempo cuanto dure esta crisis. Todavía más curiosos en ese momento si no fueran tan poco visibles todos los ojos fisgones que se clavan de camino y se concentran en el vacío o en el odioso de siempre con otros ojos y cómo se zambullen entonces los unos en los otros en miradas hechas para rehuirse. Entre estos cortes intervalos irregulares tan largos que para desmemoriados semejantes cada uno es el primero. Por lo que cada vez la misma vivacidad de reacción como ante un fin del mundo y la misma breve sorpresa cuando habiéndose reanudado la doble tormenta vuelven a ponerse a buscar ni aliviados ni siquiera decepcionados.

Visto desde el suelo el muro en toda su circunferencia y en toda su altura presenta una superficie ininterrumpida. Sin embargo su mitad superior está acribillada de nichos. Esta paradoja se explica por la naturaleza de la iluminación cuya omnipresencia dejando aparte su debilidad escamotea los huecos. Buscar desde abajo un nicho con los ojos jamás se ha visto. Es raro que los ojos se eleven. Cuando lo hacen es hacia el techo. Suelo y muro están vírgenes de toda marca que pueda servir de punto de referencia. Escalas levantadas siempre en los mismos lugares los pies no dejan huellas. Los cabezazos y puñetazos contra el muro tampoco. Habría marcas que la iluminación privaría de ver. El trepador que toma su escala para levantarla en otro lugar lo hace un poco por intuición. Es raro que se equivoque en más de algún centímetro. Dada la disposición de los nichos el error máximo no es sino de un metro aproximadamente. Bajo el efecto de la pasión su agilidad es tal que incluso esta distancia no le impide alcanzar un nicho cualquiera

sino el elegido ni a partir de él aunque con mayor dificultad volver a la escala para el descenso. Dicho esto existe un norte bajo la forma de un vencido o mejor de una vencida o todavía mejor de la vencida. Está sentada contra el muro las piernas levantadas. Tiene la cabeza entre las rodillas y los brazos alrededor de las piernas. La mano izquierda en la tibia derecha y la derecha en el antebrazo izquierdo. Los cabellos rojizos empañados por la iluminación llegan hasta el suelo. Le tapan la cara y todo el frente del cuerpo incluyendo la entrepierna. El pie izquierdo está cruzado sobre el derecho. Ella es el norte. Ella más que cualquier otro vencido a causa de su mucha mayor fijeza. A quien excepcionalmente haga falta un punto ella le sirve. Tal nicho para el trepador poco aficionado a las acrobacias evitables puede encontrarse a tantos pasos o metros al este o al oeste de la vencida sin que naturalmente él la nombre así o de otro modo incluso en el pensamiento. Es obvio que sólo los vencidos se tapan el rostro. No todos lo hacen. De pie o sentados la cabeza alta algunos se contentan con no abrir los ojos. Evidentemente está prohibido rehusar la cara o cualquier otra parte del cuerpo al buscador que lo solicite y que puede sin temor a resistencias separar las manos de las carnes que ocultan y levantar los párpados para examinar el ojo. Hay buscadores que van a los trepadores sin intención de trepar y con el solo fin de estudiar de cerca tal o cual vencido o sedentario. Es así cómo los cabellos de la vencida han sido muchas veces levantados y separados y la cabeza elevada y desnudado el rostro y todo el frente del cuerpo hasta la entrepierna. Terminada la inspección es habitual volver a ponerlo todo cuidadosamente en su lugar mientras pueda hacerse. Una cierta moral compromete a no hacer a otro aquello que viniendo de su lado causaría tristeza. Este precepto es bastante observado en el cilindro en la medida en que la búsqueda no sufre por ello. Esta no sería más que una burla sin la posibilidad en caso dudoso de controlar ciertos detalles. La intervención directa para ponerlos en evidencia no se hace más que sobre las personas de los vencidos y sedentarios. De cara o de espaldas al muro estos en efecto no presentan normalmente más que un solo aspecto y por consiguiente se exponen a ser girados. Pero allí

donde hay movimiento como en la arena o entre los acechantes y la posibilidad de ladear al objeto esa manipulación no es del todo necesaria. Por supuesto sucede que un cuerpo se vea obligado a inmovilizar a otro y disponerlo de un cierto modo para examinar de cerca una región particular o para buscar una cicatriz por ejemplo o una peca. A destacar finalmente la inmunidad a este respecto de aquellos que hacen cola para la escala. Obligados por la penuria de espacio a pegarse los unos a los otros durante largos periodos no ofrecen a la mirada más que parcelas de carne confusa. Desgraciado el audaz que llevado de su pasión osa poner la mano sobre el menor de entre ellos. Como un solo cuerpo la cola se lanza sobre él. Esta escena supera en violencia todo lo que en el género puede ofrecer el cilindro.

Así siempre infinitamente hasta que hacia el impensable fin si esta noción se mantiene sólo un último busca todavía con débiles empujones. Nada lo distingue al principio de los otros cuerpos paralizados de pie o sentados en el abandono sin retorno. El tenderse se desconoce en el cilindro y esta postura dulce de los vencidos aquí se les rehúsa para siempre. Privación que en parte se explica por la falta de espacio en el suelo es decir apenas un metro cuadrado para cada cuerpo y que no puede ser suplido por el espacio tan sólo de caza de los nichos y túneles. Por eso la postración de estos desecados obligados a rozarse sin cesar y a los que habita el horror del contacto nunca llega hasta su término natural. Pero la persistencia de la doble vibración lleva a pensar que en esta vieja estancia todavía no está todo completamente bien. Y he aquí en efecto este último si es que es un hombre que lentamente se levanta y al cabo de un cierto tiempo reabre los ojos quemados. Al pie de las escalas levantadas contra el muro de modo poco armonioso ningún trepador espera ya. En las sombrías luces del techo el cenit guarda todavía su leyenda. El viejo vencido de la tercera zona no tiene a su alrededor más que paralizados a su imagen con el tronco profundamente encorvado hacia el suelo. El niño que estrecha todavía la joven canosa se confunde ahora con su regazo. De frente la cabeza roja llegada a los límites de la flexión deja ver una parte de su nuca. He

aquí pues si es un hombre que reabre los ojos y al cabo de un cierto tiempo se abre camino hasta esta primera vencida tantas veces tomada como punto de referencia. De rodillas aparta la pesada cabellera y levanta la cabeza que no ofrece resistencia. Devorado el rostro así desnudado los ojos por fin solicitados por los pulgares se abren sin modestia. En dichos desiertos quietos pasea los suyos hasta que primero estos últimos se cierran y la cabeza soltada retorna a su antiguo lugar. El mismo a su vez al cabo de un tiempo imposible de calcular encuentra por fin su lugar y su postura tras lo cual se hace la oscuridad al tiempo que la temperatura se fija en las proximidades del cero. Cesa al mismo tiempo el zumbido de insecto antes mencionado por lo que súbitamente aparece un silencio más fuerte que todos estos débiles alientos juntos. Hasta aquí a grandes trazos el último estado del cilindro y de este pequeño pueblo de buscadores de los que un primero si era un hombre en un pasado impensable bajó por fin una primera vez la cabeza si esta noción se mantiene.

1966

Para acabar aún

Para acabar aún cráneo solo en la oscuridad lugar cerrado frente colocada sobre una tabla para comenzar. Mucho tiempo así para empezar el tiempo que se borra el lugar seguido de la tabla ya después. Cráneo pues para acabar solo en la oscuridad el vacío sin cuello ni rasgos sola la caja último lugar en la oscuridad el vacío. Lugar de los restos donde antaño en la oscuridad de tarde en tarde un resto relucía. Resto de los días del día nunca una luz como la suya tan pálida tan débil. Se vuelve a poner pues así a hacerse todavía para acabar aún el cráneo lugar último en lugar de apagarse. Allí se levanta por último de repente o poco a poco y mágico un resplandor plomizo se sostiene. Siempre un poco menos oscuro hasta el gris final o de repente como por conmutador arena gris hasta perderse de vista bajo un cielo mismo gris sin nubes. Cráneo lugar último oscuridad vacío dentro fuera hasta de repente o poco a poco este día plomizo paralizado al fin apenas levantado. Cielo gris sin nubes arena gris hasta perderse de vista mucho tiempo desierto para comenzar. Arena fin como polvo ah pero polvo en efecto profundo para engullir los monumentos más altos que fue por lo demás aquí o allá. Allí en fin mismo gris invisible a cualquier otro ojo el expulsado tieso de pie entre sus ruinas. Mismo gris todo el pequeño cuerpo de la cabeza hasta los pies hundidos por encima de los maléolos solos los ojos claros supervivientes. Los brazos siguen haciendo cuerpo con el tronco y una con otra las piernas hechas para huir. Cielo gris sin nubes polvo océano sin pliegues falsas lejanías hasta el infinito aire de infierno ni un soplo. Mezclados con el polvo van hundiéndose los despojos del refugio de los que un buen número apenas ya si afloran. Pri-

merísimo cambio finalmente un fragmento se desprende y cae. Caída lenta para ese algo tan denso que se recibe como corcho en agua y se hunde apenas. Así para acabar haciéndose va aún el cráneo lugar último en lugar de apagarse. Cielo gris sin nubes lejanías sin fin aire gris sin tiempo de los ni para Dios ni para sus enemigos. Allí aún finalmente de las lejanías sin fin inesperados surgidos recortándose sobre el gris dos enanos blancos. Primero y por un tiempo blancura sin más captada desde lejos en el aire gris jadean paso a paso en el polvo gris unidos por unas parihuelas blancas vistas también desde arriba en el aire gris. Lentamente rozan el polvo hasta tal punto las espaldas están encorvadas y son largos los brazos en comparación con las piernas y se hunden los pies. Blanqueados como uno solo mismas soledades se parecen tanto que el ojo los confunde. Se encuentran frente a frente y a menudo se alternan tan bien que por turno abren la marcha andando hacia atrás. Al que la cierra corresponde quién sabe el cuidado de gobernar un poco como por pequeños toques el timonel el esquife. Si tuerce hacia el norte o cualquier otro punto cardinal el otro tanto enseguida hacia las antípodas. Si uno se detiene y el otro alrededor de ese pivote hace girar las parihuelas doscientos grados y ya están los papeles invertidos. Blancura de hueso del paño visto desde arriba y de las angarillas proa y popa y de los enanos hasta la cima del enorme cráneo. De tarde en tarde movidos al unísono sueltan las parihuelas para enseguida cogerlas finalmente del mismo modo sin tener que agacharse. Son las angarillas para basura de irrisoria memoria para las angarillas tres veces más largas que la cama. Arqueando el paño ora a proa ora a popa a merced de las permutaciones una almohada señala el lugar de la cabeza. En el extremo de los brazos las cuatro manos se abren como una sola y las parihuelas tan cercanas ya al polvo se posan en él sin ruido. Extremidades desmesuradas comprendiendo ahí los cráneos piernas y troncos menudos brazos desmesurados rostros menudos. Finalmente los pies como uno solo se separan el izquierdo delante el derecho detrás y el portante parte de nuevo. Polvo gris hasta perderse de vista bajo un cielo gris sin nubes y de repente o poco a poco allí donde sólo polvo posi-

ble esta blancura que descifrar. Queda por imaginar si puede verla el expulsado último entre sus ruinas si jamás podrá verla y si creer que sí. Entre él y ella a vista de pájaro el espacio no va disminuyendo sino que acaba solamente de aparecer último desierto que atravesar. Pequeño cuerpo último estado rígido de pie como delante entre sus ruinas silencio y fijeza de mármol. Primerísimo cambio finalmente un fragmento se desprende de la ruina madre y con caída lenta hoya el polvo apenas. Polvo que por haber tragado tanto ya no traga y tanto peor para lo poco que aún aflora. O solamente pesadez digestiva como antaño en las boas a cuyo término un último bocado dejará sitio limpio por fin. Enanos blancura lejana venida de ninguna parte inmóvil en el aire gris allí donde sólo polvo posible. Porte inmemorial y soledades como uno solo avanzan retroceden aquí y allá se detienen vuelven a ponerse en camino. El de cara a la marcha se detiene a veces y levanta como puede la cabeza como para escrutar el vacío y quién sabe corregir el rumbo. Luego nueva partida tan suave que el ojo no la ve hasta después partida al azar cabeza baja párpados cerrados. Levantado mucho tiempo hacia los rostros horizontales el ojo no obtiene más que dos pequeños óvalos sin mirada aunque fije su atención y cada vez más cerca. Remate de la bóveda ciclópea surgida en vuelo del frente bomba blanca hacia el cielo gris la almohadilla de habitabilidad o amor de hogar. Ultimísimo cambio ya finalmente espalda al cielo el expulsado cae y queda extendido entre sus ruinas. Pies centro cuerpo rayo cae de un montón como cae la estatua cada vez más rápido el espacio de un cuadrante. Muy vivo el ojo capaz de descubrirlo en adelante mezclado con las ruinas mezcladas con el polvo bajo un cielo abandonado por sus buitres. Aunque inaudible siempre el aliento no le ha abandonado y hace estremecerse al exhalarse una nada de polvo. Hoyos lapislázuli de los ojos siempre que al contrario de la muñeca la caída no ha cerrado ni aún invadido el polvo. Ya no cuestión en adelante que nunca tenga que creerlos ante esta blancura a lo lejos donde polvo y cielo se confunden. Blancura ni en tierra ni en el cielo de los enanos como al límite de su pesar las parihuelas depositadas atravesando los blancos cuerpos de mármol. Ruinas silencio y fijeza de már-

mol pequeño cuerpo postrado en posición de firmes órbitas abiertas con fondo azul limpio. Como en el tiempo de la verticalidad los brazos hacen cuerpo con el tronco y una con otra las piernas hechas para huir. Caído desde un montón con toda su pequeña estatura rostro al frente como empujado en la espalda por una mano amiga o por el viento pero el aire está inmóvil. O venido de un poso de vida al cabo de un largo trecho a pie cae sin temor ya no podrás volverte a levantar. Cráneo funerario todo va a quedar fijado ahí como para siempre parihuelas y enanos ruinas y pequeño cuerpo cielo gris sin nubes polvo no pudiendo ya más lejanías sin fin aire de infierno. Y sueño de un recorrido por un espacio sin aquí ni otra parte donde nunca se acercarán ni se alejarán de nada todos los pasos de la tierra. Que no pues para acabar aún poco a poco o como por conmutador la oscuridad vuelve a hacerse en fin esa cierta oscuridad que sola puede cierta ceniza. Por ella quién sabe un final aún bajo un cielo misma oscuridad sin nubes ella tierra y cielo de un final último si debiera nunca haber uno si fuese absolutamente necesario.

1975

Inmóvil

Claro al fin fin de un día sombrío el sol brilla al fin y desaparece. Sentado inmóvil cara a la ventana cara al valle aquí tiempo normal girar la cabeza y mirarlo fijamente al sudoeste el sol que declina. Incluso levantarse ciertas posiciones e ir a apostarse a la ventana oeste inmóvil a mirarlo fijamente, el sol que declina y luego las luces del atardecer. Siempre inmóvil cualquier razón después de cierto tiempo a esta hora cara a la ventana abierta cara al sur en el pequeño sillón recto de mimbre. Los ojos miran fijamente sin ver el exterior hasta que primerísimo movimiento desde hace cierto tiempo se cierran aunque siempre sin ver al día siempre. Completamente inmóvil pues de nuevo calma absoluta en apariencia hasta que de nuevo se abren al día siempre aunque menos. Aquí tiempo normal girar la cabeza cien grados o casi y mirar fijamente el sol o desaparecido este último las luces que mueren. Incluso levantarse ciertas posiciones e ir a apostarse a la ventana oeste hasta noche cerrada incluso ciertas tardes razón cualquiera mucho después. Los ojos pues se abren de nuevo al día siempre y se cierran de nuevo con un solo movimiento o casi. Completamente inmóvil pues de nuevo cara al sur al valle en este sillón de mimbre aunque en realidad visto de más cerca no inmóvil en absoluto sino temblando por todas partes. De más cerca saber detalle a detalle para llegar a este todo no inmóvil en absoluto sino temblando por todas partes. Pero primera vista en este día que muere completamente inmóvil en apariencia incluso las manos evidencia completa todas temblorosas y el pecho jadeando apenas. Las piernas una al lado de la otra fofas ángulo recto en la rodilla a la manera de esa antigua estatua viejo dios cualquiera que resonaba al

alba y al atardecer. El tronco ídem rígido a plomo hasta la cima del cráneo visto de espaldas incluida la nuca por encima del respaldo. Los brazos ídem fofos ángulo recto en el codo los antebrazos a lo largo de los largos brazos del sillón justo lo suficiente de miembros y brazos de sillón para que en el extremo de éstos se apoyen los puños ligeramente apretados. Completamente inmóvil pues de nuevo calma absoluta en apariencia ojos cerrados los cuales vueltos a abrir una vez para anticipar a menos de tardar demasiado en tal caso noche cerrada o bien claro de luna o estrellas o ambos. Tiempo normal mirar fijamente la noche que cae el tiempo que emplee en esto desde este sillón estrecho o de pie junto a la ventana oeste inmóvil ambos casos. Inmóvil saber mirando fijamente un objeto único como árbol o arbusto un detalle único si cercano el todo si bastante alejado el tiempo que tarde en desaparecer. Incluso en la ventana este ciertas posiciones para mirar fijamente sobre la ladera un punto cualquiera como la haya a cuya sombra antaño el tiempo que tarde en desaparecer. El sillón razón cualquiera siempre mismo sitio cara a la ventana cara al sur como si trabado al suelo cuando en realidad nada más ligero más móvil imaginable. U otra parte no importa qué abertura mirar fijamente nada decible nada sino el día que muere hasta la oscuridad total aunque en realidad seguro nunca nada de eso nada sino todavía menos luz donde menos parecía imposible. Completamente inmóvil pues durante todo este tiempo ojos abiertos primeramente luego cerrados luego abiertos de nuevo ningún otro movimiento ninguna clase de aunque en realidad seguro no inmóvil del todo cuando de repente en apariencia al menos el movimiento que hete aquí imposible de seguir más fuerte describir razón. El puño derecho abriéndose lentamente suelta el brazo del sillón arrastrando todo el antebrazo comprendido el codo y lentamente se eleva abriéndose siempre más y girando dextrórsum hasta que a medio camino de la cabeza titubea medio abierto temblando en suspenso en el aire. En suspenso como si inclinado a medias a regresar saber volver a caer muy lentamente cerrándose y girando en sentido contrario hasta donde y tal como partió ligeramente apretado al extremo del brazo del sillón. Visto aquí lo que

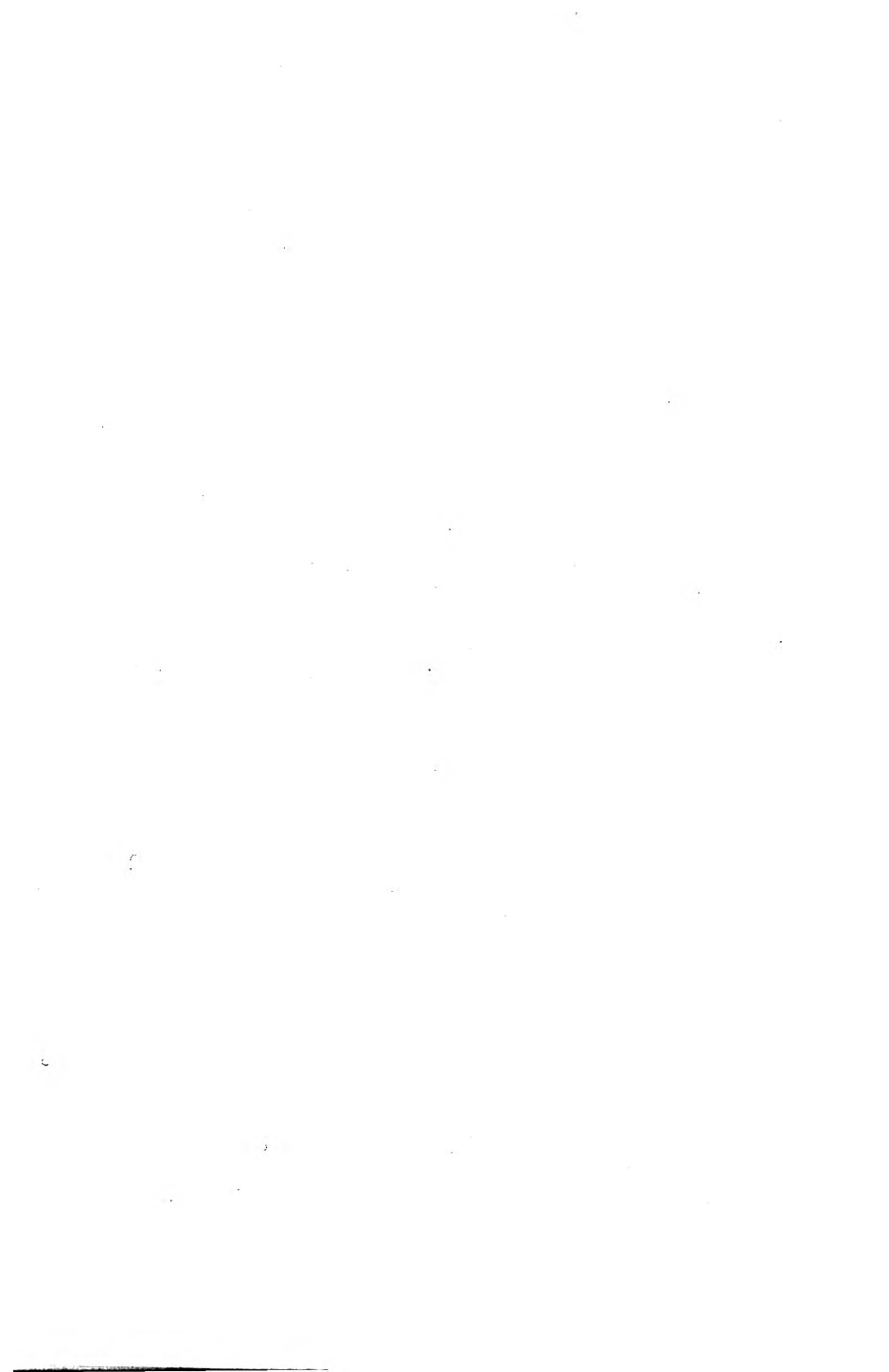
viene ya no a medio camino sino casi devuelto antes de titubear temblando como si inclinado a medias etc. No a medias sino casi ya cuando a su vez la cabeza parte hacia delante hacia abajo hasta entre los dedos expectantes donde tan pronto como recibida y sostenida cae por su peso hacia delante hasta que al contacto con el brazo del sillón el codo ponga fin al movimiento y todo inmóvil de nuevo. Aquí un poco hacia atrás hasta el susodicho suspenso antes que la cabeza en auxilio como si la necesidad de los dedos más fuerte que la suya y hacia delante hacia abajo con un solo movimiento o casi hasta el choque codo-brazo del sillón. Completamente inmóvil pues de nuevo cabeza en la mano saber el pulgar sobre el borde externo de la órbita derecha el índice ídem izquierda y el corazón sobre el pómullo izquierdo más a medida que las horas transcurren contactos menores más o menos cada uno más o menos ora más ora menos según los menudos movimientos de las diferentes partes a medida que la noche transcurre. Como si en la oscuridad pupila cerrada no suficiente y más que nunca necesario contra el nunca nada de eso la muralla de apoyo de la mano. Dejarlo ahí completamente inmóvil o en tal caso palpar lado sonidos la escucha de los sonidos completamente inmóvil la cabeza en la mano al acecho de un sonido.

1975

El acantilado

Ventana entre cielo y tierra no se sabe dónde. Da sobre un acantilado incoloro. La cresta escapa al ojo dondequiera que se pose. La base también. Dos trozos de cielo para siempre blanco lo bordean. ¿Deja el cielo intuir un final de tierra? ¿El éter intermediario? De ave de mar ni huella. O demasiado clara para parecerlo. En fin ¿qué prueba de un rostro? El ojo no encuentra ninguna dondequiera que se pose. Desiste y la imaginación se pone a trabajar. Surge por fin primero la sombra de una cornisa. Paciencia. Se animará con restos mortales. Una calavera entera sobresale para acabar. Sólo una entre las que proporcionan tales vestigios. Con el coronal intenta aún volver a la roca. Las órbitas dejan entrever la antigua mirada. Por momentos el acantilado desaparece. Entonces el ojo vuela hacia los blancos lejanos. O se aparta de lo que tiene delante.

1975



Mal visto mal dicho*

Desde su lecho ve alzarse Venus. Una vez más. Desde su lecho con tiempo claro ve alzarse Venus seguida del sol. Siente rencor entonces contra el origen de toda vida. Una vez más. Al atardecer con tiempo claro goza con su revancha. Sobre Venus. Ante la otra ventana. Sentada rígida en su vieja silla espía a la radiante. Su vieja silla de abeto con barras y sin brazos. Emerge de los últimos rayos y cada vez más brillante decae y se abisma a su vez. Venus.¹ Una vez más. Erguida y rígida permanece allí² en la sombra creciente. Toda vestida de negro. Mantener esa posición es más fuerte que ella. Dirigiéndose de pie hacia un punto preciso a menudo se detiene súbitamente. No pudiendo continuar hasta mucho más tarde. Sin saber ya hacia dónde ni con qué motivo. De rodillas sobre todo le duele no permanecer así para siempre. Las manos una encima de la otra sobre un apoyo cualquiera. Como el pie de la cama. Y su cabeza sobre ellas. Hela ahí pues como convertida en piedra de cara a la noche. Solos el blanco de los cabellos y el blanco ligeramente azulado del rostro y las manos huellan la oscuridad.³ Para un ojo que no tuviese necesidad de luz para ver. Todo esto en presente. Como si tuviese la desgracia de estar aún con vida.⁴

* Escrito en francés en 1980. Primera edición en libro: París: Les Éditions de Minuit, 1981. Primera edición inglesa, como *Ill seen ill said*, en versión del autor. Londres: John Calder Ltd., 1982. (Esta nota, así como todas las siguientes, son del T.)

1. No aparece en la versión inglesa.

2. En la versión inglesa: «se sienta sobre ella».

3. En la versión inglesa: «Salvo el blanco de su cabello y blanco débilmente azulado de rostro y manos todo es oscuridad».

4. En la versión inglesa: «de estar aún en este mundo».

La cabaña. Su emplazamiento. Cuidado. Ir. La cabaña.⁵ Hacia el inexistente centro de un espacio sin forma. Más bien circular que otra cosa finalmente. Llano claro está. Salir de él en línea recta le lleva de cinco a diez minutos. Según la velocidad y el radio. A ella le gusta —ella que no sabe más que errar no erra nunca aquí—. Abundan los guijarros cada vez más abundantes. La cizaña es cada vez más rara. Un enclave en mitad de una campiña rala a la que conquista lentamente. Sin que nadie se oponga. Sin que se haya opuesto nunca. Como si se tratase de una fatalidad. ¿Qué hace una cabaña en semejante sitio? ¿Qué puede haber venido a hacer allí? Cuidado. Antes de responder que en la época lejana de su erección el trébol llegaba hasta sus muros. Sobreentendiendo además que es ella la culpable.⁶ Y a partir de ella como de un foco maléfico el cómo decirlo mal el mal se ha extendido. Sin que nadie haya preconizado nunca su demolición. Como si una fatalidad la protegiese. Eso es. Guijarros calizos con un efecto extraño bajo la luna. Supuesto que con tiempo claro ella antagonice. Rápidamente entonces la anciana apenas recuperada de la puesta de Venus rápidamente a la otra ventana para ver surgir la otra maravilla. Como cada vez más blanca a medida que se eleva blanquea los guijarros cada vez más. Rígida en pie rostro y manos apoyados contra el cristal ella se maravilla durante largo tiempo.

Las dos zonas forman un contorno vagamente circular. Como esbozado por una mano temblorosa. ¿Diámetro? Cuidado. Mil metros. Menos. De media. Más allá lo desconocido. Felizmente. Impresión a menudo de estar bajo el nivel del mar. Sobre todo durante la noche con tiempo claro. Mar invisible aunque próximo. Inaudible. Bajo la hierba toda la superficie. Una vez sobrepasada la zona de guijarros. Salvo allí donde ella se ha retirado del suelo ca-

5. No aparece en la versión inglesa.

6. En la versión inglesa: «Suponiendo además que el culpable».

lizo. Mil manchas blancuzcas de importancia desigual. Espectáculo sobrecogedor bajo la luna. En lo tocante a animales sólo unos ovinos. Luego de muchas vacilaciones. Son blancos y se contentan con poco. ¿De dónde venidos de repente? Misterio y ¿adónde igualmente vueltos a ir? Sin pastor vagan a su antojo. ¿Flores? Cuidado. Sólo algunos azafranes aún. En temporada de corderos. ¿Y el hombre? ¿Quitado de encima al fin completamente? Ah no. Pues ¿no se sorprenderá ella un día de no ver ninguno más? Sorprendida no ella no puede ser sorprendida. ¿Cuántos? Una cifra ocurra lo que ocurra. Doce. Con los que llenar el pequeño círculo del horizonte. Alza los ojos del suelo a sus pies y ve uno. Se gira y ve otro. Así sucesivamente. Siempre a lo lejos. Inmóviles o alejándose. Nunca los vio venir hacia ella. O lo olvida. Ella olvida. ¿Son siempre los mismos? ¿La ven? Basta.

Un páramo habría solucionado mejor la cuestión. Pero no se trata de solucionarla mejor. Hacían falta corderos. Con razón o sin ella. Un páramo los habría permitido. Corderos por la⁷ blancura. Y por otras razones todavía oscuras. Otra razón. Y para que pudiese de repente no haber ninguno más. En temporada de corderos. Que de pronto ella pudiese alzar los ojos y no ver ninguno. Un páramo no los habría excluido. En fin lo hecho hecho está. Y qué corderos. Sin vivacidad alguna. Manchas blancas en la hierba. Apartados de madres indiferentes.⁸ Estáticos. Luego un momento de extravío. Luego estáticos de nuevo. Así sucesivamente. Decir que aún hay quien vive en estos tiempos. Tranquilidad.⁹

Un lugar la atrae. Por momentos. En él se yergue una piedra. Blanca desde lejos.¹⁰ Ella es lo que la atrae. Rectángulo curvado tres veces más alto que ancho. Cuatro veces. Su estatura ahora. Su pequeña estatura. Cuando le sucede

7. En la versión inglesa: «su».

8. En la versión inglesa: «Lejos de ovejas despreocupadas».

9. En la versión inglesa: «Poco a poco poco a poco».

10. No aparece en la versión inglesa.

esto¹¹ debe ir allí. No la ve desde el refugio.¹² Sabría ir hasta allí con los ojos cerrados. Ya no se habla. Nunca se ha hablado mucho. Ahora nada en absoluto. Como si tuviese la desgracia de estar aún con vida. Pero en esos momentos a sus pies la plegaria, Lleváosla. Sobre todo por la noche con tiempo claro. Con o sin luna. La llevan y la detienen delante. Allí ella también como de piedra. Pero negra. Bajo la luna a veces. Las estrellas a menudo. ¿Le tiene envidia?

Para el imaginario profano la casucha parece deshabitada. Vigilada sin cesar no revela ninguna presencia. El ojo pegado a una u otra ventana no ve más que cortinas negras. Mucho tiempo inmóvil contra la puerta él escucha. Nada. Golpea. Nadie. Espía en vano por la noche el mínimo resplandor. Regresa de nuevo a su lugar y confiesa, Nadie. Ella no se muestra más que a los suyos. Pero no tiene suyos. Sí sí tiene uno. Que la tiene a ella.

Hubo un tiempo en que ella no aparecía sobre los pedregales. Mucho tiempo. No se dejaba pues ver salir ni regresar. En el que ella no aparecía más que en los campos. No se dejaba ver pues al abandonarlos. Sino como por encantamiento. Pero poco a poco empezó a aparecer. Sobre los pedregales. Al principio oscuramente. Luego cada vez más nítidamente. Hasta dejarse ver en detalle franquear el umbral en ambas direcciones y volver a cerrar la puerta tras ella. Más tarde un tiempo en que no aparecía dentro de sus muros. Mucho tiempo. Pero poco a poco empezó a aparecer. Oscuramente. A decir verdad ese tiempo aún dura. Pese a que ella va no esté allí. Desde hace mucho.

Sí dentro de su casa hasta aquí solamente en la ventana. En una u otra ventana. Absorta ante el cielo. Y sólo mal entrevistos hasta aquí un lecho en la sombra y una silla espec-

11. En la versión inglesa: «Cuando la atrae».

12. En la versión inglesa: «La puerta».

tral. Y en sus menudas idas y venidas esta forma repentina de plantarse allí. Y sus interminables genuflexiones. Pero poco a poco empieza a aparecer allí más nítidamente. Al mismo tiempo que otros objetos. Como bajo la almohada —como al fondo de un cajón cualquiera ese álbum que sale de la sombra—. Que alguna vez él podrá quizás hojear con ella.¹³ Ver los viejos dedos pasar las hojas como puedan. Y cuáles podrán ser las imágenes que hacen inclinarse aún más la cabeza y dejarla así mucho tiempo. Entretanto quién sabe no son más que flores marchitas. Aplastadas. Nada más.

Pero asírla vivamente allí donde se presta mejor. En los campos lejos de su casa. Ella franquea el pedregal y allí está. Siempre más nítida a medida que. Vivamente visto que ella sale cada vez menos. Por así decirlo únicamente durante el invierno. Invierno ella vaga por su casa durante el invierno. Lejos de su casa. Cabeza baja recorre la nieve a paso lento cambiando de sentido sin cesar. Es el atardecer. Uno más. Su larga sombra sobre la nieve la acompaña. Los demás están ahí. Todos alrededor. Los doce. A lo lejos. Inmóviles o alejándose. Alza los ojos y ve uno. Se gira y ve otro. Y de pronto se queda estática. Ahora es el momento o nunca. Pero algo se lo impide. Justo el tiempo de creer entrever el comienzo de un velo negro. Para más tarde el rostro. Justo antes de que el ojo baje. Luego no ver en el sol rasante más que la nieve. Y como todo alrededor lentamente el rastro de sus pasos se borra.

¿Qué es lo que la protege? Incluso del suyo. Hace bajar la mirada en el acto de aprehender. Incrimina lo adquirido. Impide adivinar. Ella sin defensa.¹⁴ Es la vida lo que acaba. La suya. La del otro. Pero tan diferentemente. Ella no necesita nada. De decible. Pero ¿y el otro? ¿Cómo tener necesidad al fin? ¿Cómo? ¿Cómo tener necesidad al fin?

13. En la versión inglesa: «Quizás alguna vez a su lado cuando ella lo coloque sobre sus rodillas».

14. No aparece en la versión inglesa.

Periodos en los que ella desaparece. Largos periodos. En época de azafranes sería en dirección a la tumba lejana. Tener aún eso en la imaginación. Sosteniendo por la rama inferior o sobre el brazo la cruz o la corona. Pero sus eclipses no tienen estación. De no importa qué momento del año a otro ella puede no estar ya allí. De repente ningún otro sitio que ver. Ni con el ojo de la carne ni con el otro. Luego de repente todo también allí de nuevo. Mucho tiempo después. Así sucesivamente. Cualquier otro renunciaría. Confesaría, Nadie. Nadie más. Cualquier otro que no fuese el otro. El otro espera que ella reaparezca. Para poder seguir. Seguir el —¿cómo decirlo? ¿Cómo decirlo mal?

El ojo mirando fijamente con dureza un detalle del desierto se llena de lágrimas. La imaginación se abandona a penas del corazón. Lleg a una noche en que la ausente oye el mar. Se recoge la falda para ir más deprisa y deja al descubierto sus botas y sus medias hasta la pantorrilla. Lágrimas. Ultimo ejemplo ante su puerta la baldosa que a fuerza y a fuerza su pequeño peso ha desgastado. Lágrimas.

Antes de ser dejadas atrás por las medias las botas tienen tiempo de estar mal abrochadas. Agotadas las lágrimas como así ocurre he aquí una hebilla más grande de lo normal. De plata deslustrada cuelga pisciforme de un clavo por el broche. Oscila apenas sin cesar. Como si la tierra temblase sin cesar en este sitio. Apenas. Del mango ovalado la abolladura evoca unas escamas. El ojo seco siempre remonta por la caña ligeramente doblada hasta el broche o gancho. De tanto estirar ha perdido su curvatura. Hasta el punto de parecer por momentos en desuso. Deformación fácil de corregir con unas tenazas. ¿Se habrá ocupado de eso alguna vez? Cuidado. De tarde en tarde. Hasta ya no poder. No poder hacer fuerza sobre las tenazas. Oh, no por debilidad. Desde entonces cuelga inútilmente de su clavo. Vacilando insensiblemente sin cesar. Reflejos plateados ciertos

atardeceres con tiempo claro. En ese momento primer plano. En el que contra toda razón domina el clavo. Mucho tiempo esta imagen hasta que bruscamente se difumina.

Ella está ahí. De nuevo ahí. Que el ojo fuera se deje distraer un momento. Al alba o durante el crepúsculo. Distráer por el cielo. Por algo en el cielo. Para que cuando se recobre la cortina ya no esté echada. Vuelta a abrir por ella para que pueda ver el cielo. Pero incluso sin eso ella está allí. De nuevo allí. Sin que la cortina se abra. De pronto está abierta. Un relámpago. ¡Lo repentino de todo! Ella rígida sin detenerse. En marcha sin arrancar. De ida sin irse. Sin regresar regresada. De pronto es el atardecer. O la aurora. El ojo mira fijamente la ventana desguarnecida. Nada en el cielo lo volverá a distraer. Mientras el suyo se deleita. ¡Crac! obturada. Nada se ha movido.

Ya todo se mezcla. Cosas y quimeras. Como en todas las épocas. Se mezcla y se anula. Pese a las precauciones. Si ella pudiese al menos no ser más que sombra. Sombra sin mezcla. Esta anciana tan moribunda. Tan muerta. En el manicomio del cráneo y en ninguna otra parte. Donde no más precauciones que tomar. No más precauciones posibles. Internada allí con lo demás. Cabaña pedregal y todos los trastos. Y el espía. Qué sencillo sería todo entonces. Si todo pudiese no ser más que sombra. Ni ser ni haber sido ni poder ser. Tranquilidad. Continuación. Cuidado.

Aquí en su ayuda dos luces. Dos pequeñas claraboyas. Tejado cónico cada ángulo tiene la suya. Cada una desde su lado vierte una media luz. Así pues sin techo. Necesariamente. Si no cerradas las cortinas ella estaría siempre en la oscuridad. ¿Y luego? Ya casi no alza los ojos. Pero tendida con los ojos abiertos entrevé la bóveda. En la media luz que cae de las luces. Media luz cada vez más débil. Los cristales nublándose siempre más y más. Toda de negro ella va y viene. Los bordes de su falda negra rozan el suelo. Pero

como está más a menudo es inmóvil. De pie o sentada. Tendida o de rodillas. En la media luz que le vierten las luces. Si no con las cortinas cerradas como a ella le gustan estaría a cada instante en la oscuridad.

Luego emerge de la sombra una medianera. Para borrar-se poco a poco en provecho de un espacio continuo. Al este el lecho. Al oeste la silla. Lugar pues que sólo divide el uso que ella hace de él. Cuánto más preferible en cualquier circunstancia un interior de una sola pieza. Relajado el ojo descansa pero no mucho tiempo. Pues lentamente el muro se recompone. Lentamente sale del suelo y sube a perderse en la sombra. La penumbra. Es el atardecer. La hebilla espejea con los rayos del poniente. El lecho apenas se ve.

Ella ausente cansado el ojo de lo inanimado vuelve a volcarse en los doce. Lejos de su vista como ella de la de ellos. Sola dondequiera que se vuelve mantiene los ojos en el suelo. Allí donde a sus pies el camino se ha detenido. Atardecer de invierno. Es impreciso. Los hechos son tan antiguos. Hacia los doce pues el ojo viudo a falta de algo mejor. No importa qué. El se yergue de frente a lo lejos cara al poniente. Abrigo oscuro hasta el suelo. Sombrero hongo de antaño. Finalmente el rostro golpeado de frente por los últimos rayos. Crecer y devorar deprisa antes de que oscurezca.

No teniendo ninguna necesidad de luz para ver el ojo se apresura. Antes de que oscurezca. Es así. Así como se contradice. Luego saciado —luego aletargado bajo su párpado campo libre al desvarío—. ¿Qué pueden ellos rodear sino a ella? Cuidado. Ella que no alza ya los ojos los alza y los ve. Inmóviles o alejándose. Alejándose. A los que vistos de muy cerca vuelven a tomar distancias. Al mismo tiempo que otros avanzan. Aquellos cuyo extravío la aleja. Nunca los vio dar un paso hacia ella. U olvida. Ella olvida. Y he aquí que lo hacen. Sin volverse a aproximar. Así la mantienen en

el centro. Más o menos. ¿Qué pueden pues rodear sino a ella? Con su círculo de donde ella desaparece sin impedimentos. De donde la dejan desaparecer. En vez de desaparecer con ella. Así pierde la razón. Mientras el ojo encuba su pitanza. Aletargado en su propia oscuridad. En la oscuridad general.

En la agonía la esperanza de nunca volverla a ver hela aquí. Poco cambiada a primera vista. Es el atardecer. Siempre será el atardecer. Salvo de noche. Ella emerge al borde de los campos y sigue adelante a través suyo. Lentamente con pasos flotantes como si perdiendo pesantez. Repentinamente paradas y puestas en marcha relámpago. A este paso será de noche antes de que llegue. Pero el tiempo frena el tiempo que se necesita. Empareja su velocidad.¹⁵ De donde de un extremo al otro del trayecto siempre el mismo crepúsculo. Bujía más bujía menos. Tirando como puede hacia el sur arroja hacia la luna que vendrá su larga sombra negra. Helos ahí finalmente ante la puerta con una gran llave en la mano. En el mismo instante la noche. Cuando no sea el atardecer será de noche. Ella se expone cabeza baja rostro a levante. Nimbo blanco del cabello. Sola se mueve suspendida de un dedo la vieja llave pulida por el uso. Agitada por un vaivén débil centellea débilmente bajo el claro de luna.

Acometido desde abajo el rostro consiente al fin. A la débil luz que devuelve la baldosa. Bloque tranquilo suavemente cóncavo pulido por siglos de idas y venidas. Blancura plomiza. Ni una arruga. Qué serena parece esta máscara anciana. Como las de algunos recién muertos. Ciertamente que la iluminación deja que desear. Cerrados los ojos no dejan ver las pupilas. El futuro los describirá como cernidos de un azul desvaído. Al que los llantos pudieron no ser extraños. Inimaginables llantos de antaño. Pestañas de un negro azabache vestigios de la morena que fue. Que quizá fue. En

15. En la versión inglesa: «a la de ella».

sus comienzos. De jovencita morena. Saltando la nariz por la atracción de los labios éstos apenas esbozados se desvanecen. Habiéndose ensombrecido la baldosa a imagen del cielo. De ahora en adelante noche cerradísima. Y al alba nadie ya. Sin que sea posible determinar si ha vuelto a entrar en su casa o se ha marchado amparándose en la oscuridad.

Guijarros blancuzcos cada año más numerosos. Tanto vale decir cada instante. Bien encaminados a poco que continúen para enterrarlo todo. Zona primera más bien más extendida ya que a primera vista mal vista y cada año un poco más. Espectáculo sobrecogedor bajo la luna estos millones de minúsculos sepulcros cada uno único. Pero apenas con qué consolarse de ella.¹⁶ Abandonarlo pues por otro mal llamado campo. Pasto clorótico sembrado de placas blancuzcas donde la hierba se ha retirado del suelo calizo. Al contemplar lo calcáreo que aflora la pena del ojo remite.¹⁷ Por todas partes la piedra va aumentando. La blancura. Cada año un poco más. Tanto vale decir cada instante. Por todas partes a cada instante la blancura va aumentando.

El ojo regresará al lugar de sus traiciones. Con permiso secular de allí donde se hielan las lágrimas. Libre aún un instante de vertirlas cálidas. Sobre las bienaventuradas lágrimas que fueron. Gozando del montón de mineral blanco. Amontonándose sin cesar a falta de algo mejor sobre sí mismo. El que en caso de persistir alcanzará los cielos. La luna. Venus.

Desde el pedregal ella descende a los campos. Como de la grada de un circo a la siguiente. Diferencia que el tiempo cubrirá. Pues cuanto más rápidamente le invade el pedregal el otro suelo se levanta bajo la ascensión de sus guijarros.

16. En la versión inglesa: «Pero en ausencia de ella frío consuelo».

17. En la versión inglesa: «el ojo encuentra solaz».

Todo eso por el momento sin ruido. El tiempo pondrá fin a este silencio. Este gran silencio al atardecer y de noche. Entonces a lo largo del borde el ruido sordo de guijarro contra guijarro. De los que desbordan la abundancia contra los que sobresalen. Primero de tarde en tarde. Luego cada vez con más frecuencia. Hasta confundirse en un rodamiento¹⁸ continuo. Que nadie oye. Para luego a medida que los niveles se igualan debilitarse hasta el silencio de nuevo. Al atardecer y de noche. Mientras espera hela ahí de repente sentada con los pies sobre los campos. Si no fuese por las manos vacías en camino quién sabe hacia la tumba. De vuelta pues más bien. Volviendo. Rígida fiel a sí misma hace el efecto de haberse vuelto piedra. De cara a otros confines que el ojo entrevé mal por más que se cierre. Finalmente aparecen un instante. Al norte allí donde ella los franquea siempre. Bruma durmiente radiante. Donde fundirse con el paraíso.

Los largos cabellos blancos se erizan en abanico. Por encima y de una parte a otra del rostro permanecido en calma. Como si nunca regresados de un espanto antiguo. O siempre bajo el efecto del mismo. O de otro aún. Que deja el rostro helado. Silencio en el ojo del aullido. ¿Cuál decir? Decirlo mal. ¿Cuál? Los dos. Los tres. Esa es la respuesta.

Sentada sobre los guijarros ella se presenta de espaldas. A partir de la pelvis. El tronco rectángulo negro. La nuca bajo el cuello de encaje negro. La semiaura blanca del cabello. Cara al norte. A la tumba. Mira fijamente el horizonte tal vez. O con los ojos cerrados ve la piedra. Los azafraes marchitos. El atardecer no acaba más. Recibe al sesgo los últimos rayos. No cambian nada. Ni al negro del paño ni a los cabellos blancos. Inmóviles también ellos. En el aire inmóvil. Calma de vacío al atardecer como siempre. Al atardecer y de noche. No hay más que mirar fijamente la hierba. Cuán inmóvil se inclina. Hasta el momento en que

18. En la versión inglesa: «estrépito».

bajo el ojo implacable se estremece. Con un estremecimiento ínfimo venido de lo más hondo. Lo mismo los cabellos. Erizados inmóviles se estremecen finalmente bajo el ojo al borde del abandono. Y el cuerpo mismo anciano. Cuando parece de piedra. ¿No se estremece de hecho de la cabeza a los pies? Sólo con que ella se vaya y se quede rígida cerca de la otra piedra. La que se alza blanca desde lejos en los campos. Y con que el ojo pase de una a otra. Pase y vuelva a pasar. Qué calma entonces. Y qué tormenta. Bajo la falsa calma del duelo.

No posible ya salvo en estado de quimera. Insostenible. Ella y lo demás. Nada más que cerrar el ojo de una vez por todas y verla. A ella y a lo demás. Cerrarlo para siempre y verla hasta la muerte. Sin eclipses. En la cabaña. Por el pedregal. En los campos. En la bruma. Delante de la tumba. Y otra vez. Y lo demás. De una vez por todas. Todo. Hasta la muerte. Ser liberado de todo. Pasar a lo siguiente. A la quimera siguiente. Este sucio ojo de carne cerrarlo para siempre. ¿Qué lo impide? Cuidado.

A fuerza de —fracaso a fuerza de fracaso la locura se inmiscuye—. A fuerza de escombros. Vistos no importa cómo dichos no importa cómo. Temor del negro. Del blanco. Del vacío. Que ella desaparezca. Y lo demás. Completamente. Y el sol. Últimos rayos. Y la luna. Y Venus. Nada más que cielo negro. Que tierra blanca. O a la inversa. No más cielo ni tierra. Acabados alto y bajo. Nada más que negro y blanco. No importa dónde por doquier. Que negro. Vacío. Nada más. Contemplar eso. Ni una palabra más. Expresado al fin. Tranquilidad.

Pasado el pánico sigamos. Las manos. Vista en picado. Descansan sobre el pubis una dentro de la otra. De un blanco estridente. Su ligero color plomizo borrado por el fondo negro. Sospecha de encaje en los puños. Recuerdo del cuello. Se aprietan. Se relajan. Sístole diástole al ralenti.

Y el cuerpo ese miserable. Mientras se ven las manos solas. Sobre su pubis solo. Inmóvil claro está. Sobre la silla. Después del espectáculo. Deshaciendo su maleficio con suavidad. Mantienen durante mucho tiempo su tejemaneje. Apretándose y aflojando su apretón. Ritmo de un corazón que pena. Para desesperarse cuando de repente se separan. De repente con suavidad. Se separan con un movimiento ascendente y se inmovilizan vueltas hacia arriba. He aquí nuestras palmas. Luego al cabo de un momento como para ocultar las líneas vuelven a caer girándose para posarse abiertas sobre la parte superior de los muslos. A dos dedos de la entrepierna. Entonces es cuando falta el anular izquierdo. Hinchazón sin duda —hinchazón sin duda en el nudillo entre la primera y segunda falanges con imposibilidad un día de quitarse la alianza—. Tipo junco. Estáticas como dos guijarros desafían como ellos a la mirada. ¿Sienten acaso la carne bajo la tela? ¿La carne bajo la tela las siente? ¿Nunca van pues a estremecerse? Esta noche seguro que no. Pues antes de que ellas —antes de que el ojo tenga tiempo de hacerlo he ahí que la imagen se empaña—. ¿De quién de qué la culpa? ¿De ellas? ¿Del ojo? ¿Del dedo que falta? ¿Del junco? ¿Del grito? ¿Qué grito? De los cinco. De los seis. De todos. De todo. Culpa de todo. Todo.

Atardecer de invierno en los campos. La nieve ha cesado. Pasos tan ligeros que apenas si dejan huella. Apenas se han impreso al cesar. Justo lo bastante para que la huella permanezca. La nieve a la deriva. ¿Dónde se da ella con la cabeza durante estas derivas? ¿También acá y allá? ¿O todo recto en el espejismo? ¿Dónde durante las paradas? El ojo distingue al fin a lo lejos como una mancha. Es finalmente el techo de pendiente pronunciada por donde la capa empieza a deslizarse. Bajo el cielo sombrío y bajo el norte está perdido. Los doce están allí borrados por la nieve. Si ella alzase sus ojos no los vería. Ella por el contrario es de un negro immaculado al no haber recibido ni el menor copo. Lo único que falta es que se pongan a caer de nuevo lo que por consiguiente hacen. Primero uno a uno aquí y allá. Luego cada vez más espesos en caída libre a través del aire

inmóvil. Lentamente ella desaparece. Con su huella y la del tejado lejano. ¿Cómo va a poder regresar? Como el pájaro migratorio. A puerto llamado bueno.

En la cabaña mientras ella blanquea a lo lejos oscuridad profunda. Silencio sin el imaginario murmullo de los copos amontonándose sobre el tejado. Y a lo lejos de tarde en tarde un chasquido real. Su compañía. Aquí sin cerrarse el ojo la ve a lo lejos. Inmóvil en la nieve bajo la nieve. La hebilla tiembla en su clavo como si nada. De cara a la cortina negra la silla refleja la soledad. En ausencia de una mesa en su linaje. Lejos de ella en un rincón he aquí un arcón de época. No menos solitario pues él a su vez. El quién sabe quién cruje. Y en sus profundidades quién sabe la palabra clave al fin. La palabra fin. Pero esta noche la silla. Parece en el mismo lugar desde siempre. Menos que el —más que el asiento vacío el respaldo barrado da lástima—. Sentada aquí es como ella se alimenta si es que ella se alimenta aquí. El ojo se cierra en la oscuridad y termina por verla. Con la mano derecha como si estuviese allí ella sostiene el borde del cazo apoyado sobre sus rodillas. Con la izquierda la cuchara sumergida en la bazofia. Ella espera. Deja enfriar quizá. Pero no. Simplemente detenida una vez más en el momento en que iba a ir allí. Al fin en un doble movimiento lleno de gracia lleva lentamente el cazo hacia sus labios al mismo tiempo que con una lentitud similar inclina la cabeza hacia él. Partidos en el mismo instante se reúnen a medio camino y allí se inmovilizan. Nueva rigidez antes de la primera cucharada una parte de la cual vuelve a caer en el cazo. Todavía algunas más en armonía antes de que se inicie y suavemente se acabe la operación en sentido inverso tan precisa y fluida como a la ida. Hela ahí sentada a la Menón y también completamente rígida. Con la mano derecha sostiene el borde del cazo. Con la izquierda la cuchara sumergida en la bazofia. No es más que un inicio. Pero antes de poder recomenzar ella palidece y desaparece. No queda ante el ojo desenchajado más que la silla en su soledad.

Un atardecer la siguió un cordero. Cordero para el matadero como los otros se separó de los demás para seguir los pasos de ella. En presente para concluir. Los hechos son tan antiguos. Matadero aparte él no es como los demás. Todo rizados enmarañados su vellón se arrastra por tierra e impide comprobar las patas. Más que andar se desliza como un juguete a remolque. Se detiene en el mismo momento que ella. Vuelve a errar en el mismo momento que ella. ¿Se sabe ella seguida? Estático como ella baja la cabeza como ella más abajo de lo normal. Choque de negro y blanco que lejos de suavizar los últimos rayos subrayan. Es entonces cuando salta al ojo su pequeña estatura. De ella. De hecho parece un humilde animal en sus faldas. Breve enigma. Pues bruscamente se estremecen. En meandros hacia el pedregal. Allí ella se da la vuelta y se sienta. ¿Ve el cuerpo blanco a sus pies? Cabeza alta en este momento ella mira al vacío. Esta profusión. O con los ojos cerrados ve la tumba. El no va más lejos. Sólo cuando es noche cerrada ella se encamina de nuevo al refugio. En línea tan recta como si se viese.

¿Hubo nunca un tiempo donde ya no fuese cuestión de preguntas? Nacidas muertas hasta la última. Antes. Nada más concebidas. Antes. Donde ya no fuese cuestión de responder. De no poder. De no poder no querer saber. De no poder. No. Nunca. Un sueño. Esa es la respuesta.

¿Qué hacer con el ojo sometido a ese régimen? Ese goteo escocés. Pero veamos no volverlo a abrir. Hasta que todo hecho. Ella hecha. O abandonada. Osamenta y extravío. Nada más que para recuperar. En el mundo llamado visible. Esa cáscara. Con náusea rellenarla de nuevo y volverla a cerrar. Sobre ella. Hasta que se acabe. O aborte. Esa es la respuesta.

El arcón. Visitado largamente de noche está vacío. Nada.

Salvo en el último momento bajo el polvo un extremo de hoja dentada por un lado como si arrancada de un diario. Con una tinta apenas legible sobre una de las caras amarillentas una palabra seguida de una cifra. Miér¹⁹ 17. O mar.²⁰ Miér o mar 17. A menos que en blanco. A menos que vacío.

Vuelve a emerger echada de espaldas. Inmóvil. Al atardecer y de noche. Inmóvil sobre su espalda al atardecer y de noche. El lecho. Cuidado.²¹ Dificilmente a ras de suelo en vista de las caídas de rodillas.²² La plegaria. Si es que hay plegaria. Bah ella no tiene sino que prosternarse más. O en otra parte. Delante de su silla. O de su arcón. O al borde del pedregal con la cabeza sobre los guijarros. Así pues una yacija a ras de suelo. Sin almohada. Cubierta de pies a barbilla por una manta negra que no deja fuera más que la cabeza. ¡No más que! Al atardecer y de noche este rostro sin defensa. Rápido los ojos. Desde que se abran. De repente helos ahí. Sin que nada se haya movido. Uno solo basta. Desorbitado. Pupila abierta nimbada apenas por un azul desvaído. Ni huella de humor. Ninguna huella. Sin mirada. Como no pudiendo ya por cosas vistas párpados cerrados.²³ El otro sondea allí.²⁴ Y vuelve a abrirse a su vez. No pudiendo ya tampoco.

Sin transición de lleno azota²⁵ el vacío. El cenit. Aún es atardecer. Cuando ya no sea de noche será atardecer. Día inmortal que aún agoniza.²⁶ Por una parte brasa. Por otra cenizas. Partida sin fin ganada perdida.²⁷ Desapercibida.

19. En la versión inglesa: «Mar».

20. En la versión inglesa: «Jue».

21. La versión inglesa añade: «¿Un jergón?».

22. En la versión inglesa: «Dificilmente como si cabeza mal vista cuando está de rodillas».

23. En la versión inglesa: «Como si deslumbrada por lo que visto tras los párpados».

24. En la versión inglesa: «sondea en su oscuridad».

25. En la versión inglesa: «Incontinente».

26. En la versión inglesa: «Muerte otra vez del día que no muere».

27. En la versión inglesa: «Día sin fin ganado perdido».

En la reanudación la cabeza está bajo la manta. No importa nada. Nada más. Tan es verdad que lo real²⁸ y —¿cómo decir el contrario? En fin esos dos.²⁹ Tan es verdad que los dos si antaño dos en este momento se confunden. Y que al compadre cargado de saber triste el ojo ya no señala apenas más que confusión. No importa nada. Nada más. Tan es verdad que los dos son mentiras. Real y —¿cómo decir mal el contrario? El contraveneno.

Viva aún la decepción del arcón se presenta qué otra cosa sino una trampilla. Tan sabiamente ajustada que incluso al ojo cubierto se descubre apenas. Cuidado. No es cuestión levantándola sin demora de arriesgarse a un nuevo rechazo.³⁰ Sólo saborear de antemano lo que a la manera de un armario inglés pueda contener. Suelo pues por primera vez de madera. Cuyas láminas se alinean sobre las de la trampilla con el fin de hacerla invisible. Prometedor este flagrante cuidado en camuflar. Pero desconfianza. Investigar de paso de qué especie se trata. Tanto vale decir ébano. Láminas de ébano. Negro sobre negro la falda las roza sin ruido. La silla esquelética se yergue allí con una palidez mayor de lo normal.

Mientras ella yace incluso la cabeza bajo la manta una pequeña escapada a campo traviesa. Estaría muerta ya no tendría nada de raro. Seguramente ya lo está. Pero entre tanto ése no es el tema. Ella yace pues aún con vida bajo la manta. Habiéndola estirado por razones oscuras hasta por encima de la cabeza. O sin razón. Es de noche. Cuando no es el atardecer es de noche. Noche de invierno. Sin nieve. Cuestión de variedad. En la monotonía. La hierba flácida

28. En la versión inglesa: «Tanta es la confusión entre lo real y —¿cómo decir su contrario?».

29. En la versión inglesa: «No importa».

30. En la versión inglesa: «¿Levantarla de una vez y arriesgarse a un nuevo rechazo?».

se pone rígida extrañamente bajo el peso de la escarcha. Arañada por su larga falda negra su murmullo valdría la escucha. Cielo sin luna tachonado de astros que refleja al fondo de los hoyos descarnados una delgada película de hielo. El silencio se hace música infinitamente lejana y como él de un aliento. Vientos celestes al unísono sin reposar jamás. Hasta el punto en que todo eso importa. El pedregal reluce a lo lejos débilmente así como la cabaña de muros por primera vez vistos blancos. Llamados blancos. Los guardianes —los doce están ahí pero ya no al completo—. ¡Y qué! Sobre todo no comprender. Sólo anotar cómo los que han permanecido fieles se han separado los unos de los otros. Como si mal vista esta noche en los campos. Mientras ella yace aún con vida incluso la cabeza bajo la manta. Examinada de cerca es un abrigo grande. De hombre según la botonadura. Los ojos cerrados ¿lo ve ella?

Muros blancos. Ya era hora. Blancos como el primer día. Es la ausencia de viento. Nunca ni un soplo. Nada se abate allí de todo lo que se abate. Y misterio el sol los ha respetado. El gran sol de antaño. Así pues fachadas este y oeste el contraste de rigor. Frontispicio sur sin problema. Pero el otro. Esta puerta. Cuidado. ¿También ella negra? Ella también. Y el tejado. Pizarras. Aún. Pequeñas pizarras negras también ellas provenientes de una casa en ruinas. Cargadas de historia. Al final de su historia. He aquí el refugio mal visto mal dicho. Exteriormente. Ya era hora.

Cambiada la piedra que le atrae vuelta a ver sin ella.³¹ O ella vista a su lado quien la cambia.³² Ahora está inclinada. Hacia atrás o hacia delante según. ¿Debe a la naturaleza sola este aire de boceto? O a los cuidados de una mano demasiado humana obligada a renunciar. Como la de Miguel Angel en el busto del regicida. Si no puede ya haber preguntas que pueda al menos no haber ya más respuestas.

31. En la versión inglesa: «cuando visitada a solas».

32. En la versión inglesa: «O ella quien cambia cuando juntas».

Granito sin discusión de una variedad rara. Negro como azabache el jaspe que salpica la blancura. Sobre la superficie cómo decirlo vuelta del revés muescas oscuras. Grafitti de los siglos que el ojo solicita en vano. Desde la baldosa en invierno ella se imagina a veces verla centellear a lo lejos. Cuando desde su foco al oeste-suroeste los últimos rayos vienen a golpear al sesgo su rostro semiofrecido.³³ Como la piedra mal vista de nuevo a solas en su sitio sobre los confines de los campos. Haciendo camino con sus flores en línea recta lo mejor que puede ella se rezaga. Así como de regreso las manos vacías. Momento de relajación antes de la etapa siguiente. Hacia una u otra morada. En línea recta lo mejor que puede.

Helas ahí de nuevo una al lado de la otra. Sin tocarse. Golpeadas oblicuamente por los aún últimos rayos proyectan hacia el este-nordeste sus largas sombras paralelas. Es pues atardecer. Un atardecer de invierno. Siempre será atardecer. Siempre invierno. Salvo de noche. La noche de invierno. Ya no más corderos. No más flores. Con las manos vacías ella irá a ver la tumba. Hasta ya no ir. O no regresar. Está decidido. Las dos sombras se parecen hasta el punto de confundirse. Pero una para acabar como de un cuerpo más opaco predomina en densidad. En firmeza. Ya que la otra bajo el ojo que se ceba termina por estremecerse. Durante el tiempo que dura esta confrontación parada del sol. Es decir de la tierra. Cuyo vuelco no se recupera de nuevo hasta el momento de la dislocación. Entonces sobre su rostro por los campos y luego el pedregal la sombra aún viva va lentamente deslizándose. Cada vez más larga y pálida a medida que. Sin nunca borrarse completamente. Bajo el ojo que la sobrevuela.

Primer plano de un cuadrante. Nada más. Disco blanco dividido en minutos. A menos que no sea en segundos. Sesenta puntos negros. Ninguna cifra. Una única aguja. Del-

33. En la versión inglesa: «rastrillan su rostro enemigo».

gada flechita negra. Avanza sin tic-tac a saltos. Se arroja de un grado al siguiente con un salto tan instantáneo que sólo su nuevo lugar indica que ha cambiado. Pueden pasar noches enteras así como una sola fracción de segundo o no importa qué franja intermedia antes de que se precipite de un punto al otro. Sin que nunca para ser justos sin que en ningún momento salte uno solo. Supongamos que en el instante de su aparición señala el este. Habiendo pues recorrido a su manera suponiendo al aparato verticalmente el primer cuarto de su última hora. A menos que sea su último minuto. En ese caso hay que dudar que ciertas, que desesperar que ciertas noches llegue nunca hasta el último. Que nunca encuentre el norte.

Ella reaparece al atardecer en la ventana. Cuando no es de noche es atardecer. Si quiere volver a ver Venus le va a hacer falta abrirla. ¡Bien! Primero separar la cortina y después abrirla. Cabeza baja ella espera poder. Sueña quizás en los atardeceres en que pudo demasiado tarde. Llegada la noche cerrada. Pero no. En la cabeza también la espera sin más. La cortina. Examinada de más cerca aprovechando este tiempo muerto termina por mostrarse como lo que es. Un abrigo negro parecido al sorprendido haciendo las veces de manta. Colgado de la barra cabeza abajo pende del revés como una res en la carnicería. Más bien del derecho vista la caída de las mangas. Mismo ínfimo balanceo que en la hebilla y *passim*. Otra novedad el lugar de la silla muy cerca de la ventana. Cuestión de asegurar al ojo una alza de elevación suficiente sobre el hermoso blanco más elevado que a primera vista mal visto. Qué vacío el espacio en adelante. Propio de cien pasos sin número en la penumbra. De repente con un solo gesto ella retira el abrigo y lo cierra sobre un cielo tan negro como él. ¡Lo repentino de todo!³⁴ ¿Y después? Cuidado. ¿Sentarse? ¿Acostarse? ¿Salir? Ella también duda. Hasta que al final el vaivén la arrastra. Vacilando de muro en muro en el eje norte-sur. En la oscuridad amiga.

34. No aparece en la versión inglesa.

Ella se pierde. Con lo demás. Lo ya mal visto se nubla o vuelto a ver mal se anula. La cabeza traiciona a los ojos traidores y la palabra traidora a sus traiciones. Unica certidumbre la bruma. La de más allá de los campos. Los está alcanzando. Alcanzará el pedregal. Después el refugio a través de todas sus grietas. A pesar de que el ojo se cierre. No verá más que bruma. Ni siquiera. El mismo no será ya más que bruma. Cómo decirla. Rápido cómo mal decirla antes de que lo ahogue todo. Luz. En una palabra traidora. Bruma luz. La grande al fin. Donde ya nada que ver. Que decir. Tranquilidad.

El rostro recibe aún los últimos rayos. Sin perder nada de su palidez. De su frialdad. Tangente al horizonte el sol suspende su caída lo que dura esta imagen. Es decir la tierra su vuelco. Los delgados labios parecen no deber ya separarse jamás. Mal metida bajo su sutura una sospecha de pulpa. Teatro poco probable antaño de besos dados y recibidos. O dados solamente. O recibidos solamente. Quedarse sobre todo con el ínfimo alzamiento de las comisuras. ¿Sonrisa? ¿Es posible? Sombra de una antigua sonrisa sonreída al fin de una vez por todas. Como la boca mal entrevista bajo los rayos que súbitamente la abandonan. Más bien que ella abandona. Salida hacia la oscuridad donde sonreír siempre. Si de sonreír se trata.

Reexaminada al abrigo de la luz la boca se modifica. Inexplicablemente. En los labios nada cambiado. Misma cerrazón. Mismo hilillo de pulpa mal metida. En las comisuras misma insensible tensión. Tanto como decir que la sonrisa si hay una sigue allí. Ni más ni menos. ¡Menos! Y sin embargo no la misma. Nada ha cambiado en la boca y sin embargo la sonrisa no es la misma. Cierto que la luz falsea. Sobre todo la del crepúsculo. Un fiasco. Cierto también que los ojos encarados hace poco hacia el invisible planeta están ahora cerrados. Sobre otros invisibles de los que

no es cuestión en este momento. Esa es la explicación finalmente. Esa misma sonrisa establecida con los ojos muy abiertos ya no es con éstos cerrados la misma. Sin que de una inspección a otra la boca se haya movido mínimamente. Bien. Pero ¿en qué sentido ya no la misma? ¿Qué tiene ahora esa sonrisa si es que hay una que no lo tuviera? ¿O no tiene más de lo que tenía? Basta. Dejémoslo.

Regreso muchos inviernos más tarde. En este invierno sin fin mucho más tarde. Este corazón sin fin de invierno. Demasiado pronto. Hela ahí tal como fue dejada. Allí donde. Siempre o regresada. Ojos cerrados en la oscuridad. A la oscuridad. En su propia oscuridad. En los labios misma millonésima parte de sonrisa si hay una. Concisamente con vida como ella sola sabe estarlo ni más ni menos. ¡Menos! En relación con la verdadera piedra. No menos tristemente en buen estado los lugares mal vueltos a ver a primera vista. Con la feliz excepción de las claraboyas más opacas. La luz ya no pasaría sino apenas aun cuando regresara. En el exterior en cambio progreso.³⁵ Hacia la noche continua. Piedra por todas partes. El día tan pronto como nacido muere. Desechado todo lo mal visto mal dicho. El ojo ha cambiado. Y su estúpida leyenda. La ausencia los ha cambiado. No lo suficiente. Hora de volver a partir. O de cambiar otra vez. De donde regresados demasiado pronto. Cambiados no lo suficiente. Extraños no lo suficiente. Para todo lo mal visto mal dicho. Luego regresar otra vez. Débiles de lo que hace falta para acabar con ello finalmente. Con ella sus cielos y lugares. Y si aún demasiado pronto volver a partir otra vez. Cambiar otra vez. Regresar de nuevo. Salvo impedimento. Ah. Así sucesivamente. Hasta poder acabar con ello finalmente. Con todo este farrago. En la noche continua. Piedra por todas partes. Primero pues partir. Pero primero volver a verla. Tal como fue dejada. Y el refugio. Bajo el ojo cambiado que también allí eso cambia. Trabaja en ello. Sólo un adiós. Luego volver a partir. Salvo impedimento. Ah.

35. En la versión inglesa: «Sin por otra parte ningún progreso».

Pero he aquí de repente que ella ya no está allí. Donde repentinamente fue dejada. Rápido pues la silla antes de que reaparezca. Detenidamente. Desde todos los ángulos. ¿Con qué única palabra decir el cambio? Cuidado. Menos. Ah la hermosa palabra única. Menos. Es menos. La misma pero menos. De ahí que el ojo se ensañe. Ciertamente que la iluminación. He aquí que también las palabras. Algunas gotas de desgracia y es angustia. Para mal decirlo lo menos. Menos. Ella acabará por no estar ya. Por no haber estado nunca. Divina perspectiva. Ciertamente que la iluminación.

De pronto es lugar suficiente para rememoraciones. Cerrado de nuevo el ojo cansado al efecto o vuelto a abrir o dejado en el estado fuese cual fuese. El tiempo para que todo vuelva. Finalmente buenas primeras colgadas cabeza abajo dos abrigos negros. Comienzan a esbozarse luego los contornos de lo se diría una caja cuando de pronto ya es suficiente. ¡Rememoración! Cuando todo está ahí peor que a primera vista. La yacija. La silla. El arcón. La trampilla. Sólo el ojo ha cambiado. Sólo el ojo puede cambiarlos. Entretanto nada falta. Sí. La hebilla. El clavo. No. Helos ahí. Peores que nunca. Incambiados para peor. Sabidos ojo suyo primero. Pero primero el tabique. Quitado él ellos se quitarían con él. Atenuado tanto como se atenuarían.

Elemento entre todos sin duda el menos obstinado. Ver el instante volverlo a ver donde completamente solo se anuló. Por su propio impulso por así decirlo. Sin que el ojo tuviese nada que ver. Para no reestablecerse igualmente sino mucho más tarde. Como a regañadientes. ¿Por qué razón? Por una sola no buscar muy lejos. Por otras entonces llamadas oscuras. Otra sobre todo. Otra más que buscar lejos. ¿La atracción del corazón? ¿Del cráneo? ¿El infierno a dos?³⁶ De ahí la risa de los condenados.

36. No aparece en la versión inglesa.

Basta. Más rápido. Ver rápido para que la silla no desentone como todo a su imagen. Mínimamente menos. Nada más. Bien partido hacia la inexistencia como hacia el cero el infinito. Decirlo rápido. ¿Y ella? Otro tanto. Reencontrarla rápido. En este corazón negro. Este casi cerebro.

La hoja. Al extremo de los dedos temblorosos. En dos. Cuatro. Ocho. Los viejos dedos se apasionan. Ya no es papel. Cada octava aparte. En dos. Cuatro. Acabar en el cuchillo. Trocear en pedacitos. En el hoyo. A la siguiente. Blanca. Ennegrecer rápido.

Sólo queda el rostro. De lo demás bajo la manta ninguna huella. Durante la inspección de pronto un ruido. Haciendo sin que aquélla se interrumpa que el espíritu se despierte. ¿Cómo explicarlo? Y sin ir hasta allí ¿cómo decirlo? Detrás del ojo lejos la búsqueda comienza. Mientras que el acontecimiento palidece. Fuese el que fuese. Pero he aquí que para rescatarlo se renueva. De pronto el nombre común poco común de hundimiento. Reforzado poco después si no debilitado por el inusual lánguido. Un hundimiento lánguido. Dos. Lejos del ojo en su tortura siempre un resplandor de esperanza. Por gracia de estos modestos comienzos. En una segunda vista las ruinas de la cabaña. Escrutarla al mismo tiempo que el inescrutable rostro. Sin la menor curiosidad.

Más tarde mientras que el rostro sigue resistiendo nuevo ruido de caída seca esta vez. Reforzada al mismo tiempo la ilusión de un comienzo de hundimiento general. Aquí un gran salto sobre lo poco que queda de porvenir para que sin más retraso se desinflen este globo. Hasta el momento por ahora lejano en que los abrigos faltarán de las ventanas y la hebilla del clavo. Y se exhalará un suspiro si no fuese más que eso. Suspiro que irá agradándose hasta llevárselo todo. Todo este querido fárrago. Abocado

antes de ser a no haber sido más que eso. Suspiro del final. De alivio.

Rápido antes de la hora aún dos misterios. Ni siquiera. Sorpresas. Y quizá ni eso. Ya que la cabeza no está allí. Ni lo estará ya. Primero ninguna cortina más sin que la oscuridad se resienta. Reservar perfume de caballeriza para el umbral. Luego después de muchas vacilaciones nada en los puntos de caída. Ninguna huella más de todo este mal. Casi ninguna más. Solas por una parte las barras solas. Un poco torcidas. Y solo por otra parte muy solo el clavo. Inalterado. Bueno para ser usado de nuevo. Como sus gloriosos antepasados. En el susodicho lugar del cráneo. Una tarde de abril. Bajada hecha.

Ojos completos sobre el rostro sin cesar presente durante el futuro reciente. Como sin cesar mal visto ni más ni menos. ¡Menos! Pegado al yeso vive sin ninguna duda. Aunque no fuese más que a la vista de lo que tiene de inacabada su blancura. Y del insensible estremecimiento respecto al verdadero mineral. Motivo de ánimo en cambio los párpados obstinadamente cerrados. Sin duda un récord en esta posición. Al menos de lo aún no visto. De pronto la mirada. Sin que nada se haya movido. ¿Mirada? Es decir demasiado poco. Demasiado mal. ¿Su ausencia? Menos aún. Globo indecible. Insostenible.

Amplio tiempo al menos dos tres segundos para que el iris desaparezca completamente como engullido por la pupila. Y para que la esclerótica por no decir el blanco se vea reducida a la mitad. Al menos esto ya de menos pero a qué precio. Previsibles muy pronto salvo imprevistos dos simas negras como catalejos del alma estos cagaderos. Reparición aquí de las claraboyas inútilmente opacas en adelante. En vista de la noche oscura o mejor la oscuridad simplemente que traslúcidas vertirían. Verdadera oscuridad donde finalmente no tener ya que ver.

Ausencia mejor de bienes y no obstante. Iluminación pues volver a partir esta vez para siempre y al regreso ninguna huella. En la superficie. De la ilusión. Y si por desgracia todavía volver a partir de nuevo para siempre. Así sucesivamente. Hasta que ya no huellas. En la superficie. En vez de apasionarse con el lugar. Con esta o aquella huella. Aún es preciso poder. Poder desvincularse de las huellas. De la ilusión. Rápido unas veces que de pronto sí adiós por si acaso. Cuando menos al rostro. De ella huella tenaz.

Partido no antes tomado o más bien mucho más tarde que ¿cómo decirlo? ¿Cómo para acabar con esto finalmente por última vez mal decirlo? Que anulado. No pero lentamente se disipa un poco muy poco como un último vestigio de luz cuando la cortina vuelve a cerrarse. Poco a poco completamente sola donde movida por una mano fantasma milímetro a milímetro vuelve a cerrarse. Adiós adioses. Luego oscuridad perfecta pretañido muy bajo adorable señal salida de la llegada. Primer último segundo. Visto que aún queda bastante para devorarlo todo. Glotonamente segundo a segundo. Cielo tierra y todo el boato. Ni una migaja de carroña en ninguna parte. Bombos lamidos ¡bah! No. Un segundo más. Nada más que uno. El tiempo de aspirar este vacío. Conocer la felicidad.

1980



Relatos reúne en un único volumen la obra narrativa breve de Samuel Beckett –Premio Nobel de Literatura y uno de los más grandes y originales escritores del siglo XX– publicada a lo largo de los años por Tusquets Editores. Enteramente revisados y ordenados cronológicamente, los textos que aquí se presentan cubren toda la trayectoria de su autor, desde *Primer amor*, de 1945, a *Mal visto mal dicho*, de 1980, pasando por *Basta*, *Textos para nada* o *El des-poblador*. Unas veces embrión de lo que serían sus novelas y obras teatrales más célebres, otras veces rutilante imagen que compendia el universo de Beckett, cada uno de estos relatos constituye por sí solo una verdadera obra maestra.

